

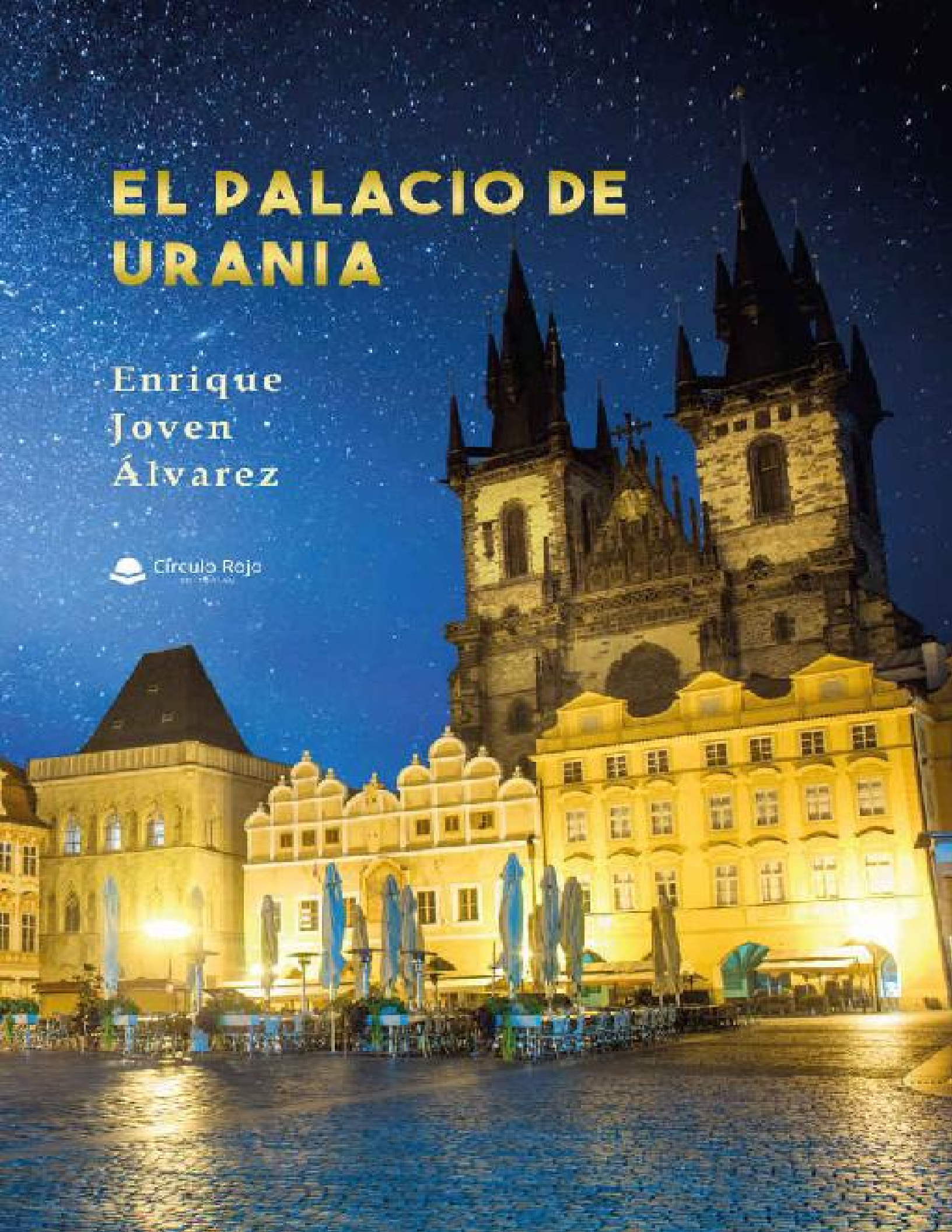
EL PALACIO DE URANIA

Enrique
Joven
Álvarez



Círculo Rojo

1919-2019



T.L,

El Palacio de Urania

Enrique Joven Álvarez



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2019

ISBN: 978-84-1338-812-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Enrique Joven Álvarez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: Depositphotos

© Imagen de solapa: María C. Díaz

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

«Los libros más grandes no son los del pasado, sino los del futuro».

Lawrence M. Krauss. Cosmólogo

NEW HAVEN

No soy un ladrón.

Al menos no lo soy todavía, estrictamente hablando. Primero tengo que dar el golpe. Aquí encogido no puedo pensar demasiado, y mucho menos repasar las instrucciones que me han dado mis extraños clientes. Pero ahora es lo que menos me preocupa. Mi dispositivo *Alfa* me irá guiando según vaya salvando obstáculos, como si estuviera inmerso en un videojuego de realidad virtual. Aunque de virtual tiene lo mismo que yo de virtuoso. Al más mínimo error final de partida. *Game Over*. Yo no estoy hecho para esto y me hace falta una cerveza. O varias. Me tiemblan las manos y cuando me levante mis piernas parecerán alambres. Y esa maldita luz en el techo no deja de parpadear guiando a los minidrones de vigilancia.

«Drópteros», murmuro para mis adentros. Pero el murmullo sale de mí, porque la respuesta del *Alfa* que llevo en mi muñeca izquierda es casi instantánea, y su verborrea roza lo insoportable. El chisme me recita a través de los auriculares la entrada de *Wikichild* de principio a fin:

«Dróptero: Dícese de los autómatas de vuelo de tamaño menor que una libélula común y que pueden ser utilizados en tareas de distinta índole. Muy populares para usos convencionales como vigilancia o activación de domótica, unen a su bajo coste de fabricación su completa autonomía. Se recargan de forma inteligente por contacto directo en cualquier tipo de panel solar por lo que, en la práctica, son infatigables. Patentados por Alpha Inc.»

Me va a estallar la cabeza si no bebo algo pronto. Y la fiesta todavía no ha comenzado. Llevo metido en este contenedor de ropa sucia más de tres horas. Al menos Tom ha tenido la delicadeza de ocultarme en uno cercano al de reciclaje de vidrio, así que al moverme —en realidad, contorsionarme— me llegan ocasionalmente efluvios de bebidas espirituosas que me sirven de consuelo. Lo que no hace sino aumentar mi ansiedad, por otra parte.

—Fran, hermano, ¿cómo te va?

Me sobresalto con la voz. Estaba a punto de quedarme dormido. O desmayarme. La cara de Tom se hace visible en la minipantalla del *Alfa*.

—Estamos jodidos, negro —le contesto utilizando un deliberado plural y un no menos intencionado descalificativo. Los drópteros siguen a lo suyo sin darme oportunidad alguna para levantarme—. No pensaba que tendríamos tanta vigilancia en este lugar.

—Los nuevos minidrones tienen sensores térmicos además de las cámaras convencionales. En cuanto te detecten aullarán como lobos en celo. Desearás que venga la policía cuanto antes.

—Entonces no hay nada que hacer —le susurro resignado—. Saca ya mi dolorido culo de aquí.

—Espera. Se me ocurre algo. ¿Cuánta potencia le queda a tu *Alfa*?

Miro la pantalla. El icono de la batería marca un setenta por ciento.

—Bastante. Unos cinco vatios, algo más quizá —contesto.

—Será suficiente. Activa el repelente.

—¿Qué repelente? —pregunto antes de pensar—: ¿El inhibidor?

—Exacto. El inhibidor de publicidad. Los volverás locos.

Me quedo callado unos instantes. En efecto, el pequeño bloqueo electromagnético que lleva de serie mi dispositivo *Alfa* será más que suficiente para confundir a los mecanismos de orientación de los pequeños drones. Normalmente se usa para evitar la molesta y agresiva publicidad electrónica emitida en los centros comerciales.

«Pero hay un detalle» pienso.

—Vale, Tom. Y después, ¿qué pasará, chico listo?

—Como te puedes imaginar, quedarás incomunicado. Sin batería serás un náufrago.

—Pero no recuerdo todo lo que hay que hacer —protesto—. Sin *Alfa* no tendré orientación, ni instrucciones, ni contacto contigo, ni una maldita linterna. ¡Nada!

—Échale valor, hermano. No nos han elegido por casualidad.

Me concedo un par de minutos antes de responder. No tengo dinero ni forma de conseguirlo. Mi hígado comienza a dar avisos de mis excesos. Un exmarido con acceso judicial a cualquier movimiento en mi magra cuenta bancaria. Además, me gusta lo poco que sé sobre la historia de ese extraño libro. ¿Tengo algo que perder?

—De acuerdo, Tom. Cortamos la comunicación aquí y ahora. Espero que vuelvas a saber de mí.

—Así me gusta, Fran. Nos vemos en el hotel.

—O en comisaría, pagando la fianza.

—No faltaría a la cita, amigo. Nos han soltado una buena cantidad de dinero como para gastármela solo.

Imagino que Tom me sonríe, pero su cara ya no está en la pantalla. He activado el inhibidor hasta el límite, y la pantalla ha fundido —irónicamente— al negro. Ahora solo recibo del *Alfa* un leve zumbido. Por mi bien espero que en las cercanías no haya nadie con un marcapasos. No me gustaría añadir al delito de robo otro por asesinato. O, al menos, por homicidio involuntario.

«Creo que han caído todos».

Han pasado otras dos horas desde que puse en marcha el plan de Tom y hace casi una que no oigo llaves. Cuando los drópteros caen inertes suenan igual que un manojito de llaves. Cinco horas aquí metido. Voy a salir. Me estiraré y comeré una barrita de chocolate. Necesito calorías porque mi nivel de energía también está a cero. Si pienso en positivo, puede que al entrar en la zona pública encuentre alguna máquina de refrescos. Pero ahora no puedo vincular el *Alfa* con ninguna máquina. Así que tendré que aguantar con la chocolatina que llevo en el bolsillo.

Al fin estoy fuera de mi escondite. No tengo linterna ni guía, pero no camino a ciegas del todo. El material con el que fabricaron mis lentillas es sensible a luz de longitudes de onda largas, así que distingo borrosamente las formas por la temperatura de los objetos, evitando pisar los bichos que se encuentran diseminados por todo lo suelo de la enorme lavandería. Inmóviles pero calientes. «Están bloqueados, pero no apagados», pienso. No tardarán mucho en reiniciarse. Treinta minutos, cuarenta a lo sumo. Tengo que darme prisa.

La lavandería es solo una parte del edificio de servicios principal de este remozado campus de la Universidad de Yale, aquí en New Haven. Cada vez que cruzo una puerta pienso que detrás puede esconderse otro grupo de simpáticos minidrones. Pero no. Recorro casi todo el edificio y las instalaciones anejas siguiendo los túneles de ventilación. De momento, sin sustos, excepción hecha de un gato que no me esperaba aparecer por su cálido refugio. Ha maullado hasta ser

premiado con una ágil patada, para luego salir huyendo. Desagradecido. Si no recuerdo mal las indicaciones de Tom, la distancia que me separa de la legendaria Biblioteca Beinecke es de unos cien metros a partir de aquí. Los problemas comenzarán cuando salga. Porque tengo que salir y apañármelas. Y correr esos cien metros al descubierto en los que puedo ser objeto de todo tipo de amenazas conocidas y desconocidas. No puedo entretenerme ni un segundo si quiero llegar al edificio principal, entrar, coger el manuscrito, salir, desandar el camino y volver al mismo contenedor de ropa mugrienta a esperar que amanezca y venga el bueno de Tom a buscarme con su furgoneta de reparto robada.

«No tengo ni idea de cómo voy a hacer todo esto».

Respiro profundamente antes de empujar la salida de emergencia. Lo hago despacio. Hay una preciosa luna llena en el cielo y el campus está vacío. Casi diría que demasiado vacío. La tranquilidad no me dura ni cuatro pasos. Los recortes presupuestarios han simplificado la vigilancia en el interior —de ahí el uso de los minúsculos y sencillos drones automáticos—, pero no por ello se ha descuidado en el exterior. Para mi desgracia, los habituales guardias de seguridad han sido reemplazados por unos cuantos canes. Salen gratis si uno acude a las perreras. Tengo ante mí, en posición de ataque, a una pareja de preciosos dálmatas que, si no estuvieran drogados, serían tan inofensivos como bebés. Pero como llamen a noventa y nueve amigos aquí se acabó lo que se daba. No muevo ni un párpado.

«El gato. Bendito gato».

El muy estúpido me ha seguido, y ahora los dálmatas le siguen a él. Adivino una carnicería, pero no me voy a quedar aquí para contarla. Estoy a cincuenta metros de mi primer objetivo. Sigo corriendo. Veinte. Diez. En la puerta. Ya.

He llegado al edificio Woodbridge, el mismo que fuera en tiempos mejores la oficina del mismísimo rector de Yale. Es uno de los edificios pequeños que forman la antigua plaza porticada del cuadrilátero —o cuadrángulo— llamado de Hewitt. Tanto Woodbrige como Hewitt fueron dos de los prohombres que fundaron esta universidad, antaño uno de los símbolos del saber estadounidense. Más de tres siglos de glorias guardan sus muros, pero han bastado solo cuatro años —la demencial presidencia de Trump Jr.— para que casi todo se empiece a venir abajo.

No me tiene que distraer esto ahora, debo concentrarme en cómo entrar en la biblioteca.

Allí está. Enfrente de mí. Un paralelepípedo de proporciones perfectas al modo y manera griegos ideado por el arquitecto Gordon Bunshaft a mediados del siglo pasado. Me gusta estudiar. Sus paredes imitan un panal de celdas octogonales, fabricadas con paneles de un precioso mármol traslúcido extraído de las canteras de Vermont. Ninguna ventana. Un diseño de lo más acertado para preservar los valiosos libros y pergaminos de la luz solar, pero un enorme inconveniente para cualquier ladrón. Se sustenta solo sobre cuatro pequeños, en apariencia, pilares, pareciendo flotar en el aire. La mayor parte de la biblioteca está quince metros bajo tierra, al menos dos plantas completas que ocupan el subsuelo de la plaza y que contienen casi medio millón de libros.

Primer problema. No hay acceso por las plantas soterradas, así que hay que recurrir a la entrada principal. De momento los perros no han cazado al gato, y si lo han hecho, se han olvidado de mí. Segundo problema. El interior de la biblioteca está completamente a oscuras. Según las indicaciones que me dio Tom, al ser el mármol traslúcido, debería estar viendo el edificio iluminado como una enorme pantalla de ámbar, pero sin embargo está tan negro como su culo. Por tanto, tampoco veré nada dentro si es que consigo entrar, que ya es decir mucho. Tercer problema, se me acaba el tiempo. Tengo que cruzar a la carrera de un edificio al otro y buscar la entrada.

Ya estoy debajo del «joyero». Es como se conoce popularmente a la Biblioteca Beinecke de

libros raros y manuscritos antiguos. La puerta principal no es nada del otro mundo. Como todo aquí, parece abandonada a su suerte por la falta de limpieza y mantenimiento. El acceso nocturno al interior está controlado por un viejo teclado numérico, similar a los usados para disponer de efectivo. Es antiguo, pero no tanto como un candado, así que si no me cae del cielo una ganzúa electrónica he llegado al final de la misión. Me acerco para examinarlo. Tal vez funcione el código «1-2-3-4». En muchas películas desactivan complejas bombas termonucleares con mucho menos ingenio.

Un momento. Mi dedo índice se detiene justo antes de presionar la tecla «1». Las teclas están calientes. Al menos cuatro de ellas, si es que las caras lentillas térmicas no me engañan. La tecla más brillante es el «3». Luego el «6», el «9» y el «1». Si las pulso en orden inverso, siguiendo la lógica temporal, encuentro «1963». Puede funcionar, recuerdo que es el año de la construcción de la biblioteca. Pruebo.

«¡Funciona!»

Estoy dentro y tengo ante mí todas las joyas. Ahora sí que me siento un auténtico ladrón. Primera complicación: si las teclas están recién pulsadas, alguien acaba de entrar antes de mí. O sea que no estoy solo. Segunda complicación: zumbidos. Distingo unos cuantos drópteros, pero ellos no me ven a mí, así que deben de llevar microcámaras convencionales mientras que yo disfruto de unas fantásticas lentillas térmicas. Más recortes, supongo. El tercer problema ya lo presumía: no se ve absolutamente nada. Puedo distinguir las cosas calientes, pero los libros no llevan baterías. Ni falta que les hace, con permiso del legendario *Kindle*. Aunque he de reconocer que, de momento, esta circunstancia me ha salvado de ser descubierto.

«¿Cómo voy a encontrar así lo que busco?» me pregunto ahora.

No he terminado de hacerme esta cuestión fundamental cuando me sobresalta un estruendo de cristales rotos, y acto seguido se encienden de golpe todos los antiguos halógenos que llenan el recinto. De improviso me veo a mí mismo perfectamente encuadrado dentro de decenas de pantallas de plasma. Obviamente, los minidrones funcionan si les dejan. No hay ángulo de mi anatomía que no esté siendo fotografiado.

Algo ha fallado. Tengo que cogerlo y volar de aquí.

Fijo mi vista en la colosal estantería central. Guarda las mismas proporciones que las paredes del edificio. Una caja dentro de otra. La interna que tengo delante tiene algo parecido a cinco plantas o niveles protegidos por enormes vidrios templados, esta vez completamente transparentes. En el interior de esta singular pecera puede haber unos cien mil libros como poco. Por lo que me dijo Tom antes de enviarme aquí, las estanterías centrales guardan los libros y manuscritos más conocidos. Y los más valiosos tienen sus propias urnas en una pequeña área central de exposición, debidamente identificadas y blindadas.

«*Biblia de Gutenberg*», leo a toda prisa. De un momento a otro aparecerá algún vigilante, así que hay que aprovechar el tiempo al máximo. Tengo que concentrarme, pero me puede la curiosidad. No está mal. La placa dice que es uno de los pocos ejemplares completos impresos que se conservan en el mundo y, posiblemente, uno de los mayores tesoros que guarda la Beinecke junto con el manuscrito que he venido a buscar. A robar más bien. «*Alchimia opuscula*», impresa por Cyriacus Jacobus en 1550. Un clásico imprescindible, según está escrito aquí. Y tantos otros. «¿Y el mío?»

Me doy cuenta de que la urna contigua a la celeberrima *Biblia de Gutenberg* está hecha pedazos. Esto explica las alarmas. Ni qué decir tiene que la han vaciado de su preciado contenido. Y no creo que haya sido el gato.

Signatura MS-408: *The Voynich Manuscript*.

«Se me han adelantado».

Y lo que es peor, a su lado hay un hombre caído de bruces en medio de un gran charco rojo.

Si esto no es una trampa se le parece mucho.

Los minidrones están grabándolo todo. Ahora mismo, veo mi imagen agachado junto al desgraciado. A ver cómo le explico yo esto a la policía. Tanto da. Le busco el pulso en las venas del cuello, pero me pongo perdido de sangre. Nada que hacer, lo han degollado con un antiguo cúter. Le doy la vuelta.

«¡Joder, es Tom!» exclamo aterrorizado.

No sé qué diablos estaba haciendo aquí. Ni mucho menos quién le ha matado. Solo debía esperarme fuera. El corazón se me va a salir del pecho, pero tengo que ser práctico. Cojo el *Alfa* de la muñeca de Tom. No soy un ladrón, repito, pero necesito uno de estos y, además, bajo determinadas circunstancias actúan como las cajas negras de los aviones. Esta podía ser una de esas ocasiones.

«Gracias, amigo, te lo cuidaré».

—Hola Fran. Bienvenido a la Biblioteca Beinecke. Aunque no has escogido el mejor momento para conocerla.

No conozco la voz que me habla por el *Alfa* de Tom.

—Hola malnacido. ¿Han venido a matarme a mí también? —le digo.

Estoy confundido, muy confundido. Supongo que habrá una explicación para todo esto.

—Imagino que querrás una explicación —continúa con la conversación el extraño interlocutor, adivinándome el pensamiento. Si sigue leyéndome la mente, no le va a gustar lo que estoy pensando que haría con él si pudiera.

—Se agradecería —le contesto—. Llevo el miedo metido en el cuerpo desde que este pobre desgraciado me dejó hace casi seis horas en aquella lavandería pestilente —digo señalando el cadáver de Tom—. ¿A qué están jugando?

—No te enfades, no es lo que crees —vuelve a parlotear el *Alfa* por boca del desconocido—. Será mejor que salgas y hablemos con tranquilidad.

—¿Y si no quiero? —protesto, no muy convencido.

—Si no quieres la policía tardará menos de cinco minutos en aparecer. No tienes tiempo ni de lavarte. Requirarán las grabaciones y probablemente serás condenado a muerte en unos meses. Cadena perpetua con un buen abogado. Si colaboras —continúa—, podemos retrasar su llegada unos minutos. Los suficientes.

Supongo que no tengo muchas opciones.

Recojo la cuchilla ensangrentada y salgo.

En el exterior comienza a amanecer. Hace frío. Lo noto porque no tengo que correr. Una gran limusina eléctrica *Tesla* aparece por *Groove Street*. Es negra y lleva los cristales tintados. Parece un coche fúnebre lo que, bien pensado, sería de gran utilidad en estos momentos y nos ahorraríamos algo en viajes. Se detiene y una de sus puertas se abre delante de mí de forma automática. Probablemente no lleve conductor, los vehículos de *Tesla* son casi todos autónomos. Subo y me quedo quieto. No quiero más sobresaltos por esta noche, si es que puedo evitarlo.

—Buenos días, Francis —me hablan desde la parte delantera del enorme coche. La voz está deliberadamente distorsionada. El coche arranca.

—Buenos días, por decir algo —contesto de forma irónica y añadido: —Ya amanece.

—En esta época del año amanece temprano aquí en New Haven. ¿Conoces la ciudad?

Le contesto que acabo de llegar. Y le cuento lo que seguramente él sabe ya. Que me alojo en un hotel barato y que he viajado en tren desde Nueva York con Tom para este asunto. Estoy sin dinero. Intento parecer mezquino.

—A pesar de no haber conseguido el manuscrito, supongo que cobraré lo pactado, ¿no?

—No —responde tajante la voz del asiento del conductor que se esconde tras la mampara. Creo que es la misma que me habló por el *Alfa*, pero el distorsionador me impide asegurarlo con certeza.

—¡Pero he seguido todas las instrucciones! Tom hubiera podido decírselo si ustedes no lo hubieran asesinado.

—El señor Thomas ha hecho bien su trabajo. Lástima que ya no pueda ayudarnos más. Sé que no me creerás si te digo que nosotros no lo hemos asesinado —y, en efecto, no puedo creerlo—. Pero es así. El ladrón del manuscrito debe de ser también, seguramente, el asesino. Posiblemente no esperaba encontrarse al señor Thomas allí.

El tono de la voz de mi interlocutor —o el efecto del distorsionador— ha cambiado. No me gusta. Empiezo a preocuparme.

—Cobrarás mucho más de lo pactado, no te preocupes. Pero a su debido tiempo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—De momento callar y obedecer.

—¿Y si no quiero? —insisto ingenuamente con mis preguntas negativas.

—Quizá acabes como tu amigo Tom, quién sabe. O en manos de la policía, que debe de estar al caer con las fregonas —me plantea burlonamente—. Aunque no hay que ponerse dramático tan pronto. Tenemos una buena oferta para ti.

Joder, quién me mandaría hacerle caso. «Un trabajo fácil, limpio y nada de drogas», me dijo Tom. Y casi legal. No pregunto más. El misterioso extraño me sigue hablando. Firme y rotundo.

—Eres Francisco Davies. Hijo de un teniente de marina destinado en la base militar mediterránea de Rota, en Europa. Y de una española. Edad...

—Cuarenta y dos años mal llevados —completo—. Y, por cierto, mi madre se llamaba Carmen.

—Y tu padre Paul. Una hoja de servicios impecable. Líbano, Irak, Siria.

—Hasta ahí llegó. Jubilado antes de tiempo por invalidez severa —le interrumpo con tristeza. Lo nota y rebaja la dureza en su voz. Tal vez en esos papeles que lee dice algo del posterior suicidio de mi madre al poco de fallecer mi padre.

—Excelente expediente académico. Especialmente dotado para el cálculo.

—Tengo cierta habilidad con los números. Ya sabe, sumar y restar —apunto jocoso—. Y la tabla de multiplicar de memoria.

—Sin embargo, tu vida laboral no es muy brillante. Camarero, reponedor de supermercado, repartidor de comida a domicilio...

—Hay que buscarse el pan allí donde está —sigo con la ironía ya algo cansado de la entrevista.

—Supongo que sí. Licenciado y doctorado en Lógica y Matemáticas en tan solo tres años. Con las mejoras notas de tu promoción.

—Se me había olvidado.

—Nunca has ejercido, ni tan siquiera de profesor. ¿Puedo saber la razón?

—No.

—Gracias por tu sinceridad. Ya lo averiguaremos. Desde que saliste de la universidad has

viajado por medio mundo, vivido en los peores sitios y bebido hasta reventar. Tampoco te ayuda mucho tu condición sexual, parece.

—Eso no es cosa suya.

—Contraes matrimonio en Madrid y te divorcias solo un año más tarde.

—Paso palabra. Ahora me toca a mí —replico con tono de enfado—. ¿Quién eres y qué quieres?

Guarda silencio durante unos segundos, tal vez sorprendido de mi cambio de actitud y por el imprevisto tuteo. Responde masticando las palabras.

—Mi nombre no importa por ahora en este asunto. Trabajo para gente importante, muy importante. Buscábamos alguien como tú. Tan brillante como fracasado.

—Gracias por los merecidos piropos, amigo. Estoy orgulloso de ambos, especialmente del segundo.

—No me interrumpas ahora. Thomas ni está ni nos interesa ya, porque tú eras la parte fundamental de nuestra elección. Sabemos de ti más que tú mismo. Queremos que trabajes con nosotros.

Dudo mucho que sepa tanto de mí como dice, pero no le llevaré la contraria en eso.

—¿Y por qué no me ofrecen un contrato como a todo el mundo? Ya sabe, una nómina, incentivos, seguro médico y, si se da el caso, guardería y plan de pensiones. Acudir todos los días a las nueve a una oficina con billar y toboganes de colores y soltar un par de chorradas en sesudas reuniones de genios precoces.

—No es un trabajo cualquiera ni puede hacerlo cualquiera.

—Y, ¿qué es eso tan difícil que tengo que hacer? Porque esto me empieza a cansar.

—Ya has visto la antigua Beinecke. Supongo que hace treinta años era impresionante e imprescindible. Ahora es un edificio decrepito.

—Me ha encantado igualmente. Soy de gustos raros, ya sabe —contesto, volviendo al educado tratamiento con mi interlocutor.

—Se terminó de digitalizar hace años. Está completa en la nube. El mismo edificio está *renderizado* y te puedes pasear por él con solo llevar uno de nuestros visores. ¿Para qué sirven ya las bibliotecas?

—Son un bonito recuerdo del pasado, un refugio para románticos —contesto.

—Si consultas *Wikichild* sabrás que *Alpha Inc.* ya es el dueño parcial o total de casi el noventa por ciento de todas las bibliotecas estadounidenses. Pero aquí en Yale todavía se resisten a vendernos este capricho lleno de raras antiguallas. De ahí el haber intentado tomar prestado el *Voynich*, con poca fortuna por tu parte y ninguna por la de Thomas. Existiendo *Wikichild*, uno de nuestros productos estrella, sobran el papel y los mausoleos como este. Si algo no está allí, es que no existe.

—Y yo, ¿qué pinto en todo esto ahora?

—Te contestaré con otra pregunta, ¿qué sabes del *Manuscrito Voynich*?

Como obedeciendo sus órdenes, pulso el icono de consulta del *Alfa* que fuera del desafortunado Tom, y *Wikichild* contesta por mí.

«El “*Manuscrito Voynich*” es un libro ilustrado, de contenidos desconocidos, escrito hace unos quinientos años por un autor anónimo en un alfabeto no identificado y un idioma incomprensible, el denominado ‘voynichés’. El nombre del manuscrito se debe al especialista en libros antiguos Wilfrid Voynich, quien lo adquirió en 1912. Actualmente está catalogado como el ítem MS-408 en la Biblioteca Beinecke de libros raros y manuscritos de la Universidad de Yale. A lo largo de su existencia comprobada el manuscrito ha sido objeto de intensos

estudios por numerosos criptógrafos profesionales y aficionados. Se duda de que el poco texto que algunos dan por esclarecido sea correcto. Esta sucesión de fracasos ha convertido al manuscrito en el Santo Grial de la criptografía histórica, pero a la vez ha alimentado la hipótesis de que el libro no es más que un elaborado engaño, una secuencia de símbolos al azar sin sentido alguno.»

—¿Quieres ayudarnos a descifrarlo?

—No suena mal. ¿Por qué?

—Nos interesa. Basta con que sepas eso. Pondremos a tu alcance todos los medios necesarios y, por supuesto, dispondrás también de todo el dinero que te haga falta. Viajes, alojamientos, cualquier tipo de gasto. Al final de todo, si culminas con éxito el encargo, habrá una cantidad de dinero obscena para ti.

—Pero ¿quién lo ha robado? ¿Conocen al ladrón? —pregunto ingenuamente.

—Obviamente no. No debe de andar muy lejos, pero apunta a ser alguien inteligente y escurridizo. Ahora también sabemos, por desgracia, que no le importa matar. Esto te complica el trabajo.

—Habrá copias por todo el mundo, supongo. Del libro, me refiero.

—Supones bien. El manuscrito ha sido digitalizado decenas de veces, incluso con resolución submicrométrica. También se han fabricado manualmente algunos facsímiles que reproducen hasta el más mínimo de los detalles, pero...

—Pero algo tiene que haber en el original que lo hace necesario. Y valioso —completo su frase.

—Bien visto. Quienquiera que sea el ladrón, sabía de nuestras intenciones. No me extrañaría que se pusiera en contacto con nosotros para pedirnos cualquier cantidad impensable de dinero por él. Aunque eso sería lo mejor que podría pasarnos. Dinero es lo que nos sobra.

—Una última pregunta, ¿hay que robar o matar también en este encargo?

—En principio, no veo la necesidad. Si la hubiera, lo haríamos por ti.

Me quedo pensando en la respuesta. Estoy confuso. Tampoco contribuye en mucho a aclarar mis ideas el haber pasado en vela toda la noche. Y sobrio.

—Acepto —respondo finalmente, tan acorralado como un conejo—. Aunque, claro está, no puedo ni mucho menos garantizar el conseguir algo hasta ahora imposible. No tengo el don de la divinidad. Solo soy un fracasado —remarco.

—Gracias, Fran. Tenemos el convencimiento de que lo lograrás.

—De acuerdo. Ahora, por favor, déjame verte —le pido—. Por irnos conociendo, ya sabes.

Se detiene el motor eléctrico del *Tesla* a la vez que bajan todas las ventanillas al mismo tiempo. El coche está vacío. Solo veo un pequeño *memory stick* en el asiento del conductor.

Lo recojo y me apeo con gesto de rabia.

Entro en el hotel. Me detengo delante del mostrador de la recepción. Allí le explico a la simpática señorita de turno que la persona que ocupaba la habitación contigua a la mía ha tenido que suspender su viaje repentinamente. Que yo me haré cargo de sus cosas y de sus gastos. No parece importarle, y menos cuando la pantalla de mi *Alfa* —de Tom, si somos sinceros—, se ilumina con una cantidad que hacía mucho tiempo que ni ella ni yo veíamos.

Supongo que será un adelanto de mis nuevos y misteriosos amigos.

Tom y yo nos registramos aquí ayer con nombres falsos y por separado, cuidando las apariencias. Visto lo ocurrido, fue un acierto. La policía no podrá saber dónde se alojaba Tom. Y tampoco seguir sus pasos, porque yo tengo su dispositivo universal *Alfa*. En cuanto a las

grabaciones de los drópteros en la Biblioteca Beinecke, la voz de la limusina me aseguró que serían eliminadas. O al menos, custodiadas.

Con cierta tranquilidad voy a desayunar en mi habitación. Me suben la comida. Tengo dinero para esto y para mucho más. Una moderada euforia me invade, a pesar de lo que acabo de vivir. ¿Pido una botella de vino? Quizá es demasiado pronto para empezar a beber, o demasiado tarde para dejar de hacerlo. Me contengo, de momento, de emborracharme. Antes decido insertar el pequeño *memory stick* en la ranura del *Alfa*. Me tumbo sobre la cama y proyecto la pantalla en el techo para ver mejor. Aparece el logo de *Alpha Inc.*, y su sintonía característica.

—«*Dicte su clave secreta de cuatro dígitos*» —me ordena.

Mal empezamos. Le doy el código de mi exmarido. Es el que accede a mis archivos, correos, chats y transacciones financieras controladas por *Alpha*. Me deniega el acceso.

—«*Tiene dos intentos más antes de borrarse el 'stick'*».

Recurro al consabido «1-2-3-4». Igual se desbloquea. Pero no. Esto no es una jodida bomba nuclear ni yo el legendario Bruce Willis.

Me levanto de la cama y me dirijo al baño. Soy de vejiga grande y orino largamente, así que me da tiempo para pensar. Ser un consumado bebedor de cerveza es lo que tiene, además de adornarme con la estúpidamente llamada curva de la felicidad. Vuelvo a la cama.

—A ver —le digo al *Alfa*—. Probemos con: «1-9-6-3».

—«*Acceso permitido*».

No era tan difícil, después de todo estudié lógica.

—«*Bienvenido a nuestra organización, señor Davies. Si está oyendo esta grabación, todo marcha según lo previsto*».

—Me alegro por ello, quienquiera que seas —le hablo a mi recién estrenado *Alfa*. Al final he pedido el vino y me he soplado media botella durante la publicidad. Me dije a mí mismo que tenía que brindar por la memoria de Tom. Varias veces.

—«*Ahora procederemos con una comprobación de personalidad. Si es tan amable, acerque su ojo derecho a la cámara delantera de su dispositivo universal 'Alfa'*».

Hago lo que me dice, aunque me cuesta mantener el ojo abierto. El sueño me invade, producto de una larga noche en vela y el alcohol recién ingerido. El cacharro responde satisfactoriamente.

—«*Muchas gracias. Ahora, señor Davies, después de oír la señal, diga rápidamente el resultado de invertir el número cincuenta y siete. Son necesarios al menos cinco decimales. No intente usar la función calculadora, permanece desconectada*».

—Cero, coma, cero, uno, siete, cinco, cuatro, tres, ocho, cinco... —recito.

—«*Es suficiente señor Davies. Le reiteramos nuestros mejores deseos. Una vez comprobada su identidad, espere en su ubicación actual. La estamos registrando...*»

Espero unos segundos entre asombrado y divertido. Me ha costado hacer la división, estoy fuera de forma.

—«*Ubicación grabada. Si es tan amable, no abandone la misma antes de una hora. Si pasado ese tiempo no ha recibido nuevas instrucciones, vuelva a usar esta tarjeta para contactar con nosotros. Recuerde que debe permanecer siempre insertada en un dispositivo universal 'Alfa'. Gracias por trabajar con 'Alpha Inc.'*»

«Esperaré», me digo. Tengo media botella todavía. Y mucho dinero que gastar.

El teléfono de la habitación está sonando. Me he quedado dormido. Descuelgo el anacrónico artilugio pensando si lo estaré usando bien. La voz de la recepcionista del hotel me saca del trance

en el que me encuentro.

—Una mujer pregunta por usted, señor Davies. ¿Autoriza a que suba?

—Claro, respondo —aunque no tengo ni idea de quién puede ser.

Miro la hora en la muñeca. Han pasado cuarenta minutos desde que hablé con el chisme.

Tocan educadamente a la puerta. Con los nudillos, a la antigua. Me peino como puedo y pongo en orden la ropa y la cama. Abro. Ante mí tengo a una morena de treinta y tantos, complexión fuerte —muy fuerte, diría yo— y, para el gusto masculino convencional, diría que bastante atractiva. Viste de forma casual —vaqueros y camiseta, zapatillas deportivas— y no lleva casi maquillaje.

—¿Me vas a dejar entrar o tendré que esperar hasta que termines de examinarme?

La visitante es, además, inteligente. No suelo equivocarme.

—Pasa, claro. Ponte cómoda, si eso es posible aquí.

—¿Te refieres a que me quite la ropa? En este trabajo mío es lo más conveniente —responde sin escuchar mi opinión, al tiempo que se saca la camiseta por la cabeza—. Cuanto antes lo hagamos —continúa—, antes nos quitamos las hormonas de encima. Son un fastidio en este tipo de encargos.

—¿De qué coño estás hablando? —la detengo—. No sé quién eres ni quiero acostarme contigo. Y no tengo hormonas como las tuyas.

Vuelve a ponerse la camiseta. Se encoge de hombros. Y me tiende la mano.

—Me llamo Elsa. Es la primera vez que me pasa.

—¿Cómo te llamabas ayer? —ironizo. Se ríe.

—Me refiero a que los hombres no me rechazan. Salvo que sean gais, claro.

—Estoy dentro de esa salvedad —me empiezo a cabrear.

—Perdona, cariño —se disculpa—. Si te parece, llamo a la central y pido un *scort* hombre.

—¿Eres policía? ¿Estás loca? ¿Por qué has venido? Responde en el orden que quieras —le ordeno.

—No soy policía, no creo estar loca, y solo hago mi trabajo —responde Elsa al tiempo que se sienta al borde de la cama y enciende un cigarrillo electrónico—. Espero que no te moleste. Solo me perjudica a mí.

—No te preocupes por fumar. Yo, para acompañarte, me terminaré esta botella. Siento no poder invitarte, pero no esperaba compañía.

—¿No te avisaron de que venía para cuidar de ti?

—Yo no lo entendí así. Se supone que tenía que esperar instrucciones. Pero tú no encajas en ese concepto —respondo bastante enfadado.

Como queriendo intervenir en la conversación, mi *Alfa* parpadea. Tengo una llamada entrante desde un número oculto. La voz es muy parecida a la grabación del *stick*, sintética. Pero casi humana. La reconozco.

—Creo que ya os habéis conocido —me espeta sin tan siquiera saludar.

—No exactamente —respondo—. ¿Qué hace en mi hotel esta especie de puta policía?

—Más respeto —interviene entre el humo de su cigarrillo Elsa.

—No podemos dejarte solo, Fran. Es peligroso. Elsa cuidará de ti.

—¿Peligroso? —grito al aparato—. ¿Dónde estaba ella cuando mataron a Tom?

—Acéptalo. O no hay acuerdo. Y te vuelves a Europa o a dormir entre cartones, como prefieras.

—No estoy seguro de querer seguir —sigo gritando.

—Tal vez te serviría de ayuda echar ahora un vistazo a tu saldo.

Lo hago. A la cantidad anterior le han añadido un cero más. A la derecha. De números sé un poco.

Resoplo y acepto. Desconecto.

—¿Y ahora? —le pregunto a Elsa.

—No te preocupes de nada. Yo me voy y tú no me volverás a ver a no ser que sea estrictamente necesario, pero yo a ti no te quitaré el ojo de encima.

La puerta de mi habitación se cierra tras una cortina de humo.

No sé por dónde empezar. Ya he terminado la botella y no es propio de personas formales emborracharse el primer día de trabajo. Supongo que tendré que seguir escuchando historias sobre el manuscrito de marras recitadas por mi *Alfa*, filtrar debidamente lo que oigo y extraer mis conclusiones. Luego tengo mis propias opciones, pero me las reservo para casos especiales.

Miro por la ventana. Está lloviendo en New Haven. A mares. Toda el agua del mundo está cayendo aquí. Parece una invitación a quedarme en esta habitación y empezar a justificar el dinero que me han adelantado. Miro la botella vacía en la mesa. «Qué demonios, pienso mejor con algo diferente al agua. Lo haré por el bueno de Tom», me justifico. Descuelgo el teléfono, otra vez con dudas, y pulso el «9». Es la única tecla desgastada, no me hizo falta preguntar cómo llamar a la recepción. Mi lógica, en ocasiones, me supera. Me responde siempre la misma persona, me pregunto si dormirá debajo del mostrador. Intento ser educado y parecer responsable.

—Señorita, la persona que subió hace unos minutos se tomó el vino que encargué. ¿Sería tan amable de hacerme llegar otra botella?

—Por supuesto, señor Davies, la cargaremos en su cuenta. ¿Quiere el mismo?

—Sí —dudo un poco al responder. No era demasiado bueno, pero no puedo echarle la culpa de mi dolor de cabeza después de lo ocurrido en las últimas horas. Estoy espeso—. Mejor tráigame una de esas botellas y otra de vino español, si tienen.

—Por supuesto. Le apunto un *Riviera*.

—*Ribera* —le corrijo—. ¿No sabe usted nada de la mujer que se bebió la anterior?

—No dijo su nombre. Solo me preguntó si usted se alojaba aquí.

—¿Iba armada? —sigo interrogando a la cansada recepcionista—. ¿Detectaron algo?

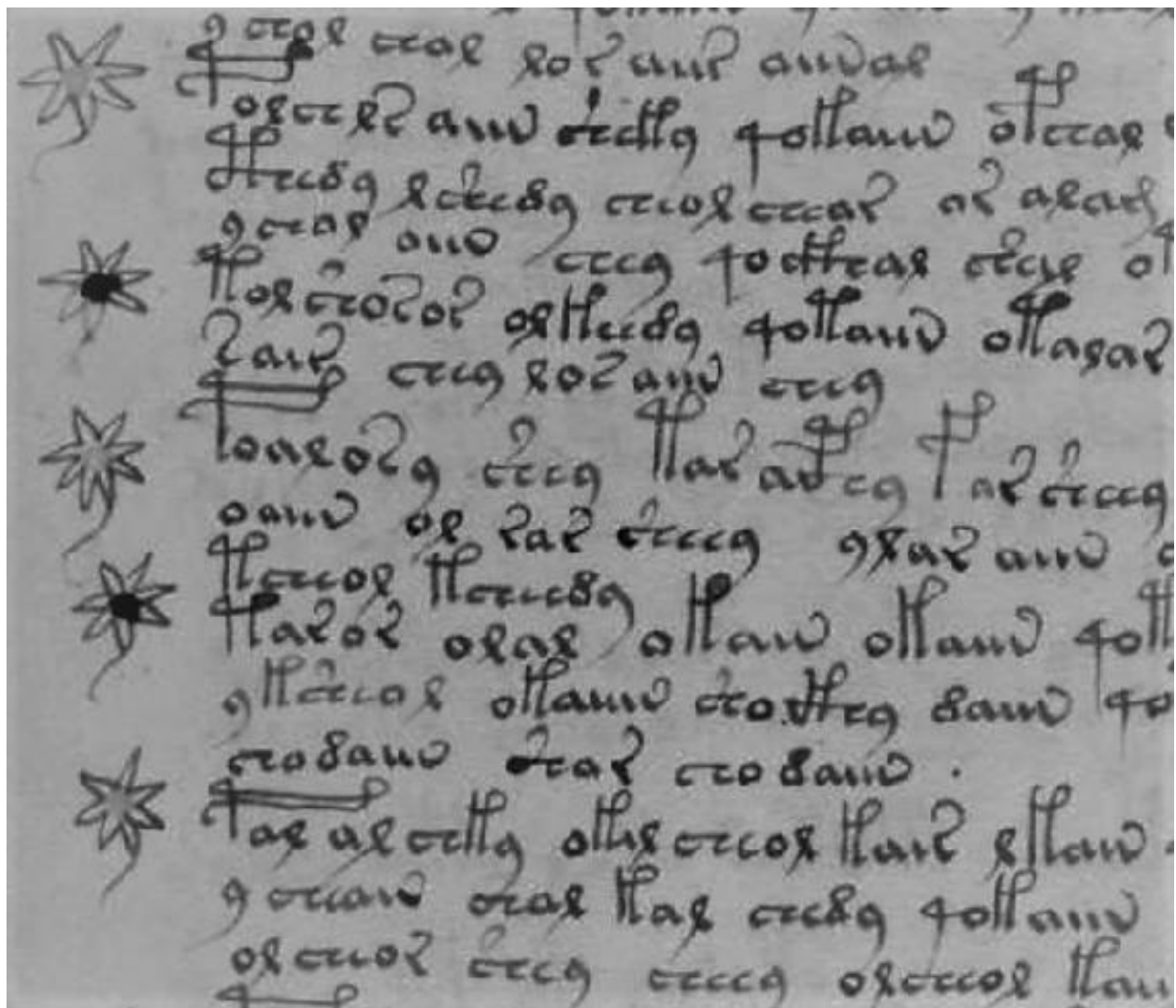
—El escáner no saltó. Limpia.

Los escáneres de armas de fuego son obligatorios en todos los establecimientos públicos desde hace cinco años. Posiblemente, la mayor discusión en nuestra modélica democracia desde la abolición de la esclavitud en tiempos de Abraham Lincoln. La segunda enmienda, enmendada, y un país dividido más de lo que ya estaba. Ni qué decir tiene que muchos hoteles, bares, casinos, cines y lugares de ocio practican la desobediencia civil. En algunos estados, como Texas o Florida, es práctica generalizada. Así que la pregunta siempre es pertinente.

—Nada más, señorita. Le agradezco la amabilidad.

—Es un placer atenderle. No dude en pedirnos cuanto le sea necesario. Estamos aquí para hacer de su estancia una experiencia inolvidable.

Mi aplastante pensamiento lógico me lleva a la conclusión de que esta pobre chica gana una miseria. De este cliente con resucitado saldo a buen seguro espera una succulenta propina. La tendrá, y más si me consigue el *Ribera* prometido.



Con la copa ya llena del necesario combustible, comienzo el trabajo:

—*Manuscrito Voynich.*

El dispositivo *Alfa* comienza a hablar. Mientras lo hace, proyecta sobre el techo fotos de las páginas del volumen, de sus extraños caracteres y de sus no menos extrañas ilustraciones. Anoto mentalmente lo que más me interesa. No va a ser fácil. No tiene por qué serlo, me digo, si nadie lo ha conseguido en todos estos años.

«El libro conserva unas doscientas cuarenta páginas de pergamino manuscritas, agrupadas en dieciocho pliegos. Está ilustrado profusamente, lo que permite adivinar posibles secciones o divisiones en el texto. Una de ellas parece claramente dedicada a la medicina, otra a la biología y otra a la astronomía. Ciento setenta mil caracteres, pero solo veinte o treinta letras diferentes (...) El libro debe su nombre moderno a un librero ruso-americano, Wilfred M. Voynich, que lo compró en 1912. Voynich lo habría conseguido en Italia de manos del entonces superior jesuita, Petrus Becks, que se vio obligado a vender algunos de sus muchos volúmenes para hacer frente a las penurias económicas causadas por la reciente supresión de la Sociedad de Jesús. Poco se sabe de los avatares del 'Manuscrito Voynich' hasta ese año de 1912. Voynich estaba convencido de que el manuscrito era obra de Roger Bacon, que lo habría escrito de

forma cifrada para esconder sus descubrimientos científicos en el siglo XIII (...) En el año 1931 Wilfred Voynich fallece, y la propiedad del libro pasa a su viuda. Antes y después se suceden los intentos por comprender sus jeroglíficos. El reto por descifrar el enigma llega hasta el gobierno estadounidense que, terminada la segunda Guerra Mundial, encarga la tarea a sus más prestigiosos criptógrafos militares (...) La viuda de Voynich guardó el libro en una caja de seguridad hasta su muerte, en 1961. Entonces fue vendido por su heredera a un anticuario neoyorquino, H. P. Kraus. Cansado de esperar comprador, este terminó donándolo en 1969 a la Universidad de Yale, donde permanece hasta hoy. Con la llegada de internet a finales del siglo XX, el número de personas que han intentado su comprensión, con regular, mala o peor fortuna, son legión...»

Bien. Hasta aquí la historia moderna del manuscrito, me digo al tiempo que paladeo el contenido de mi copa. Dicto una nueva búsqueda.

—Voynichés.

«Supuesto lenguaje contenido en el “Manuscrito Voynich”. Hay varias teorías sobre el mismo. La más antigua nos dice que el libro utiliza simplemente un alfabeto cifrado. Las letras habrían sido sustituidas por caracteres, y estos revueltos de alguna forma más o menos complicada. Solo hay que encontrar el algoritmo adecuado para invertir el proceso. Este método se conoce desde antes de la posible fecha en la que habría sido escrito el libro, por lo que siempre se ha considerado una hipótesis plausible. El problema es que resulta demasiado sencillo para la actualidad, porque no hay cifrado que se resista a un ordenador actual realizando combinaciones y permutaciones a toda velocidad. Como no se ha resuelto, se piensa que el sistema original era tremendamente complejo, introduciendo falsos espacios entre las palabras o eliminando las vocales...»

«Pues no parece fácil», me digo deteniendo la vista sobre los garabatos contenidos en la página proyectada que me ofrece el *Alfa*. Parece un ejército de hormigas. De hormigas borrachas.

«Otro grupo reducido de investigadores cree que es necesario un segundo libro, o alguna clase de guía, para traducir el texto. El manuscrito podría ser descifrado si se encontrara ese segundo libro desconocido de códigos. A menos que se haya incluido en el propio “Manuscrito Voynich”, la traducción será imposible...»

No me ayuda mucho esto. Veamos con el siguiente grupo de chalados.

«La tercera teoría tiene numerosos partidarios en internet. Aunque fue inventada en 1499 por el sabio Johannes Trithemius, siempre ha estado de moda en los manuales de seguridad informática. Se llama técnicamente ‘esteganografía’. No es otra cosa que un mensaje oculto en un mar de textos sin significado útil. Esta teoría es tan difícil de probar como de refutar, porque el camuflaje de los mensajes secretos puede ser tan complejo como se quiera...»

Claramente vamos a peor. Mucho peor.

«Los lingüistas son partidarios de otro tipo de explicaciones. Algunos piensan que simplemente se trata de un lenguaje exótico, escrito en un alfabeto desconocido. Posiblemente originario de Asia, con palabras cortas y patrones que variarían con el tono de voz. A su favor podría aliarse la historia del manuscrito, si se consiguiera probar que el libro procede de Oriente, traído en alguno de los viajes de Marco Polo, o bien más tarde por un misionero — quizá jesuita— utilizando la ruta abierta por Vasco de Gama en 1499...»

«¿Una variante del chino?» Me deprimó.

«La más moderna de las explicaciones es la que sugirió Friedman, un famoso experto en criptografía militar. El lenguaje sería nuevo, construido de una forma lógica desde la nada. El

significado de una palabra podría deducirse de una secuencia de letras y, por tanto, estas palabras nuevas serían ricas en prefijos y sufijos. El aspecto que ofrece el ‘voynichés’ indica que puede ser así, pero el problema radica en que no se conoce el significado de estos prefijos o sufijos, aun cuando se hayan podido identificar con cierta claridad (...) El último grupo es el de los escépticos. Para ellos el “Manuscrito Voynich” no es más que un camelo, un tremendo galimatías sin significado alguno. Una estafa pensada para engañar a Rodolfo II, un rey tan ingenuo como crédulo.»

Un camelo gigantesco. Eso sí suena bien. Y lógico. Le preguntaré al *Alfa* acerca del pardillo.

—Rodolfo II.

«La mayoría de los investigadores del libro coinciden en que Rodolfo II habría sido el primer propietario del “Manuscrito Voynich”. Rodolfo II fue rey de Bohemia y Hungría, y emperador de lo que se conocía como el Sacro Imperio Romano. Sobrino del gran rey Felipe II, vivió durante su adolescencia en la corte española, donde desarrolló el gusto por el arte, las ciencias y las matemáticas, además de una personalidad oscura y depresiva que le acompañaría toda su vida. Rodolfo estableció su propia corte en la ciudad de Praga. Allí mandó construir un singular museo privado. En sus largas galerías se exhibían miles de pinturas y de esculturas, de piedras preciosas y monedas, así como rarezas de todo tipo. Por los pasillos de este laberinto el afortunado visitante podía tropezarse con multitud de animales exóticos campando a sus anchas, o cruzarse con personajes de la más variada índole. Rodolfo II acumuló para su museo todo tipo de grabados, manuscritos y libros de aquella época, cultivando la amistad no solo de pintores, filósofos o místicos, sino también la de científicos como los propios Tycho Brahe y Johannes Kepler, a los que sufragaba los gastos de sus investigaciones astronómicas. Es en este entorno mágico donde aparece por primera vez el “Manuscrito Voynich”.»

Tengo sueño. Creo que es suficiente por hoy, me digo apurando el último trago de mi copa, que también es la última de la botella. Hay que apagar.

—Conclusión *Voynich*.

«Hay quien sostiene que el “Manuscrito Voynich” es un libro de medicina olvidado por unos extraterrestres que visitaron la Tierra...»

No puedo contener la carcajada. Me levanto a orinar. Toda vejiga tiene un límite, ya sea la de Tycho Brahe o la mía propia. Tycho Brahe. Todo un personaje de los tiempos en los que le tocó vivir. Matemático imperial, nada menos. Qué bajo hemos caído los matemáticos en el siglo XXI. El mayor intelecto de su época cuando estaba sobrio. Y cuando no, también.

Vuelvo a la cama aliviado y bien pensado.

La idea de que tanto el famoso astrónomo danés, Tycho Brahe, como su pupilo, el también matemático y no menos famoso Johannes Kepler, hubieran podido pasar las páginas del *Voynich* me ha dejado sorprendido. Antes de apagar la conexión, le pregunto al *Alfa* si sabe algo de esto. Me responde que no hay constancia, pero que algunas obras de ficción, en concreto un par de novelas escritas por un astrónomo español hace más de veinte años, juegan con esta posibilidad. Prometo descargarlas en cuanto tenga oportunidad. Ese Tycho era un genio del Renacimiento. Como el gran Leonardo da Vinci.

Leonardo. «*Leo*». Mi nombre de guerra.

Creo que va siendo hora de comenzar a explorar otras vías.

El cansancio parece desaparecer de mi cuerpo.

Todo empezó al finalizar mis estudios de doctorado en el MIT. La segunda gran depresión. El veintinueve. Todos los números son igual de bellos, pero este parece empeñado en generar el miedo cada cien años, como si del ominoso cometa Halley se tratara. Mal augurio. No era previsible que la guerra fratricida entre las poderosas multinacionales tecnológicas estadounidenses acabara de esa manera. Pero bastó la oportuna fusión ordenada por el partido comunista chino de sus tres gigantes —*Lenovo, Huawei y Xiaomi*—, para hundir el mercado tecnológico occidental. Solo se salvó *Alpha*, y no le salió gratis. Sometida a la «*Gran Muralla*», calificativo como se conoce desde entonces hasta hoy al enorme consorcio oriental, sus prácticas cayeron de lleno en el monopolio, el control indiscriminado y la censura más abyecta, hoy favorecida por la inquietante administración de Donald Trump Jr. Acceso total a los servidores de *Alpha*. La ley del embudo. La peor de las ficciones hecha realidad.

Ahora desconecto mi dispositivo *Alfa*. Incluso extraigo su batería de cesio. También bajo la persiana. Hay drones espía casi del tamaño de un mosquito.

Lo que algunos hicimos entonces es calificado hoy por muchos como cibercrimen. Otros dimos en llamarlo simple libertad. Rompimos las reglas, creamos nuestra propia «Red». Proporcionamos las herramientas, las claves, los códigos, los nuevos lenguajes. Un proyecto prodigioso que no solo ha sobrevivido hasta hoy, sino que sigue creciendo día a día de forma anónima. Imparable desde su concepción, indestructible en su ADN. «¿Qué hago yo trabajando ahora para *Alpha*?» Sonríe. Necesito dinero. Dejaré por unas semanas de lado mis convicciones y les sacaré unos cuantos de los grandes. Al fin y al cabo, solo es un viejo pergamino posiblemente indecifrado del todo. Nadie me pedirá cuentas, y menos los extraterrestres. No creo que se les ocurra volver por aquí para ver en qué nos hemos convertido los terrícolas. Además, necesito diversión para mis neuronas oxidadas.

Brindaré con otra copa para celebrarlo. Y otra más también por Tom. Claro que para eso antes tengo que pedir otra botella.

He vuelto a quedarme dormido durante un par de horas. Creo que es mejor así. Me siento despejado. El alcohol aguza el cerebro, pero también lo distrae. Mis ideas más brillantes y mis mayores errores están en la misma botella. Cada conexión requiere de un protocolo estricto de seguridad con precisos movimientos para no dejar rastro.

Voy a entrar en la red profunda. Mi «Red».

Cada vez que lo hago es un viaje al pasado. No hay *Alfas* que valgan. Nunca debemos usar *Alfas*, aunque tampoco servirían de mucho porque sus protocolos son inútiles en la red profunda. Un pequeño periférico basado en los legendarias *Raspberry-Pi* de hace más de veinte años contiene todo lo necesario. Las páginas son muy básicas, lentas y pesadas, y contienen gran cantidad de información, la mayor parte sin significado aparente. También hay vínculos a otras páginas de nuestro proyecto, tablas criptográficas y directorios incomprensibles para cualquier profano. Es un *flashback* en el tiempo.

Nosotros no fuimos los primeros en trabajar sobre una red de estas características, pero la reinventamos cuando todo lo que nos enseñaron en la universidad dejó de ser seguro. Con otros tres amigos del MIT me convertí en un experto dentro del proyecto *TOR*, por esas fechas la mejor herramienta para la seguridad en internet. *TOR*, hoy abandonado, se manejaba en la llamada en aquel entonces «red oscura». Esta antigua red fue creada como un experimento de la marina estadounidense para dar privacidad a las comunicaciones, y recibida con los brazos abiertos por un buen número de inquietos estudiantes de informática y matemáticas como yo. Tenía como

objetivo permitir a sus participantes diseminar toda la información y contenido que quisieran, creando una especie de zona de libre circulación donde cualquier tipo de restricción legal careciera de sentido. No se podía identificar ni el origen ni el destino de las transferencias de información. A veces ni siquiera se sabía el contenido de esta, e incluso tampoco si había habido algún tipo de intercambio con ella. Por tanto, cualquier forma de vigilancia o control resultaba imposible.

La «*Gran Muralla*» redujo el proyecto *TOR* a cenizas. Por supuesto, con la inestimable ayuda de las agencias de seguridad estadounidenses y la superviviente *Alpha*. Ningún gran país quería zonas negras en la red, ni China ni, por supuesto, Estados Unidos. Todo tenía que ser transparente y controlable. Y, a ser posible, negociable. La tiranía y el consiguiente monopolio de *Alpha Inc.* fueron inevitables.

Empezamos de cero. Trabajando en nuestras casas y portando los códigos de la nueva red profunda en dispositivos de memoria. Que pasaban de mano en mano, como pastillas o papelinas de droga. Cuando estuvimos suficientemente seguros de que no podíamos ser interceptados, comenzamos las pruebas. Éramos unos inconscientes que sin saberlo nos jugamos la vida en ello.

La nueva red profunda creada por nosotros está distribuida entre los distintos nodos de la red convencional. La idea fundamental era trabajar en redes superpuestas que pudieran usar protocolos y puertos fuera del estándar de la red principal. Para acceder a esta nueva red —y, lógicamente, a sus contenidos— es necesaria cierta información adicional, la cual solo puede ser compartida por un grupo restringido de personas. Esa información incluye obligatoriamente la necesidad de ejecución de un software específico y, para mayor seguridad, la conexión a servidores que no estarán accesibles vía los *DNS* tradicionales. Por esta dificultad de acceso los motores de búsqueda, como el que utiliza *Alpha* —la evolución del mítico *Google* que convirtió en semidioses a sus inventores—, no pueden buscar en estas redes, permaneciendo sus contenidos invisibles para ellos. Para preservar el anonimato de las personas que quieren comunicarse de forma secreta, nuestra nueva red hace un uso intensivo de algoritmos criptográficos. Por ejemplo, es impensable que la información —tanto cuando está almacenada lista para ser compartida, como cuando está siendo transferida— no esté cifrada, de tal forma que si alguien captura algún dato sea difícil, por no decir que imposible, su interpretación.

De momento hemos aguantado más de diez años sin grandes contratiempos, a pesar de que el número de adeptos a la causa crece de forma continua y segura. Por supuesto que saben que existimos. Y nos buscan. Hemos destapado información sensible no solo de los gobiernos chino y estadounidense, también del británico y del ruso, por citar solo los más poderosos. Tráfico de armas, escándalos de corrupción y desvío de capitales, apoyo a dictaduras y ejecuciones encubiertas, alteración de los mercados bursátiles con información privilegiada, incluso terrorismo de estado. Filtramos lo principal y desaparecemos.

Nos buscan, pero no nos encuentran.

Claro que tampoco podemos dejarnos ver y, ni mucho menos, llevar una vida normal. Es fácil sospechar de un nervioso profesor universitario, secuestrarlo, torturarlo y después tirarlo al mar con una piedra atada en los pies, pero complicado fijar la atención en un repartidor de comida rápida habitualmente ebrio. No sería lógico.

Me gusta vivir así. Contra toda lógica.

—Hola. Soy *Leo*. ¿Estás *on-line*, *Bird*?

Obviamente *Bird* es un *nick*, un nombre tan falso como el mío. Una de las normas de la red profunda es que el sistema no puede conocer la identidad real de más de cinco contactos sucesivos, lo suficiente como para llegar al mismísimo Presidente en caso de necesidad. Aunque los últimos inquilinos de la Casa Blanca no han sido de fiar ni por asomo, esta es una regla bienintencionada basada en demostraciones empíricas. El mundo, como reza el aforismo, es un pañuelo. Un pañuelo matemático. Pensemos en dos personas elegidas al azar en Estados Unidos. Cada una de ellas puede conocer por término medio a otras mil personas, contando individuos de su entorno y también contactos directos en las redes sociales. La probabilidad de conocerse entre ellos será de un 1 por 100.000 con la población actual de nuestro país. Pero la probabilidad de que entre ambos exista un conocido en común es tan alta como de un 1 por 100. Si unimos otro amigo más entre ambos, la probabilidad de que la cadena quede conectada es mayor que un noventa y nueve por ciento. Este razonamiento en apariencia increíble lo extendimos a las comunicaciones entre remitente y destinatario dentro de nuestra red. Supongamos que tenemos un usuario que quiere hacer llegar un envío a otro, con una clave personal. Este remitente hace el envío a sus contactos. Que a su vez lo reenvían con el mismo criterio. Al final, el mensaje llega a su destino, y el número de nodos puede ser tan bajo como dos, y tan alto como diez. La mediana de este proceso es de solo cinco personas o contactos sucesivos.

Además de este procedimiento, establecimos una regla en cuanto al conocimiento real en el mundo físico entre miembros de la red profunda. Acordamos que no fuera más allá de tres. Esta segunda norma casi nadie la entiende, pero se cumple porque la impusimos nosotros, los mismos creadores de la red profunda. Como éramos cuatro, igual que los tres mosqueteros, ahí quedó. *Bird* es uno de ellos. En realidad, se llama Phil y adora a las leyendas del baloncesto, aunque practicar deporte nunca ha sido lo suyo. No sé cuánto pesará ahora, pero la última vez que lo vi en Boston ya pasaba de los ciento sesenta kilos, y no tenía intención alguna de empezar una dieta.

—Puede —adivino sorna al otro lado—. Demuéstrame que no eres un *bot* de la CIA.

—Ponme a prueba, pájaro gordo.

—Fíjate en la siguiente serie de dígitos: «0, 5, 4, 2, 9, 8».

—Hecho.

—Dime en menos de quince segundos si el siguiente número de la serie es el «6», el «3», el «1» o el «7». A ciegas tienes un veinticinco por ciento de probabilidades de acertar. Si la cagas, desconexión y troyano de regalo, por entrar donde no debías.

—El «6», por supuesto.

—Correcto. Ahora el siguiente.

—El «7». Esto es un juego de niños —protesto.

—Siguiente. Al cincuenta por ciento, todo o nada.

—El «3». Y el que queda último, obviamente, es el «1».

—Pareces humano, eres bienvenido —replica *Bird*.

—Soy un humano matemático, ya lo sabes.

—Era una prueba de letras —me dice, e intuyo una sonrisa en su oronda y sonrosada cara. Tampoco debo de equivocarme mucho si imagino una caja de pizza y una *Coca-Cola* cerca de su periférico, satisfaciendo tanto su estómago como el más clásico de los tópicos sobre los hábitos alimenticios de los genios informáticos. Yo pensaba y él programaba. Yo bebía y él comía por ambos. O por dos veces ambos.

—No es la primera vez que me pones este acertijo lógico, deberías ser más prudente. Los números están ordenados por orden alfabético, es una trivialidad. Por cierto, ¿qué nivel tenemos

ahora de seguridad en la red?

—Hoy andamos por el noventa y ocho por ciento en promedio, con picos del cien por cien. *Scarlett* tiene activado el monitor de actividad. Ahora mismo ocupamos treinta y seis nodos. Treinta y cinco de los cuales son seguros completamente.

—Es extraño eso. Lleva ocurriendo las últimas semanas. ¿Qué usuario accede de forma tan imprudente? —pregunto algo inquieto.

—La misma *Scarlett* —contesta Phil—. Está haciendo cambios en los cifrados de verificación. No hay problema.

Scarlett es la máxima encargada de la seguridad de la red profunda. Es otro de mis contactos permitidos. No la he vuelto a ver en persona desde los tiempos del MIT. Coincidíamos en las clases de física y no tardó mucho en dejarse seducir por nuestro singular proyecto. Su profesionalidad está fuera de toda duda.

—Y bien, ¿qué te trae por aquí, *Leo*? ¿A qué debo el inmenso honor?

La ironía de *Bird* está justificada. Llevo casi dos semanas sin entrar en la red profunda, distraído entre los viajes y mis desesperadas actividades en búsqueda de dinero. Así que directamente espeto mi pregunta a Phil.

—¿Tenemos indexada información propia de un legajo conocido como *Manuscrito Voynich*? *Wikichild* no aporta nada interesante.

—¿Te extrañas? —responde Phil—. No deberías contaminarte conectándote a esa basura. Toda su información está manipulada, sesgada y triturada.

—Tú también deberías hacerlo de vez en cuando. No llevar un *Alfa* en la muñeca es tan raro como no tener agujero en el culo.

—Casi no salgo de casa —me envía una carcajada con antiguos *smileys*.

—Ya no cabes por la puerta —replico con más monigotes.

—¿Por qué lo quieres saber? —responde a mi primera pregunta con otra.

—Ahora trabajo para *Alpha*.

—Tú sí que estás loco —adivino su sorpresa—. Te dije que dejaras la bebida, que no puede traerte sino problemas. La *Coca-Cola* la inventamos nosotros. Pero la cerveza la inventaron los nazis, y el vino los fascistas romanos.

—Entrar en *Wikichild* no te vendría mal para algunas cosas —le contesto después de leer sus respuestas disparatadas—. Y no te preocupes. Ni se imaginan quién soy ni a qué me dedico.

—¿Cómo han dado contigo? Porque supongo que no has sido tú el que les ha enviado tu currículum.

—Mi currículum, como el de todo bicho viviente, lo tienen con solo susurrárselo a un *Alfa*. Pero allí se habla nada más de lo que yo quiero que se hable. Un borracho trastornado por las matemáticas que malvive repartiendo pizzas por cuatro dólares y las propinas.

—Tráeme una a Boston. Y rapidito que se enfrían pronto. Hablar contigo siempre me dio hambre. La ansiedad me mata, amigo mío —más *smileys*.

—No tengo vehículo hoy —le sigo la broma antes de continuar con mi historia—. Entré en un portal de contactos gais —reconozco ruborizado, cosa que él, naturalmente, no advierte.

—Espero que no lo hicieras por aquí, Fran. Todos conocen que estamos depurando los accesos a contenidos sexuales de alto voltaje en la red profunda, y no por un falso puritanismo, sino precisamente para evitar el tráfico de carne humana. No es la primera vez que nos cuelgan el sambenito de pederastas, entre otras lindezas, en el afán de acabar con nosotros. Nos echan la basura y lo sabes.

—No me tomes por tonto, Phil —le contesto—. Estaba aburrido y le pedí a mi *Alfa* un poco de distracción. Es largo de explicar, pero al final conocí a un chico interesante. E interesado en ese manuscrito. Es un modesto analista y programador de *Alpha Inc.* Él les envió mis referencias debidamente maquilladas. Se supone que ahora edito contenidos para su *Wikichild* —le miento.

—Entonces quieres ligar por la vía intelectual —me bromea Phil que parece haberse tragado el anzuelo. No quiero ni debo darle mayores explicaciones, y por supuesto tampoco contarle a Phil que a mi nuevo amigo le han rebanado el pescuezo casi delante de mis narices hace unas horas.

—Algo así.

—Aquí tengo algo. Doscientas setenta y dos páginas de grueso pergamino de piel de cabra.

—¿Cómo dices? —pregunto extrañado.

—Piel de cabra. Aunque podría ser de oveja o de otro animal común. Papel vitela de becerro, esa es otra buena opción. Al menos es lo que dice nuestra resucitada *Wikipedia*.

Wikipedia fue durante muchos años la mayor y mejor enciclopedia libre en la red abierta. Hasta la conocida crisis del veintinueve. Su fundación fue entonces acusada de financiarse con el blanqueo de fondos provenientes de los casinos ilegales de apuestas *on-line*, con el único fin de desprestigiarla y controlar sus contenidos. Prohibida en numerosos países, se estrangulaban por completo sus fuentes de ingresos, y los *wikipedistas* pasaron a ser una especie de proscritos. La nueva *Wikichild*, un foro de conocimiento controlado y basado en el clásico modelo publicitario, creada por *Alpha Inc.*, pronto consiguió que la gente olvidara la clásica y desinteresada *Wikipedia*.

Eso fue así hasta que pusimos en marcha la red profunda. La recuperamos, filtramos los contenidos espurios que la habían arruinado y fomentamos su reedición revisada por un nutrido grupo de internautas independientes. Algunos reputados *wikipedistas* se cuentan también entre nuestros colaboradores.

—No me refiero al pergamino —aclaro—, sino al número de páginas. Repítame el dato, por favor.

«Parcialmente dañada e incompleta, se estima que poseía unas doscientas setenta y dos páginas que estaban agrupadas en unos veinte pliegos, de los cuales se conocen diecinueve. En total, doscientas cincuenta y seis páginas conservadas en la Biblioteca Beinecke de libros raros y antiguos de la Universidad de Yale, en New Haven.»

—Que es el lugar donde estoy ahora, en un triste hotel de New Haven. Pero no se lo digas a nadie.

—Qué no harás por un poco de cariño, Francis.

—Tengo que dejarte, Phil. Gracias por la información —más *smileys*.

—No te olvides de la pizza, genio —una última carita feliz y tras ella un pantallazo gris.

Bien. Comienzo el rompecabezas.

Estoy consultando entradas enlazadas por la fiable *Wikipedia*. Según la antigua enciclopedia virtual, el emperador Rodolfo II pudo haber pagado 600 ducados por el extraño manuscrito a un vendedor desconocido, en la creencia de que este podía contener los secretos de la piedra filosofal. Poco después el libro habría pasado a manos del jardinero real, al que el rey adeudaba dinero, como una forma de pago en especie. Vuelve a aparecer en poder de un tal Georg Baresch, un alquimista de Praga amigo del jardinero, que confiaba en que el mayor sabio de la época, el jesuita alemán Athanasius Kircher, podría entenderlo. Kircher afirmaba haber descifrado los jeroglíficos egipcios y mantenía correspondencia habitual con los misioneros de la Sociedad

diseminados por todo el mundo, en especial aquellos que conocían el chino y otras lenguas orientales. Con este fin, Baresch envió una muestra del manuscrito a Roma, pero Kircher parece que hizo caso omiso de la misma. O, al menos, no hay mención alguna de ello en su abundante correspondencia.

La antigua *Wikipedia* especula también con que el envío del alquimista al antiguo erudito jesuita contenía el primer pliego perdido. Finalmente, tras la muerte del tal Baresch, el libro llegó a las manos de su buen amigo Marcus Marci, por aquel entonces rector de la Universidad Católica de Praga. Este terminó por enviar el manuscrito completo a su viejo maestro Kircher. La carta que acompaña el envío se conserva junto con el libro en la Biblioteca Beinecke de Yale, y está datada en el año 1665.

Hasta aquí todo en orden, salvo un pequeño detalle. Falta otro pliego de dieciséis páginas que *Alpha Inc.* ha hecho desaparecer.

Tendré que preguntarles la razón.

—¿Cómo te va, Fran? —recibo el eco sintético en mi *Alfa*—. ¿Te hace falta más dinero?

Podría decir que sí, pero mentiría. No llevo ni un día de trabajo y no he salido del hotel. Cuento seis botellas de vino vacías y unos cuantos platos sucios como todo gasto.

—¿Por qué falta un segundo pliego del manuscrito? —pregunto sin andarme por las ramas. Al otro lado de la línea se hace un prolongado silencio. Intuyo consultas o dudas—. ¿Se han limpiado el culo con él?

—Eres bueno, Fran. Realmente bueno. Pero no falta nada.

—¿Por qué falta? —insisto. Otro silencio más largo que el anterior.

—Estaba en blanco —recibo como respuesta esta explicación inverosímil—. No merece la pena digitalizar páginas en blanco. Así que no falta nada.

—Gracias. Solo era curiosidad, no me salían los números. Y ya sabe —añado—, que yo soy bueno en eso.

—Sí, sí que lo eres. Llama cuando te haga falta, siempre estamos aquí.

«¿Estamos?» Todavía no conozco a uno solo de mis clientes.

—Una cosa más —reparo—. ¿Dónde está ese pliego inútil? Porque no ha podido ser robado la otra noche —argumento.

Una tercera pausa interminable. Por un momento pienso que me han cortado la comunicación. Al final, vuelve la voz sintética a sonar a través del *Alfa* que me ha dejado Tom en herencia. No tengo que olvidarme de volver a brindar por él en cuanto acabe esta extraña conversación.

—Lo destruimos, naturalmente.

—Claro, lo entiendo. Todo muy lógico —ironizo—. Nada más por ahora —zanjo el espinoso asunto y desconecto.

Creo que va siendo hora de dar un paseo para aclararme las ideas.

Vuelve a ser de noche en New Haven.

Decido visitar algún local nocturno para tomar una copa, pero no hay mucho donde elegir. Finalmente, el bueno de Tom por boca de su *Alfa* me indica un antro gay a unas manzanas del hotel. Pero me aburro soberanamente. Solo hay carcamales y no sirven más de una copa por cliente. Salgo. Volveré al hotel. No merece la pena tomar un autotaxi y decido seguir caminando. Estoy tan absorto en mis pensamientos que no los veo venir.

—Quieto maricón —me espeta el más alto de los dos—. Danos el *Alfa* y no te pasará nada.

Esto es un problema. Un gran problema. Pero dura poco.

No me acordaba de Elsa.

En un abrir y cerrar de ojos ha derribado a los dos asaltantes, y ahora los está friendo con una descarga de táser de un par de miles de voltios. Huelo a carne quemada.

—Será mejor que vuelvas al hotel antes de que te huelan otros. Apesta a forastero.

A mí solo me llega el olor a barbacoa, pero decido hacerle caso.

—Gracias *superwoman*. Si tuviéramos un hijo con tu inteligencia y mi fuerza... Ríete del legendario Chuck Norris.

—Sí, el único que puede dividir por cero. Conozco la tontería, Francis. Eres idiota además de guapo. Lárgate ya.

Obedezco y en unos minutos estoy entrando de nuevo por la recepción. Cómo no, mi sonriente amiga me saluda.

—Buenas noches, señor. ¿Ha cenado ya?

Le contesto que no y hago el gesto de que me suban la comida. No tengo muchas ganas de hablar después del susto. Adivinando mis pensamientos, al pollo y a la ensalada habituales los acompañan una botella de *Ribera*. Se está haciendo querer. Será la madre de mi segundo hijo, si se tercia. La próxima vez tendré que preguntarle cómo se llama. O tal vez me sea suficiente con leer la chapa que lleva en la blusa.

Después de cenar y ver alguna proyección más decido dormir unas horas. Mañana será otro día, espero que con menos sobresaltos. Además, tengo un plan. Tan obvio y sencillo que insulta a mi inteligencia. Pura lógica.

Me he levantado temprano y como nuevo. Casi no bebí anoche. Me ducho con agua fría según es mi costumbre, aunque esta vez no me hace falta despejarme. Bajo por las escaleras sin utilizar el ascensor. Como uso deportivas no hago apenas ruido, y la vieja maquinaria del elevador no molestará.

Al llegar a la recepción encuentro a mi amable amiga besándose apasionadamente con el vigilante nocturno. Carraspeo y sonrío. No puede evitar sonrojarse al verme aparecer tan de repente. El vigilante, en contra de sus obligaciones profesionales, huye despavorido al darse cuenta de mi presencia.

—Buenos días, Cathy —y esta vez tengo tiempo de leer la chapa en su desabotonada blusa—. ¿Podrías gestionarme un autotaxi para dentro de cinco minutos? Es el tiempo que me lleva tomar un café expreso de la máquina.

—Buenos días, señor —me responde la recepcionista, que no ha tardado ni quince segundos en recomponer la postura y activar el *Alfa* silenciado del mostrador—. Por supuesto. Y —añade—, perdone por la escena.

—No tengo nada que perdonarte —la tuteo, pues entiendo que la embarazosa situación da lugar a la confianza—. Trabajas demasiado. No te he visto librar desde que me hospedo aquí, y ya son casi tres días.

—Mi compañera está enferma y tengo que cubrir su turno. Mire esto.

Miro hacia el cajón que abre ante mí. Hay una peluca rubia y algunos cosméticos.

—De vez en cuando aparecen los dueños del hotel. Entonces Jim me avisa —supongo que se refiere al atento vigilante— y me hago pasar por ella mientras dura la inspección rutinaria. Apenas conocen a sus empleados.

—Ahí está mi taxi, Cathy.

Me llevo el café agarrado como los cangrejos. Hierve.

—¿Vendrá a comer? —acierta a gritarme mientras salgo por la puerta. Me encojo de hombros como toda respuesta. Ciertamente, no tengo ni idea.

—¿Destino?

El autotaxi me hace la pregunta habitual. Son de pocas palabras, y con los más viejos hay que tener paciencia y esforzarse en vocalizar correctamente. Son duros de oído. Pero he tenido suerte y ha venido a buscarme uno de esos nuevos vehículos llamados *CityTeslas*, que llevan incluso máquina dispensadora de café. Me siento ridículo con mi aparatoso vaso de papel achicharrándome la mano camino, de nuevo, de la Biblioteca Beinecke. No hay forma de echarle un trago. Muy moderno el coche, pero sin extintor.

Porque vuelvo al lugar del crimen. Y nunca mejor empleado el término.

La idea se me ocurrió después de hablar con Phil y, tras el desagradable incidente nocturno, me parecía oportuno llevarla a efecto cuanto antes. El campus de la Universidad de Yale se parece poco al de la otra noche. Bulle de gente joven y de actividad. Sonríe y me acuerdo de mis años en Boston, de la pasión que irradiaban los centros del MIT y de los comienzos de la red profunda. Me fijo de manera especial en una pareja que se abraza en el césped de forma ardiente. Parece amor —y tal vez lo sea también— pero disimuladamente se están pasando algo de hierba. Hay cosas que nunca cambiarán. Los que fumaban crecieron y entonces prohibieron a sus hijos fumar. Así, generación tras generación. Estos chicos no serán una excepción si quieren llegar a presidentes.

El autotaxi se ha detenido en *Groove Street*, la misma calle en la que me recogiera la gran limusina negra la noche del mismo color. Bajo y me encamino directamente al enorme cubo de la Biblioteca Beinecke. Por la plaza deambulan alumnos, profesores, curiosos como yo y unos cuantos policías. Mala cosa. Me pregunto si mi contacto en *Alpha Inc.* resolvió el asunto de Tom. Es más, me pregunto qué habrán hecho con él. Yo, a excepción de beber repetidamente en su memoria durante estos dos días, nada de nada.

«Tampoco éramos tan amigos», me justifico. El roce hace el cariño, pero poco más.

La puerta de la Beinecke se abre de forma automática cuando llego ante ella. Mi *Alfa* parpadea. Es parte del protocolo de seguridad. En apenas un par de segundos todo mi historial delictivo —si lo hubiera— aparecería en los monitores del control de seguridad. Las puertas se han abierto así que todo está bien. Vía libre. Ahora toca el escáner. Nunca he tenido un arma. Puedo seguir. Los tornos con luces verdes me conducen hasta la primera ventanilla en la que al fin puedo encontrar una persona de carne y hueso.

Sin duda fue mucho más fácil entrar aquí la otra noche.

—¿Turismo, trabajo o personal de la Universidad?

La persona que atiende desde el otro lado del cristal no levanta la cabeza. Me habla la grabación. Distingo una poblada coleta, así que supongo que se tratará de una mujer. Dudo entre las dos primeras opciones.

—¿Turismo, trabajo o personal de la Universidad? —repite en el mismo tono la voz distorsionada.

—No sabría decirle, señorita —contesto—. Supongo que turismo.

La interpelada levanta la cabeza. Las barbas le llegan hasta el suelo.

—¿A qué ha venido? —me dirige al fin la palabra, con un tono muy diferente al de la máquina. Parece molesto. Me armo de valor y se lo suelto directamente.

—Vengo a consultar el... *Manuscrito Voynich*.

El semblante del empleado de la Beinecke cambia por completo.

—¿Otro chalado? ¿No ha visto *WikiNews*?

He visto las noticias, por supuesto. Pero el robo de un antiguo libro en la Beinecke apenas ocupaba unas líneas, y no había mención alguna al supuesto asaltante muerto. Le contesto que no, por si acaso me he perdido algo entre botella y botella.

—La otra noche entraron, desconectaron la seguridad y se lo llevaron. Fin de la historia.

—¿Fin de la historia? —pregunto desconcertado.

—Fin de la historia —me responde—. Si quiere, puede consultar alguno de sus facsímiles. No encontrará la diferencia.

El *Voynich* fue replicado completamente —o casi— alrededor del año 2020 por encargo de la dirección de la Beinecke a unos artesanos españoles, y las copias fueron vendidas entre los admiradores del libro a un precio tan alto como su fama. Hoy en día hay circulando alrededor de un millar de estos volúmenes, debidamente autorizados y firmados por los dueños de la biblioteca y los propios copistas, que esmeraron su trabajo en todos los aspectos conocidos: tintas, pergaminos, dibujos, encuadernación, texturas o envejecimiento de materiales. En opinión de los conservadores, un excelente trabajo que fomentó el afán por su traducción y ayudó a preservar el manuscrito original.

—Es una historia muy corta —replico—. ¿Ayudaría esto en algo?

Le enseño la pantalla de transacciones bancarias de mi *Alfa*.

—Podrían echarme.

Añado un cero a la derecha de la primera cifra mostrada.

—No tendrá problemas hasta encontrar otro trabajo. ¿*Ok*?

El barbudo afirma con la cabeza. Su dispositivo *Alfa* y el mío intercambian parpadeos verdes. Tan amigos ellos. Ahora nos toca a nosotros.

—Obviamente no se llevaron el original. Lo que estaba en la vitrina era uno de los facsímiles —me confiesa—. De ahí que no se le haya dado mayor importancia salvo en el aspecto de la publicidad. Nos conviene hacernos las víctimas para que aumenten las subvenciones. La vigilancia es pésima y los sueldos de los que trabajamos aquí son de miseria.

—Tal vez nuestra recién nacida amistad contribuya en algo a paliar esa precaria situación —añado sintiéndome dueño del instante—. Un paseo por la ubicación del manuscrito ayudaría mucho.

El bibliotecario se levanta pesadamente y me indica con un gesto que le siga. Ahora reconozco mejor el lugar. La gran pecera central con sus cinco plantas rodeada de enormes vidrios blindados, la pequeña exposición formada por los ejemplares más raros, valiosos y solicitados. Todo tal y como estaba la otra noche. Excepto los monitores de vigilancia, que permanecen plegados para dejar entrar una mortecina luz a través de las ventanas de mármol traslúcido, extrañamente bello.

—Ahí estaba.

No veo nada raro. Todo parece en orden. La vitrina reparada y otro manuscrito idéntico en su lugar. Pongo cara de extrañeza y reparo en ello.

—Naturalmente, hemos reemplazado la copia robada por otra. Por cierto —añade—, si tanto es su interés tal vez esté interesado en adquirir una. Si es así le advierto de que no son baratas, aunque supongo que eso no le importará conociendo su generosidad —sonríe.

No tengo que pensármelo y le pido una. Me facilitará el trabajo encargado y no hay gasto mejor

justificado de cara a mis generosos mecenas.

—Creo que todavía nos quedan dos en el almacén del piso inferior. Iré a mirar. Mientras tanto puede curiosear a sus anchas. Hay poca gente hoy. Mientras no se lleve la *Biblia* vieja, no hay pecado.

En efecto, apenas una docena de personas en toda la Beinecke. Ninguna por debajo de los sesenta años. Leer se ha convertido en un ejercicio de ancianos. Examino de nuevo la urna que contiene la réplica. Está protegida por una alarma bastante elemental. Sobre el libro está posado un dróptero. Si alguien tocara el libro, saltaría. Ahora miro el suelo. Es una moqueta de color oscuro, seguramente para disimular la suciedad. Debajo de la nueva urna tiene un color algo más claro que en el resto. Parece haber sido limpiada recientemente, pero queda una mancha. Me agacho para observar mejor. También en los travesaños del soporte metálico de la vitrina hay una salpicadura color carmín casi inapreciable. La froto con los dedos. Sin duda, es sangre. La sangre de Tom.

—¿Buscando problemas? —es la primera vez que me bromea el empleado, del que no sé su nombre—. Si mueve cualquiera de los atriles —continúa— saltan los bichos.

—Sí, me he fijado en los minidrones. Supongo que son eficaces.

—La otra noche no demasiado. Los bloquearon con un simple *Alfa*. Pero son baratos.

Me quedo pensando en lo que acabo de oír. Lo anoto en mi cabeza.

—Aquí tiene. Copia visada y certificada con el número 666 del *Manuscrito Voynich*. Datada en Burgos el 15 de noviembre del año 2019. Espero que no sea supersticioso.

—No, no lo soy. Puede cobrármela —le digo tendiendo mi muñeca hacia la suya.

—Ya está. Cuídela. Solo nos queda otra nueva y los papeles comerciales con los europeos son interminables. Burgos está en España, por si no lo sabe.

—Lo sé. Soy medio español —replico algo indignado—. Si va por allí no deje de visitar su catedral. También hay un *KFC*, por si gusta más del pollo frito que del gótico.

Por toda respuesta se encoge de hombros. Le trae sin cuidado. Examino mi *Alfa* y veo que la cantidad de dinero descontada por la compra del facsímil del *Manuscrito Voynich* es excesiva. Le miro y vuelve a levantar los hombros.

—Comisión por adquisición de ejemplar libre de impuestos. Puede revisar el recibo de la compra, si quiere.

No quiero. Decido que ya es hora de irme. Tengo muchas cosas en qué pensar.

La primera de todas ellas, averiguar dónde está el manuscrito original.

—¿Dónde está Cathy? —pregunto a la nueva recepcionista al llegar al hotel.

—Donde siempre estoy —me bromea la propia Cathy bajo su peluca rubia. Está irreconocible.

—Magnífico disfraz —le sonrío—. Tengo un poco de prisa ahora, así que te pido que me suban la comida. Lo de siempre, aunque acabe verde y con plumas.

—Lo encargo en cocina. Si es que me conocen.

Ríe. Entro en el ascensor con mi precioso facsímil del *Manuscrito Voynich* bajo el brazo. Suspiro. Si no soy capaz de reconocer un simple disfraz hecho con un poco de maquillaje barato y una peluca plástica, mala cosa. Me muevo entre copias y originales como un pollo sin cabeza. Creo que ya solo distingo vinos.

Coloco el volumen sobre el pequeño escritorio de la habitación. Hago un rápido examen visual. No es tan grande como le parecía a Phil. Incluso me parece curiosamente pequeño. Un palmo aproximado de alto y poco más de cinco centímetros de grosor. Le cuento, en efecto, doscientas

cuarenta páginas reproducidas. Faltan dos pliegos, cada uno de dieciséis páginas, que han quedado por copiar. Luego volveré a pensar sobre ello. Paso las hojas con cuidado, como si se tratara del libro original. El facsímil es una auténtica obra de arte. Mi *Alfa* se enciende.

—Fran, ¿todo bien en tu segunda visita a la Beinecke?

Al otro lado del dispositivo, en algún lugar del mundo, está mi contacto de *Alpha*.

—No puedo quejarme. Esta vez no han matado a nadie e incluso me han regalado un libro — ironizo.

—Regalo no es la palabra exacta —responde—, pero asumimos con gusto el coste de la réplica. Es natural que quieras tener una, tienes mucho que trabajar con ella.

—¿Dónde está el ejemplar auténtico? —me voy a acostumbrando a preguntar a bocajarro. Al igual que ocurriera en la última conversación que mantuve con ellos, tengo que esperar durante unos segundos eternos la respuesta. Así que repito la misma pregunta que ya les hice—. ¿Se han limpiado el culo con él?

—Está en un lugar a salvo de ladrones tontos como tú, en una de nuestras cajas de alta seguridad en California. Hace un año pagamos una cantidad enorme por él, y acordamos con la propia biblioteca mantener la discreción sobre su ubicación como parte del acuerdo de compraventa. Sus empleados tienen instrucciones precisas al respecto y son de fiar.

No voy a discutir sobre ese punto. «¿Yo soy el tonto?»

—Entonces, ¿qué diablos sucedió la otra noche? —levanto algo la voz.

—Algo que no esperábamos. Pusimos un cebo y se nos escapó el ratón de la biblioteca.

—¿Tom y yo éramos un cebo? —estallo perdiendo los nervios—. Pues no me va este papel. No más mentiras. Quiero una respuesta clara o fin de la historia —amenazo, haciendo mía la frase del bibliotecario mentiroso.

—No estás en condiciones de elegir —me responde—. Y el cebo era Tom, tú nunca corriste peligro alguno. Pero podríamos reproducir la escena del crimen esta noche, o mañana. Cuando queramos y a nuestro gusto. Solo hay que colocar el cadáver en su lugar y publicar las grabaciones. La policía se encargará del resto. Tom siempre fue un tipo frío y puede esperar un poco más en su estado actual, supongo.

No me gustan las bromas macabras, pero comprendo que la cosa pinta mal. Cedo.

—Si Tom era el cebo, ¿quién es el ratón?

—Si lo supiéramos no habríamos puesto el cebo. Alguien que también quiere el manuscrito original pero que desconoce, o desconocía, que ya es nuestro. Posiblemente un experimentado ladrón a sueldo que esta vez no tuvo el éxito de sus predecesores.

—¿Esta vez? ¿Predecesores? —pregunto intrigado.

Nuevo silencio.

—Hace unos cuantos años alguien aprovechó un descuido para hacerse con uno de los pliegos que faltan. El de las páginas en blanco —me revela al fin—. ¿No querías saber precisamente esto el otro día?

—Ajá —afirmo—. Tanto misterio sobre misterio va a volverme loco. ¿Cómo ocurrió?

—Como ya te dije, esas páginas estaban en blanco y fueron apartadas cuando se realizaba la microdigitalización final. Los copistas españoles tampoco ayudaron mucho. Al recontar las páginas faltaban esas dieciséis. Coincidió con un cambio de turno de los empleados de la Beinecke y un extraño corte en el sistema de vigilancia. Pudo haber sido cualquiera.

—Para terminar, ¿podré examinar el original?

Nueva interrupción. Más breve.

—Supongo que sí, pero a su debido tiempo. No queremos correr más riesgos. Posiblemente a estas horas el ladrón, cualquiera que sea su motivación, ya conoce que ha robado una réplica. Y te conoce, no lo olvides.

No lo olvidaré. Ni a él, ni a su cúter.

Pero sigo teniendo prisa. Desconecto.

Hay un mensaje cifrado de Phil esperándome. Quiere hablar conmigo. Así que llevo a cabo el consabido protocolo de seguridad para adentrarme en nuestra propia red y, en pocos segundos, tengo supuestamente a Phil al otro lado. Con toda probabilidad en Boston, dónde si no.

—*Bird*, ¿estás por ahí? —pregunto utilizando su *nick*—. Soy *Leo*. Dame un tuit si puedes leerme —bromeo.

—Puede —recibo como contestación otra vez—. Demuéstrame que no eres un *bot* del FBI.

—Tú y tus estúpidas pruebas, maldito friqui.

—Compórtate como *míster Spock* y todo irá bien. Pon atención porque solo tienes un minuto. Dos ciclistas están a 20 km de distancia y ruedan uno al encuentro del otro a 10 km por hora. Cuando empiezan, una mosca que vuela a 15 km por hora va y viene de la cabeza del uno al otro. ¿Qué distancia recorre en total la mosca cuando por fin se encuentran los ciclistas?

Me quedo pensando. Lo he leído antes, pero no puedo recordar dónde. Tengo que calcular la distancia del primer vuelo de la mosca, del segundo, y así sucesivamente para vuelos cada vez más cortos hasta el momento del encuentro. Hay que resolver la suma de una serie infinita. Buf. No podré en tan poco tiempo sin un procesador, es matemática avanzada compleja. Pausa. No soy una máquina. Lógica.

Tecleo «15». Quince kilómetros.

—Correcto, *Leo*. Bienvenido al mundo feliz.

Es tan fácil que asusta. Cada ciclista tiene que recorrer 10 km, porque van a la misma velocidad. Eso les lleva una hora. Durante todo ese tiempo la mosca vuela a 15 km por hora, así que recorre justo esos 15 km en la hora transcurrida.

—¿Qué ocurre, Phil?

—Empiezo a preocuparme. El otro día que hablamos teníamos una fiabilidad en nuestros niveles de seguridad del noventa y ocho por ciento. Desde ayer no pasamos del noventa y cinco.

—¿Todos los nodos son estables? —le pregunto intrigado.

—Casi siempre, a excepción del que libera *Scarlett* para sus ajustes. Ahora mismo están ocupados ochenta y cuatro. De ellos ochenta y dos son estables y uno entra y sale del nivel.

—¿Crees que podemos tener un «bicho»?

—No lo sé. Pero hasta que no volvamos a niveles de certeza no estaré tranquilo. Seguiré con mis juegos lógicos, si no te parece mal. Siempre ganas.

—Hablaré con *Scarlett* en cuanto pueda —le aseguro—. Ahora estoy embrollado con el asunto del que te hablé.

—¿El antiguo manuscrito? Estuve la otra noche hablando algo con *Sheldon* al respecto, y no puedes imaginarte lo que sabe de esos papelotes. Deberías hablar con él también.

—Lo intentaré, pero ya sabes qué caprichoso se pone. Gracias por todo. Y no te preocupes más por la seguridad. El protocolo que sigue la red profunda es, simplemente, perfecto.

—Lo creamos para eso. Pero recuerda la novela de Graham Green.

Phil se refiere al factor humano.

—Cualquiera de nosotros, o de nuestros fieles, podría pasarse al lado oscuro —me dice, poniéndose más friki.

—También somos inmunes a eso. Déjalo ya. Tengo que seguir con el maldito libro —le tranquilizo—. Pero si sigues viendo cosas raras, dame un aviso.

—De acuerdo, *Leo*.

Cortamos la conexión. A pesar de lo que le he dicho, no estoy nada tranquilo. Hemos filtrado demasiados papeles calientes en los últimos meses como para tener contentos a los servicios secretos de varios países. Tengo que hablar con *Scarlett* para conocer de primera mano qué está ocurriendo. Pero antes comeré algo. Con solo media botella. Si después de hacerlo tengo la botella medio vacía llamaré primero a *Sheldon*. Si me queda medio llena la primera será *Scarlett*. Será cuestión de ánimo.

Estoy deprimido viendo las páginas del manuscrito y veo la botella medio vacía. No entiendo nada. ¿Quién en su sano juicio pretende que yo descifre semejante galimatías?

—*Sheldon*, ¿puedes salir a la superficie?

Ray es el cuarto socio de los tiempos gloriosos de Boston. *Sheldon* para los amigos. En persona es bastante paranoico y solitario, por no definirle como un auténtico majara, así que no puede resultar un peligro para la seguridad de nuestro proyecto. Al igual que Phil, apenas sale de su casa, en este caso una residencia para estudiantes y profesores como él. Me recuerda al gran físico y químico tan venerado aquí en New Haven, J. Willard Gibbs, el padre de la entalpía y la energía libre que, a excepción de tres años de juventud en Francia que pasó con sus hermanas, se recluyó por completo en vida en el campus de Yale, donde daba clases, investigaba y dirigía a sus alumnos, a lo sumo dos elegidos cada año. Su vida transcurrió dentro de tres manzanas. Ray es algo parecido en eso a Gibbs y casi tan brillante como este. En relación con su sobrenombre, solo hay que preguntar a quienes les gusten las series de televisión de hace dos décadas.

—Dame un refuerzo en el cifrado y hablamos —concede—. Con dos primos de quinientos doce bits.

Un refuerzo es un nodo privado con una clave de seguridad que cambia según un código polialfabético en un intervalo de tiempo que no puede superar los ocho megaciclos del procesador donde se genera. Esto puede sonar incomprensible, pero eso es justamente de lo que se trata. El resultado es, en la práctica, irrompible. El problema está en los tiempos de generación. Una simple frase puede eternizarse. Es como hablarle a alguien con sordera. De vez en cuando, te escucha. Y algunas veces, incluso te contesta.

—Ya lo tienes, Ray. Todo tuyo —le contesto.

—Anoche hablé con Phil (pausa).

—Lo sé (pausa). Del *Voynich*.

—¿Qué sabes?

—Poco. Quieren que lo traduzca.

—Imposible (pausa).

—¿Por qué? (pausa).

—Indescifrable.

—Dime algo más (pausa).

Empiezo a perder la paciencia con Ray. La última vez que lo vi en Boston tuve que pedirle tres citas. Solo apareció en la última, y lo hizo para decirme desde la ventanilla de un taxi —que no se detuvo— que no podríamos volvernos a ver. Que un grupo de extrema derecha alemán le había

localizado y que, si algo le ocurría, yo tenía que contarle todo. Esto fue hace cinco años y no parece que le hayan cogido, quienesquiera que fueran sus enemigos. Tampoco yo hubiera podido contar nada de nada, la verdad.

—Voy a levantar los cortafuegos, Ray. Esto es un infierno de comunicación.

—Está bien. Pero no más de dos minutos. Dos minutos justos y me desconecto, Fran.

—De acuerdo. Dos minutos.

He abierto el nodo privado. Todo es mucho más fácil ahora. Mis frases aparecen por fin a la velocidad adecuada en la pequeña pantalla.

—Tengo mucha información de primera mano sobre el *Voynich*, Fran. Llevo casi medio año trabajando con él.

—¿Por qué? El manuscrito es un clásico de la criptografía, pero tremendamente aburrido —le replico—. Hace años que perdió el interés.

—Por dinero, qué si no. Supongo que a ti también te pagan por intentar traducirlo.

«¿Yo no soy el único al que han encargado el trabajo?», pienso. Estoy perplejo. Y mi orgullo ligeramente tocado.

—Sí, esa es la razón. ¿Quién te paga a ti?

—No puedo decírtelo. Y mucho menos hablando en abierto.

—No estamos en abierto —protesto—. Los niveles de seguridad son del noventa y nueve por ciento ahora mismo.

—No hay certeza, no insistas. Podrían matarme si supieran que estoy hablando contigo.

—¿Quiénes?

—Ellos.

—¿Quiénes son «ellos»? ¿Extraterrestres? —este hombre me crispa los nervios.

—Han pasado los dos minutos, Fran. Tengo que cortarte.

—Dame algo antes, por favor. No sé por dónde empezar —le suplico.

—Te haré llegar unas notas tras la desconexión. Las lees y destruyes el archivo. Usa la clave de codificación habitual.

—Pero Ray...

Ha desconectado. Conociéndolo, tardará más de un mes en volver a contactar conmigo. Permanezco atento al periférico como me ha dicho. «Bip, bip». Ahí está el documento con su trabajo. Ya puedo apagar los dispositivos y reconectar el *Alfa*. Abro el archivo. Ilegible de cabo a rabo. ¿Cómo coño está codificado esto? Ahora en lugar de tener un documento cifrado tengo dos.

Voy con la otra media botella. Le pido por teléfono a Cathy la consabida ensalada de pollo. Voy a terminar con la bodega y el corral del hotel. Casi no veo la luz del sol. En cuanto termine de cenar trabajaré en la traducción.

Estaba desfallecido.

Con el estómago lleno pienso algo mejor. Bien. En el MIT, en los arranques de la red profunda, usábamos cifrados clásicos entre los miembros del grupo. Resulta chocante pensar en los intentos de nuestros supuestos enemigos tratando de romper las comunicaciones con claves público-privadas basadas en el uso de enormes números primos. Cuanto más sencillo es el procedimiento, más difícil es que el adversario se percate de su simplicidad. A propuesta de *Scarlett*, jugamos con Alicia —Alice es el nombre real de *Scarlett*—. *Alicia en el país de las maravillas*, donde todo es posible. Nos basamos en el procedimiento inventado por el autor del cuento, Lewis Carroll, que a su vez adaptó el original de un inteligente y sagaz matemático francés del siglo XVI

que se llamaba Blaise de Vigenère. Carroll dibuja un tablero de 26 x 26 casillas que contienen todas las letras útiles del abecedario. La primera línea es el alfabeto tal cual, comenzando por «A, B, C...» y terminando por «X, Y, Z». En la segunda línea las letras se mueven una posición: comienza por «B, C, D...» y termina por «Y, Z, A». Así hasta la línea 26, que comienza por «Z, A, B...» y termina como «...W, X, Y». El código necesita de una palabra clave, que se escribe encima del mensaje a cifrar tantas veces como haga falta. Las intersecciones de filas y columnas que proporcionan las parejas de letras en clave y mensaje nos dan el texto cifrado.

Ahora para deshacer el proceso solo necesito saber la clave que usábamos... hace más de diez años.

Empiezo a probar con nuestros nombres, los de los profesores y los de los presidentes de los Estados Unidos. Nada. Con nuestros *nicks* escritos del derecho y del revés. Tampoco. No me suena nada de lo que usamos y no sale nada en cristiano. Ni en arameo. Me desespero. Pruebo con algunas palabrotas también, no por intuición sino por desahogarme. Ni por esas. Tendré que dejarlo o preguntarle a Phil a ver si él lo recuerda.

«Un momento, listillo».

Ray dijo que usara la clave de codificación habitual.

La palabra clave es «habitual».

Siempre lo más sencillo y lo más tonto es lo que funciona.

Con la ayuda de un simple programa informático que no me cuesta demasiado escribir, preparo la traducción del documento enviado por Ray. Es bastante denso. Tendría que dormir un rato para descansar la vista, pero me puede la curiosidad.

«Todas las páginas del “Manuscrito Voynich” contienen texto escrito en un lenguaje desconocido, posiblemente cifrado, a excepción de algunas anotaciones posteriores en latín. El sentido de los trazos, solo uno o dos por cada letra, revela que está escrito de izquierda a derecha, como en los lenguajes occidentales. Se distinguen claramente veinte letras o caracteres diferentes, a los que se podían añadir otros tres que son similares. Esto es llamativo, porque la mayor parte de los lenguajes occidentales más conocidos tienen alrededor de veinticinco letras. Este es el motivo por el que es razonable pensar que es un lenguaje cifrado por sustitución, muy en boga por aquellos años, como los utilizados por Alberti o Trithemius. O por las llamadas rejillas de Cardano...»

Me anoto los nombres de estos viejos colegas para buscar más información. En el siguiente pollo. Ahora sigo con el aperitivo.

«También hay varios aspectos realmente curiosos: no hay signos de puntuación en todo el texto y no hay corrección alguna (¿hasta el mejor escribano echa un borrón?) La escritura es fluida y muchas veces rodea las ilustraciones, como si el autor conociera el texto casi de memoria... o alguien estuviera dictando el contenido (...) En total se pueden contar unas treinta y cinco mil palabras. Más de ocho mil son completamente diferentes. Además, la distribución de los caracteres más frecuentes (¿vocales?) es completamente errática. Sin embargo, los análisis estadísticos realizados con las (¿veintitrés?) letras revelan un comportamiento coherente similar a un lenguaje occidental moderno. El mayor problema es el desorden completo en que se encuentran. Nuevamente, la teoría de un cifrado de sustitución más o menos complicado cobra fuerza (...) Para complicar el asunto (¿todavía más?), algunas palabras solo aparecen en ciertas páginas. Y otras lo hacen por todo el manuscrito, operando como comodines en la baraja. Desde que comenzaron los intentos de traducción se han buscado

patrones de repetición (prefijos y sufijos) aprovechando especialmente la existencia de ilustraciones que pudieran identificarse. Este método no ha dado resultado alguno en la parte denominada 'botánica' (extrañas plantas la mayor parte desconocidas), pero ha revelado lo poco que se sabe del contenido en la sección conocida como 'astronómica'. En torno a figuras que pueden representar el Sol, o la Luna, o figuras del Zodíaco, aparecen los posibles nombres de los meses. Desde 'marzo' hasta 'diciembre' pueden colegirse palabras escritas en algo parecido a latín. Es lo único de todo el volumen que ha podido descifrarse casi con seguridad, pero la trasposición de las letras y sílabas de estas palabras a otras partes del texto no ha dado resultado alguno...»

Pues no es gran cosa, la verdad. Como mucho diez palabras y gracias.

Las largas notas redactadas por Ray me fatigan, ya que voy comprobando al tiempo por mí mismo —con la ayuda del facsímil comprado al bibliotecario de la Beinecke— la veracidad de estas. Tengo que descansar unas horas antes de proseguir el trabajo.

Un agudo pitido me despierta. Es el *Alfa* en modo alarma.

«¿Quién será a estas horas?» La alarma activada es del nivel máximo. Casi nadie puede dispararla.

Es *Scarlett*.

Me temo lo peor. Siempre es así cuando te despiertan de forma intempestiva. Y más viniendo de Alice, que es una persona enormemente ocupada. Lo último que sé de ella era que había sido propuesta para ocupar un alto cargo dentro del organigrama del CERN, el famoso Consejo Europeo para la Investigación Nuclear.

—¿Leo? —dime si estás ahí.

—Lo estoy, *Scarlett*. Casi muerto pero sereno.

—Eso ya es mucho conociéndote. Te prefiero muerto a borracho.

No ha perdido su mal humor habitual. Ni su extraña simpatía.

—Pon atención. Estamos jodidos. Cierra los procesos abiertos, bórralo todo y sal de la red cuanto antes.

—Si salgo no podré ligar contigo —respondo burlón mientras intento despejarme—. ¿Qué pasa con nuestros niveles de seguridad? ¿No has hecho los deberes, amorcito?

—He cometido un error de principiante. Y ya es tarde para corregirlo. Ahora sé un buen chico y desconecta rápidamente como ya han hecho los demás. Están intentando geolocalizarnos. Adiós.

No tengo tiempo de despedirme. Hago todo lo que me dice.

«Y ahora, ¿con quién hablo yo?»

Estoy tan desvelado como preocupado. Habrá que tomar algo.

—Cathy, por favor, si estás despierta ¿podrías encargarle al camarero la botella de vino habitual? —le pido por el viejo teléfono de cable, con cierta sorna al emplear la última palabra—. No puedo dormir y leer las etiquetas de las botellas me relaja.

Es extraño. Han descolgado el teléfono en la recepción del hotel, pero no oigo nada. Vuelvo a llamar, pero está ocupado. Decido vestirme y bajar a recoger la botella yo mismo.

—¡Por Dios! —grito aterrorizado al ver la escena.

Cathy tiene la mano en el auricular, con la cabeza apoyada sobre el mostrador y sin sentido, pero parece que viva. Con la fiera Elsa no han tenido compasión. Tiene una enorme herida en el cuello y está caída en medio de un gran charco de sangre. No hay rastro del vigilante ni de ninguna otra persona. Entro en modo pánico al ver el cúter junto a ella.

Vienen a por mí. No sé quiénes, pero esto pinta mal. Activo el *Alfa*.

—¡Hagan algo, por favor, han matado a otra persona!

La voz sintética me habla con parsimonia.

—Fran, guarda lo más básico y sal del hotel. En tres minutos un coche te recogerá en la puerta. En cinco minutos limpiaremos. En siete liberaremos el aviso a la policía.

«Qué eficaces». Así da gusto trabajar con unos cabrones.

Subo a toda velocidad a la habitación y meto las cuatro cosas que tengo en mi pequeña maleta, sin olvidarme del maldito facsímil. Vuelvo a bajar. Instintivamente, me guardo también este segundo cúter en el bolsillo de la chaqueta. Salgo a la calle. Ha empezado a llover a mares, como ayer. Una furgoneta dobla la esquina y se detiene delante de mí. Se abre el portón trasero — automáticamente, cómo si no— y entro. Arranca a toda máquina.

—Ya estoy en el vehículo —le transmito a mi interlocutor por medio del *Alfa*—. ¿Qué coño ha pasado?

—Complicaciones, pero no tienes por qué preocuparte —alguien extraño me contesta desde el asiento del conductor.

—No estoy preocupado. Solo estoy histérico.

—Te llevo al aeropuerto. En el *Alfa* tienes el localizador del vuelo. Vete directamente a la puerta de embarque. Buen viaje.

No hablamos más durante el trayecto. No me queda otra que hacer lo que me indica.

Llego al embarque. Parece que volaré a Ginebra.

Espero que no sea un vuelo suborbital. Ya han pasado casi treinta años desde que Dan Brown los inventara para su legión de lectores, y fueron un absoluto fracaso de financiación y errores técnicos.

Seguimos volando a velocidades moderadas hoy en día.

GINEBRA

El vuelo ha resultado movido, pero no tanto por el efecto de la tormenta sobre Nueva York, que la ha habido y grande, como por las espantosas pesadillas que me han asaltado durante el sueño. Estaba agotado y me he quedado dormido. El rebote de las ruedas del avión sobre la pista de aterrizaje en Ginebra me ha despertado.

«¿Y ahora?», me pregunto al llegar a la terminal. Llevo mi pequeña maleta como equipaje de mano, incluyendo dos cúteres asesinos. «Vaya mierda de controles», me digo. Tampoco en eso hemos mejorado mucho con el tiempo.

Mi intuición —llamarlo lógica me resultaría pretencioso— hace que tome un taxi. Tengo claro dónde ir.

—¿Destino? —la pregunta sintética, como siempre, habitual. Otro autotaxi.

—Oficinas generales del CERN. El Consejo Europeo para la Investigación Nuclear.

—¿Edificio-33?

No tengo ni idea. Le digo que sí al chisme. Cuando llegue ya preguntaré.

El tráfico no es muy denso en Ginebra y apenas tardamos diez minutos en llegar desde el aeropuerto, que está en la misma frontera francosuiza. El descuento en mi cuenta bancaria sufre un pequeño trastorno. Había oído hablar de lo cara que era Suiza, pero la tarifa ha sido abusiva. Además, la moderna máquina de café estaba atascada.

Mi *Alfa* se vincula con el dispositivo que controla la entrada del susodicho Edificio-33 del complejo administrativo del CERN en Ginebra. Las puertas se abren a mi paso como si fuera *Ali Babá*.

—Buenos días —o buenas tardes. He perdido la noción del tiempo por el efecto combinado de dormir en el avión y viajar hacia el Este, con el consiguiente *jet-lag*—. ¿Podría indicarme como localizar a la señora Alice Johansson?

El secretario que me atiende me mira incrédulo. No voy tan mal vestido y el apellido real de Alice es Johansson. Si yo tenía una madre española, ella tenía —o tiene— un padre noruego. Su sobrenombre fue una broma bien traída por Phil una noche memorable en el lejano MIT.

—¿Johansson?

—Sí, Johansson. Alice Johansson —le repito, algo extrañado por su pasividad.

—¿Tendrá cita previa, supongo?

—Supone mal —me sincero—. ¿Ocurre algo? —un inesperado temor me sacude. ¿Le habrá pasado algo a mi *Scarlett* también?

Por fortuna los temores son infundados. Más bien ocurre lo contrario.

—La Directora General no puede atender visitas si antes no se concierta una cita previa —me aclara al fin—. Si quiere, déjeme sus datos y le pasaré el recado.

—Quiero. Francis Davies, estadounidense. Compañero de estudios universitarios en Boston. Ella me conoce.

Vaya. Resulta que la pequeña Alice ha llegado a lo más alto. Y yo sin enterarme. Sonríe, pero no puedo extrañarme. Fue la mejor en su promoción de Física en el MIT, y su carrera tiene que haber sido imparable. El secretario me saca de mi embeleso.

—La señora Johansson está en contacto y ha recibido el mensaje. Le ruega que le espere en la cafetería de invitados. No tardará más de diez minutos en reunirse con usted.

—¿La cafetería de invitados? —pregunto igual que lo haría un perro de Pavlov si tuviera habla.

—Siga este pasillo y al fondo a la derecha. No tiene pérdida por el ruido y el olor —contesta, para luego añadir—: Tenga, lleve esto colgado del cuello en todo momento para evitar más controles.

Me entrega una tarjeta con un chip que también se vincula instantáneamente con mi *Alfa*. Y supongo que con todo el sistema de vigilancia del centro. El empleado no parece desconfiado, más bien sorprendido, dada la celeridad con la que la mismísima Directora General ha respondido a mi aviso.

Me dirijo a la cafetería indicada. Me gusta el sitio. El CERN. Donde en 1990 los científicos Tim Berners-Lee y Robert Cailliau idearon la *World Wide Web*. La red de redes. Me invade una sana envidia. Pido un café expreso al camarero en mi olvidado alemán. Me responde burlonamente en inglés y decido dejar de hacer el ridículo. Lo estiro cinco minutos y se queda frío. Pido un segundo para llegar hasta los diez minutos. Allí está. Tan frágil y decidida como en la universidad. Pero al menos no viene en silla de ruedas ni la persigue un cardenal.

—Francis... —me dice al tiempo que me abraza fuertemente. Noto sus costillas. Apenas pasará de los cuarenta kilos—. ¡Cuánto tiempo!

—Estás igual o mejor —le contesto con una gran sonrisa. Estoy feliz, teniendo en cuenta todo lo sucedido en los últimos días—. Veo que aquí eres como *Cleopatra* —le bromeo.

En efecto, hay un pequeño reguero de investigadores —o lo que sean— rodeándola como hormigas y pidiéndole todo tipo de cosas excepto hijos. Parece que no frecuenta la cafetería. Los espanta como puede.

—Todo tiene su momento y su lugar —levanta la voz—. Es una visita privada y durante las próximas dos horas no estaré para nada ni para nadie, ¿comprendido?

Las hormigas asienten resignadas. Alice me toma del brazo y me saca de allí. Por cómo me arrastra diríase que una fuerza sobrenatural la controla.

—Nada hasta que te diga. Hablemos de nosotros —me susurra.

Le cuento muchas cosas que ya debe de saber. Mi vida personal es un desastre y la profesional no tiene remedio.

—Sobrevivo. Esto es casi todo lo que tengo —resumo mi realidad al tiempo que arrastro mi pequeña maleta por un largo pasillo—. ¿Y tú?

—No he tenido tiempo de amores como tú, ya lo sabes. Este cargo requiere de todo mi tiempo. Y la investigación, hay mil cosas por hacer...

—¿Por qué nunca me has dicho que eras la Directora General?

—Conviene no mezclar perfiles —contesta secamente—. Cuando llegué aquí hace diez años yo era una discreta investigadora formada en el MIT. Discreta pero ambiciosa. Mi grupo tuvo algunos éxitos importantes, y supe aprovecharlos. Hace dos años me ofrecieron la subdirección. Luego el anterior director se jubiló, y así he pasado a ser la segunda mujer en casi un siglo de existencia

del CERN que lo dirige. Antes que yo también encabezó esto la italiana Fabiola Gianotti, allá por los años veinte. Todavía se la puede ver por aquí llena de vitalidad para su edad.

—No será tan vital como tú —le digo.

—No creas en lo que no sabes —me replica de forma cortante, antes de cambiar la conversación—. Ahora vamos a salir al Edificio-20. Allí tenemos un par de laboratorios de calibración instrumental que quiero mostrarte.

La sigo. Los bloques forman una cuadrícula casi regular después de las últimas remodelaciones habidas, con amplios jardines entre ellos. Alice me habla sin pausa, pero no con prisa. La temperatura en el exterior es bastante fría y el vaho de su aliento hace el mismo efecto que el humo de un cigarrillo.

—Te enseñaré ahora unas nuevas instalaciones. Dejaremos para mañana lo mejor, que obviamente es nuestro acelerador.

Empuja la gran puerta del Edificio-20. Sigo sin explicarme cómo puede mover las cosas casi sin tocarlas, a no ser que conozca los secretos de la telequinesia y utilice la mente para ello. Se lo sugiero y se echa a reír. Siempre ha sido complicado hacerla reír.

—No seas bobo. Y no creas en tonterías, ni en logias secretas.

Me guiña un ojo. Presumo que ya queda menos para poder hablar libremente.

Tomamos un ascensor y descendemos tres plantas. Hay poca gente en esta sección, pero cada bata blanca que nos cruzamos por los pasillos realiza la pertinente inclinación de cabeza. Me pide que yo también me ponga una bata blanca, especial para salas limpias.

—Microelectrónica —me explica algo que yo ya intuyo—. Aquí probamos algunos componentes de los instrumentos de los aceleradores. Pasa.

Es una especie de puerta contraincendios, que se queda bloqueada al cerrarse por dentro. Para mi sorpresa, Alice comienza a gritar:

—¡Por fin solos!

—¿Estás loca? —le digo sin poder contener las risas—. A ver si te van a estar grabando.

Alice me señala su *Alfa*. Tiene encendida una luz roja. Fuera de cobertura. Miro el mío. Lo mismo.

—Ya habrás adivinado que esta sala es una jaula de Faraday, mi querido Fran —más o menos lo intuía. Estamos dentro de un laboratorio especial aislados electromagnéticamente en un rango de frecuencias bastante amplio, y obviamente en todas las usadas por dispositivos como el *Alfa*.

—¿Y el sonido? A ver si nos van a estar escuchando directamente con un vaso de yogur en la pared —bromeo.

—La sala también es anecoica, así que absorbe en su totalidad las reflexiones producidas por las ondas acústicas en suelo, techo y paredes laterales. Y a la inversa, la cámara se encuentra aislada del exterior de cualquier fuente de ruido.

—Espero que funcione tan bien como parece.

—Puedes fiarte. Ya podemos hablar con tranquilidad. Odio estos chismes con toda mi alma —me dice, señalando su *Alfa*—. Si no lo tienes o te lo quitas...

—Es como no tener un agujero en el culo —le repito mi frase favorita al respecto—. Un bicho raro. Un paria fuera de la casta.

—Así es. Ahora me preguntará por qué estás aquí.

—¿Qué está pasando? —le digo—. ¿Quién ha entrado en la red? ¿Quién ha matado a mis amigos? Mi última semana ha sido un infierno.

—Salvo por el dinero, supongo.

—No compensa. Al menos, no de momento —le contesto.

—Yo no lo hago por dinero. Tengo un sueldo que no me puedo gastar en años.

—¿El qué? —vuelvo a preguntar.

—¿Qué va a ser? Intentar traducir ese manuscrito. Ese embrollo de hace cinco siglos.

—Bienvenida al club y gracias por avisar. A punto estuvieron de matarme.

—No tienes por qué darlas. Yo cometí un error y a punto estuviste de pagarlo tú.

—¿Qué sucedió?

—Estaba agotada. Trabajo entre quince y dieciocho horas al día. Dirigir este monstruo no es fácil. Y no puedo olvidarme de la red profunda. Es parte de mí. Y de ti.

—Sigue funcionando —la consuelo—. Pero dime qué ocurrió.

—Estaba haciendo un trabajo rutinario de mantenimiento en la seguridad. Creo que me desmayé sobre el teclado, ni siquiera me acuerdo. Cuando quise darme cuenta había tres puertos abiertos. Y entró un bicho. No sé cuánto tiempo estuvo figgando, pero fue el suficiente como para localizarte a ti y puede que a *Sheldon*.

—Apenas hablamos en abierto dos minutos acerca del libro. Ya sabes cómo es de neurótico.

—Lo sé y no me gusta. Está loco. Básicamente, chalado.

—No es peligroso para la red. Su paranoia la hace incluso más divertida —replico.

—Les dije a los de *Alpha* que corrías un grave peligro y que te trajeran a trabajar conmigo. Aquí estarás más seguro. Al menos, durante un tiempo.

—¿Cómo dieron contigo para proponerte el trabajo del *Voynich*?

—¿Te burlas? —me pregunta desafiante—. Soy la directora de uno de los mayores centros de investigación del mundo. Tengo a más de dos mil científicos a mis órdenes. Una red informática con capacidad de cómputo comparable a la de ellos. Quieren proponerme para el premio Nobel, ¿necesito más méritos?

—Supongo que no. Perdona, chica lista.

—¿Y no te preguntas cómo dieron contigo, Francis? ¿Piensas que fue por ligarte a un mediocre informático de aplicaciones móviles? —vuelve a desafiarme.

—No. Fuiste tú, claro —admito con mi autoestima por los suelos. Ni siquiera soy el segundo plato. El postre y gracias.

—Eras el mejor de los cuatro en el MIT —me consuela—. Y te vendrá bien ese dinero, seguro.

En eso tiene razón. Mi bodega está vacía. Pero no entiendo ni la mitad de la mitad de lo que está sucediendo.

—Y *Sheldon*, ¿qué pinta en esto?

—Desde luego, yo no lo recomendé —me revela mi particular *Scarlett*—. Estaría más loca que él de haberlo hecho. Me temo que hay más gente metida en esta ambiciosa aventura. Y algunos actores no tienen ningún escrúpulo.

—Y el bueno de Phil se ha quedado fuera. Que yo sepa.

—Mejor así —me dice—. Mucha gente para tan poca comida, y él come demasiado. No deben ni pueden relacionarnos con nuestra red.

—Sería peligroso. De hecho, ya lo es sin que nadie nos relacione con ella.

—Ahora es tarde. Tenemos que salir, Francis —concluye la conversación Alice—. Van a pensar que estamos haciendo el amor aquí dentro.

—Ya te gustaría —vuelvo a bromear—. Pero, aunque te quiera, no va a poder ser.

—No es la primera vez que sucede en este sitio. Tuve que abrir un expediente bastante escabroso por un caso así. La Directora General tiene que ser como la mujer del César.

—No, querida. La Directora General ahora es el César —le replico.

Vuelve a reírse. Lo he conseguido dos veces. Ahora tiene que marcharse urgentemente a una reunión científica. Me dice que tienen todo tipo de problemas. «Mañana nos volveremos a ver aquí. Son días de mucho jaleo», me explica. Me recomienda un buen hotel en el centro de la ciudad.

Tengo que ducharme y emborracharme con urgencia.

Espero hacer antes lo primero. Apesto.

El hotel es excelente. Ocupo una habitación en el ático. Las vistas de la embocadura del Ródano desde el lago Lemán contempladas desde aquí son preciosas, aunque ahora ha comenzado a llover. Al igual que en New Haven, he pedido que me suban la cena para trabajar un poco. Con agua no pienso muy bien, pero con vino mejoro rápidamente.

«¿Por dónde empiezo?» Tengo ante mí el facsímil del *Manuscrito Voynich*. Lo hojeo. Tal y como me lo describiera Ray, en muchas páginas las ¿letras? rodean las ilustraciones, con extensos textos sin enmienda ni tachadura alguna. En principio, no parece sencillo codificar tantas páginas sin cometer errores. Vuelvo a abrir las notas del loco de *Sheldon*. De acuerdo con él —y en esto coincide con muchos otros, admite—, el *Voynich* puede ser un tratado de textos con significado oculto escrito en algún lenguaje europeo del siglo XV, cifrado con alguno de los métodos conocidos en su época. El propio Roger Bacon —un monje franciscano del siglo XIII— es considerado por algunos como el autor del manuscrito, debido a sus estudios en los campos de la alquimia, la astrología e incontables lenguas. A Bacon, entusiasta del método experimental para adquirir el conocimiento sobre el mundo —algo mal visto en su tiempo y entre los suyos—, también se le atribuye un manual de alquimia, el *Speculum Alchemiae*, que puede guardar cierta similitud con nuestro libro. Bacon conocía cifrados básicos, pero tal vez no tan complejos como el que puedo tener delante. A lo sumo el citado Bacon podría haber usado un cifrado monoalfabético, de sustitución directa. Cabe pensar, por tanto —me cuenta Ray— en un cifrado polialfabético, como el inventado por Alberti alrededor del año 1460. Este cifrado ya incluiría claves, pero si las claves no son conocidas, o están en un volumen diferente al propio manuscrito, su comprensión será casi imposible.

Vaya. «¿Y si la clave principal fuera una palabrota de la época?»

Sonrío con la ocurrencia.

Ray también habla de la posibilidad nada despreciable de que todo sea un timo. Un timo con muchas estampitas. Si fuera así, ¿quién o quiénes podrían haber sido tan despreciables como para haber llevado a cabo el engaño?

Las enciclopedias virtuales apuntan a un par de extraños personajes de la época, el mago y visionario John Dee y a su médium, un tal Edward Kelley que, según las crónicas, habrían sugerido a Rodolfo II que podían hablar con los ángeles. Y tal vez conseguir de ellos el secreto de la piedra filosofal. Para un emperador deprimido y arruinado como Rodolfo II, el hallazgo de la quimérica piedra filosofal —que pudiera transmutar la materia más humilde en la más valiosa, como el simple plomo en oro— era su gran esperanza. Muchos investigadores han especulado con que esta pareja de pícaros podría haber escrito los garabatos y monigotes del manuscrito, con el único afán de convencer al ingenuo emperador de sus ocultos e indescifrables poderes. Y sacarle sus buenos cuartos con ello. Hay un apunte más sobre esta teoría. Los grafólogos están de acuerdo

en que los textos del *Voynich* están escritos por dos manos diferentes. Es un aspecto peculiar del libro. Y apoya la suposición de que Dee y Kelley se fueran pasando la pluma de ganso para no cansarse demasiado pergeñando el engaño. Además de timadores, vagos.

No avanzo mucho más. Esta última teoría choca con hallazgos más modernos. En el año 2009 un grupo de investigadores de la Universidad de Arizona dató el libro usando la técnica del carbono-14 sobre el pergamino. Sus resultados fueron contradictorios. Según la física, el pergamino —y también sus tintas— fueron fabricados entre los años 1404 y 1438. Más de cien años antes de que Rodolfo II naciera. Si fuera cierto, y la física no suele engañar, nuestros reconocidos pícaros serían inocentes.

Cada vez entiendo menos. No se sabe quién escribió el libro. Ni cómo, ni dónde, ni por qué. Ni mucho menos para qué.

«Al menos, parece que se sabe cuándo».

No me cuesta mucho confirmarlo.

—¿*Bird*? Asoma tu piquito —estoy entrando en la red profunda desde Ginebra. Es la primera vez que lo hago desde que salí de New Haven a toda prisa. Pero nada parece haber cambiado mucho—. ¿*Bird*? ¿Estás vestido? —repito llamando a Phil.

—Puede que sí, puede que no —recibo su respuesta—. Demuéstrame que no eres un *bot* de la NSA. Últimamente este no es un sitio seguro.

—No. No lo es —contesto—. Acepto el reto, qué remedio.

—Te propongo un acertijo fácil, supuesto *Leo* —dice, empezando un juego nuevo—: Un vagabundo necesita cinco colillas para hacerse un cigarrillo. Si a lo largo del día recoge veinticinco, ¿cuántos pitillos se puede fumar?

«Es una solemne tontería», pienso. Pero fallaré.

Pulso «5». Y añado:

—Venga, abre.

—Me ofendes.

«¿Recogerá colillas de noche?» Escribo «10» sin mucho convencimiento.

—Creo que no eres *Leo*. Última oportunidad.

Más lógica. Qué tontería. Otro juego de niños. Sin duda, ni los procesadores ni los sesudos programadores de inteligencia artificial pensarán nunca como los niños.

Pulso «6». —Y añado—: Obviamente son seis. Con las cinco colillas que resultan de reciclar las veinticinco anteriores hay un cigarrillo de premio extra, aunque algo más insípido. ¿Contento?

—Digamos que satisfecho, *Leo*. ¿Cómo te va por New Haven? ¿Te llegó la alerta de *Scarlett*? Escapamos por los pelos.

—Ya he salido de allí. Vuelvo a ser un vagabundo sin hogar ni rumbo ni, por supuesto, tabaco —le contesto sin comprometerme demasiado—. ¿Podrías buscarme desde tu servidor un detalle del origen del *Voynich*? Quiero contrastar un dato dudoso que me pasó *Sheldon*.

—Dime. Hay actualizaciones de *Wikipedia* frecuentes sobre ese manuscrito. Vuelve a estar de rabiosa actualidad, como diría *WikiNews*.

—¿Cuándo está datado?

—Hasta hace un par de días entre los años 1404 y 1438, fechas proporcionadas hace unos años por una prestigiosa universidad californiana. Ahora estoy viendo que un reputado *wikipedista* acaba de cambiar eso. Los primeros cálculos están basados en el método del carbono-14. Habitualmente se emplean técnicas de contadores de centelleo o de gas para ello. Pero ahora el

método más preciso es mediante espectrometría de masas con un acelerador de partículas. En ella, la muestra es ionizada e introducida en uno de estos aceleradores, donde el haz es desviado por potentes campos magnéticos. Dado que cada isótopo de carbono tiene una masa diferente, el ángulo de deflexión es ligeramente diferente, por lo que es posible medir las concentraciones relativas de cada uno de ellos. De ahí el nuevo dato.

—Dímelo ya, y no me aburras con parrafadas —le apremio.

—Casi dos siglos después de lo que se pensaba. Con gran precisión, el *Manuscrito Voynich* fue escrito alrededor del año 1600, con cuatro años de error en esta cifra arriba o abajo.

Tenía el palpito de algo así. Esas fechas pueden hacer coincidir a los sinvergüenzas de John Dee y Edward Kelley con Rodolfo II. Y explicar la aparición de láminas de girasoles, según parece la única planta reconocible en todo el volumen. Planta originaria de América, que en la primera datación era tierra ignota.

—Phil, tú tienes acceso a la identidad de los *wikipedistas*. Dame el dato.

—Sabes que eso no está permitido, *Leo*. Sin excepciones.

—Yo soy la excepción que confirma la regla. Soy excepcional. Vamos.

Espero unos segundos. Al cabo de ese lapso interminable mi pantalla se llena de caritas sonrientes.

—No te lo vas a creer. La misma *Scarlett*.

En efecto, me cuesta creerlo. Le preguntaré al respecto... dentro de unas dos horas.

Tengo que ser más disciplinado con mi descanso.

—¿Cómo te has levantado hoy, viejo amigo?

Alice está sonriente frente a mí desayunando en la cafetería del Edificio-33 del CERN. Extrañamente contenta. Supongo que la pregunta viene por mi aspecto, como siempre con enormes ojeras.

—No he bebido casi nada, si es a lo que te refieres. Anoche estuve trabajando mucho, deberías imaginártelo.

Lo sabe. Ella también ha trabajado hasta muy tarde. Pero está más acostumbrada que yo a traspasar, parece.

—Estupendo. Nos espera un bonito día.

Salta del taburete en el que está sentada y me anima a seguirla. No me deja ni terminar el café. Se despide del camarero en francés. Este me mira y se ríe. De ahora en adelante le pediré solo *Coca-Cola* americana. O vasos de agua, que son gratis.

—Como te prometí ayer, hoy visitaremos las catacumbas. O, lo que es lo mismo, el acelerador principal. Jacques —se dirige ahora a uno de los secretarios de la recepción—, creo que ya conoces al señor Davies —le dice, señalándome orgullosa.

—Sí, estaba aquí cuando llegó ayer —el tal Jacques responde sumisamente.

—Estudió conmigo en Boston. Tiene carta blanca mientras dure su estancia.

—Por supuesto, señora Johansson. Que pasen un buen día.

—Gracias Jacques. Llamadas, únicamente de nivel 8 a 10. Tonterías las justas.

—De acuerdo. No la molestaremos —afirma, para luego añadir—: Aunque se nos apareciera el mismísimo Dan Brown a robarnos más antimateria.

Alice ríe la broma de Jacques acerca del antaño famoso escritor de *best-sellers*. Voy comprobando que es más fácil hacerla reír ahora que hace años. Me animo.

El enorme túnel del CERN atraviesa la frontera de Francia con Suiza. Aquí se encuentra el gran anillo que aloja el LHC —*Large Hadron Collider*, o Gran Colisionador de Hadrones—, un acelerador de 27 km de circunferencia y que durante décadas ha sido el más grande del mundo. Con permiso del resucitado proyecto SSC —*Superconducting Super Collider*— en Waxahachie, Texas, un faraónico colisionador de más de 80 km de circunferencia que comenzó a construirse en los años ochenta del pasado siglo, y parado diez años después de concebirse por su enorme coste económico. Y ya se habían excavado más de 22 km de túnel. El agujero más grande del Universo va a volver pronto a la vida, con la financiación de la megacorporación... *Alpha*.

—¿Cómo va la misteriosa supercámara de Texas? —le pregunto en relación con este asunto—. Ha salido en todos los medios.

—No tengo ni idea de ese SSC —me contesta contrariada utilizando su acrónimo—. Yo ya tengo mi propio colisionador, y lo que planean los americanos hace tiempo que dejó de importarme. Estamos renovando constantemente el LHC, cada tres años entra en funcionamiento un nuevo instrumento, y hemos alcanzado unos niveles de energía en el anillo impensables hace solo dos décadas.

—¿Ya no te consideras estadounidense? —le reprocho—. ¿Ni siquiera un poquito?

—Después de los últimos dos presidentes que ha tenido la Unión ya pueden venir a buscarme, que no me encontrarán. Lo siento por la gente de Boston, la de Chicago o la de California. La mejor decisión que he tomado en mi vida fue la de regresar a Europa.

—No te juzgo. Yo me considero también, de algún modo, un apátrida. Vivimos en la «Red».

—La «Red» no tiene fronteras —me sonrío—. Y qué mejor sitio que el CERN para darse uno cuenta de ello. Aquí se rompieron para siempre.

Tiene razón. Continuamos con la conversación mientras entramos en el gran edificio en forma de cúpula construido junto al anillo: «El Globo de la Ciencia y de la Innovación». Mi primera impresión es similar a la de un turista más. Perplejidad. Todo es enorme. Una vez pasados los controles de seguridad pertinentes —firmo que no intentaré llevarme ni un poquito de antimateria en los bolsillos, anoto divertido en el formulario recordando la broma de Jacques al salir—, una gran sala llena de monitores de plasma nos recibe.

—¿Nivel científico, aficionado, infantil o político? —me pregunta nuevamente entre risas Alice. Se refiere, lógicamente, a las explicaciones básicas que los empleados proporcionan a los visitantes.

—Infantil es un nivel que me parece adecuado. Si ves que pongo caras raras, bajas al nivel para políticos —le contesto.

Alice comienza a contarme entusiasmada un montón de cosas.

Desintegrar átomos es fácil —me dice—. Basta con encender un antiguo tubo fluorescente. Bastante más complicado es desintegrar los núcleos de estos átomos. Para eso nos hacen falta miles de voltios y una enorme cantidad de dinero. Pero descender al nivel de los quarks —los componentes de esos núcleos atómicos— requiere millones de voltios y un presupuesto mayor que el de cualquier país mediano. Por eso nos asociamos en Europa, para poder pagarlo entre todos.

—Muy loable. Una comunidad de vecinos cambiando el ascensor con los ingleses en la primera planta —apunto. Alice continúa hablando.

—A principios del siglo XX los físicos se dieron cuenta de que la mejor forma de saber cuál era la estructura atómica, y las relaciones entre sus partículas, no era otra sino actuar con contundencia. Había que romper átomos y, para ello, eran necesarias grandes energías y nuevos dispositivos. Así surgieron los sincrotrones y los colisionadores como el gigante que tenemos a

más de cien metros bajo nuestros pies. La idea básica es acelerar partículas cargadas, normalmente protones confinados gracias a enormes campos electromagnéticos, a velocidades cercanas a la de la luz, en un enorme tubo al vacío para hacerlas colisionar con otras partículas. Y ver qué sale. Y salen muchas cosas. Tal vez demasiadas.

—No os andáis con chiquitas —le interrumpo.

—En absoluto. Toda energía es poca —me contesta para seguir con sus explicaciones. Hoy en día se han identificado más de doscientas de estas llamadas «partículas elementales», y la mayoría de estos minúsculos trozos de materia solo existen durante fracciones de tiempo enormemente pequeñas.

—¿Por qué hay tantas? ¿Cómo se distinguen?

—Buenas preguntas. Decía Enrico Fermi, uno de los padres de la física nuclear moderna, que de haber sabido que iba a tener que aprenderse tantos nombres se habría hecho botánico. En la actualidad los físicos agrupan las partículas según la fuerza que domina sus interacciones. La principal fuerza a nivel macroscópico es la gravitatoria, perfectamente formulada por los genios de Newton y Einstein. La otra fuerza conocida a nivel macroscópico es el electromagnetismo. Nos quedan la fuerza «nuclear fuerte», que mantiene unidos los núcleos atómicos, y la llamada «nuclear débil», responsable en líneas generales de la radiactividad. Solo estas cuatro. De momento, los intentos por unificarlas en una sola han sido en vano.

—Ánimo —le digo volviendo a las bromas—. Ya falta menos. Son cuatro cosillas, como dices.

No hace caso a mi tonto comentario y prosigue.

—Así, por ejemplo, a las partículas que están sometidas principalmente a las fuerzas electromagnética y nuclear fuerte se las denomina precisamente hadrones, que están compuestos a su vez por otras partículas elementales, los llamados quarks. Y lo mismo para tantas otras. En nuestro caso, los protones y los neutrones pertenecen al grupo de los hadrones estando, por lo tanto, formados por quarks.

—Creo que tienes que bajarme al nivel de comprensión política —le digo, aunque ciertamente Alice es una excelente divulgadora. La escucho fascinado. Continúa.

—Todo este enorme tinglado de partículas y fuerzas se denomina «Modelo Estándar». Funciona bastante bien en el mundo subatómico, aunque es incapaz de encajar la fuerza de la gravedad. Por ahora.

—¿Unos cafés, Alice? —nos interrumpe un científico que parece conocerla bien. Menos mal.

—Gracias, Peter. El mío con mucho azúcar.

—Toda la energía que necesite nuestra Directora General es poca —replico. Alice sigue hablándome casi sin poder detenerse.

—Dentro del colisionador dos haces de protones son acelerados en sentidos opuestos hasta alcanzar casi la velocidad de la luz, chocando entre sí y produciendo altísimas energías que permitirían simular algunos eventos ocurridos inmediatamente después del Big Bang. Pero eso lo veremos luego, después del café.

—Te lo agradezco, querida —respiro aliviado—. No quiero que el fin del mundo me coja dormido. Promete ser... ¿apocalíptico?

—No se terminará el fin del mundo aquí, Francis. A lo sumo —añade Alice—, solo se acabarán las galletas.

A los cafés sigue el almuerzo, del que disfrutamos en un inmenso pero agradable comedor en el que se juntan en un momento no menos de trescientas personas en un rápido y excelente autoservicio. El movimiento de técnicos, científicos, personal de oficina, vigilancia o visitantes

—como yo mismo— es continuo. Alice come como un pajarito, poco pero rápido. El pajarito me recuerda a *Bird* —Phil— y, lógicamente, al asunto del carbono-14.

—Alice, además de pulverizar protones sin compasión, tengo entendido que podéis utilizar el acelerador para otros análisis, como por ejemplo el de datación de muestras arqueológicas.

—Así es —me interrumpe en tono cómplice—. Es un método tan sencillo como preciso. Hay tres isótopos en el caso del carbono. Tienen el mismo número de protones, pero distinto de neutrones. El isótopo utilizado en las dataciones, el radiactivo, es el más raro, y también el más pesado. Podemos separarlo fácilmente de los otros y, de esta forma, saber la cantidad relativa de ellos en la muestra bajo análisis.

—¿Lo hacéis a menudo? —pregunto, intentando tirarle de la lengua. Alice lo intuye y me contesta casi en forma cifrada para evitar curiosos.

—Sí, por supuesto. Yo misma en persona hice una de estas dataciones la semana pasada. A un trocito de un viejo manuscrito anónimo. Tenía un error monumental en otros análisis previos. De casi un siglo.

—¡Qué interesante! —exclamo con una sonrisa burlona.

—La muestra me llegó desde California. Un antiguo libro sobre alquimia.

—¿Alquimia? —pongo tono de extrañeza—. Qué ingenuos.

—¿Ingenuos? —me replica en tono desafiante mi querida *Scarlett*—. Dime qué otra cosa somos aquí los físicos sino alquimistas del siglo XXI.

La pregunta da pie a otra interesantísima disertación de Alice que, de esta forma, consigue desviar la atención de nuestros acompañantes, acostumbrados como están a escuchar la historia de la física de partículas para principiantes.

—Henri Becquerel descubrió accidentalmente a finales del siglo XIX lo que más tarde conoceríamos como radiactividad. Becquerel trasladó su hallazgo a una joven estudiante polaca, la admirable y admirada Marie Curie. Curie descubrió que minerales que contenían uranio, polonio o radio desprendían de forma constante ingentes cantidades de energía, sin cambiar su tamaño o peso de forma apreciable. Einstein desvelaría años más tarde que la masa se estaba transformando en energía.

—Creo que a ti te ocurre lo mismo —bromeo mirándola de reojo—. Conviertes tu masa en energía. Y de forma muy eficiente. Te consumes, cariño.

—No digas sandeces, Francis —me corta algo enfadada Alice, para luego seguir con su explicación—. Estos descubrimientos atrajeron la curiosidad de otros científicos, de los que sin duda el más genial de todos ellos fue Ernst Rutherford. Rutherford comprobó que estos elementos radiactivos se están transformando en otros diferentes, emitiendo además distintas radiaciones. Un átomo de uranio podía transformarse en uno de plomo o uno de rodio. Dicho de otra forma, la alquimia no era ya una quimera. Años más tarde, Rutherford, en su propio experimento, transformó helio y nitrógeno en oxígeno y núcleos de hidrógeno, que resultaron ser los protones. Esta reacción está considerada como la primera transmutación de la materia realizada de forma artificial, a diferencia de la radiactividad natural.

—Entonces podemos considerar a Rutherford como el primer alquimista de la Historia —le apunto.

—Sí. Al gran Ernst Rutherford. Era tan grande en lo físico como en lo intelectual. Por fortuna cambió a tiempo su elección de ser jugador de rugby por la ciencia.

—Algo de bruto le quedó en su afán de destruir la materia, como aquí.

—Las cosas se hacen a lo grande, o no se hacen —me dice Alice—. Y estoy de acuerdo contigo

en que Rutherford fue el primer alquimista conocido, con permiso de los autores del manuscrito que he datado —se ríe, una vez más.

—Habrá que averiguar quiénes fueron. Más que nada por hacer justicia. No me gusta el rugby, aunque sus practicantes tienen su punto.

—No es fácil querido Francis. Te aseguro que no es nada fácil.

—Pues solo hay que meter un melón entre tres palos. O plantarlo. No importa si en el proceso sueltas unos cuantos bofetones a los contrarios.

—Eres incorregible —me sonrío.

La tertulia a los postres termina en este punto. Intuyo que algo quiere decirme al respecto, pero que no es prudente hablar de forma abierta. Me levanto y nos dirigimos juntos hacia las instalaciones para continuar con nuestro recorrido turístico. Alice se ufana en contarme que ya en el año 2000 el anillo principal del CERN contenía tantos electroimanes como para replicar la torre Eiffel. Para alimentarlos se necesitan quince mil millones de voltios de energía de forma continuada. Supongo que eso es mucho.

—Por eso en ocasiones solo podemos aplicar toda la potencia de noche. No es la primera vez que dejamos a los pobres vecinos sin luz. Ha ocurrido incluso en el propio centro de Ginebra —me dice—. Pero nos comprenden.

—Sois unos benditos —le digo—. Por cierto, ¿qué fue de las teorías catastrofistas?

Me refiero al curioso episodio sucedido en los comienzos del funcionamiento del LHC. Dos científicos presentaron una denuncia contra el CERN en un juzgado federal estadounidense en la que avisaban de un supuesto peligro ocultado por la institución científica: El LHC podría destruir el mundo al crearse un agujero negro estable. Y la probabilidad de que ello ocurriera, siempre según los denunciantes, era altísima.

—Estamos vivos todavía, ¿no? Y mira las vacas allí afuera, tan felices.

—Eso parece —respondo, palpándome la ropa—. Pero ¿qué tienen que ver las vacas? ¿Dan leche enriquecida? ¿Se han vuelto verdes? ¿Cagan protones?

—Cuando empezó la paranoia, a los científicos se les ocurrió comprar vacas para tranquilizar a la población —me cuenta—. Divertido pero real. Dicen que los animales sienten los terremotos justo antes de ocurrir. Tal vez esta suposición pueda aplicarse también a los agujeros negros.

—¿Los agujeros negros pueden sentir a las vacas?

—Venga, déjate de tonterías y vamos a ver algunos de los instrumentos antiguos. Se nos hará tarde.

Alice Johansson me muestra los emplazamientos de «ATLAS» y «CMS», dos de los detectores más famosos. Es un agradable paseo con un pequeño *Tesla* autónomo por la superficie. También me enseña al final el prestigioso «ALICE».

—Venga ya. ¿En tu honor?

Veo que se sonroja. Pero se repone.

—No seas majadero —me dice—. Es muy antiguo. «ALICE» significa «A Large Ion Collider Experiment», y tiene más de veinte años. Sirve para estudiar colisiones entre iones pesados, principalmente núcleos de plomo.

—¿Plomo? No me digas que tienes aquí tu laboratorio alquímico particular. ¿Cuánto oro has conseguido ya? Bancos no te faltan en Suiza.

—Tus bobadas no tienen fin. En eso no has cambiado nada. Vámonos ya.

—Está bien —acepto riendo.

He vuelto a mi hotel para cenar. Alice y yo hemos quedado en reunirnos —esta vez en secreto, o casi— dentro de dos horas en el Edificio-20, donde podremos aislarnos subrepticamente de nuestros comunicadores y, por añadidura, de un posible espionaje. Los *Alfas* no pueden apagarse. Al hacerlo emiten una señal de baliza. Pero enmudecen sin más al ser apantallados.

—Espero que no hayas tenido problemas para acceder —me dice al verme—. Di órdenes de acceso casi ilimitado para tu acreditación.

—Ya ves que estoy aquí limpio, puntual, cenado y orinado de casa. Y no, no he tenido problema alguno —respondo a su pregunta—. Por lo que veo y por la cantidad de personas con las que me he cruzado, aquí se trabajan las veinticuatro horas.

—Así es. Y algunos no tenemos turnos. Es agotador —se queja Alice, empujando la puerta del laboratorio. Puerta que se cierra con un quejido sordo, que solo podemos oír nosotros dos.

—De esta segunda cita seguro que ya sospechan que somos amantes —le bromeo.

—No lo creo. Tenemos acceso a registros judiciales de casi todo el mundo. Basta poner tu nombre para saber que te casaste en Madrid con otro hombre.

—Eso es ilegal —protesto.

—¿El matrimonio homosexual? —pregunta con el único afán de tomarme el pelo—. Pues sigue siéndolo en la mayor parte de países.

—La revelación de datos privados —vuelvo a protestar.

—No te preocupes, que no te lo digo en serio —me aclara—. El acceso a datos judiciales puede conseguirse en la red profunda, pero por supuesto no en el CERN. Aquí somos personas decentes.

—Salvo la Directora General, que es una especie de doctora *Jekyll* —le digo—. Bien peinada durante el día, y desmelenada por la noche. Qué no harían tus adversarios por saber cómo complementas tu sueldo.

—Ni que fuera puta, aunque esta noche lo parezca —contesta ya más seria—. No perdamos más tiempo, ¿qué tenemos?

—¿Tenemos? En primer lugar, me gustaría saber si estamos en este asunto juntos o hacemos cada uno la guerra por nuestra cuenta.

—¿No éramos algo así como mosqueteros? Espero que este precioso concepto conteste a tu pregunta.

—Ayer no querías saber nada de Ray, y por añadidura tampoco mucho de Phil. No me tranquiliza eso —le reprocho.

—Te contesto lo mismo que ayer. Ray está loco y juega en otro equipo. Phil es inofensivo y puedes hablar con él cuanto quieras.

—¿Y la gente de *Alpha*?

—Sacamos beneficios ambas partes. Tú también. Por supuesto, siempre fuera de nuestra red —añade—. En este aspecto debemos cuidarnos mucho.

—Bien —admito—. De momento ignoraré los motivos por los cuáles te interesa conocer el significado del *Manuscrito Voynich*. Ya te torturaré llegado el momento. Vayamos con lo poco que sé yo. Hay una datación errónea que tú ya te has encargado de corregir. Además, te ha salido gratis el alquiler del aparato para hacerlo.

—Sí. Supuse que el bocazas de Phil te lo contaría, no es ningún secreto ya. Lo he publicado y todo el mundo puede saberlo.

—¿Por qué no te has guardado esa información? —pregunto curioso.

—Para confundir a Ray y los suyos, nada del otro mundo.

—¿Nada del otro mundo los suyos? ¿No eran socios alienígenas como a él le gustaría? —sigo

cuestionándole.

—No bromees con eso, Francis. Hay dos muertos ya.

—Sí, pero los muertos me los he encontrado yo, no tú —protesto—. Y te puedo asegurar que no es agradable.

—Lo admito. De ahí que tengamos que extremar las precauciones.

—De acuerdo, Alice. Ahora dime qué sabes tú que yo no sepa —le apremio.

—Hay información valiosa en los diagramas astronómicos —me dice.

—Eso es público también —le replico—. Hay no más de diez palabras traducidas del manuscrito, y casi todas corresponden a los meses del año, después de trasponer caracteres en torno a uno de los objetos estelares. Pero no aportan más.

—Creo que sí que lo hacen —me revela—. Desde hace años se especula con que los objetos centrales estelares no son ni el Sol ni la Luna, sino otra cosa.

—¿Qué cosa? —le interrogo intrigado.

—Se cree que son supernovas. Y lo he comprobado.

—Es muy rebuscado. ¿Por qué lo crees?

—He utilizado una variante del cifrado de Alberti con uno de esos diagramas. Tras varios días de cómputo usando mi modesto equipo de alquiler barato —me guiña el ojo, dándome a entender que gestiona en su beneficio algunos de los inmensos recursos informáticos del CERN—, tengo algo. Quiero que lo tengas tú también y me des tu opinión.

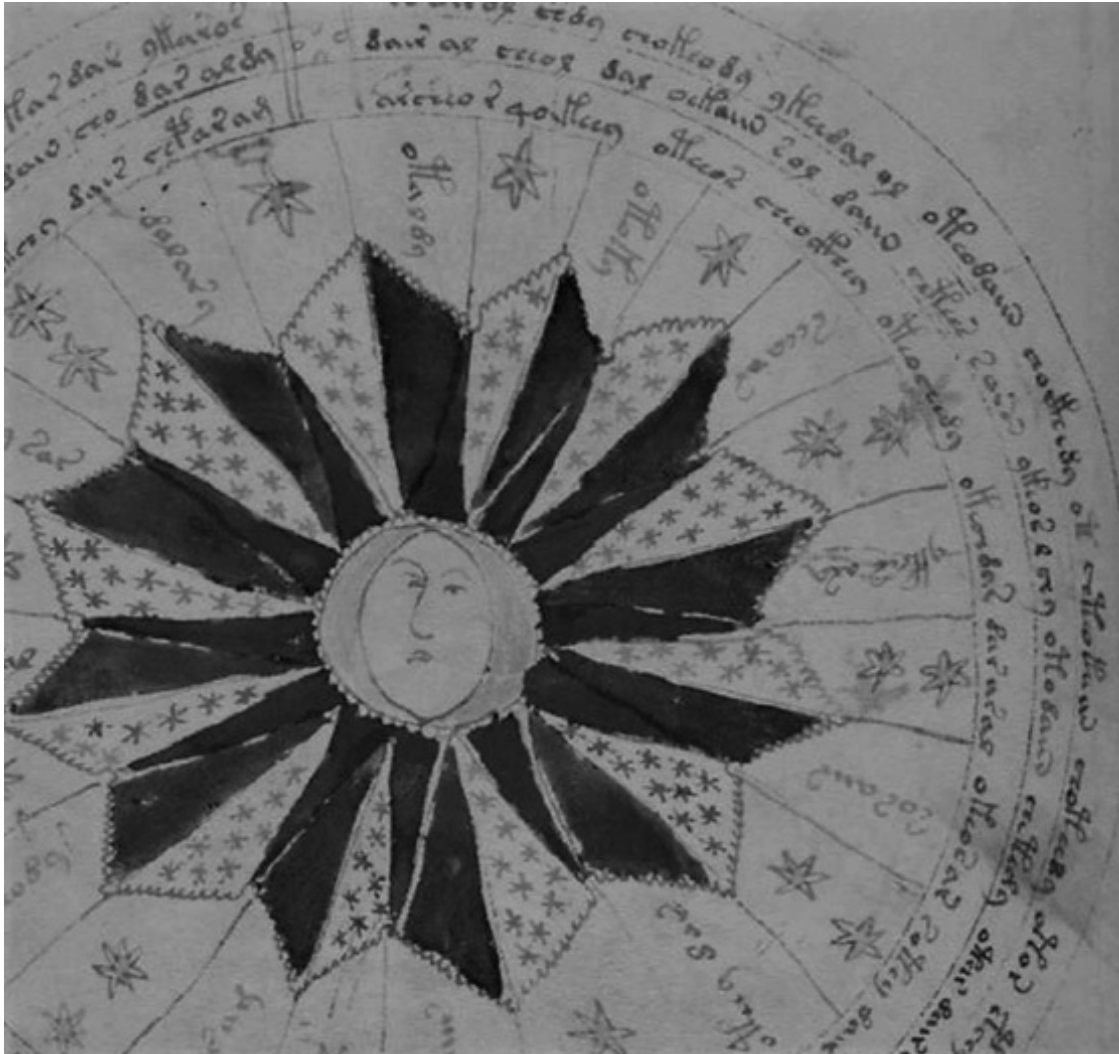
—Perfecto. Pásamelo por la red. Lo miraré esta noche.

—Magnífico. Y ahora vámonos ya, es muy tarde. Los de afuera son capaces de entrar echando la puerta abajo pensando que nos hemos pasado con las pastillas azules —me dice.

—Muy bien. Mañana nos vemos.

Como acostumbro, pido que me suban la cena a la habitación. He descargado el documento de Alice. El cifrado es sencillo, así que no tendré que pasar por los mismos apuros que me ocasionó la información de Ray. Esta última todavía está por digerir, tiene muchos interrogantes. Voy primero con mi *Scarlett*. Mañana quiere resultados y yo los quiero hoy.

«Una copa y arranco. Que sean dos, no sea que me cale el cerebro».



«Posiblemente el diagrama más famoso del “Manuscrito Voynich” es el que ocupa la página 121 casi por entero. Es un diagrama astronómico en el que se distinguen doce divisiones. La primera impresión es que pueden corresponder a los doce meses del año o a las doce constelaciones del Zodiaco. En el centro hay un gran astro, tal vez el Sol, tal vez la Luna. A su vez, cada división está partida en dos. La primera mitad contiene ‘palabras’ —que se han podido traducir con mucho esfuerzo como los nombres, o algo similar, de los meses— y la segunda bosquejos de estrellas. Pero alrededor del astro hay tres círculos concéntricos con muchas más palabras. Y todo el aspecto de unos discos de Alberti para cifrado. Lo que tenemos delante es una especie de caja fuerte, en la que es necesario hacer girar dichos discos según la combinación adecuada para poder hacernos con el tesoro.»

«Bien», me digo. Esto es algo sabido por bastantes estudiosos del manuscrito, y por supuesto por Alice.

«León Battista Alberti fue un arquitecto y humanista italiano del Renacimiento, allá por el siglo XV, por lo que encaja en nuestras indagaciones. El cifrado de Alberti es tan famoso que se le considera el padre de la criptología occidental. Es el primero en utilizar la sustitución polialfabética. A diferencia de otros cifrados posteriores, como el de nuestro viejo conocido

Vigenère, el modo en el que se cambia de alfabeto no es periódico. Para llevar a cabo los procesos de cifrado, se usan los llamados 'discos de Alberti'...»

Discos de Alberti. Y sin derechos de autor. Prosigamos con la canción.



«Pensemos en los 26 caracteres exteriores. Están ordenados de forma alfabética. Sin embargo, los caracteres interiores tienen un orden arbitrario que solo el destinatario debe conocer. Asociando unos y otros se cifran mensajes simples de forma monoalfabética. Pero si añadimos un paso adicional, como por ejemplo hacer girar la rueda una letra la primera vez, dos la vez siguiente, luego tres y vuelta a empezar después de la primera codificación, es mucho más complicado. Y casi imposible si a este esquema de '1-2-3' le asociamos una palabra clave para la segunda codificación...»

Parece seguro y complicado, sí. Creo que necesito un trago extra para no dispersarme y poder continuar con la lectura.

«Hay exactamente novecientos sesenta mil combinaciones posibles entre las pseudo-palabras de los tres círculos del diagrama. Con una gran potencia de cálculo y un sofisticado programa de reconocimiento de caracteres, es posible encontrar una posición concreta y unívoca en la que los nombres de los meses aparecen también de forma periódica en vertical. En realidad, es un proceso inverso. No se trata de conocer una clave para girar los discos, sino que es el giro de los propios discos el que te proporciona la clave. Una forma muy sutil de utilizar el cifrado de Alberti.»

«Toma ya. ¿Y cuál es el resultado?» Alice me apunta los números: el disco interno ha girado 37 grados. El central 54 y el más externo 326 grados. No me sugieren nada. Pero sí a ella. Las coordenadas de un objeto celeste, comúnmente las estrellas, se miden en grados. Alice halla algo curioso.

«Un objeto con latitud de 37° y longitud de 54° se corresponde con una ascensión recta de 00h 25m y 17s, con una declinación de 64° 08' y 37". Busca con el 'AlfaStar' el objeto celeste en

esa posición...»

Lo hago. No hay ninguno.

Pero lo había. La famosa supernova de Tycho Brahe, que apareció en los cielos en la constelación de Casiopea en el año 1572. Es una de las solitarias supernovas que han sido visibles a simple vista en nuestra galaxia. En todos los registros conocidos de la Historia. Fue observada el 11 de noviembre de ese año, y hasta marzo del 1574 fue todavía visible. Ahora solo pueden observarse sus radiaciones remanentes en rayos-X.

«¿Y los 326 grados del tercer disco?» Alice no ha tenido tiempo de estudiarlo, pero ahora me parece a mí muy sencillo. En la antigüedad, algunas civilizaciones como la china dividían el círculo en 365 grados, y no en 360 como ahora, haciendo coincidir el año con los días. Es, simplemente, la fecha.

Para validar los resultados, Alice ha repetido el proceso con un segundo diagrama menos conocido del manuscrito. En este caso, nuevamente, aparecen con un ligero error las coordenadas de la supernova llamada «SN 1604», también conocida como la supernova de Kepler o estrella de Kepler, vista en la constelación de Ofiuco. La supernova fue observada por primera vez el 9 de octubre de 1604. El astrónomo alemán Johannes Kepler la midió ocho días después. Como en el caso anterior, verifico el dato de la fecha.

Alice tiene razón. Hay dos supernovas cifradas en el manuscrito.

¿Podrá Alice haberse percatado de que Tycho Brahe y Johannes Kepler fueron maestro y discípulo en la corte de Rodolfo II, en la misma época en que el manuscrito fue elaborado? Puede. Tonta no es.

Aún más, «¿podrían haber sido ellos los autores del *Voynich*?» me digo.

Tengo una comprobación más que hacer, con el corazón en un puño. Voy en busca de mi facsímil. En efecto, los trazos de los caracteres en ambos diagramas son ligeramente distintos, más pulcros y seguros en los de la primera estrella, rápidos y nerviosos en la segunda, en correspondencia con sus presuntos autores. Tycho artista, literato, detallista, escrupuloso. Kepler inquieto, dubitativo, inseguro. Dos supernovas, dos astrónomos, dos autores. Ahora solo falta la respuesta a la gran pregunta, ¿por qué y para qué habrían de ocultar sus hallazgos dos de los mejores científicos de la Historia?

Brindo por ellos hasta terminar la botella. Y también por ella, por Alice, mi hormiga atómica favorita.

Me levanto temprano, de nuevo casi sin dormir. Estoy ansioso por compartir mis pesquisas con Alice. Decido ir caminando al Edificio-33, el principal de la organización del CERN en Ginebra donde ella tiene su oficina. Son tres kilómetros como mucho y puedo pensar en mis conclusiones mientras llego. Acelero el paso y comienzo a trotar. El ejercicio me hará bien, pero tengo una sensación extraña. La sensación se transforma en agobio y el trote se convierte en carrera. Miro hacia atrás. No veo a nadie, pero la ansiedad puede conmigo. Llego sudando a mares a la cafetería, donde ya me está esperando mi *Scarlett*.

—Buenos días, Francis. ¿Te encuentras bien? No tienes buen aspecto.

Alice lleva su mano derecha a mi frente. Nota el sudor frío.

—No he dormido bien y además estoy bastante nervioso. Como si alguien me hubiera seguido desde el hotel.

—No será que... —Alice me mira con dureza. Yo respondo con la misma mirada.

—No, no lo es. Beber de vez en cuando no significa que sea un alcohólico. No me imagino las cosas. No soy un loco. No veo bichos por las paredes.

—Eso espero, porque con uno tenemos bastante —me dice Alice—. Y ya sabes a quién me refiero.

—Déjalo, no importa —le interrumpo algo tenso—. Dile al camarero que me ponga un café largo bien caliente. En francés o en chino. Es idiota en cualquier idioma.

—No es idiota. Relájate, Fran. Te pediré el café y luego iremos al otro edificio a que me cuentes qué te han parecido mis fantasías.

Esto lo ha dicho en voz más alta de lo normal, tal vez de forma deliberada para que lo oigan los científicos que están sentados en otras mesas alrededor de la nuestra. Y el mismo camarero que, por cierto, me ha puesto un café corto y frío. Más estúpido y no nace.

Salimos a la calle Alice y yo. Hace frío y tengo que levantarme las solapas de la gabardina. Sigo con la misma sensación de estar siendo vigilado. Alice camina delante de mí, ligera como una pluma. Llegamos al Edificio-20 y tomamos el ascensor. Alice saluda a unos con parsimonia, a otros con jovialidad. Ya estamos en el laboratorio de calibración electromagnética, nuestra habitación a prueba de espías.

—¿Qué? —me pregunta casi antes de que la pesada puerta haya terminado de cerrarse—. Dame tu opinión, venga.

Alice está extrañamente excitada y yo particularmente nervioso. Eso no es bueno. En estos casos suelo quedarme quieto y no precipitarme.

—Está bien. Has trabajado mucho y bien —respondo escuetamente.

—¿Mucho y bien? Y, ¿ya está? —responde airada—: ¿No se te ocurre nada mejor que decirme?

—La teoría de las supernovas me parece correcta —le digo—, pero no aporta nada al descifrado del texto. El tercer disco es, en efecto, la fecha de aparición de estos curiosos astros. Y no tengo nada más que aportar.

Puedo ver la desilusión de Alice en su cara.

—Ajá —me responde con aire de resignación—. Supongo que queda mucho por hacer. Vámonos. No conviene tentar a la suerte viniendo tanto por aquí.

Salimos y desandamos el camino hasta los ascensores. Hay otros laboratorios en esta planta. Me fijo en uno especialmente. Dos técnicos están celebrando algo a grandes voces. Alice me anima a entrar. Saluda con parecido entusiasmo al que muestran los dos especialistas. Hablan entre ellos en alemán y no puedo entenderlos. Tal vez me inviten a unas cervezas. Mientras se deciden a sacar las jarras, observo los complejos instrumentos que abarrotan este laboratorio.

—Ven —me dice Alice—. Dame la mano.

No creo que tengamos que hacernos gestos de cariño aquí y ahora, y menos delante de estos seres de extraña cabeza cuadrada, pero le tiendo mi mano derecha.

—Adelante —le dice a uno de los técnicos—. Haznos una demostración.

El aludido me acerca su propio *Alfa*. Su microcámara efectúa un barrido con luz láser en unos segundos sobre mi mano. De forma instantánea, oigo un ruido similar al de una impresora antigua. De hecho, es una enorme impresora 3D. Los dos dispositivos están vinculados y el aparato comienza a escupir y esculpir algo parecido a silicona a velocidad de vértigo. No han pasado ni cinco minutos y me tiende la mano. ¡Mi propia mano!

—Es un desarrollo experimental —me dice Alice cogiendo el guante de silicona que ha generado la máquina—. Trabajamos en ello discretamente, porque podría tener usos indebidos. ¿Me la puedo quedar de recuerdo?

—Claro. Yo ya tengo dos —bromeo, casi sin ganas.

El resto de la jornada transcurre sin mucho interés. Estoy despistado y no me concentro en las cosas que Alice me explica. Ella dice que tal vez haya cogido una gripe, aunque en el fondo pienso que cree que estoy pasando algún tipo de síndrome de abstinencia.

Tengo que descansar algo.

Lo primero que hago al llegar al hotel es pedirme una botella de vino. Pero de las caras, para no tener resaca. Me la bebo entera con la cena. Después me recuesto en la cama. Tengo que dormir unas cuantas horas seguidas para volver a ser persona. Consigo cerrar los ojos. El alcohol empuja los párpados.

Ha amanecido. No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que concilié el sueño, pero desde luego no el suficiente. Las sirenas de la policía no dejan de sonar a la entrada del hotel. Llamo a la recepción. Una voz de empleada asustada intenta explicarme lo ocurrido.

El servicio de limpieza ha encontrado a una mujer muerta en una de las habitaciones.

Hasta nuevo aviso ningún huésped puede dejar el hotel. En caso necesario, hay que pasar un control de seguridad especial instalado por la policía suiza. Desisto de hacerlo, no quiero salir del hotel todavía. Miro las noticias. En efecto, uno de los canales locales habla de la muerte violenta de una mujer de unos treinta y cinco años, turista estadounidense, en un conocido céntrico hotel de Ginebra. Aquí no hay muchos crímenes, así que la noticia resulta sobrecogedora. Aparece la foto de la desgraciada en la pantalla.

«¡Por Dios Santo, es Cathy!» Con su peluca. Arma blanca.

Mi *Alfa* me saca del trance en el que me encuentro. Supongo que será Alice, enterada del asunto. Pero no. Es el mismísimo Ray, conectándose en modo abierto por los puertos de la red convencional. Tiene que ser algo muy importante como para cometer semejante locura.

—Te lo advertí, Fran. No digas que no te lo advertí. Son muy peligrosos. Sal de ahí antes de que sea demasiado tarde.

No sé qué hacer.

Tengo que hablar con ellos y saber qué pasa.

Activo la llamada en mi *Alfa*. No tardo en recibir respuesta. La habitual voz sintética. Inmutable y sin alma.

—Estamos confusos, Fran.

—¿Qué hacía Cathy aquí? ¿Quién la ha matado? —pregunto a bocajarro.

—La primera respuesta puedes imaginártela. Protegerte. Era un agente de seguridad nuestro. Se alojaba en tu mismo hotel, lógicamente. Que no la reconocieras no es extraño. Era la mejor.

—Era —interrumpo—. Parece que alguien la ha superado.

—Esa es tu segunda pregunta y no tiene respuesta —me dice la voz anónima, convenientemente distorsionada.

—Bien —zanjo el asunto—. Está claro que corro peligro y han estado a punto de matarme tres veces. Me retiro.

—No lo hagas, por favor —la voz parece suplicarme—. Piensa en que no has sido tú la víctima. En cualquiera de las tres ocasiones que mencionas bien podían haber acabado contigo. Sin embargo, no lo han hecho. Por alguna razón que, de momento, se nos escapa, no quieren matarte.

—¡Oh, gracias! Ahora sí que me encuentro más seguro —grito al aparato.

—Quieren asustarte. Solo eso. Y si abandonas ahora habrán conseguido su objetivo.

—Si quieren que deje de investigar les basta con matarme —contesto sin bajar la voz—. Es pura lógica.

Al otro lado de la línea se hace el habitual silencio. Me canso de las cosas habituales. Esta vez la espera no dura mucho.

—Por alguna razón les interesas vivo. La oferta sigue en pie. Consulta el saldo de tu cuenta bancaria. Lo hemos doblado.

Lo hago de forma automática. Joder. Casi podría vivir el resto de mi vida con esta cantidad. Y si resuelvo el enigma será mucho más. Me relajo un poco. La misma lógica me grita al oído: «No quieren matarme».

Pero no es bueno estar cerca de mí.

—De acuerdo. No lo dejo por ahora —contesto—. Pero les advierto de que al próximo muerto tiro este chisme al mar y desaparezco.

—Gracias Fran. ¿Crees que necesitas vigilancia de nuevo? ¿Te sentirías mejor y más seguro aquí de vuelta?

—No. No quiero a nadie cerca de mí en varios kilómetros a la redonda. Y tengo asuntos que resolver en Europa.

—Perfecto. Cualquier cosa que necesites, llámanos.

Corto la comunicación. Necesito hablar con Alice y advertirle.

Ahora es ella la que está en peligro.

La policía suiza me hace unas preguntas rutinarias en la recepción del hotel. Hay varios ciudadanos estadounidenses alojados aquí, de la misma nacionalidad que la víctima. Les digo que no la conocía de nada y que nunca la había visto, ni siquiera en los ascensores. El hotel es muy grande. Doy referencias de Alice Johansson para evitarme complicaciones. Ha sido como nombrar al Papa de Roma. Les dejo mi número de contacto, lo verifican, y me dejan salir a la calle.

Hace un frío para morirse. Acuchilla mi cara sin piedad.

Llamo a un autotaxi con mi propio *Alfa*. No he querido molestar a los empleados del hotel, están todos descompuestos por el asunto. A los pocos segundos lo tengo en la puerta. Entro. Me reconoce y solo quiere confirmación del destino.

—Confirmado —le digo al cacharro—. Y gracias por el café —añado—. Esta vez la máquina funciona de maravilla y me tomo dos. Así no tendré que pedirle uno al gracioso del camarero.

El Edificio-33 del CERN está tan bullicioso como siempre.

Alice no está en la cafetería. Dudo sobre si debería preguntarle por ella al camarero que, por desgracia, sigue vivo. Desisto, no es de fiar ni muerto. Vuelvo sobre mis pasos a la recepción. Está Jacques. Le pregunto y me tiende una nota. Alice ha tenido que viajar repentinamente a la ciudad de Frascati, en Italia. Volverá en un par de días. Una reunión tan importante como inesperada.

Me vuelvo al hotel. Tengo mucho en qué pensar y mucho que buscar. Intentaré hablar con ella esta noche, cuando sé que puede entrar sin ser molestada en la red profunda. Ahora tengo una buena pista que seguir.

Mi amigo Tycho Brahe. Y también su amigo Johannes Kepler.

Los amigos de mis amigos son también los míos.

«Muy pronto Tycho Brahe destacó como estudiante, y ya a los dieciséis años era capaz de discutir acerca de cualquier cuestión científica con las mayores autoridades académicas de su época. Especialmente, sobre astronomía. Como no le satisfacían los errores en las efemérides de las mejores tablas disponibles, decidió hacer borrón y cuenta nueva. Comenzaría por tanto a medir posiciones de todas las estrellas y los planetas desde el principio. Lo extraordinario es que tomó esta decisión con solo dieciséis años. Y lo hizo...»

Llevo un par de horas leyendo biografías sobre Tycho Brahe, un tipo fuera de lo común. Su vida fue fascinante. Y su legado, inmenso.

«Tycho pertenecía a una poderosa familia noble danesa y, además, su fama como astrónomo y científico era reconocida por toda Europa. Simplemente, era el mejor. El rey danés Federico II incluso le regaló una isla —Ven, en el mar Báltico— para que pudiera convertirla en su particular laboratorio científico y observatorio astronómico. Al morir este, su envidioso hijo Christian IV le hizo la vida imposible (...) Tampoco los habitantes de la pequeña isla de Ven ayudaron mucho, ya que veían a Tycho Brahe como un tirano que les obligaba a trabajar sin cobrar. Entonces Tycho recogió todos los instrumentos que pudo y, junto con su familia y amigos —algunos tan peculiares como un enano bufón y un alce alcoholizado que tenía como mascota—, inició un penoso peregrinaje por el norte de Europa. Tycho tenía amistades influyentes y su prestigio era enorme, por lo que pronto encontró acomodo. Y en el mejor lugar posible: la corte de Rodolfo II, rey de Bohemia y emperador del pomposo pero magro Sacro Imperio Romano. Por aquel entonces —era el año 1599— Rodolfo todavía era una persona lúcida, un rey apasionado por las ciencias, las letras y las artes, y nombró a Tycho matemático imperial. Le asignó una pensión y le regaló un castillo muy cerca de la corte en Praga para que levantara su nuevo observatorio...»

Los oficios de antes sí que merecían la pena. Matemático. Bufón. Alce con barra libre. Y todo bien remunerado. Hubiera firmado un contrato con ese emperador de pacotilla ahora mismo.

«Kepler aparece justo en ese momento. Tycho reanuda las observaciones astronómicas alrededor de junio del año 1600. Pero necesita de un buen matemático. Tycho estaba obsesionado con el movimiento de Marte y Johannes Kepler se presenta a los ojos de Tycho Brahe como un excelente candidato, joven y bien preparado. Había anotado la posición de este planeta respecto a las estrellas fijas durante más de treinta años, y por muchas vueltas que le daba no conseguía encajar su trayectoria con ninguna curva conocida. Trabajaron juntos por espacio de un año, hasta la extraña muerte de Tycho. Kepler pensó que podría resolver el problema propuesto por su mentor en una semana, pero le llevó más de ocho años conseguirlo...»

Bien. Kepler y Brahe juntos en Praga en el año 1600. «La datación del manuscrito es perfecta, mi querida *Scarlett*» —pienso para mis adentros.

Es hora de llamarla.

—*Scarlett*, ¿andas por ahí?

He conectado los dispositivos para intentar comunicarme con Alice en la red profunda. Debe de estar ocupada, a pesar de lo avanzado de la hora. Dejo transcurrir más tiempo mientras sigo pasando páginas del dichoso manuscrito sin ningún criterio. Vuelvo a intentarlo. Nada. ¿Estará bien? No quiero asustarme otra vez.

—*Scarlett*, ¿andas por ahí? ¿Estás bien? Responde, por favor.

Estoy tentado de usar de forma convencional nuestros *Alfas* e intercambiar cualquier frase insustancial. Todo con tal de saber que no le ha ocurrido nada. Pruebo una vez más.

—*Scarlett*, ¿duermes o trabajas?

—Trabajo, qué remedio —al fin aparece.

—Me tenías preocupado, querida amiga. Llevo más de tres horas intentando hablar contigo.

—Hace apenas veinte minutos que hemos terminado la última reunión. Ya estoy en mi habitación.

—¿Qué llevas puesto? —bromeo, una vez aliviado del susto.

—Una caja de aspirinas. ¿Te excita?

—No mucho. Soy más de paracetamol. Ideal para resacas.

—Somos unos antiguos. Ahora hay química mucho más eficaz. ¿Qué tripa se te ha roto para llamarme de forma tan intempestiva? —cambia de asunto.

—Estaba preocupado por ti. Solo eso. Ya te imaginas por qué.

—Yo no imagino nada más por hoy. Estoy exprimida.

—¿No has visto las noticias de Ginebra?

—Para serte sincero, no. Salí antes de que amaneciera para volar a Roma. ¿Han desaparecido los bancos?

—Como no les ingreses un agujero negro de los tuyos, me temo que no —bromeo a medias—. Mucho peor.

—Explícate.

—Aquí, en el hotel. Otro asesinato como los de allá. Arma blanca. La chica que me cuidaba —le informo telegráficamente.

—¿Tenías niñera?

—Así es. Aunque no sabía que lo era ni que iba a seguirme hasta Suiza.

—Mala decisión —dice Alice—. Miraré los periódicos digitales para conocer los detalles.

—No dicen mucho. Estaba alojada con un nombre falso. La he reconocido por la fotografía. La policía ha dicho a la prensa que se trata de una inofensiva turista americana de vacaciones en Europa —le informo.

—Supongo que no tienen ni idea. Nadie sabe nada en estos casos.

—Te equivocas, querida. Alguien lo sabía.

—¿Quién?

—*Sheldon*.

—¿Qué? —Alice parece aporrear el teclado.

—Me llamó directamente al *Alfa* al poco de cometerse el asesinato. Tal vez también antes, no lo sé. Estaba muy dormido —le digo, para luego rectificar avergonzado—: Estaba muy borracho.

—Exactamente, ¿qué te dijo el chalado de Ray?

—Que dejara este asunto. Que era muy peligroso y que me fuera. Nada que yo ya no sepa.

—¿Y *Alpha*? ¿Has hablado con ellos?

—Sí. Justo lo contrario. Que siga. Me han metido tanto dinero en el banco que podría montar el mío propio. Suiza no es mal lugar para empezar.

—¿Qué vas a hacer? —Alice ha entrado en modo interrogatorio.

—Les dije que continuaré hasta el próximo muerto. Pero creo que no he debido hacerlo —me sincero.

—¿Por qué no?

—Porque la cuarta víctima podrías ser tú. Por favor —le ruego—, cuídate mucho de todo y de

todos.

—Lo haré. Seguiremos juntos.

—Gracias. Por cierto, ¿a qué se ha debido ese viaje tan repentino? Si me lo puedes contar, claro.

—En realidad no puedo, pero creo que en las actuales circunstancias tengo que confiar en ti —me confiesa—. He venido a Frascati a una reunión de emergencia. El equipo científico de aquí está de los nervios.

—¿Qué hay en Frascati?

—Física de la buena —me responde—. El histórico Instituto Nacional de Física Nuclear italiano tiene aquí su sede y su legendario sincrotrón, que sigue arrojando resultados espectaculares décadas después de ser concebido.

—¿Cuál es el problema? ¿Por qué te han llamado?

—Aquí hay un grupo muy serio de científicos que llevan décadas de experimentos exitosos. Algunos de sus resultados nos sirven como propuestas para repetirlos en colisionadores mayores, como el nuestro. Lo que me han enseñado hoy escapa de lo esperado.

—¿No me lo vas a contar?

—Todavía no. Estamos en fase de verificaciones. Si se repiten los mismos datos, programaré una secuencia en varios de los instrumentos del LHC como directora que soy. A mucha mayor energía. Puede ser una locura.

—¿Tienes ahora que detener tus indagaciones con el *Manuscrito Voynich*? —le pregunto.

—No, en absoluto. Eso me distrae. Incluso me relaja.

—De acuerdo. Me quedo más tranquilo con lo que me cuentas.

—No te preocupes por nada. Estaré aquí dos o tres días y volveré a Ginebra. Aprovecha mi ausencia y haz amistad con Klaus.

—¿Quién es Klaus?

—Quién va a ser. El divertido camarero suizo de la cafetería. Es gay como tú.

—Creo que seguiré tomándome los cafés en los taxis.

—Eres un aburrido. Me ha dicho que le gustas.

—Solo me gustas tú. Que lo sepas.

No quedan más de un par de horas antes de que vuelva a amanecer. Pero muchas cosas por hacer todavía.

He intentado volver a entrar en contacto con Ray hace un rato, pero dos no hablan si uno no quiere. Y por lo visto hoy no quiere. Lo habitual. Tengo de nuevo delante de mí su archivo descifrado, con un montón de páginas todavía por leer. Unos párrafos, que hasta ahora me habían pasado desapercibidos, llaman mi atención. Hablan sobre los pliegos perdidos del manuscrito.

«*Se sabe que un pliego completo de dieciséis páginas se perdió en el siglo XVII, cuando el primer propietario del volumen, el alquimista Georg Baresch, envió una muestra al sabio jesuita Athanasius Kircher a Roma, en un primer intento de traducción. Sigue sin encontrarse hoy en día. No hay registros en los archivos de la Sociedad de Jesús acerca de qué pudo haber hecho Kircher con él. Ni siquiera lo menciona. El segundo pliego desapareció en fechas mucho más recientes, y todo apunta a un peculiar ladrón de guante blanco, el estadounidense Edward Forbes Smiley...*»

«¿Café o vino?» Miro el reloj. Ray podría conectarse. Café. Cargado y, por supuesto, bautizado. Tengo una pequeña petaca para estas emergencias.

«Smiley era un prestigioso coleccionista y vendedor de mapas antiguos que vivía muy por encima de sus posibilidades económicas reales. Cuando se vio en la ruina, no tuvo mejor ocurrencia que robarlos. Al fin y al cabo, era un visitante habitual de los mejores museos y bibliotecas de todo el mundo. Su captura fue casual. En el año 2005, justo después de ocultar bajo su chaqueta un valioso mapa precisamente en la Biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale, olvidó el cúter con el que había cortado las páginas sustraídas. Este fue a parar a las manos de un celoso vigilante. Fue detenido y posteriormente acusado, confesando en el juicio haber sustraído casi cien mapas antiguos. Pasó casi cuatro años en una cómoda prisión. A pesar de su confesión y de su colaboración con la justicia para recuperar muchos de ellos, siempre se sospechó que el número de mapas y manuscritos robados por este personaje había sido mucho mayor. Hasta seis famosas bibliotecas denunciaron desapariciones de valiosos ejemplares antiguos. La Beinecke fue solo una de ellas...»

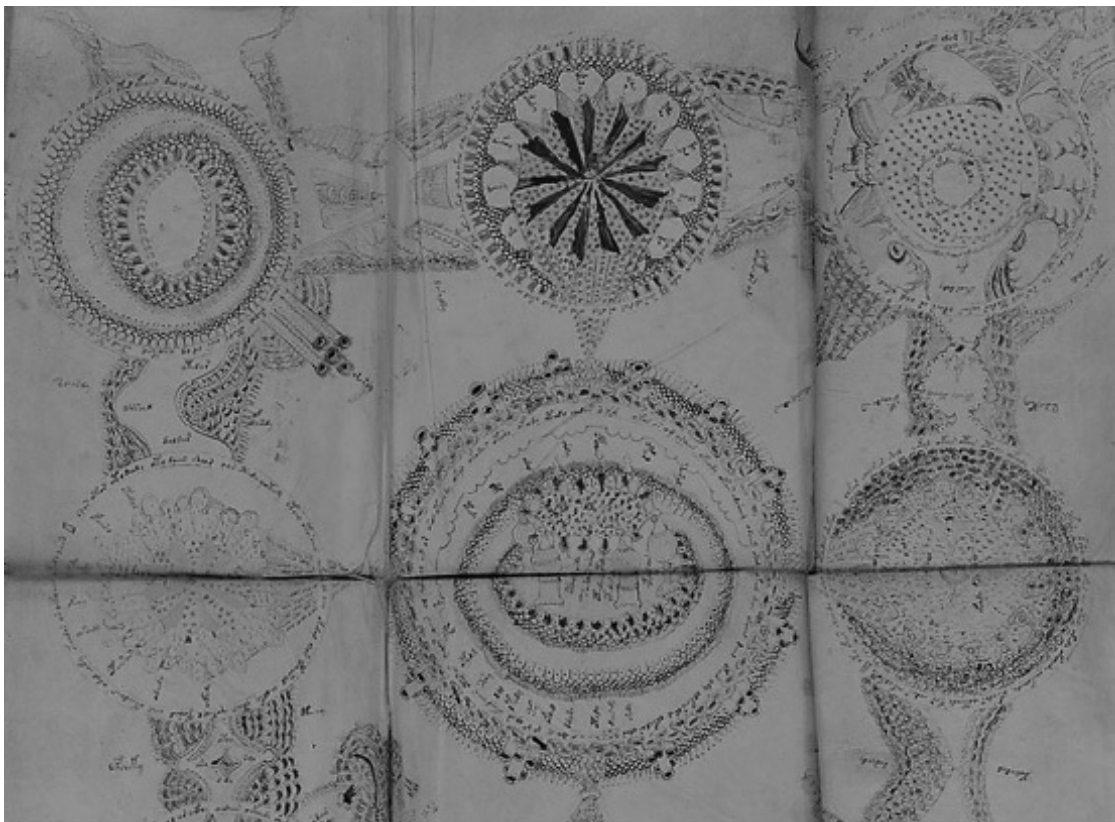
Interesante. La petaca ya está vacía y no he terminado. Café solo.

«El día de su detención coincide con la fecha de desaparición del llamado ‘pliego blanco’ del “Manuscrito Voynich”. Una gran lámina doblada en ocho partes para formar dieciséis páginas, y que se cree podría haber contenido un mapa similar al que albergan las páginas siguientes a la numerada como ‘156’. Esta lámina es la única que tiene una compleja ilustración llamada, precisamente, ‘el mapa’. El por qué Smiley habría robado un pliego aparentemente vacío es un misterio.»

Me vuelco en el facsímil. En efecto, el aspecto del enorme pliego reproducido en las páginas citadas es extrañísimo. Ciertamente, parece un mapa.

Pero un mapa, «¿de qué?»

¿De la Tierra Media, de la Atlántida? ¿Camelot, *Disney World*? ¿La Casa Blanca, La Ciudad Prohibida, Guantánamo?



Hay algo familiar para mí en este mapa.

Más café. De nuevo, sin cristianar. Pecaré.

Vuelvo a Tycho otra vez. Sumergido en la red profunda, buceo en las últimas entradas de la renacida *Wikipedia* sobre él. Cuando Tycho toma posesión de la isla de Ven, construye primero el castillo de Uraniborg, en homenaje a Urania, la musa de la astronomía. Es el «Palacio de Urania». Durante un tiempo se consideró a Uraniborg una fantasía, porque el singular castillo-observatorio desapareció por completo, al igual que sus famosos y enormes instrumentos. Un siglo después se excavó el terreno y se halló una pequeña parte de sus cimientos. Nada más. El palacio de Urania había sido completamente saqueado y arrasado por los habitantes de Ven que terminaron odiando a Tycho a la marcha de este y, desde luego, no estaban por la labor de seguir mirando al cielo gratis como tristes becarios. Pero existen grabados de la época, y decenas de crónicas, relatos y, por supuesto, diarios de observaciones que nos hablan de él. Construido sin reparar en gastos, con gran lujo y elegancia, por Uraniborg pasaron los personajes más importantes de la nobleza europea de aquella época y, por supuesto, cualquiera que tuviera algo que aprender o que enseñar.

Pero no es Uraniborg lo que busco. Aunque queda cerca.

Después de levantar Uraniborg, Tycho mandó construir el observatorio Stjerneborg —el «Castillo de las Estrellas»— al percatarse de que el emplazamiento del observatorio principal de Uraniborg no era lo bastante estable para sus instrumentos de precisión. Tycho colocó la mayor parte de estos en subterráneos, unidos por pequeños túneles semienterrados.

Y la mayor parte de sus planos se han perdido.

Busco información actualizada tanto de Uraniborg como del observatorio llamado Stjerneborg. No hay casi nada. Sobre la supuesta ubicación del segundo, una moderna institución científica

sueca ha levantado un centro de visitantes con cúpulas de plástico y aluminio que quieren recordarnos lo que fue o pudo ser en tiempos de Tycho Brahe.

No he dormido nada y ya es nuevamente de día aquí en Suiza.

A falta de un reloj autóctono, miro el *Alfa* en mi muñeca. En Estados Unidos todavía quedan unas horas de noche. Es el momento perfecto para una conexión con Phil, al que imagino cenando una pizza. O dos.

Espero que esta vez no me haga perder mucho tiempo con nuevos acertijos. Pero siempre me equivoco en esto.

—*Bird*, ¿estás atrapado en la red, pajarillo?

—Puede que lo esté, puede que no —me responde—. Supuesto *Leo*, ¿serías tan amable de resolverme un pequeño pasatiempo? El Pentágono tiene espías por todos lados.

—Cinco exactamente —bromeo—. ¿Basta con esto?

—No. Las trampas lógicas las formulo yo —me contesta, para luego continuar escribiendo—: Veamos, escribe con números: «dos-tres-cuatro-seis».

No me lo pienso mucho. Tecleo «2-3-4-6». Aunque sé que la solución nunca es tan evidente. Suele ser lógica para engañar a los robots, pero tampoco una estupidez. No fallo en este razonamiento.

—Incorrecto. Entrada fallida.

«¿Será con números romanos?» Al fin y al cabo, resulta un texto escrito. Así que tecleo «II-III-IV-VI» sin mucha convicción.

—Incorrecto. Entrada fallida. Última oportunidad.

Joder. No he dormido nada. Si yerro el programa de Phil no me dejará hacer un nuevo intento hasta dentro de veinticuatro horas. «Vamos, Fran» —me animo.

Tecleo «33-6666». Falsos plurales.

—Entrada correcta. Conexión autorizada.

—¿Cómo estás, *Leo*? Yo estoy cenando.

—Siempre estás cenando, da lo mismo que sea de día como que sea de noche. Y estoy muy bien —miento, pero no estoy para muchas explicaciones—. Tengo otro trabajo para ti.

—Pide por esa boquita.

—Necesito que entres a fondo en la red profunda y me digas qué sabemos de un singular ladrón de mapas antiguos de hace más de veinte años, un tal Edward Forbes Smiley.

—Oído en cocina —responde Phil que siempre asocia todo con la comida.

Espero un minuto o dos. Ya tengo costumbre.

—Joder, vaya tipo —salta—. Vaya sujeto interesante. Fue todo un fenómeno en sus años, un héroe aristócrata. Dime qué quieres que te cuente.

—Cuéntame cómo lo pillaron. Y con qué.

Quiero saber cualquier detalle que pueda llevarme al pliego en blanco del *Manuscrito Voynich*.

—Fue el día ocho de junio del año 2005. Smiley había acudido, como tantas otras veces, a la Biblioteca Beinecke en la Universidad de Yale. Vaya, la misma de ese manuscrito tuyo —se interrumpe.

—En efecto. ¿Ves cómo es interesante?

—Ajá. Continúo. Ese día tenía tos. Una tos perruna. Y la biblioteca estaba casi llena y en completo silencio. Así que extrajo de su bolsillo distraídamente un pañuelo para acallar su catarro. Al hacerlo se le resbaló el cúter que llevaba dentro del pañuelo doblado. La cuchilla

cayó sobre la moqueta y no hizo ruido, así que no se dio cuenta de la pérdida. Ya había hecho su trabajo, cortando un par de viejos mapas que tenía comprometidos de antemano, y que ahora viajaban en su pequeño portafolios, ocultos entre muchos papeles.

—¿Algo del *Voynich*? —pregunto impaciente.

—Por ahora no. Sigo —contesta Phil—. Una bibliotecaria se encontró la cuchilla en el suelo y avisó al guardia de seguridad. Examinaron los últimos préstamos y ahí aparecía el nombre de Smiley, un visitante habitual. Comprobaron los últimos libros que había pedido ese día. Uno escrito e ilustrado por John Smith alrededor del año 1640 y otro sin referencia de la misma época. Faltaban láminas claramente cortadas con una cuchilla.

—El segundo podría ser nuestro manuscrito —vuelvo a interrumpir.

—Después de hacer las comprobaciones, el vigilante avisó a la policía de Yale con la descripción de Smiley, que todavía se encontraba en la Universidad camino de su segundo objetivo del día: la Biblioteca Sterling. Allí le interceptaron. Obviamente, fue detenido al no poder justificar el origen de varios de los mapas antiguos que llevaba en el portafolios. Para no aburrirte, Francis, te diré que hay muchas cosas más hasta que llegamos al juicio, al acuerdo al que se llegó con los propietarios y a la condena reducida que consiguió Smiley una vez devolvió lo robado.

—¿Figura nuestro pliego en el listado de mapas devueltos o localizados?

—No, no está aquí. Y tengo el listado completo. En el juicio Smiley reconoció haber robado noventa y siete mapas, pero diez de ellos no pudieron ser nunca localizados. Y hay denuncias de desapariciones de unos cuantos más, aunque no se tiene certeza de que él fuera el ladrón. Se rumorea que era práctica común entre muchos anticuarios por esos años el robo directo o indirecto por encargo. Smiley salió libre en el año 2010. Fue protagonista de un libro de éxito unos años más tarde, y luego desapareció como por ensalmo. Se supone que ir a la cárcel y guardar parte de sus secretos tuvo su recompensa, puesto que su nivel de vida mientras se tuvo conocimiento de su paradero fue elevadísimo.

—¿Nada entonces? —vuelvo a preguntar con cierta decepción.

—Nada salvo la coincidencia de fecha y lugar, que no es poco. Posiblemente recibió el encargo de hacerse con ese pliego de alguien con mucho dinero. Y valió la pena pasar por ello casi cuatro años en la cárcel.

—Gracias, Phil. Eres un detective de primera. Sigue comiendo que no te molesto más.

—No he dejado de hacerlo, Fran —y me llena la pantalla de antiguos *smileys*.

Cortamos la comunicación.

«Quien tenga ese pliego en blanco tiene bastante más que yo» —pienso, que estoy en blanco al completo.

Habrà que recargar energías.

Yo también tengo que salir a comer algo, pero esta vez no me acercaré al CERN. No sin Alice. Casi no he visto Ginebra. Lo poco, desde los autotaxis. Me vendrá bien el paseo, la comida y pensar en algo diferente para aclarar mis ideas. Además, hoy no llueve.

Ginebra es una ciudad cosmopolita, pero no tiene un restaurante barato. Así que decido entrar en un siempre económico *McDonald's*, por los que no pasan los años, a pesar del excelente estado de mis finanzas. No me acostumbro a ser casi rico. Desde la cristalera, con mi hamburguesa entre las manos, contemplo el lago. Una de sus principales atracciones es el Jet d'Eau, que dicen es el verdadero emblema de Ginebra. Pero hoy está parado. Visito la catedral de San Pedro y subo a su

torre. La panorámica desde aquí es, lógicamente, mucho mejor que desde el balcón de mi hotel. Me gusta la ciudad. Con los años no parece haber perdido su encanto, con sus antiguos tranvías, sus cuidados parques y sus muchos museos. También hay bancos y relojerías por doquier que, por un capricho del destino, siguen manteniendo su clásica producción casi artesana a pesar de la proliferación de los dispositivos electrónicos de última generación.

Como mi *Alfa*. Ha empezado a parpadear. Tengo un pequeño mensaje de texto: «DQR-ASAP». Nada más. Por supuesto con remitente oculto.

No lo entiendo. La segunda parte sí. Es el conocido acrónimo internacional inglés de: «*As Soon As Possible*». Lo antes posible. Urgente. Pero ¿qué? Le doy vueltas a las tres primeras letras. No puede ser muy complicado. Pienso en el posible remitente. Alice está localizada y acabo de comunicarme con Phil. Solo queda Ray. Me cuadra como el remitente oculto.

Regreso al hotel. Tal vez en esta ocasión atienda mi llamada.

—Gracias a Dios que apareces (pausa).

En efecto, es *Ray-Sheldon*. Pero volvemos a las pesadas comunicaciones entre nosotros. Ahora entiendo el mensaje. En las codificaciones más sencillas, basta con mover una posición las letras. «DQR» se toma como «ERP», que no es otra cosa que nuestro habitual: «Entra Red Profunda». No me ha hecho falta saberlo.

—¿Qué ocurre? (pausa)

—Dame dirección correo (pausa).

—Ya sabes mi *email* (interrupción).

«¿Qué quiere este loco ahora?», pienso. Ha bloqueado el único puerto abierto entre nosotros. Me tiene mirando a la pantalla como un tonto, esperando que se digna volver a escribir. Me armo de paciencia. Un par de minutos. La pantalla vuelve a brillar.

—Seguridad (pausa).

—¿Qué ocurre? (pausa)

—Dame dirección correo (pausa).

—¿Cuál? (pausa).

—¿Dónde estás?

«¿Cómo que dónde estoy?» ¡Qué le importará! Tendré que darle la razón a Alice en su teoría acerca de la salud mental de Ray.

—Necesito enviarte documento (pausa).

—Adjúntalo (pausa).

—No es posible. Papel.

Sigo sin entender nada. «¿Por qué no digitaliza lo que quiera que sea ese papel?», me pregunto. Un par de segundos con el *Alfa* y estaría enviado con la máxima resolución fotográfica. Parece adivinar mis dudas.

—Papel especial. Dame dirección (pausa).

No quiero darle mi ubicación, aunque él ya sabe que estoy en Ginebra, en un hotel donde se asesina a la gente como quien sirve ensaladas. Quizá piensa que puedo haber puesto tierra de por medio, como me aconsejó. En cualquier caso, no me fio. Usaré, y él lo sabe, el procedimiento más seguro de la cadena de destinatarios. Le escribo la dirección de Phil en Boston que ambos conocemos. El único amigo común entre Phil y yo es Alice, así que a ella le llegará el paquete. En el tercer paso llegará a mis manos.

—Cuídate (pausa).

Me despido. No sé por qué le deseo que se cuide, ni qué más puede hacer con su perdida cabeza excepto irse a vivir a un refugio antinuclear. Aunque tal vez ya lo haya hecho.

Solo no avanzo mucho. Necesito a Alice para seguir adelante.

Suena el *Alfa* en modo normal. Justo en el momento oportuno.

—Estoy de vuelta en Ginebra, Fran. Acabo de aterrizar.

—Me alegro mucho. Me sentía abandonado —me quejo.

—¿No has salido con Klaus, como te dije? —creo que bromea.

Obviamente, no. No he vuelto al CERN durante estos dos largos días.

—¿Dónde nos vemos? —contesto con otra pregunta.

—Donde siempre, en la cafetería dentro de un par de horas. Me da tiempo a dejar la maleta en el apartamento y darme una ducha.

—De acuerdo —confirmo resignado. Tendré que ver a Klaus sí o sí.

Pido un autotaxi desde la recepción del hotel. La policía ya se ha marchado. Nadie parece recordar el luctuoso incidente de la otra noche. Nada parece haber ocurrido. Uno de los empleados me dice algo acerca de un extraño grupo de extrema izquierda y de una convención en la subse de Naciones Unidas aquí en Ginebra. Y de que habían reivindicado el asesinato de la norteamericana. Me pide cuidado a mí también, por si acaso.

No tengo por qué tenerlo. No más del habitual. Ya podría estar tres veces muerto y, sin embargo, sigo en la brecha. Me quedan cuatro vidas para acabar convertido en gato. En gato muerto. Ni la banda del cúter, ni los voraces agujeros negros, ni estos desconocidos antisistema van a mermar hoy mi renacido ánimo.

Supongo que volver a ver a Alice me pone de buen humor.

Llega el taxi y le confirmo el destino al ordenador. Los escasos tres kilómetros hasta el Edificio-33 del CERN se me pasan en un suspiro. Entro y saludo a Jacques que me señala la dirección de la cafetería de siempre, dándome a entender que Alice ha llegado antes que yo.

En efecto, allí está. Rodeada por media docena de científicos que parecen muy excitados. Alice no está especialmente sexy, así que imagino que hay otra razón para su excitación. Pero prefiero no molestar de momento.

—¿Te pongo un café, Fran?

Es Klaus. «¿A qué vienen esas confianzas?»

—No, gracias. Vengo puesto de café hasta arriba. Calentito.

Y me enfrasco en consultar fingidamente la pantalla del *Alfa* mientras él atiende las peticiones de otras personas.

—¡Ah, Francis! Ya has llegado —me dice Alice al tiempo que me estampa tres besos en las mejillas—. Perdona, pero no te había visto con este alboroto.

—No te preocupes, acabo de llegar del hotel.

—Toma este paquete antes de que me olvide. Estaba en el buzón de mi apartamento y viene a tu nombre.

Me tiende una caja plana de tamaño folio que ha entregado un servicio postal urgente. Sin remitente. Creo conocer su contenido. No me parece que sea prudente abrir la caja ahora. Tiempo tendremos.

Y más con la que se está formando en torno a la directora general.

Algo no va bien. Pone cara de excusas y se marcha casi en volandas hacia una reunión de emergencia.

—Te llamaré en cuanto pueda —es lo último que le oigo decir.

He vuelto al hotel antes de tiempo.

Abriré la caja de Ray.

En efecto, aquí está. No sé cómo se habrá hecho Ray con el pliego en blanco del manuscrito, pero ahora lo tengo yo. «¿Por qué me lo ha mandado?» —me digo. Puede que tenga miedo de que se lo roben. Más aún, me pregunto: «¿Para quién lo robó el famoso Smiley?» Supongo que simplemente pretende que yo encuentre algo en él.

Aunque, ciertamente, no hay nada escrito. Ni un mal garabato.

Al menos, a simple vista.

Empiezo a indagar con ayuda del *Alfa* mis lecciones olvidadas de cifrado invisible. Los métodos más antiguos de las llamadas «tintas simpáticas» habrán sido seguramente ya probados por quienes hayan tenido el pliego antes que yo. De jugo de limón, ni hablamos. Tampoco tengo un laboratorio aquí en el hotel para experimentar con estas técnicas. Recuerdo la tinta hecha con una solución incolora a partir de sulfato de hierro. Esta tinta se vuelve marrón sin más que pasar un algodón mojado en otra solución de carbonato de sodio. Podría servir para la época. Pero no. Demasiado evidente.

Tycho Brahe era un experto alquimista además de astrónomo. ¿Qué compuesto podría haber usado el genio danés para ocultar lo que fuera en este pliego? Sigo pensando que él es el principal candidato a la paternidad del *Manuscrito Voynich*, pero no tiene su firma. Tan solo tengo un par de supernovas y unos bosquejos de algo que podría parecerse a su observatorio. La tinta simpática más famosa durante décadas es la fenolftaleína. Pero no se sintetizó de forma regular hasta finales del siglo XIX. Sin embargo, que la fenolftaleína no se sintetizara de forma regular no quiere decir que no se conociera años atrás. Y así parece ser.

Recuerdo los trucos de magia escolares en los que el profesor de química convertía el agua en vino con ayuda de este indicador, normalmente incoloro. Se creía Dios cuando veía nuestras caras y, ciertamente, ganas nos entraban de crucificarlo. Encuentro información curiosa: a finales del siglo XVIII, en Hungría y Bohemia, los gobernantes marcaban el vino con esta sustancia. La gente humilde quería comprar vino barato, y a menudo los bodegueros sin escrúpulos adulteraban el mismo utilizando alcohol de madera —metílico—, que es el alcohol más sencillo de obtener. Todo el mundo sabe que es altamente tóxico, pudiendo causar en muchos casos la muerte. La fenolftaleína no cambia su color disuelta en el alcohol etílico del vino bueno, pero se torna a un color rojo brillante en el vino falso. Aunque el método era ingenioso y bienintencionado, se abandonó porque el vino marcado producía terribles diarreas. No se resolvió el problema del vino, pero en cambio se descubrió un purgante muy eficaz. También durante muchos años este curioso indicador químico se comprobó útil en algunos tipos de afecciones urinarias.

Todo me lleva, de nuevo, al viejo amigo Tycho Brahe.

Para detectar la fenolftaleína es necesario que entre en contacto con una sustancia alcalina fuerte. Lo más a mano que puedo encontrar es amoníaco. Llamo al servicio de habitaciones y les ruego que vengan a limpiar unas desagradables manchas que han aparecido en el baño. La buena mujer que arrastra el carro con los útiles de limpieza se hace cruces de que nada más entrar en la habitación haya tomado al asalto sus valiosos productos. Pensará que estoy loco, revisando las etiquetas de todos estos. Le digo que tengo una intolerancia al amoníaco, una extraña dermatitis y que, antes de limpiar nada, tengo que asegurarme de que no va a estropear mi fino cutis. Tras una intensa búsqueda, por fin encuentro un limpiador que contiene amoníaco.

—Queda confiscado —le digo.

Me mira como la vaca al tren. Para calmarla, le pongo una propina en su modesto *Alfa-B*, una versión de bajo coste del famoso dispositivo.

—Y, ¿cómo le limpio las manchas ahora? —me dice estupefacta la limpiadora.

—No hace falta. Me apañaré. Yo mismo lo haré con una *Coca-Cola*. No me falla nunca.

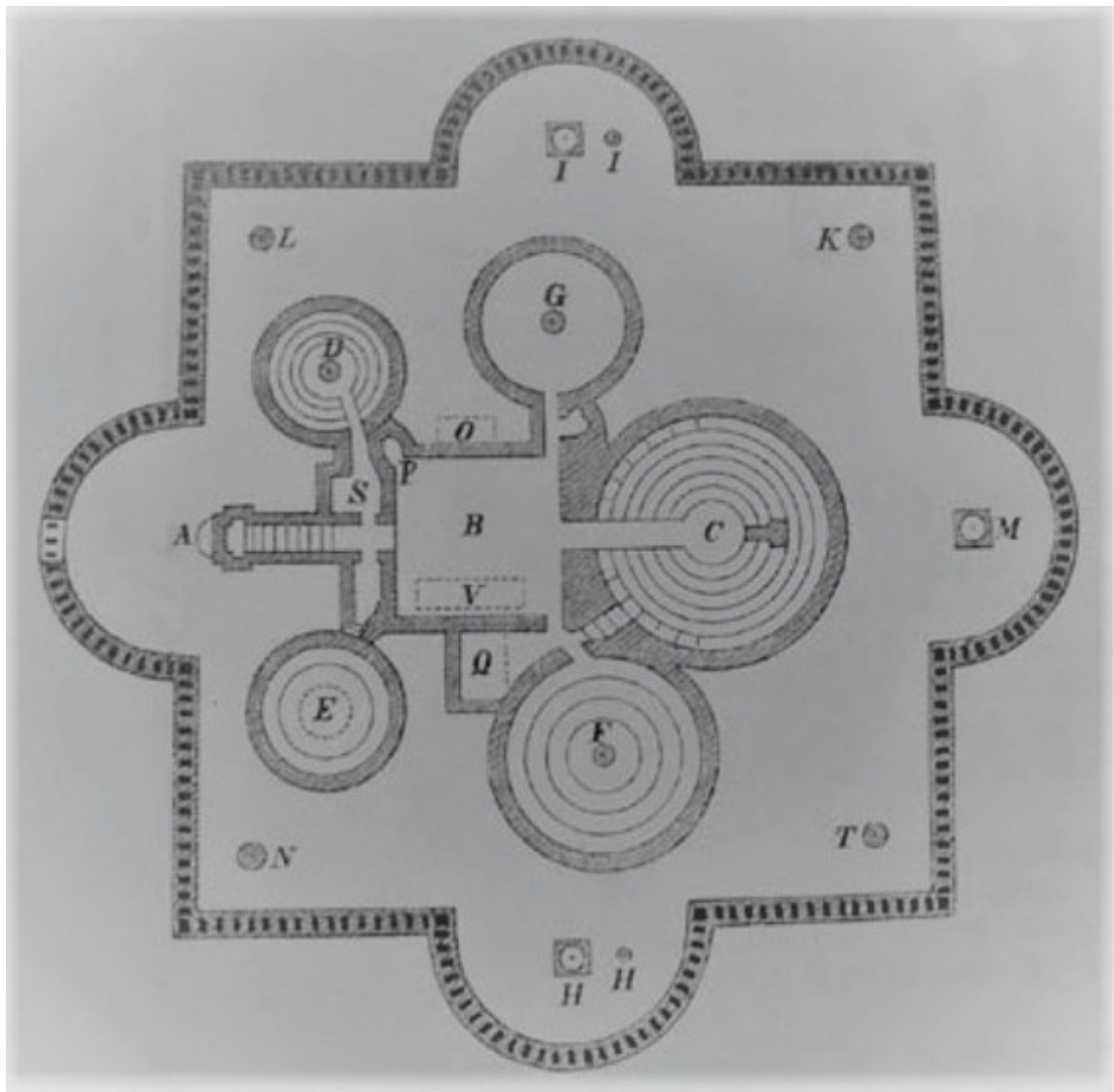
Se va sin decir nada. Apenas cierra la puerta, humedezco cuidadosamente un clínex en el líquido y lo acerco a una de las esquinas del pliego.

Nada. He sido demasiado cuidadoso porque no quiero estropear el pergamino. Cambio de estrategia. Pongo más limpiador porque el amoníaco está muy diluido. Y acerco más el pañuelo de papel al centro de las páginas. De forma casi instantánea asoman unas líneas de color rojo intenso. Sigo frotando con más fuerza, a sabiendas de que, cuando el amoníaco se evapore, las líneas y letras que están apareciendo volverán a desaparecer sin dejar rastro. Ahora no hay duda. Encima de ella se ha materializado un precioso plano firmado por Tycho Brahe de... Stjerneborg. Es mucho más preciso en su diseño y geometría que los floridos y confusos círculos y medallones del pliego, supuestamente contiguo, que se conserva del manuscrito.

Tengo ante mí el auténtico «Castillo de las Estrellas».

Aunque no va a ser fácil saber qué significa cada cosa.

Debo fotografiarlo antes de que vuelva a desaparecer.



VEN

Rumbo a Ven.

Tengo que verlo con mis propios ojos. El «Castillo de las Estrellas» de la isla de Ven. O su huella. Espero que algo haya quedado tras las iras de los campesinos a finales del siglo XVI y, sobre todo, tras la llegada masiva de turistas a finales del XX. Ven es una isla diminuta, de apenas cuatro kilómetros y medio de largo y poco más de dos y medio de ancho. El punto más alto está en el centro, a solo cincuenta metros sobre el nivel del mar. Allí estaba Uraniborg, el «Palacio de Urania». Según mi *Alfa*, en el mismo punto hoy se levanta un pequeño museo para los visitantes dedicado a Tycho Brahe, rodeado por un cuidado jardín que imita lo que en otros tiempos fuera un idílico lugar diseñado para el ocio y el descanso de los numerosos científicos que acudían a la llamada del maestro.

En el asiento del pasillo duerme Alice.

Su *Alfa* no ha dejado de parpadear en todo el vuelo.

—Vamos a aterrizar en Copenhague —le digo—. Despierta, por favor.

Se despereza, pero no consigue abrir los ojos. Está agotada.

—Pon el dispositivo en el «modo avión» para aterrizar. Van a llamarte la atención —le advierto.

De forma inconsciente, hace lo que me dice y me murmura algo. Sigue sin despertarse.

—Vale, Jacques —me dice—. Enseguida atiendo las llamadas. Tengo que volar a Suecia.

—Estamos en Dinamarca —le digo agitándola sin misericordia—. Soy Francis y te has fugado conmigo, recuerda.

Pone ojos de lechuza y me mira fijamente sin decir nada. Cuando reacciona, el avión ya ha tomado pista en la capital danesa.

—No me fugaría contigo. No me gustas —me dice enfurruñada—. ¿No íbamos a Suecia?

—En efecto, pero es más rápido llegar a Ven por la vía danesa —le explico—. La isla ha pasado de unas manos a otras varias veces. En tiempos de Tycho era danesa. En realidad, era suya por completo. Pero desde el año 1660 es tan sueca como los *Ikeas* y sus albóndigas. Los dos países la consideran propia, pero no se pelean en exceso por ella.

—¿Cómo llegaremos a Ven desde aquí? —me pregunta mientras recogemos los pequeños equipajes.

—La isla está a solo ocho kilómetros de la costa danesa. Desde el puerto de Copenhague hay apenas una hora en un cómodo ferry turístico.

—Dinamarca, Suecia —murmura—. Donde esté mi cercana Noruega...

—No es mala excusa para este viaje de novios. Podemos aprovechar y me presentas a tus padres —bromeo.

—Hace años que murieron —termina con la broma, para luego preguntar—: ¿Hay algo que ver en esa isla de juguete? Cabría dentro de mi acelerador y aún sobraría sitio para unos campos de fútbol —dice Alice, que va despejándose del pesado sueño.

—Pocas cosas y todas relacionadas con Brahe. Un par de iglesias, vistas turísticas y, lo que es mejor —añado echando un vistazo rápido a mi muñeca—, una fábrica de whiskey. Con solera. ¿Qué más puedo pedir?

—¿Vas a recaer ahora? —me echa en cara.

Llevo una semana sin probar una gota de alcohol. El café me mantiene con vida a duras penas, pero empiezo a cansarme de la abstinencia.

—Ya veremos —le contesto, poco convencido de mis palabras—. De momento, detén ese autotaxi para que nos lleve hasta el puerto.

El pequeño barco navega tranquilo. Charlamos cómodamente sentados en la cubierta bebiendo un refresco. Como el resto de los turistas, nos hacemos fotos y algún video.

—¿Lo subimos a internet? —me pregunta de buen humor.

—No es lo suficientemente excitante. A nadie le gustará.

—Muchos creen que la directora general del CERN es una especie de monja, con votos de castidad y obediencia a las leyes de la física. ¿No te parece una buena idea?

—Sinceramente, no —le contesto—. No tenemos que olvidarnos de que este asunto es muy serio. Recuerda lo que te dije, corres peligro. Sé consciente de ello.

No se inmuta por lo que le digo.

—Querido Francis —me responde—. El único peligro que corro aquí es que me tomen por una desertora y pongan a otro en mi puesto. Con la que está cayendo, no me extrañaría.

—¿Hace cuánto que no te tomabas unas vacaciones? —le pregunto.

—¿Vacaciones? No entiendo el concepto —responde sonriendo.

—Déjalo. Ya estamos llegando.

Desembarcamos en el pequeño puerto de Bäckviken, la principal puerta de entrada a la isla. Nos compramos unos helados y empezamos el paseo.

Su *Alfa* sigue parpadeando de forma insistente. No ha dejado de hacerlo. Pero Alice no responde a ninguna llamada.

Le pregunto por ello.

—Si atiendo una llamada tendría que atenderlas todas. Además —prosigue—, estaría geolocalizada de inmediato.

—Lo estás de todas formas —le interrumpo—. Estos chismes no dejan de transmitir incluso cuando vas a apagarlo. Ya lo sabes. Baliza de emergencia y, en tu caso, conexión automática con la comisaría más próxima.

—Tienes razón. Además —añade con cara de circunstancias—, siempre tengo que mantener abierto un canal de alarma. Salvo cuando no hay más remedio, como en los aterrizajes.

—Entonces, ¿no podremos hablar de nuestro amor sin ser escuchados?

Se ríe como una quinceañera. Luego me acuerdo de algo.

—Activa el inhibidor. Al máximo. Yo haré lo mismo. No habrá baliza.

—Se quedará sin batería en unos minutos —replica—. Ya te he dicho que eso no puedo hacerlo.

—Puedes volverlo a cargar en dos o tres minutos. El tiempo de un aterrizaje. Si no saben dónde estás, tendrán que suponer que sigues en el aire disfrutando de unas bien ganadas vacaciones.

Necesitamos intimidad —añado pensando en las posibles escuchas.

—Hagámoslo a la vez —Alice está de acuerdo—. A la de tres.

—Una —cuento—, dos y... tres.

Activamos el icono del inhibidor. Esperamos uno, dos, tres minutos. Mi *Alfa* está completamente inactivo. El de Alice todavía se hace de rogar un par de minutos más hasta caer derrotado. Es más caro y moderno.

—Bien —exclama triunfal—. ¿Por dónde íbamos? ¿A qué viene este secuestro? ¿Piensas encerrarme en las mazmorras del castillo de Tycho Brahe en Ven?

—Casi aciertas —respondo—. Tengo una certeza sobre el *Manuscrito Voynich*. Tycho Brahe es el autor principal y Johannes Kepler lo completó a su muerte —le revelo.

—Eso lo intuí al descubrir los grabados de las supernovas y repetir la datación del libro—me responde algo decepcionada—. No justifica venir a ver unas ruinas, suponiendo que quede algo de entonces en este país de cuento.

—No es solo eso —añado—. Tengo un mapa.

—¿Un mapa? Enséñamelo.

—Tengo apagado el *Alfa*, recuerda. Te lo transferiré cifrado cuando vuelva a estar operativo.

—¿Y qué es?

—El «Castillo de las Estrellas» —respondo—. Si cogemos dos de esas bicicletas estaremos allí en diez minutos.

Los turistas pueden disponer de un servicio gratuito de bicicletas en Ven. Apenas hay coches, todos eléctricos, y están dedicados para el servicio público y pequeño transporte.

—Me parece bien. Antes de cargar el *Alfa*, dime: ¿De dónde lo has sacado?

Dudo en la respuesta. No puedo decirle que me lo envió Ray, aunque realmente este haya creído remitirme un triste pliego de pergamino en blanco.

—Phil lo encontró en la red profunda —miento piadosamente cambiando de amigo—. Me hace trabajillos sobre Tycho Brahe, ya lo sabes. Puede que tenga relación con el *Voynich*, o puede que no. Pero creí que lo mejor era verlo aquí mismo.

La cara de Alice refleja cierto disgusto. Tal vez esperaba algo más espectacular. O, simplemente, la verdad. Explota.

—¿Me has traído hasta aquí para ver cuatro piedras viejas en bicicleta? ¿Estás loco? ¿Sabes el caos en que se ha convertido el CERN a raíz de los ensayos italianos, sismos incluidos?

—No, no lo sé. Cuéntamelo tú —le respondo contrariado.

—Pues no, no puedo. Hay que engancharse a un alimentador de corriente, y rápido.

Hay postes de recarga cada veinte metros. Casi al instante, su *Alfa* revive. El mío tarda algo más. Barato y antiguo. No puedo reprochárselo ya al viejo Tom. Decido que esta misma tarde beberé un par de vasos de whiskey de los lugareños en su memoria. Es lo menos que puedo hacer. La abstinencia no me conduce a nada.

Pedaleamos hacia el centro de la isla sin hablarnos una sola palabra. Nuestros espías —si los hay— pensarán que estamos en medio de una pelea de enamorados. Y seguramente acertarán.

—Joder, joder... ¡Joder!

Alice no parece muy contenta con el famoso «Palacio de Urania». Un viejo museo con la puerta desvencijada le sustituye en su antiguo emplazamiento. Tampoco le hace feliz el vecino observatorio de Stjerneborg, el «Castillo de las Estrellas». Ahora se ha convertido en una especie de jardín destrozado por el paso de los turistas, y un extraño recinto rodeado por una balastrada

con unas cúpulas de metacrilato traslúcido que más parece un parque infantil que otra cosa. Está hecha una furia.

—Vamos primero a comer algo —le digo con intención de calmarla—. Allí veo el cartel de un pequeño restaurante. Cariño —añado.

Me mira con furia, pero accede. No hemos comido nada desde que salimos de Ginebra, tan solo unos helados y los refrescos del barco. El local es pequeño —cómo no— pero agradable. Como consecuencia, está abarrotado. Creo que casi la mitad de la población de Ven ha decidido comer hoy aquí. Después de esperar más de media hora, conseguimos una mesa. El menú se ha terminado, así que no queda otra cosa para comer que pescado ahumado o pescado ahumado. Algo salado, pero sabroso. Y el vino es realmente bueno. A los postres —un estupendo pastel de almendras—, abre por fin la boca para hablarme.

—¿Me has pasado el plano? Algo habrá que ver aquí, ya que hemos venido.

Lo había olvidado. La nuestra parece una conversación entre turistas de lo más normal. Le transfiero el archivo cifrado.

—Dame la llave, por favor.

—Prueba con cariño —le digo. Por primera vez desde hace mucho rato, me sonrío a medias. Introduce la palabra clave en su traductor y desata el cifrado polialfabético que usamos entre nosotros. Abre el dibujo de la planta del olvidado «Castillo de las Estrellas».

Enmudece de nuevo. Pero esta vez no es por enfado. Algo la deja asombrada. Agarra una de las servilletas de papel de la mesa y garabatea unas letras, no sin antes ocultar el papel del alcance del gran angular de las cámaras de nuestros *Alfas*.

«*Son como aceleradores*».

Luego arruga el papel y lo mete en el vaso de vino. Debe de ser vino bueno, porque la tinta no torna su color a carmín.

Pero el líquido no tarda en deshacerlo.

Una vez en el exterior, comparo el dibujo con los restos de Stjerneborg. La construcción del centro de visitantes es un auténtico disparate para los sentidos, pero las formas básicas se asemejan bastante, en su planta, al esquema que la fenolftaleína desveló en mi hotel de Ginebra. En el museo dedicado a Tycho Brahe vemos una película sobre la vida del astrónomo y una proyección tridimensional de las reproducciones del antiguo castillo de Uraniborg y del observatorio de Stjerneborg. También nos dan unos folletos con dibujos que reflejan cómo eran esas construcciones en vida de Tycho Brahe.

—Aquí está el plano de la antigua planta de Stjerneborg. Salvo en las letras, se da un aire. O más bien una brisa —le digo—. Vete diciendo lo que pone ahí mientras lo recorremos.

La entrada es libre y gratuita. Pero es demasiado... pequeño. Todos los turistas que abarrotaban el restaurante cercano han venido ahora aquí, y no dejan de fotografiarse con las extrañas cúpulas como paisaje.

—Fíjate en el suelo. Si hay algo de interés, tiene que ser antiguo.

Según el folleto del museo, en Stjerneborg pueden distinguirse varias zonas, dependiendo del uso que Tycho le diera para sus observaciones astronómicas. Alice recita a mi lado con mi plano como referencia.

—El esquema muestra la planta del observatorio, rodeado de un muro en forma de cuadrado con extensiones semicirculares en cada lado —comienza Alice—. La letra «A» marca la entrada donde estamos, en la que arranca una escalera que desciende a los principales laboratorios,

marcados con las letras «B», «D» y «E». Desde el principal hay un pasadizo o pequeño túnel hasta el punto señalado con la letra «C», que es la cámara con el gran cuadrante ecuatorial; en el punto «E» se encontraba la esfera armilar, y en el «D» la cámara con el cuadrante de azimut y elevación. En la ubicación «F» había un instrumento similar, y en el punto «G» un gran sextante para medir distancias.

—¿En serio? Hace falta imaginación.

Delante de mí solo hay unas pocas piedras antiguas y mucho plástico y aluminio. En los lugares que supuestamente marca el plano como importantes se han colocado burdas réplicas de los instrumentos. No se distinguen cámaras separadas. Los bienintencionados conservadores —por decir algo suave— han optado por hacer una estancia diáfana con el único fin de que los turistas puedan sentarse cómodamente y asistir a una aburrida proyección tridimensional.

—Totalmente —me contesta—. Esto es más feo que pegarle a un padre.

—¿Qué nos queda? —pregunto resignado.

—En el lugar marcado con una «O» dormía Tycho. Sus ayudantes lo hacían en la estancia «Q» del plano. Y en el punto «S» arranca un subterráneo que comunica directamente con Uraniborg. Por si llovía, supongo.

—Los días de lluvia los astrónomos no trabajan —le digo—. Supongo que aprovechaban entonces para reproducirse. Ven —añado—. Vamos a acercarnos a esa entrada.

Pero no hay nada. Y aunque el pasadizo hubiera soportado el paso del tiempo, tampoco habría nada al otro lado. Ya no hay castillo.

—Un agujero de gusano —digo, mientras aplasto uno de esos bichos con mi bota, muy abundantes en este lugar sombrío—. Que debería llevarnos a otro tiempo.

—¿Y eso? —me pregunta Alice. Está señalando una antigua inscripción grabada en la vieja piedra. Debajo hay una placa moderna que reproduce los caracteres borrados. Junto a tres bonitos leones, hay una frase en latín, el inglés de la época. También un pene y un sombrero vaquero, dibujados con todo detalle por algún turista tan hábil como idiota.

—«*Non frustra vixisse vidcor*» —leo en voz alta.

Le dicto la frase al *Alfa* en espera de una traducción sencilla. Hace mucho que nadie estudia latín. La respuesta es inmediata:

—«*No dejéis que parezca que mi vida ha sido en vano*» —le repito a Alice—. Además, el dispositivo nos facilita su origen. Fueron las últimas palabras que pronunció Tycho Brahe en su lecho de muerte antes de expirar en su castillo de Praga. A su discípulo Johannes Kepler. El mismo astrónomo alemán da cuenta de ello con todo detalle en sus escritos.

—Nada nuevo, entonces —me dice—. Aunque no entiendo para qué anticipar aquí esa frase lapidaria.

—Vete a saber. Se ha hecho tarde —añado—. Habrá que buscar un alojamiento en Ven. No hay muchos y el último ferry acaba de salir hace diez minutos.

—Puedes dormir encima de la piedra llamada «O», con el fantasma de Tycho. Pero cuida no le vayas a tocar las narices, tenía mal genio —se ríe. Al fin, se ríe.

A pesar de mis temores, encontramos un pequeño *Bed & Breakfast* fácilmente con la ayuda del *Alfa*. La mayoría de los turistas se han marchado en los barcos y no pernoctan aquí. Además de «*Bo-Ven*», que así se llama la antigua casa rural restaurada que nos acoge, hay otros cuatro pequeños hoteles más o menos decentes. Supongo que los ocupará gente en busca de tranquilidad

y refugio para preparar exámenes de cualquier tipo. Los habitantes de aquí no llegan al millar y casi todos viven del turismo, salvo unos pocos pescadores y los trabajadores de la destilería.

Alice no me deja comprar una botella. Ni siquiera como recuerdo.

—¿Y ahora? —me dice una vez instalados en la habitación.

—Puedes fingir y empezar a chillar de placer.

—Se supone que nos hemos enfadado. A dormir.

Obviamente, mientras decimos estas tonterías estamos activando las conexiones a la red profunda. Alice tiene que sustituir los cortafuegos y echar un vistazo a los niveles de seguridad. Vuelven a estar a un nivel más que tranquilizador. Utilizando el mismo periférico hablamos entre nosotros confiadamente. Resulta algo grotesco, pero es más rápido que usar papel y, además, los *Alfas* solo pueden captar ruido blanco de imagen. Todo se codifica.

—Todavía no me has contado qué problema te llevó con tanta urgencia a Italia —le digo—. No soy de la NSA, ni del FBI, ni del CSI, ni de la CIA.

—Espera —me dice levantando la mano del aparato—. Todos esos acrónimos me sugieren algo.

—A mí me traen a la cabeza problemas. Muchos problemas.

—Letras. Muchas letras —murmura.

—Eso ya lo veo, cielo.

—Claves, cariño. Muchas claves.

Tiene razón. Hemos pasado media tarde viendo casi todas las letras del alfabeto latino distribuidas en un antiguo plano de Stejeneborg dibujado por el mismísimo Tycho Brahe. Ella no sabe —todavía no quiero que lo sepa— que el plano es parte del *Manuscrito Voynich*. Pero yo sí. Y todo apunta, de nuevo, a un cifrado polialfabético de la época.

—No tienen sentido tal y como están dispuestas. Simple notación matemática usada por un matemático —le digo, ocultándole mis pensamientos—. ¿Me vas a contar o no lo de Italia?

—Es un asunto muy delicado. No puedes revelárselo a nadie.

—¿A quién se lo iba a contar? ¿A los de *Alpha*?

Hace tiempo que no hablo con ellos. Supongo que me tienen localizado y no estoy gastando tanto dinero como para que tengan queja.

—¿Recuerdas las teorías catastrofistas que surgieron cuando se puso en marcha el LHC? Bromeamos sobre ello en el CERN.

—Claro —respondo—. No me digas que ya sabéis cómo hacer agujeros negros.

—No es momento ahora de bromas. ¿Has oído hablar de las llamadas «partículas extrañas»?

—Ni una palabra. Lo juro por el fantasma de la nariz de Tycho Brahe.

—Es un concepto teórico. O lo era hasta ahora —comienza a explicarme—. ¿Recuerdas cuando te expliqué en el CERN lo que eran los hadrones?

—Sí —contesto de forma aplicada—. Básicamente partículas que están sometidas principalmente a las fuerzas electromagnética y nuclear fuerte. Protones y neutrones, pero hay muchos más.

—En efecto. Estos hadrones están compuestos por los quarks. Neutrones y protones son la combinación de quarks tipo «arriba» y tipo «abajo», en grupos de tres. Sin embargo, hay otros tipos de quark, como el llamado «extraño». También se combina con los anteriores y da lugar a otros hadrones, pero con tiempos de vida mucho más cortos. Protones y neutrones duran el universo entero. Estos quarks extraños en condiciones normales y sometidos a otra fuerza —la interacción nuclear débil—, se desintegran en los anteriores. Hasta aquí todo va bien.

—Menos mal, digo. Me empezaba a perder.

—No es sencillo, así que encuéntrate y disfruta. Se piensa que, en un plasma de quarks, y en condiciones extremas, el proceso sería el inverso. Serían los quarks «arriba» y «abajo» los que podrían formar los de tipo «extraño». Esta nueva materia estable ya no estaría formada por los habituales protones y neutrones nucleares del átomo, sino por la así llamada «materia extraña».

—¿Qué condiciones son esas?

—Nada fácil de conseguir. Presiones y fuerzas de gravedad enormes. Se especula con que existan las llamadas «estrellas de quarks» o, quizá, con que una parte de las estrellas de neutrones, que sí existen, contengan una buena cantidad de «materia extraña» en su interior.

—Las estrellas de neutrones no son... ¿restos de supernovas?

—En efecto. Una estrella de neutrones es lo que queda de una supernova. El resultado de un colapso gravitacional de una estrella supergigante una vez terminado todo el combustible de su núcleo. Estas estrellas están formadas principalmente por una masa compacta de neutrones, aunque también por protones, electrones y otras partículas fundamentales. Pero si la estrella original era suficientemente masiva podrían aparecer los quarks. Estrellas de quarks.

—¿Eso no tiene que ver con los agujeros negros?

—No necesariamente, Francis. Para producir un agujero negro la estrella colapsada debería tener originalmente una masa mucho mayor, más de diez veces la de nuestro sol. Para una estrella de quarks bastarían tres o cuatro masas solares, en teoría. Que no es poco.

—Si no son agujeros negros, ¿por qué pueden resultar peligrosos? ¿Es eso lo que os preocupa? ¿Que nos coman? —le pregunto ciertamente intrigado.

—No son peligrosos. En principio, no lo son. Nos encontramos ante un nuevo agregado de quarks anormalmente estable. Su estabilidad depende de la tensión superficial de esta nueva materia superdensa. Si supera un cierto valor que todavía no conocemos con exactitud, se hace más estable cuanto más grande es.

—Ciencia ficción. O ficción hecha ciencia.

—Casi, pero no. Si el número de quarks es muy alto su densidad es enorme. Una pequeña partícula de esta «materia extraña» puede atravesar la Tierra de forma invisible casi sin despeinarse. Al fin y al cabo, la materia convencional es prácticamente hueca. De ser cierta su existencia, aparecerían en los procesos de muy altas energías. Por ejemplo, en los rayos cósmicos. Estos procesos son los que intentamos replicar en los aceleradores, hasta ahora sin mucho éxito.

—Seguimos con el método experimental de romper cosas con toda la energía disponible —remarco—. Podríamos denominarlo el experimento del elefante en la cacharrería.

—Muy gráfico —responde—. En el LHC llevamos a cabo colisiones de protones a muy altas energías. Y vemos qué sale. En el renovado experimento «ALICE» añadimos iones pesados como los del plomo, que tienen una buena cantidad de neutrones y protones. No habíamos logrado nada, de momento. Pero los colegas italianos han cambiado además algunos detalles en el confinamiento de las partículas de su acelerador. Y se han obtenido como resultado pequeños sismos. Con valores con magnitudes cercanas a 3 en la escala de Richter. Prácticamente imperceptibles. Hay más de cincuenta mil cada año en el planeta como para distinguirlos.

—Los seísmos de los que me hablabas. ¿Y por qué?

—La idea es tan simple como te decía. Una pequeña cantidad de «materia extraña» ultradensa golpea un núcleo atómico a su paso por la Tierra, y lo convierte de materia ordinaria a extraña. Este proceso libera energía, produciendo «materia extraña» más estable que la precedente. Y así sucesivamente, actuando como un catalizador. Si esto ocurriera de forma perfecta e indefinida, en

teoría todos los átomos de materia nuclear de la Tierra se convertirían en «materia extraña», y ya no tendríamos más que explicar.

—Volveríamos a ser polvo de estrellas —le digo.

—Sí, pero un polvo algo extraño —me contesta algo más tranquila—. De todas formas, esta teoría catastrofista es imposible que tenga lugar. El proceso de conversión de materia convencional en «materia extraña», si existe, tiene que ser muy ineficaz, y rara vez se conseguirían más allá de unas pocas transformaciones. Además, los rayos cósmicos que inciden sobre la Tierra desde el comienzo de los tiempos no han desencadenado nada especialmente peligroso. Atraviesan nuestro hueco planeta y siguen su camino.

—En resumen, que se os han escapado algunos quarks extraños y han pasado por la Tierra como por un colador.

—Algo así. Pero es la primera vez que se observa una relación causa-efecto entre el experimento en un acelerador y los movimientos sísmicos producto de una gran liberación de energía. Aunque hace unos cuantos años ocurrió algo que levantó ciertas expectativas a favor de la teoría. Un par de pequeños terremotos producidos a comienzos de los años noventa y captados por estaciones sísmicas distantes entre sí miles de kilómetros, sin réplicas ni relación con actividad tectónica o volcánica algunas. Varios investigadores calcularon que podrían haber sido producidos por dos de estas partículas extrañas provenientes del espacio, cruzando la Tierra y dando lugar a ondas de choque que se habrían desplazado a una gran velocidad.

—¿Y ahora?

—Ahora me están llamando por el canal de urgencia —me interrumpe sobresaltada—. Creo que ya saben cómo replicar un primer ensayo en Ginebra con los parámetros usados en Frascati. Tenemos que salir de esta isla de naufragos mañana a primera hora.

—Como mande, señora directora general —concedo—. ¿Puedo dormir antes un par de horitas?

—Bendito tú, que puedes hacerlo. Yo tengo que enfrascarme en los números —me contesta—. Te despertaré a las seis.

Llegamos al antiguo puerto de Kyrkbacken, el mayor de la isla, antes de que amanezca. Falta casi una hora para que atraque el ferry procedente de Landskrona, así que decidimos desayunar en un pequeño restaurante muy frecuentado por turistas. La urgencia del regreso recomienda esta vez usar la vía sueca en lugar de la danesa para llegar cuanto antes a Ginebra. Aunque Alice lo intenta disimular, está hecha un flan. Tal vez no me ha contado todo lo que sabe, pero no puedo reprochárselo.

Al fin y al cabo, yo tampoco.

Estamos empatados.

GINEBRA. PARTE II

Al igual que sucediera en el viaje de ida, Alice cierra los ojos nada más el avión despegar sus ruedas de la pista. Y los abre pocos minutos antes de aterrizar. Hemos vuelto a imponer entre nosotros la ley del silencio —y de la prudencia—, aunque dos no hablan si uno no quiere. O si está durmiendo.

«¿Qué habrá sido de Ray?»

Decido mentalmente volver a intentar la comunicación con él en cuanto llegue al hotel. Supongo que Alice no estará muy disponible hoy para explicarme cosas.

El viaje a la pequeña isla de Ven no parece haber servido de mucho.

Ya tenía el mapa del viejo observatorio de Tycho Brahe antes de salir. Y, en efecto, tiene una serie de letras describiendo las partes principales de Stjerneborg, aunque visto sobre el terreno no aporta mucho más. Tal vez la apreciación de Alice sea correcta. Pero las letras no tienen orden alguno, salvo que fuera una indicación de una especie de camino o itinerario dentro del observatorio. No es muy razonable, pero tampoco se puede descartar, aunque el «Castillo de las Estrellas» es demasiado pequeño. Además, si se tratara de alguna clave polialfabética como suponemos, ¿qué criterio habría de seguirse para asociar letras latinas a los caracteres del *voynichés*?

Decido pedir la cena. Y la habitual botella de vino como mi personal catalizador de ideas. He vuelto a mi pequeña rutina aquí en este céntrico hotel de Ginebra, de la misma forma que hacía en New Haven hasta la fatídica noche de la muerte de Elsa. La asociación de ideas, o la mera casualidad, hace que uno de los leds que avisa de llamada entrante en mi *Alfa* se encienda.

—¿Cómo va todo, Francis? —la familiar voz sintética procedente de algún rincón de *Alpha Inc.* me interroga al otro lado.

—Bien —contesto muy poco convencido—. Acabo de volver de un pequeño viaje y no ha muerto nadie. Vamos progresando.

—Lo sabemos. Hemos realizado algunos vuelos de vigilancia con drones automáticos sobre la isla sueca que visitaste con la doctora Johansson. Si exceptuamos algunas cortas desconexiones que no te pediremos que justifiques, siempre has estado seguro. ¿Motivos familiares para realizar ese viaje?

Me sonrío. Creo que me toma el pelo o, simplemente, son más tontos de lo que me parece.

—Alice Johansson es noruega, no tiene familia en Ven. Además —añado—, no le cabrían en esa isla más de dos cuñados.

—¿Progresos en la traducción?

—Escasos. Lo lamento de veras. No es nada fácil —añado—. Los cuñados no sabían de nada, y eso es algo raro.

—Es pronto aún —me contesta el misterioso interlocutor de forma condescendiente sin entender la broma—. Nosotros también seguimos trabajando.

—Gracias por las molestias. Espero ser el primero y desplumarles.

—No nos importaría. Sería un dinero bien empleado, Francis.

Desconectamos al mismo tiempo.

Sin levantarme de la mesa, activo el periférico que da acceso a la red profunda. No tengo muchas posibilidades de éxito conociendo al sujeto, pero tengo que saber más.

—¿Sheldon? —pregunto con desgana.

—Estoy aquí, esperándote.

La rapidez en la respuesta de Ray me sobresalta. «¿Esperándome?»

—¿Está la seguridad de la red a tu gusto para poder intercambiar algo de información? —le pregunto con cierta sorna. No me fio.

—Llevo una hora haciendo comprobaciones. Tenemos certeza hoy —me contesta para mi sorpresa—. ¿Recibiste el pliego?

—Sano y salvo —contesto—. Los años no parecen pasar por él. ¿Le has metido bótox?

—¿Y qué has averiguado? —me pregunta Ray ignorando mi broma—. Solo tú puedes sacarle jugo a un papel en blanco.

«¿Jugo?» No sé si Ray conoce la respuesta a su propia pregunta, pero no deja de resultarme chocante su metáfora. La tinta invisible no era jugo de limón, pero no anda muy desencaminado.

—Algo hay de eso —contesto—. ¿Puedo confiar en ti?

—Me ofendes, Francis. El pliego es mío y te lo he enviado sin pedirte nada a cambio. Te he facilitado toda la información que he podido obtener. ¿De verdad crees que voy a perjudicarte de alguna manera?

Habitualmente las comunicaciones con Ray son muy lentas, así que tengo tiempo para pensar cada palabra. Pero hoy está extrañamente locuaz. Es una partida rápida.

—Supongo que no, pero no me persigue la buena suerte —le digo—. Voy enterrando amigos allá por donde paso, y quizá tú mismo estés en peligro. Y esta vez —añado—, no son imaginaciones ni delirios tuyos.

—Lo sé. Temo por la vida de ambos.

—¿Cómo sé que tus amigos están domesticados? En esta historia alguien tiene la paciencia muy corta y la mano muy larga.

—Ya te he avisado de los peligros.

—¿Y quién avisa al avisador? —insisto.

—Tenemos nuestro espacio, recuerda. Una red profunda con controles seguros. E informadores anónimos.

—Yo ya no me fio de nadie.

—Tendrás que hacerlo para resolver este asunto. Si no, ¿de qué te habría servido meterte en él? Arriésgate, igual que hago yo. Luego, toma el dinero y corre.

Quizá tenga razón. O quizá no.

—De acuerdo, Ray —accedo—. Empiezas tú. ¿Quién te dio el pliego en blanco del *Manuscrito Voynich*?

—Nadie.

—¿Nadie? —replico contrariado—. Mal empiezas, amigo.

—Nadie conocido —responde—. Hace unos años un grupo de científicos de la Universidad de Austin, en Texas, me pidió acceso a la red profunda para ocultar de la vista de las cloacas del

Congreso información comprometida. Les iba en ello la vida y, a instancia de unos colaboradores de Boston, accedí. Siguiendo todos nuestros mecanismos de seguridad, por supuesto. Cifraron toda la información de acuerdo con un protocolo privado, subieron los archivos y desaparecieron.

—Eso no explica el origen del pliego del *Voynich* —replico—. Lo que me has enviado es el auténtico pergamino antiguo.

—Viene de las mismas manos —responde—. El pliego me llegó de forma anónima utilizando el procedimiento de envío con remitente oculto. Cuando abrí el paquete y vi un papel en blanco estuve a punto de tirarlo, pero lo guardé. Luego supe qué era realmente cuando indagué sobre su origen.

—¿Cómo sabes que eran ellos?

—Me avisaron del envío, lógicamente. No podían arriesgarse a que se perdiera. Lo mismo que hice yo contigo —añade.

—Ahora explícame cómo sospechaste que ese pliego era parte del *Manuscrito Voynich*.

—Eso fue lo más sencillo, aunque no creerás lo que voy a decirte ahora.

—Ponme a prueba.

—¿Estás sentado?

—Y sujeto a una botella.

—Pues bien, Francis. Ahí va. Toda la información cifrada que subieron a nuestros servidores virtuales está escrita en... *voynichés*.

«¿Qué me está diciendo Ray?»

Me he quedado bloqueado. Tardo en volver a escribir un par de minutos.

—Supongo que estás tan aturdido como yo cuando la vi, y por eso no dices nada —continúa Ray por su cuenta con la explicación—. Ahórrate los comentarios obvios. Si logras traducir el manuscrito, ya no serás el primero. Ni yo tampoco.

—Entonces —pregunto algo repuesto del *shock*—, ¿dónde está explicado el procedimiento de cifrado o lo que sea eso?

—No lo sé —contesta—. ¿Lo sabes tú ya? Para eso confío en ti. Te toca.

Es mi turno de revelaciones.

—El pliego en blanco no lo es tanto. Está escrito con tinta simpática de la época. No fue fácil averiguarlo, pero tampoco una labor de expertos. Bastó con algo de lógica.

—Algo de lo que vas sobrado, Fran. ¿Qué hay escrito? ¿Más texto en *voynichés*?

—No. Tiene dos grandes pistas —continúo—. La primera es la firma de puño y letra del autor principal del *Manuscrito Voynich*.

—¿Roger Bacon?

—El astrónomo y matemático Tycho Brahe —respondo—. El manuscrito está mal datado y es posterior a lo que todo el mundo cree. Está escrito en 1600, año arriba o año abajo.

—¿Y la segunda pista?

—Es un plano de su observatorio en la pequeña isla de Ven, junto a las costas suecas y danesas. Se corresponde con el original, aunque prácticamente ha desaparecido. Estoy trabajando en él.

—¿Un plano del tesoro? —me bromea.

—No lo sé. En efecto es un mapa —contesto—, y guarda bastantes similitudes con las láminas que le preceden en el libro. Y como tal mapa fue robado a principios de siglo por un experto como

Edward Forbes Smiley, supuestamente por encargo. Un ladrón de guante blanco que se conocía la Biblioteca Beinecke en Yale como el garaje de su casa. O mejor.

—Eso se sospechaba desde hace tiempo y te lo dije yo —me interrumpe—. ¿Lo has verificado?

—Tengo mis fuentes —contesto callando el nombre de nuestro amigo común Phil—. ¿Pudieron tus amigos haber pagado a Forbes Smiley para cometer el robo?

—No puedo saber eso —me contesta—. Solo sé que eran científicos y que los servicios de inteligencia controlados por el Congreso no les tenían ningún afecto. Posiblemente —continúa—, a estas alturas y con el tiempo transcurrido, ya estén en un mundo mejor que este.

—Gracias, Ray. Has sido de gran ayuda —me dispongo a terminar la comunicación, que ya dura demasiado incluso para mí—. Aunque siga sin saber quién es el propietario del pliego robado y qué nos quiere decir Tycho Brahe con él.

—Gracias por confiar en mí, Francis. Nadie lo hace —se sincera—. Hay una cosa más que quiero que sepas.

—Guardaré el secreto —me aventuro a decir, inquieto ante su franqueza.

—Lo sé. Es delicado. ¿Recuerdas el reciente incidente de vulneración de seguridad en el acceso a la red? Estábamos en comunicación directa ese día.

—Lo recuerdo, sí. Alice avisó a tiempo.

—No lo bastante. Se registró un acceso al archivo cifrado que te he referido.

—¿Pudiste saber por dónde entró el bicho?

—¿Hace falta que te lo diga?

—Sí —contesto confuso—. De verdad que no lo sé.

—Fue tu *Scarlett*.

Corto el canal que me une a *Sheldon*.

«¿Juega Alice con dos barajas o Ray está tan desequilibrado como ella dice que está?» Tendré que extremar mis precauciones si quiero mantener mi propia cordura. Y, tal vez, mi propia integridad física.

He dormido bien.

La botella de vino de anoche me arrojó en los brazos de Morfeo y el maldito no me ha soltado hasta bien entrada la mañana. Hoy luce el sol en Ginebra. He quedado con Alice en acudir al CERN. Quiere hablar conmigo.

Repito mis actos de días anteriores casi como una rutina. Un autotaxi me lleva amorrado al vaso de café caliente hasta el cuartel general del prestigioso organismo científico internacional. Al verme entrar en el Edificio-33, el eficiente Jacques me hace un gesto inequívoco con las manos desde la recepción. Las abre y cierra dos veces: «Edificio-20. La directora acude allí». Esta vez no hace falta pasar por la mirada estúpida de Klaus. Mi acreditación me abre casi todas las puertas aquí.

Alice llega al mismo tiempo que yo. Me stampa dos besos en las mejillas y me empuja dentro del laboratorio.

—¿Qué tal, amor mío? —parece contenta hoy.

—Hace dos días querías matarme —le contesto—. Me alegro de que hayas recapacitado sobre lo profundo de nuestra relación —le sigo la broma—. ¿Ya?

—Sí —contesta—. Ya podemos hablar tranquilamente durante los próximos quince minutos.

Los *Alfas* han quedado mudos.

—¿Todo... bien? —casi no me atrevo a preguntar.

—Sí, todo marcha según lo previsto —me contesta—. La semana que viene arrancamos el primer experimento en un par de líneas del acelerador que hemos podido desocupar. Si conseguimos que todo vaya como en Frascati, notarás un ligero y agradable cosquilleo durante el desayuno.

—¿Es tan... predecible? —le digo—. Un seísmo no es para tomárselo a la ligera.

—Es muy predecible siempre que salga bien —me contesta—. Los cálculos no mienten y los hemos cotejado docenas de veces. Si no se mueve nada, habremos fracasado. Si generamos alguna partícula extraña con cierta cohesión, la energía liberada producirá un efecto similar al de un terremoto de magnitud menor de cuatro, si es que llega. No hay energía bastante como para producir un efecto catalizador, así que casi con toda seguridad no podrá sentirse fuera de los alrededores de Ginebra. Movimiento de platos y cucharillas, y eso como mucho. Teniendo en cuenta el macizo alpino sobre el que nos encontramos, no son sino cosquillas.

—¿Habréis avisado a las autoridades, por si acaso?

—¿Estás loco? —me contesta con otra pregunta de evidente respuesta afirmativa—. El aviso se desvirtuaría y los medios nos echarían encima a la población. Además, aquí se tiene al CERN como símbolo. Representa el espíritu de la ciencia, los grandes avances tecnológicos, el triunfo de la inteligencia humana.

—Razón de más para avisar —le insisto—. Por aquello de la inteligencia.

—Aquí mando yo y nadie va a abrir la boca —me contesta algo molesta—. ¿De qué tienes miedo?

—Teniendo en cuenta el alto número de intentos fallidos de asesinato que he sufrido en mis propias carnes, debería decir que de nada. Es... —continúo, dudando en la frase— simple inquietud, porque si llega el fin del mundo me gustaría llevar calzoncillos nuevos.

—Pues tranquilízate. No va a pasar nada. Las vacas no dirán ni *mu*. Cambiando de tema —dice zanjando el asunto del experimento—, ¿has resuelto ya la clave del diagrama de Tycho?

—¿Por quién me tomas? ¿Por una máquina?

—Mejor que una máquina. Te elegí por algo, Francis.

—Creo que me llevará unos días ordenar esas letras con algo de lógica —me excuso, cuando lo cierto es que no he comenzado a trabajar sobre ello—. Me ayudaría mucho saber más de supernovas. Al fin y al cabo —le digo—, es lo único medianamente claro que sabemos puede relacionar a Tycho Brahe y al manuscrito.

—Eso y el plano —me dice.

—En efecto. El plano también —le confirmo.

Se ríe. Me ha pillado en un descuido. Soy idiota. Intento disimular.

—El plano que encontró Phil. Tal vez tenga que ver, sí.

—¿Por qué intentas engañarme? ¿Qué me ocultas?

No hay salida. Si he revelado algunas cosas a Ray, ¿no es justo hacer lo propio con Alice? Todo en su prudente medida, claro está.

—Está bien. Tú ganas —concedo—. El plano no es de Phil.

—Es de *Sheldon*, ¿no?

—Sí, Ray me envió el archivo —omito todo detalle acerca del origen del pliego en blanco y la tinta simpática.

—¿Cómo lo consiguió? —Alice se ha puesto antipática, para equilibrar las cosas.

—No lo sé —finjo ignorarlo—. Ya sabes cómo es. No quiso decírmelo.

—¿Y por qué cree ese loco insensato que está relacionado con el *Manuscrito Voynich*?

—Por las supernovas, precisamente —improvisó, pasando acto seguido a mentir como un bellaco—. Apareció en unas anotaciones que Tycho Brahe escribió acerca de su estrella nova. Si esta estrella es la referencia de una de las láminas principales del libro, es lógico pensar que un plano contenido en otras páginas escritas por el propio astrónomo sobre supernovas pueda tener algo que ver. Y más si tiene el aspecto de clave.

—Tú eres el elemento lógico del equipo, tendré que creerte —dice, poco convencida—. Vamos, hay que salir de aquí ya.

—¿Y mi lección sobre supernovas?

—Usa la *Wikipedia*, que para eso la resucitamos —me contesta, al tiempo que abre la puerta de la estancia y se reactiva automáticamente su dispositivo *Alfa*.

«Era la tarde del 11 de noviembre de 1572, y Tycho Brahe regresaba de su laboratorio alquímico. Entonces levantó la vista al cielo —probablemente la llevaba siempre levantada—, y vio una estrella que no pudo identificar. Brillaba más que ninguna. Tycho conocía la posición de todas las estrellas a simple vista —al telescopio le faltaban unos pocos años para nacer— casi de memoria. Más o menos unas cuatro mil, de las que mil estaban perfectamente cartografiadas por él mismo con una precisión propia del siglo XXI. Lo formidable no fue solo la aparición, sino su brillo, mayor incluso que el de Venus. Lo primero que hizo Tycho fue llamar a sus sirvientes, a sus discípulos y a todo aquel que encontró a su paso. Todos corroboraron el descubrimiento. Las noches siguientes Tycho observó la estrella ‘nova’ con tanta pasión como cuidado. Sorprendentemente la estrella no se movió, ni se rodeó de un halo brillante, ni se difuminó. No era un esquivo cometa. El descubrimiento de esta nueva estrella fue un acontecimiento trascendental. Nunca había aparecido una estrella nueva desde los tiempos remotos...»

Hago una pausa en la lectura para comer algo y echar un trago. También para mirar en el armario si tengo un par de calzoncillos limpios. A partir de mañana tengo que estar preparado para casi cualquier cosa.

Ya comido y, por supuesto, bebido, decido completar el trabajo histórico con la narración del descubrimiento de la supernova de Johannes Kepler, en una coincidencia casi mágica:

«Corre el otoño del año 1604 en la Corte de Rodolfo II en Praga. Un funcionario busca a toda prisa al matemático y astrónomo imperial, Johannes Kepler. La noticia no puede esperar: una nueva estrella de brillo excepcional ha aparecido en el cielo. El suceso deja sin habla al sabio alemán. No es solo que haya aparecido una estrella ‘nova’ en la constelación de Ofiuco, sino que lo ha hecho junto a una extraña conjunción de los planetas Júpiter y Saturno. Incluso Marte se ha sumado al espectáculo celeste. ¿Qué puede significar aquello? Kepler observaría la nueva estrella durante semanas...»

Hasta aquí lo que se sabe de maestro y discípulo sobre sus respectivos descubrimientos. Pero ¿tan raros son estos fenómenos celestes?

Según tanto *Wikichild* como *Wikipedia*, hoy sabemos que la nova reportada en 1604 por Kepler es, realmente, la última supernova conocida que ha estallado en la Vía Láctea. Y la anterior, del año 1572 y observada en la constelación de Casiopea por su maestro Tycho Brahe, la penúltima. Sabemos de pocas más en nuestra galaxia: en el año 1006, en el 1054 y también en 1181, pero solo podemos remontarnos hasta el año 185 d.C. para tener registros de la más antigua citada por astrónomos chinos. En total, el número de estrellas que han estallado en nuestra propia galaxia no va más allá de ocho, y eso en el mejor de los casos.

«Ocho como mucho —resumo—. En toda nuestra Historia».

Creo que echaré una pequeña siesta antes de seguir con el trabajo. No me convienen los excesos.

—*Bird*, ¿tienes hambre?

—Puede que sí, puede que no —me responde al instante alguien desde una red de ultratumba—. Supongo que eres el *troll* habitual que te haces pasar por mi amigo *Leo*.

Me sonrío. Tiene hambre, pero no quiere admitirlo. Yo también vuelvo a estar hambriento, pero es pronto para salir a cenar. Me canso de estar aquí encerrado.

—¿Qué tienes para mí? —continúa.

—Alimento para el cuerpo y para el espíritu —le digo.

—Desde muy niño mis padres me aleccionaron para que no aceptara comida de extraños —contesta—. Tengo que estar seguro de que tu lógica aplastaría a un elefante. Además, los servicios de espionaje del Congreso pueden estar al acecho.

Es curioso. Hace nada Ray me habló de los problemas ocasionados por las ratas que viven en las alcantarillas del Congreso a un grupo de científicos que solicitó asilo en nuestra «Red». No quiero dejar pasar la oportunidad de este comentario tan oportuno con Phil. Aunque antes tengo que someterme a su particular máquina de la verdad.

—Supongamos que entras en una tienda a comprar algo. Si compras 2 te costaría un dólar, si compras 20 gastarías dos dólares y si compras 200 pagarías tres dólares. ¿Qué diablos quieres comprar?

Es más difícil que los anteriores. Me pregunto qué hará Phil el día que falle. Nunca sé hasta qué punto estos acertijos son una medida de seguridad o bien un mero entretenimiento matemático.

—¿Caramelos? —contesto al tuntún—. La máquina me amenaza.

—Dos intentos más, señor. O treinta segundos. Expirado el tiempo o agotadas las oportunidades la conexión se cerrará de forma automática.

«¿Es una voz sintética o el propio Phil distorsionando la suya propia entre las risas y la comida?» —pienso. En cualquier caso, me esfuerzo en acertar. Tengo mi orgullo.

—Un... ¿logaritmo? —o algo parecido, pregunto.

—Último intento, quince segundos.

Siempre me desbloqueo en las situaciones límite.

—Números —respondo—. Estoy comprando números, como esos que se ponen en las fachadas de las casas.

—Genial, *Leo* —habla Phil, entre risas pintadas—. ¿Cómo te va?

—He estado peor otras veces —respondo de forma diplomática—. Phil no sabe nada, creo, de las extrañas muertes que me persiguen. Tampoco sabe nada, creo, de dónde me encuentro y de que trabajo con *Scarlett*. Unos ratos con ella y otros con Ray. Realmente, no estoy seguro de nada. Hemos creado una red propia de paranoicos, incluso entre los que antaño éramos amigos íntimos.

—¿Cómo te va con esa traducción? —pregunta—. ¿Te sirvieron de algo los datos que te di sobre aquel ladrón?

—Fueron de mucha utilidad, Phil. Gracias —contesto—. ¿Puedes seguir averiguándome cosas?

—Claro. Estoy encantado de ayudar. Eso sí —me dice—, espero que te acuerdes de mí a la hora de repartir dividendos.

—Todavía estoy lejos de entender nada de ese manuscrito —le digo—. Pero algo te tocará si lo consigo, eso te lo prometo. Tengo un par de asuntos.

—Adelante.

—El primero tiene que ver directamente con este trabajo. Quiero que me busques alguna información acerca de ese primer pliego perdido del manuscrito, el que se cree fue enviado por un alquimista del rey Rodolfo II al sabio jesuita Athanasius Kircher. No hay referencias en archivo alguno, al menos en la documentación oficial que maneja públicamente la Compañía de Jesús.

—Anotado queda —contesta—. Me temo que llevará un tiempo saber esto. Los papeles que tienen como destino la ciudad de Roma son históricamente un reto. Desde los tiempos del imperio romano hasta los del imperio vaticano. Ocultación máxima.

—Por eso te lo pido. Solo tú puedes remover Roma con Santiago.

—Creo entenderte, medio español. ¿Qué más?

—El segundo asunto es más delicado. Tú me lo has sugerido al comienzo. ¿Cómo andas de información acerca de asuntos reservados del Congreso?

—Estamos a la última —me contesta entre sonrisas—. Como nos pillen, pena capital fijo.

—Bien. Entonces averíguame por qué los servicios de espionaje del Congreso la tomaron con un grupo de científicos de la Universidad de Austin, hace casi medio siglo.

—¿No tienes más detalles de eso? ¿Qué proponían o qué hicieron?

—No lo sé, por eso te lo estoy preguntando. Lo único que conozco es que recurrieron años después a nosotros para ocultar sus cosas. Luego desaparecieron.

—Ya sabes cómo funcionamos aquí —me dice—. Ni nosotros mismos accedemos libremente a información confidencial deslocalizada.

—Lo sé —afirmo—. De ahí la dificultad.

—Veré qué puedo hacer con ambos asuntos. Me vas a tener entretenido varios días con ello. No olvides mi minuta —termina.

—Te repito que no la olvidaré. Cuídate, Phil.

Me despidió de Phil con la misma sensación de intranquilidad que experimento hablando con Ray. O con la misma Alice.

«¿Estamos realmente a salvo ocultos en la red profunda?»

De momento, los cuatro seguimos vivos.

Esta noche me he acercado de nuevo al *McDonald's*. Hoy sí funcionaba el Jet d'Eau, y los juegos de música y luces a su alrededor proporcionaban tanto al turista como al residente un precioso espectáculo digno de ser contemplado. He cenado ligero, sin gota de alcohol. Esto me garantiza más horas de trabajo en la vigilia, pero posiblemente mi instinto saldrá perdiendo. Si no consigo resultados, siempre puedo echar mano del mueble bar.

Me consuelo pensando esto.

Bien. Lo tengo delante, impreso en una hoja de papel convencional.

El plano de Stjerneborg.

«¿Qué tengo que buscar aquí?»

Empiezo con un lápiz y una regla. Trazo líneas intentando seguir patrones, pero no aparece ninguna forma geométrica conocida. La geometría era fundamental para Tycho, y mucho más para su discípulo Kepler. Abandono aburrido y cansado este método para, simplemente, unir las letras. Buscaré palabras, parece mucho más sencillo. Intento juntar «T-Y-C-H-O», pero me falta la «Y». Hago lo mismo con «B-R-A-H-E», pero ahora me falta la «R». Curioso. En el plano aparecen casi todas las letras del alfabeto latino y a mí me faltan justo las necesarias.

Seamos lógicos, una vez más: «¿Qué letras faltan, realmente?»

Empiezo a contar en el dibujo: «A, B, C, D, E, F, G, H, H, I, I, K, L, M, N, O, P, Q, S, T, V». Si descuento la «I» —que se identifica con la «J»— y la «H», que aparece dos veces, tengo diecinueve letras. El abecedario latino clásico tiene veintitrés. Por lógica faltan y sobran las últimas: «X, Y, Z» que, irónicamente, son las incógnitas matemáticas. ¿Qué me queda?

Hay solo una letra omitida: la «R».

«¿Estoy seguro de que no está?»

Todavía conservo el pliego original y, por fortuna, el limpiador con amoníaco. Preparo una pequeña disolución y vuelvo a restregar cuidadosamente la página con ella. El mapa del observatorio vuelve a hacerse visible por unos minutos.

Tengo que mirar primero... en el mueble bar. La pequeña nevera está repleta de botellines. Elijo un par de whiskeys. Saboreo el primero y fijo la vista de nuevo en el dibujo. Desaparece ante mis ojos.

Hay un borrón junto a las letras contiguas.

La «O» señala el lugar donde descansaba Tycho. La «P» indica el fuego y la chimenea. La «Q» muestra el lugar de descanso de los ayudantes. ¿Y la «R»?

Vacíó el segundo botellín en el vaso con hielo.

«Piensa, Francis».

Normalmente se marca un lugar con una letra. Pero no aquí.

«¡Su omisión es la pista clave!»

La «R» estaba en el lugar donde aparece la inscripción grabada.

—«*Non frustra vixisse vidcor*» —recuerdo en voz alta—. Veintitrés caracteres, ni uno más ni uno menos.

Creo que tengo la clave de correspondencia polialfabética.

He vuelto a dormir de maravilla.

Hace un día espléndido. Lástima que estemos llegando al fin del mundo. Habrá que disfrutar de estos días mientras se pueda.

Desayuno en la cafetería del hotel y salgo a la calle. He llamado a Alice como haría cualquier persona corriente, por una línea pública del *Alfa*. Jacques le pasará el recado de que llegaré alrededor de las diez. No voy a apresurarme. Necesito atar cabos. Nada de autotaxis hoy. Tampoco me apetece caminar. Tomaré el viejo tranvía.

Está abarrotado de trabajadores que van y vienen al CERN. Son más de dos mil contando solo los científicos, pero el gigantesco acelerador necesita más de cinco mil personas a su servicio para poder funcionar: técnicos, estudiantes, gerentes, ingenieros, cocineros, limpiadores, camareros, incluso jardineros. De todo. El complejo del CERN es casi una ciudad dentro de otra. Inmerso en esta marea humana siento una cierta sensación de agobio cuando el vagón cierra sus puertas. El tranvía vuela a gran velocidad sobre las vías.

«¿Hay algo más parecido en estos momentos a un protón que yo?»

Me apeo junto al Edificio-33. Como es costumbre, Jacques me sonrío y me señala la dirección de la pequeña cafetería para visitantes. Accedo sin complicaciones y las puertas se abren automáticamente a mi paso. Me siento importante. Klaus me mira y acude solícito a mi gesto:

—¿Un café expreso, Francis?

—Venga. Hazlo como tú sabes —le contesto burlón.

Me mira raro. Creo que esta vez tomaré un buen café. Veo a Alice entrando por la puerta cargada con una tableta y un bloc de notas convencional. Muchos jóvenes ya no saben qué es un bolígrafo.

Resopla al sentarse junto a mí. Sonríe.

—Tienes algo, ¿verdad tontín?

Me río. Supongo que por su perspicacia y también por los apodos cariñosos que me dedica. La estrategia funciona bastante bien. Muchos científicos se apartan al verme pasar. Saben que soy «el amigo» de la directora. Nada más y nada menos. Puede que se exciten pensando en nuestras intimidades.

—En cuanto me acabe este café vamos donde tú ya sabes y te enseño lo que quieres ver.

He dicho esto en voz demasiado alta y tres o cuatro personas han girado la cabeza hacia nosotros. Luego la han vuelto a agachar, avergonzados de haberse entrometido en la sacrosanta intimidad de la supervisora única.

—Vamos —me dice Alice agarrándome del brazo con su descomunal fuerza de hormiga atómica—. No tengo tiempo que perder.

Llegamos al Edificio-20, corremos al ascensor y de allí al laboratorio de ensayos. Apenas los *Alfas* se silencian empiezo a contarle mis descubrimientos.

—Entonces, ¿me estás diciendo que fue Johannes Kepler quien manipuló el mapa de Stjerneborg?

—Muy probablemente —contesto de forma triunfal—. Kepler habría dejado indicada así la clave principal legada por su maestro. A este siempre le gustó adornar los muros de Stjernborg. Tycho usó esta sentencia como divisa, como expresión para formular su ideal, su forma de conducta a lo largo de su vida.

—Y a la hora de morir —me recuerda Alice.

—En efecto —completo el argumento—. A la hora de morir Tycho transmitió la clave a su discípulo Johannes Kepler. Era el momento preciso.

—Si estuvieras en lo cierto, Francis: ¿Kepler habría podido seguir codificando el manuscrito de Brahe en la misma forma?

—Muy probablemente, Alice. Ahora —prosigo—, solo falta encontrar el pliego perdido, o escondido, por el sabio Kircher.

—Y en ese pliego, ¿puede estar el modo de decodificar el resto del manuscrito?

—Es lo que se ha venido pensando durante todos estos últimos años por quienes han investigado el origen del *Manuscrito Voynich*. Kepler, o su amigo alquimista de la corte de Rodolfo II, o los dos de mutuo acuerdo, habrían enviado la equivalencia de caracteres a Roma al sabio jesuita Athanasius Kircher. Envío que supuestamente implicaba una doble intención —añado—. La primera sería la de probar la fortaleza del cifrado sin tener la clave a la vista.

—Si Kircher no podía, nadie podría —añade Alice—. Y la segunda esconder el contenido.

—Algo así. Y parecen haberlo conseguido casi hasta el final —completo entusiasmado.

«Pero ¿qué estoy haciendo y diciendo?» He perdido el control de mis palabras. Me callo.

—¿Por qué dices «casi», Francis? —me pregunta la sagaz *Scarlett*.

—Porque... ya casi está, ¿no? —miento avergonzado.

—Si tienes ese pliego, sí. Pero no lo tienes, ¿verdad?

—No. No lo tengo.

Y en esto no miento en absoluto.

Aunque tampoco quiero decirle que ya alguien consiguió la traducción antes que nosotros.

No sea que se deprima.

De vuelta a solas en el hotel. Alice se ha disculpado conmigo porque tiene una serie de interminables reuniones a lo largo del día de hoy. El lunes arranca la primera serie de comprobaciones de los resultados de Frascati en la llamada «línea seis», la más energética. Todo se mantiene en el máximo secreto para evitar filtraciones. He visto como la propia Alice, acompañada de otros tres científicos, se encerraba precisamente en nuestro particular nido de amor, el laboratorio subterráneo del Edificio-20.

Pero no me voy a poner celoso por ello.

Apenas me siento a trabajar suena una llamada entrante de Phil en la red profunda. Conecto de inmediato.

—¿Seguro que eres *Bird*? —me adelanto—. ¿Se te han acabado los acertijos?

—No, querido *Leo* —me contesta tecleando con rapidez. Siempre me asombra la gran velocidad a la que puede mover sus dedos regordetes—. No se me han acabado.

—Adelante. Estoy listo.

—¿Quién es el grupo de científicos de la Universidad de Austin que vio cancelado su ambicioso proyecto investigador en una discutida decisión del Congreso el 21 de octubre de 1993, después de haber gastado más de dos mil millones de dólares de la época en hacer un inútil queso *gruyere* bajo Texas?

—Sácame de dudas, Phil —contesto—. Aunque ya lo sospecho por el montante económico.

—Los padres del llamado «Desertrón».

«¡Lo sabía!»

El «Desertrón» es el apodo que recibió, mientras existió el proyecto, el «Supercolisionador Superconductor», o SSC que, tal y como había comentado con Alice pocos días atrás para su disgusto, se empezó a construir a finales del siglo XX en las proximidades de Waxahachie, en el estado de Texas. De haberse concluido entonces, en su enorme anillo de casi noventa kilómetros se hubieran llevado a cabo colisiones de protones con más de 20 TeV de energía, superando de largo los planes que tenía por aquel entonces el más modesto diseño del LHC, y que ahora dirige con mano de hierro mi querida *Scarlett*. Y esto solo para empezar, en la primera fase del diseño. Ahora está siendo revisado con todo detalle para alcanzar los 100 TeV a las primeras de cambio. El SSC ha resucitado gracias a la nueva propietaria de aquel viejo montón de agujeros, la enigmática pero generosa *Alpha Inc.*, que pretende tenerlo listo en un tiempo récord máximo de cinco años.

—Oficialmente —continúa Phil— se argumentaron varias razones de peso para cancelar el proyecto, finiquitado por el aquel entonces presidente Bill Clinton. La más importante era, obviamente, el dinero. El Estado no podía gastarse los más de doce mil millones de dólares que, en primera instancia, iba a costar el acelerador solo para empezar a funcionar. Y menos en investigación básica, algo que repudiaron muchos políticos e incluso algunos científicos cuidadosamente escogidos para realizar los pertinentes informes negativos. El proyecto ya venía tocado por los predecesores de Clinton, los republicanos Ronald Reagan y George H. W. Bush. La crisis política y económica de la entonces potencia militar rival, la URSS, facilitó las cosas. Había que centrarse en los proyectos espaciales, y solo la contribución económica en la Estación Espacial Internacional representaba para los estadounidenses un gasto equivalente al del ambicioso proyecto de física de partículas. Y ahí sí que los rusos llevaban, nuevamente, la delantera. Clinton dio carpetazo al asunto, firmó el acta de defunción con mano izquierda, y no se supo más del SSC hasta hace unos cinco años. Entonces *Alpha Inc.* dio la sorpresa adquiriendo por un precio anormalmente alto la propiedad y las instalaciones clausuradas, y que durante todos

estos años se habían dedicado a actividades menores, como por ejemplo servir de búnker de seguridad a empresas de centros de datos.

—Conocía lo de *Alpha Inc.* —le digo a Phil.

—Pero ahora viene lo bueno —me advierte—. Lo que te he contado es la versión oficial edulcorada.

—¿Edulcorada? —no veo qué tiene de dulce una decisión así. Más bien parece una amarga tragedia.

—La verdad sí que es una auténtica tragedia griega —dice mi bien alimentado amigo—. El equipo científico que había soñado con tener el mejor acelerador de partículas del mundo se sumió en un profundo silencio tras décadas de incansables ruegos de revisión del proyecto al Congreso. De repente, cancelaron todas las peticiones de fondos a organismos tanto privados como gubernamentales, devolvieron las magras ayudas que todavía recibían del Departamento de la Energía y luego desaparecieron.

—¿Desaparecieron?

—Desaparecieron. Sin dejar ni rastro. Media docena de reputados investigadores. Aunque ninguno bajaba ya de los setenta años.

—¿Alguna sospecha? —pregunto estupefacto.

—Hay dos hipótesis. La primera es que huyeron en bloque a un tercer país, tal vez China, tal vez Rusia. La segunda es que fueron depurados por las cloacas de la administración de Trump Jr. por algún hecho que se desconoce.

—¿No tienes hambre ya, Phil?

—¿Acaso me estás echando, Francis?

—Necesito pensar sobre todo esto. Has sido de gran ayuda, amigo.

—Nos vemos pronto. A ver si me haces una visita por Boston. ¿Cuánto hace ya desde la última vez?

—Unos tres años —contesto—. ¿Sabes? Puede que lo haga.

—Aquí te espero comiendo un huevo —bromea Phil para despedirse y cerrar la conexión—. Del otro asunto todavía no tengo nada.

Sin embargo, yo ahora creo tener ya la razón del interés de Alice en traducir el *Manuscrito Voynich*.

No le importa el contenido del libro lo más mínimo.

Lo que realmente quiere conocer es el cifrado del lenguaje.

«¿Tendrá Ray razón respecto a ella?»

Es lunes.

La cafetería del hotel está tranquila. Apenas quedan una docena de clientes, y la mayoría están absortos en sus dispositivos electrónicos. Comunicaciones, noticias, hojas de cálculo, balances, agendas. Yo también observo mi *Alfa*. Simplemente, miro la hora.

A las nueve en punto comenzaban las pruebas para intentar producir partículas de «materia extraña» en la «línea 6» del acelerador principal. A partir de las diez, según Alice, se tendrían resultados preliminares. Aunque a las nueve y media está programado el apocalipsis si falla algo.

Ya son las diez y no se oyen trompetas. Tengo un palpito. Descargo una aplicación para mi *Alfa*: «*Sysmic*», un sencillo programa que combina en la forma adecuada los acelerómetros del aparato para obtener registros detallados de cualquier vibración o perturbación en el movimiento. Pongo el *Alfa* sobre el suelo de mármol pulido de este salón del hotel, perfectamente liso, y activo el

software. Observo cómo registra con gran sensibilidad los pasos de uno de los camareros que pasa junto a la mesa. Ahora responde de manera similar a la puesta en marcha automática del aire acondicionado. Sigo esperando. Desde hace unos minutos la quietud es absoluta. Pienso que la aplicación se ha desconectado y empujo el *Alfa* con el pie. Registra mi patada casi como una queja. Sigue funcionando.

Once y cinco de la mañana. Estoy distraído y oigo el leve tintinear de unas copas. Miro a mi alrededor buscando algún empleado recuperar el equilibrio perdido. Pero no. Sin embargo, el camarero que atiende tras la barra se ha girado con una mueca de extrañeza hacia la vitrina que tiene a sus espaldas. Es seguro que ha oído lo mismo que yo. En un acto reflejo me arrojo al suelo debajo de la mesa, junto a mi *Alfa*. La aplicación se ha vuelto loca. El camarero corre hacia mí. Se acabó lo que se daba. «Adiós, mundo cruel».

—¿Se encuentra bien, señor Davies?

Le miro asustado. Me repite la pregunta.

—Sí, estoy bien —le contesto mientras me toma del brazo para incorporarme—. Ha debido de ser un simple mareo. Gracias por atenderme.

Me levanto del suelo sin mayores problemas. Todo ha sido un susto. Las paredes y el techo siguen en su sitio. Recojo mi *Alfa*. Hay un registro de un temblor con magnitud 3,3. Detengo al camarero.

—Perdone, pero ¿no lo ha sentido usted? —le pregunto.

—¿El qué?

—Un pequeño movimiento del suelo. El sonido del cristal.

—Sí, las copas se han movido. Pero no le extrañe —me sonrío—. Algunos vagones del tranvía son tan antiguos que hacen que todo tiemble a su paso. Es algo frecuente.

Vuelve tras la barra. Espero que no piense que estoy loco. ¿Realmente ha sido el paso del convoy del tranvía o ha sido otra cosa? Una llamada en mi *Alfa* me saca de dudas.

—Francis, éxito total.

Es Alice.

—Ven a verme en cuanto puedas.

Me encuentro con Alice nada más bajar del autotaxi. Parece exultante. Se despide de un par de colegas, igual de sonrientes que ella, y me abraza. Bloquea el vehículo que me ha traído.

—Vamos, es la hora de comer. Te invito yo. Con vino y todo.

—Se agradece. Tengo nervios en el estómago.

—¿Lo has notado?

—Yo no, pero sí el chisme —le contesto, señalando el *Alfa*—. Lo tenía registrando y haciendo selfis para entretenerme mientras llegaba el inevitable «finde». Del mundo, se entiende —tengo que explicarle para que borre la mueca de extrañeza de su cara.

—Conozco un restaurante griego buenísimo junto al lago. Hoy me tomo el día libre.

Alice tiene que deletrearle dos veces el nombre del establecimiento al autotaxi, que es algo duro de oído. Tampoco el nombre del sitio es sencillo. Me toma de la mano durante el trayecto. Su *Alfa* no deja de recibir información que ella va revisando con alborozo.

—¿No ibas a tomarte la tarde libre? —le reclamo—. ¿Qué hay de lo nuestro?

Me sonrío. Hemos llegado. Nos abre la puerta el *maitre* del lujoso restaurante, que nos ha reservado una mesa para los dos junto el enorme y luminoso ventanal.

—Hace un día precioso, ¿verdad, señores?

—En efecto —respondo—. Por cierto, supongo que este gran cristal junto a la mesa será resistente, ¿no?

Me mira extrañado sin contestarme. También Alice, que recoge las cartas que nos tiende.

—Muchas gracias —dice ella—. Por favor, tráiganos ya una botella de vino de Rodas. Bien frío. Luego tomaremos *musaka*.

—Buena elección —le digo—. Por el vino y la comida. ¿Qué puedes contarme?

—Poco en abierto —me contesta—. Mira la bandeja de entrantes y degústala con el vino.

Me guiña un ojo. Mi *Alfa* parpadea señalando un correo en mi bandeja de entrada con un documento cifrado. Aplico la clave «Rodas». Leo para mis adentros.

«Comienzo de los ensayos, 9:15. Problemas criogénicos en la línea. Demora de 20 minutos. Reactivación de superconductividad en bobinados 2 a 18. Pausa de 10 minutos. Campos electromagnéticos restaurados al completo en el recorrido previsto. Inyección a las 9:45. Rampa de energía programada de 4 a 6 TeV, con intervalos de 15 minutos. Detectores CMS-3 y ALICE-2 alineados y configurados. Confinamiento acorde según protocolo...»

Pongo cara de aburrimiento según avanzo en el documento. Alice se da cuenta y me anima a seguir.

—No me ha dado tiempo a resumir. Vete al final.

«Primeros indicios de ‘materia extraña’, 11:03 am. Sensores 11, 12 y 14 de ALICE-2. Se reporta a las 11:05 perturbación sísmica magnitud 3,3 en Ginebra. Segunda perturbación a las 11:07 y magnitud 3,1 en Estambul. Tercera perturbación 11:09 y magnitud 2,9 en Jartum. Cuarta y última perturbación 11:11 y magnitud 2,5 en Johannesburgo...»

—Entonces —digo, interrumpiendo la lectura—, todo ha salido como esperabais. Incluso mejor. Se ha propagado.

—En lo fundamental, sí. Haremos verificaciones con escalones de energía más bajos en los próximos días, pero todos los cálculos son correctos. La magnitud, la energía liberada, el direccionamiento y rumbo de esta, incluso los productos en las cadenas de subpartículas generadas coinciden con lo previsto.

—Brindemos entonces —le digo, levantando mi copa de vino griego.

—Brindemos —me contesta, haciendo el mismo gesto.

La velada se prolonga casi hasta la hora de la cena. Terminamos con tres botellas del estupendo vino de Rodas. Yo estoy acostumbrado al alcohol, pero no mi frágil amiga. Se levanta de la mesa tambaleándose, y tengo que sujetarla para que no acabe en el suelo. El vino actúa sobre ella como *kriptonita*.

—Gracias. Eres un cielo —me dice con voz pastosa—. Méteme en un autotaxi y, por favor, explícale tú mi dirección al fantasma del conductor.

—¿De verdad no quieres que te acompañe?

—Estoy bien. Se me pasa en un rato con una ducha fría y unas aspirinas. Y tú tienes mucho en lo que trabajar. No pierdas el tiempo. Y no bebas.

Me dice esto agitando su dedo índice delante de mi cara. Como si fuera mi institutriz. La coloco como puedo dentro del vehículo, al tiempo que introduzco directamente las coordenadas de destino con el teclado del salpicadero. Además de todo esto, activo el botón de «pasajero ebrio». Alice se da cuenta y me lo reprocha casi dormida.

—No soy como tú. Guapo. Maricón.

No se lo tendré en cuenta. Este botón es de gran utilidad para prevenir accidentes y ya obligatorio en el transporte público autónomo. Si el pasajero llega dormido a su destino, el taxi se

encargará de despertarlo por todos los medios a su alcance y, en el peor de los casos, le dejará dormir bloqueando las puertas y añadiendo una tarifa plana a la carrera. Si la cosa se agrava, hará una llamada de aviso a las autoridades con su ubicación. Y ellas se ocupan de todo.

Tengo una gran experiencia en este tipo de situaciones.

Vuelvo al hotel dando un paseo, despejando la cabeza, con el propósito de seguir avanzando en el puzle. Tengo varios frentes abiertos, pero no consigo encajar las piezas principales. Un manuscrito encriptado que se creía irrompible pero que ya ha sido descifrado. Traducido por alguien que ha desaparecido y que, curiosamente, ha mantenido en secreto tanto la forma de traducirlo como su contenido. Y que, para más inri, hace uso del mismo método con sus propios fines. Que no son del agrado de mi Gobierno, por cierto. De las tres muertes que tengo sobre mis espaldas, mejor no pensar. Espero que al autor o autores se le hayan acabado las ganas o las víctimas. Mi amigo Ray en su línea paranoica habitual sospechando de Alice. Y a la inversa, lo mismo. En distintos bandos, pero trabajando para idéntico fin. ¿Cómo se entiende esa coincidencia y, a la vez, ese enfrentamiento? ¿Y qué pinto yo, salvo asegurarme una digna jubilación en algún cómodo centro para alcohólicos irredentos?

«Creo que, aunque no me pagaran, seguiría con este asunto hasta el fin. Ya es una cuestión personal» me respondo.

Subo a mi habitación y bloqueo la puerta despacio, ensimismado.

Entro en la red y casi de inmediato aparece de nuevo Phil.

El bueno de Phil.

—Hola pajarillo —saludo a *Bird*—. ¿Más datos?

—Ajá.

—Vacía ese buche, entonces.

—Vacía primero tu cerebro, *doctor Ingenio*.

—Me cansas.

—Este es bueno, te lo prometo. Y no sé la solución. Una serie de letras.

—Venga —concedo—, asociando sin querer el posible acertijo al plano de Tycho.

—«A, E, F, H, I, K, L, M...»

—¿Qué hay que hacer?

—Adivinar las dos siguientes. No se repiten. Solo sé que están en orden alfabético y que hay que suprimir algunas.

Qué parecido. Y qué curioso.

—Y si no sabes la solución, ¿cómo comprobarás mi identidad?

—Sabré que has acertado.

Pienso. Ya sé las letras que hay. Y no veo nada. Dibujo mentalmente las que faltan: «B, C, D, G, J...»

—Ya lo sé —exclamo contento. Me ha bastado un golpe de vista y otro de suerte.

—¿Cuál es la solución?

—«N» y «T» —contesto.

—Y, ¿por qué?

—Abre —le digo.

—Me arriesgaré. Pero por si acaso, ¿qué fue antes, el huevo o la gallina?

La nueva pregunta me descoloca, pero conozco la respuesta.

—El huevo —respondo sin dudar—. Las aves descienden evolutivamente de los dinosaurios, que eran ovíparos. Así que pusieron huevos y de alguno de ellos derivaron con el tiempo las gallináceas.

—Gracias —me contesta—. No era un acertijo, es que tenía esa curiosidad desde hace tiempo. Está de buen humor, parece. Le doy la solución al enigma anterior.

—La primera serie son las letras formadas con trazos rectos. Se descartan las que tienen trazos curvos. Así de simple.

—¡Ah! —exclama—. Muy bien, genio. Entonces entremos en materia —continúa—. Los caminos de Dios son inescrutables.

—Ahora deduzco que vamos a hablar de jesuitas, ¿no?

—Deduces bien, maldito *vulcaniano*. El camino del pliego del *Manuscrito Voynich* enviado por el alquimista de Rodolfo II a Athanasius Kircher está plagado de incógnitas.

—¿Sabes dónde está? —me apresuro a preguntar.

—No, ni idea. No me sobrevalores.

—¿Entonces?

—Pero tengo alguna pista sobre ello —me revela—. El primer propietario conocido del manuscrito es el alquimista Georg Baresch, que habría recibido el mismo de manos de Rodolfo II como pago por algunos trabajos. O eso piensan muchos. Como no era capaz de entenderlo, envió un pliego al Colegio Romano, en concreto al sabio Athanasius Kircher. Hay una carta datada en el año 1639 que lo confirma. Dicho pliego contendría la información clave para la traducción según varios expertos.

—Todo eso lo conozco ya, Phil.

—No he hecho más que empezar, Francis —me interrumpe—. Rodolfo II fue apartado del trono de Bohemia en el año 1608 por su propia familia, dado su desequilibrio mental. Durante ese tiempo tanto Georg Baresch como Johannes Kepler continuaron con sus tareas en la corte de Praga.

—¿Kepler?

—Sí, Johannes Kepler. Prosiguió su trabajo en las famosas tablas de efemérides astronómicas comenzadas por su maestro Tycho Brahe para Rodolfo II. Los sucesivos emperadores respetaron su cargo de matemático imperial, aunque siguió sin cobrar más allá de unos pocos ducados. Imagina cómo vivirían sus becarios. Murió en el año 1630.

—¿Dónde quieres ir a parar, Phil?

—Kepler custodió y completó el *Manuscrito Voynich* casi hasta su muerte.

—Eso es algo que sospechaba —le revelo, aunque sin más explicaciones—. Pero lo que has averiguado confirma casi todo lo que presumía.

—Como te digo, estoy empezando. Déjame continuar. El legajo no fue entregado a Georg Baresch por Rodolfo II como un pago en especie, sino por el propio Johannes Kepler al abandonar la Corte de Praga años más tarde. Ya te he dicho que a Kepler le debían mucho dinero, y no estaba dispuesto a revelar gratis todo lo que habían encontrado tanto él como su mentor Brahe.

—Pero su colega Baresch no pudo traducirlo.

—Aparentemente no, a pesar de que Kepler pudo haberle proporcionado todas o casi todas las instrucciones necesarias para ello en ese pliego perdido.

—Bien. Entonces el pliego llega a Roma alrededor de 1639, a la Universidad de los jesuitas que dirigió Athanasius Kircher.

—Es lo más probable.

—¿En qué punto te encuentras ahora, Phil?

—Estoy hurgando en dietarios y archivos jesuitas del otrora Colegio Romano, que en la actualidad es la Universidad Pontificia Gregoriana. Pero tenemos dos problemas.

—¿Cuáles?

—El primero es la accidentada historia de la Sociedad de Jesús, suspendida hasta en dos ocasiones por el Papa de Roma. Como sabes, a consecuencia de la segunda el volumen principal del manuscrito aparece en una ubicación diferente, en la Villa Mondragone de Frascati, donde es comprado por el librero Wilfred Voynich en 1912.

—¿Y el segundo? —pregunto, no sin dejar de pensar en la coincidencia de la misma ciudad italiana.

—Que no hay prácticamente registro alguno digitalizado entre las fechas en que el *Voynich* llega a Roma y aparece en Frascati. No hay forma de averiguar algo nuevo salvo ir a Roma y torturar a curas y prelados.

—Volvemos a «*Ángeles y Demonios*» —le digo y sonrío para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, cosas mías. Por cierto, ¿has estado alguna en Europa, Phil?

—¿Me estás ofreciendo ir a Italia, Francis?

—Todo pagado, Phil. La cuna de la pizza. Vas a reventar.

Apago satisfecho el dispositivo de conexión.

La relación del manuscrito con Tycho y Kepler está ya totalmente clara para mí. Allí ambos anotaron todo aquello que no querían que el rey Rodolfo, ni su intrigante familia, supiera. A salvo de miradas indiscretas, de bolsillos cerrados y de mentes débiles. Tycho Brahe legaría a su muerte la clave principal para que Johannes Kepler conociera y continuara su obra. Al fallecer este último, el secreto del contenido del manuscrito permaneció, aunque Kepler se aseguró de que solo los más preparados fueran capaces de desvelar su mensaje.

Todo parece indicar que se han tardado cuatro siglos en comprender sus textos. Y, siguiendo con la norma no escrita, quien o quienes han poseído ese conocimiento han guardado celosamente el secreto.

Quiero pensar en que yo seré el siguiente.

Lo que haga después con él es otra historia.

Poco me queda que hacer aquí en Ginebra. Con Alice ensimismada en sus experimentos, y consumida en buena medida la confianza que tengo en ella o en el mismo Ray, echaré mano de la ayuda que me ofrece Phil.

Miro mi *Alfa*. Mucha pizza tendría que comerse como para poner en peligro el succulento saldo bancario que todavía conservo. Tengo tanto dinero como para comprarme una bodega entera.

ROMA

Phil aterrizará dentro de una hora, más o menos.

Me he adelantado a su llegada. La distancia desde Ginebra hasta aquí es muchísima más corta que desde Boston, incluyendo escala en Nueva York. Para hacerle más llevadero a mi amigo el viaje transatlántico, le compré billetes con asiento especial «XXL» y *buffet* libre. Ahora me encuentro en el remozado aeropuerto de Fiumicino, comiendo un sándwich en uno de los muchos restaurantes de la nueva terminal. Ya tendré tiempo de hincarle los dientes a una buena pizza cuando llegue Phil.

Mi *Alfa* se activa.

—Fran, ¿dónde te has metido? Llevo varias horas llamándote.

—Hola Alice. Cambio de planes.

—¿Cambio de planes? ¿Qué significa eso?

Noto por su voz que está enfadada. Hay que quitarle hierro al asunto.

—Estás muy ocupada. Eres la directora general del CERN. Nuestro amor es imposible.

—Déjate de tonterías y dime dónde estás.

—Localízame —le reto, a sabiendas de que hacerlo no le llevará más de diez segundos.

—¿Roma? ¿Qué haces en Roma?

—Investigo, ya sabes. Me pagan por eso.

—¿Por qué no hemos ido juntos? ¿Qué no me has contado? ¿Has averiguado algo mientras estuve indispueta?

—Indispueta no es una palabra acertada, a mí me viene otra palabra a la cabeza. Y no, no te preocupes por eso. Como te digo, y te lo digo muy en serio, no creo que puedas dedicarte a este asunto al cien por cien. Que, por cierto, son diez mil.

—¿Cómo que no? —me replica—. Fui contigo a Ven. Iría contigo al fin del mundo.

—Escúchame Alice, no es nada personal. Simplemente intento seguir una pista. Y todos los documentos de la época están en papel, no hay nada digitalizado. Hay que hacer trabajo de campo, mancharse las manos de polvo y no tener miedo a los ratones.

—Eres bobo. No vas a poder hacerlo tú solo.

Seguramente no. Me asustan los roedores. Pero tendré conmigo al bueno de Phil. Aunque me callo este pequeño gran detalle.

—Te tendré al tanto de mis progresos, si los hubiere —le digo—. Tengo que colgarte ahora, voy a recoger el equipaje —miento. Veo a Phil asomarse por la puerta de llegada del vuelo.

—Tú ganas —acepta condescendiente—. Pero tenme al tanto de todo. En una hora puedo plantarme en Roma.

—Lo sé. Pero tienes que vigilar tu plantación de protones. *Ciao*.

Pongo punto final a la comunicación.

Phil se acerca hasta mí sonriente, arrastrando una gran maleta, que no es nada comparada con su enorme volumen.

Nos abrazamos. No puedo abarcarlo.

—¿Qué tal el viaje, grandullón?

—Bien, muy bien. He venido durmiendo. Gracias por los asientos. De primera.

—Literalmente. Me van bien los negocios —bromeo—. Bienvenido a Europa.

—Italia... —suspira—. Ya puedo oler sus hornos y oír sus cafeteras.

Pero lo que está oyendo, lo que estamos oyendo, es un «bip-bip» nada frecuente. Cobertura.

—Por Dios, si llevas un *Alfa* en la muñeca —digo entre divertido y estupefacto.

—A la fuerza ahorcan —me contesta con una mueca de desagrado—. Sin este chisme toda la burocracia para salir de Boston y viajar hasta aquí hubiera sido interminable. No me ha quedado otra que agachar la cabeza y comprarme el más barato. En una hora tenía mi flamante pasaporte en regla.

—¿Has tenido problemas de visado?

—No. Estoy limpio y lo saben. Pero ahora no puedo sacarme el dispositivo de la muñeca ni para ducharme. Tengo quince días de estancia turística permitidos. Espero que sea suficiente.

—Si estás limpio no hace falta que te duches —sigo con las bromas—. Y espero que sí, que dos semanas sean más que suficientes para hurgar a fondo entre las faldas del clero. ¿Tienes ya todo tu equipaje?

—Sí. Esta maleta y la bolsa con el equipo informático. Tengo trabajos pendientes. Una tesis doctoral de encargo y varios parches para una empresa de seguridad informática. Nada del otro mundo, pero tengo que comer.

—Te pago el doble y comerás el doble. Trabaja en exclusiva para mí.

—Suenan bien. ¿Quieres una tesis también? Las tengo en oferta.

—Una sobre Martin Gardner.

—Me pillaste, *Sherlock*.

Nos hospedamos en un buen hotel cerca del Coliseo. Dos habitaciones comunicadas entre sí y ubicadas en la planta más alta, con estupendas vistas a esta preciosa y antigua ciudad llena de historia. Una vez instalados salimos a cenar. Elegimos para ello una *trattoria* cercana. Phil casi se cae de culo al ver la carta.

—¡Qué precios! —dice—. ¿Seguro que no quieres ir a otro sitio?

—Ni hablar. Disfruta de la comida. Tiene un aspecto excelente —le contesto al tiempo que veo pasar las comandas de otros clientes—. ¿Quieres vino? El *chianti* es suave y va bien con todo.

—Si no te importa, seguiré bebiendo *Coca-Cola*. Supongo que tendrán, ¿no?

—No hay lugar en el mundo donde no haya llegado, ni restaurante que pueda negártela si no quiere exponerse a la ira de nuestros sucesivos presidentes. La *Coca-Cola* y los molestos *Alfas*.

El mío está parpadeando. Es una llamada sin identificación, creo adivinar de quién. Me levanto de la mesa después de elegir mi comida y la atiendo. Quien paga, manda.

—¿Algún progreso con la traducción, Francis?

La voz sintética me pone nervioso. Siempre me ocurre.

—Todavía nada sólido —respondo, dando pie a cierta esperanza. No sea que me corten ahora el grifo de la financiación y tenga que pagar la cuenta de Phil de mi propio bolsillo.

—¿Qué has ido a buscar a Roma?

Las preguntas son más firmes que otras veces. Secas y autoritarias.

—Intento seguir la pista del antiguo pliego perdido del manuscrito en el siglo XVI. Voy a bucear en los archivos jesuitas en Roma —y no miento al decir esto.

—¿Trabajarás solo?

Mierda. Tengo que destapar a Phil y puede que le vayan con la historia a Alice. Problema.

—No —contesto—. He pedido la colaboración de un antiguo amigo experto en manuscritos medievales. No me sale barato.

—Los amigos no cobran. Hacen favores —me replica la voz.

—Nadie hace nada gratis —replico yo ahora con cierto enfado. Quién esté detrás de esta máquina me saca de quicio.

—Hemos comprobado su identidad. Resulta extraño. Es la primera vez que se registra en nuestro sistema. Y estrena pasaporte. No tiene vida propia. ¿Es de fiar?

«Y a ellos qué les importará», me digo a mí mismo.

—Es mi amigo y respondo por él —contesto, ya muy molesto con el cauce que lleva esta conversación. Además, con tanta pregunta impertinente, se me está enfriando la comida y calentando la bebida—. ¿Algo más?

—No por nuestra parte. ¿Y por la tuya?

—Discreción, por favor. Todos sabemos que no somos los únicos interesados en la traducción. A todos los efectos, estoy solo en Roma. No quiero más sustos.

—Nosotros tampoco, Francis. Disfruta del *risotto*.

Desconecto el *Alfa* de muy mal humor.

«¿Hay algo que escape de sus radares?»

Por fortuna, Phil vuelve a demostrarme que sí.

Estamos de vuelta en el hotel, charlando en su habitación y conectados a la red profunda. Bloqueo absoluto, ruido blanco y cifrado automático. A salvo.

—Treinta y tres nodos ocupados, treinta y dos seguros —me recita Phil mirando la pantalla—. Uno en mantenimiento.

—¿*Scarlett*?

—La misma.

Miro la hora. Son las tres de la madrugada también en Ginebra. Alice está conectada. Pero los protocolos de seguridad impiden cualquier interferencia con nuestra comunicación.

—¡Qué curioso!

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—*Scarlett* está en modo conversación con alguien que tiene una hiperclave. Ya sabes, máximas garantías de privacidad. Certeza.

—¿Puedes saber tú quién?

—No. Por supuesto que no. Nadie puede.

Pero yo lo sospecho.

«¿De qué pueden estar hablando Alice y Ray?»

—Se habrá echado un novio —bromeo para despistar a Phil.

Esto parece distraerle. Cambia de asunto.

—¿Por dónde quieres que empecemos a buscar?

—Tú eres el experto en faldas —bromeo, a sabiendas de que las relaciones sentimentales no son el punto fuerte de Phil—. En hábitos, quiero decir.

—Veamos qué hay del antiguo Colegio Romano.

—Veamos y leamos —le apremio.

—El Colegio Romano es el nombre original de la universidad eclesiástica fundada por la Compañía de Jesús, allá por el año 1551. Al principio no era sino una escuela y una modesta biblioteca. Luego se les fue de las manos.

—No será tan simple la cosa —objeto.

—No, claro. Unos años después el entonces papa Gregorio XIII inaugura una nueva sede por todo lo alto. En su honor, y dada la devoción jesuita por los papas, el Colegio Romano pasó a llamarse Universidad Gregoriana.

—No se devanaron mucho los sesos para ponerle nombre. ¿En qué año llega el *Manuscrito Voynich* a Roma? —le interrumpo para recordar el dato.

—Bastante más tarde. Alrededor del 1640 el primer pliego. Y en torno a 1666 el volumen completo enviado por Marcus Marci. Sin acuse de recibo por parte de Athanasius Kircher.

—¿Qué fechas hay de Kircher?

—Athanasius Kircher aparece como el hombre que lo sabía todo y su biografía es interminable. Lo más interesante aquí es que en 1633 fue llamado a la corte de los Habsburgo para sustituir al recién fallecido Johannes Kepler como matemático imperial.

—¿Me estás diciendo que Kircher continuó el trabajo de Brahe y Kepler?

—Pues casi, pero no. Es confusa la historia al respecto. Al parecer su barco fue desviado de la ruta por un temporal, y acabó recalando en Roma. Kircher tomó esto como un presagio y, además, encontró en el Colegio Romano todo lo que su insaciable mente buscaba. Ya no se movería de Roma hasta su muerte.

—Supongo que nuestro manuscrito no se cita en sus biografías.

—Supones bien. Ni una palabra. Ni un garabato *voynichés* de esos.

—Quizá no pudo entenderlo y, por eso, su orgullo le impide mencionarlo en sus escritos.

—Puede ser. O tal vez —me replica Phil—, lo comprendió y decidió seguir manteniéndolo oculto. Hay más cosas de interés con relación a Kircher.

—Sigue, por favor.

—El Colegio Romano vivió una época de esplendor sin precedentes durante la dirección de Kircher. Este realizó peticiones expresas a los cientos de misioneros jesuitas diseminados por América y Asia para que le enviaran todo tipo de curiosidades. Tenía su propio Museo en Roma lleno de cosas tan inverosímiles como disparatadas y, por supuesto, miles de libros. Podríamos apostarnos tu paga a que el manuscrito cifrado ocupó una de las mejores vitrinas de su personalísimo museo.

—Si es así, ¿dónde fue a parar?

—Aquí empiezan los problemas —continúa leyendo Phil—. En 1773 la Sociedad de Jesús es suprimida por primera vez, y su prestigiosa universidad puesta en manos de clérigos diocesanos romanos. El «Museo Kircheriano» desaparece con ella.

—Buf —resoplo—. ¿Algo más?

—Sí. Y todavía vamos a peor. En 1870 los jesuitas son golpeados nuevamente, y el Ejército Revolucionario del Nuevo Reino de Italia confisca todos sus bienes, incluyendo edificios y libros. Ya termino, Francis. La sede actual de la Universidad Pontificia Gregoriana se encuentra en la Plaza de la Pilotta. Son cuatro preciosos palacios antiguos y un buen número de edificios anexos

más modernos. Serían los papas Benedicto XV y Pío XI los que impulsarían su construcción a partir del año 1920.

—Para esa fecha el manuscrito ya había volado a las afueras de Roma, a Frascati.

—En efecto. Ya pasó a ser el *Manuscrito...* de Wilfred Voynich.

—Entonces, ¿mañana?

—Mañana habrá que empezar por la moderna Universidad. Seguro que tendrá una buena biblioteca. Y algo encontraremos.

—Eso espero —concluyo—. Puede que también tengan restaurante. Y puestos a pedir, bodega.

—De eso no dice nada aquí —se ríe Phil.

Nos hemos levantado temprano. Después de un nada frugal desayuno en la cafetería del hotel — Phil quería probarlo todo—, arrancamos.

—¿Un autotaxi? —pregunto.

El empleado de la recepción me responde con amabilidad.

—No se lo recomiendo en Roma, señor. No se desenvuelven bien aquí. Se bloquean por el tráfico y es habitual que dejen tirados a los clientes. Además —añade—, no son bien vistos por los taxistas. El turismo es casi la única fuente de ingresos en Roma hoy en día, y conducir un coche un seguro de vida para muchos de sus ciudadanos.

En otras palabras, el sabotaje de los vehículos autónomos es algo común.

—¿Un taxi convencional, entonces?

—En dos minutos tendrán uno en la puerta —me responde activando su *Alfa* e intercambiando mensajes con la centralita de la compañía de vehículos—. Recuerden que el importe no puede superar los cien euros dentro del perímetro urbano. Es mi obligación advertirles.

—Gracias.

El conductor del taxi es un italiano amable y simpático. Casi tan gordo como Phil.

—¿Piazza della Pilotta? Está cerquita, pero no conviene fatigarse.

—Sí —le responde mi amigo—. Vamos a la universidad jesuita.

—La conozco, sí. *Bella*. Junto al Quirinal y a un paso de la Fontana de Trevi. No dejen de echar unas monedas y pedir volver a Roma.

—¿Monedas? ¿Cómo hacen ahora los turistas? —le pregunto.

—Cuando lo vean no lo creerán —contesta riéndose—. El caso es que siempre vuelven. Puedo dejarles allí, si quieren.

—De acuerdo —contesta Phil.

—Ya llegamos —dice el taxista—. Si me lo permiten, les dejaré mi contacto y con solo pulsar en la aplicación vengo a buscarlos. Conozco los mejores sitios para comer en Roma.

No es tonto el conductor. Y creo que ha encontrado en Phil a un cómplice.

—No es mala idea —asiente sonriente Phil—. Muchas gracias.

Nos apeamos después de transferir una cantidad de dinero asumible por el trayecto. Decidimos empezar echando un vistazo y unas monedas, si encontramos la forma, a la famosa fuente de los deseos.

—A eso se refería el taxista —me dice Phil señalando una larga cola de turistas.

En efecto, unas veinte personas aguardan su turno para obtener unas falsas liras antiguas de un expendedor automático y cumplir con la tradición. Los turistas solo tienen que vincular un simple *Alfa* con el dispositivo.

—Yo de buena gana tiraría a la fuente mi *Alfa* entero —se ríe.

—¿Hacemos la cola?

—Es perder el tiempo ahora —me contesta—. Además, no creo que nunca vuelva a Roma.

—Nunca digas «nunca» —le digo—. Vamos ahora a la Universidad.

—Eso. Vólvamos a ella. Como en nuestros mejores tiempos.

—Además, tenemos escritas varias tesis doctorales —añado sonriéndole.

El edificio principal de la Universidad Gregoriana es un precioso palacio neoclásico tan bello como decadente. Parece que hayamos retrocedido cien años en el tiempo. O doscientos.

—No hay controles aquí —me dice Phil adivinando mi pensamiento—. O no hay ladrones o no hay nada que robar.

—Preguntemos allí —le contesto, señalando una pequeña puerta de donde provienen voces. En efecto, lo que parecen dos ujieres están hablando de política.

—Perdón... —dudo en mi pregunta—. ¿La biblioteca?

Nos miran sorprendidos. Supongo que tenía que haber sido más preciso, o no hablar directamente en inglés. Uno de ellos, ya un anciano, me pregunta de manera exquisita en nuestro idioma.

—¿Turistas o estudiantes?

La cuestión hace que vuelva a mi cabeza la visita a la Biblioteca Beinecke semanas atrás. Pienso en si debo preguntar directamente por el *Manuscrito Voynich*. Mejor no. Nos conviene ir despacio.

—Las dos cosas —se me adelanta en la contestación Phil, que parece saber lo que quiere mucho mejor que yo—. Buscamos información de manuscritos del siglo XVII, principalmente. Somos norteamericanos —añade, como si eso fuera a ayudar en algo.

Igual nos mandan directamente a paseo. Pero no.

—Tendrán que ser un poco más concretos, me temo —responde cortésmente—. Hay más de millón y medio de volúmenes, libros, pergaminos, láminas y cartas en nuestras bibliotecas, y abarcan todas las áreas de conocimiento que puedan imaginar: teología, literatura, filosofía, astronomía, medicina... Casi cualquier campo del saber.

—Como le decíamos, nuestro interés se centra en volúmenes de la historia de las misiones jesuitas alrededor de los siglos XVI y XVII. De la época del sabio Athanasius Kircher, principalmente —contesta Phil.

—¿No serán otros locos interesados en ese absurdo manuscrito cifrado? —pregunta nuestro interlocutor cambiando el tono de la voz—. *Voynich*, creo que lo llaman.

La pregunta nos descoloca por completo. Reacciono yo primero.

—No, no. Hemos oído hablar de él, claro está, pero tenemos otros intereses en nuestras investigaciones. Mucho más serios —miento de manera poco creíble.

—Mejor así. En cualquier caso, diríjense a la biblioteca de la torre. No tiene pérdida. Allí están almacenados los libros más antiguos. Alrededor de un centenar son anteriores a 1600. Pregunten al chico. Un sacerdote joven.

—Gracias, vamos hacia allí —contestamos casi al unísono—. Parece saber usted mucho de su biblioteca, ¿me equivoco?

—No, en absoluto. Yo he sido bibliotecario de la Universidad Gregoriana durante más de treinta años. Ahora estoy jubilado, pero en ocasiones ayudo con las visitas.

—Espero que podamos volver a conversar en otra ocasión —añade Phil.

—Seguro. Esa vieja biblioteca es mi vida. Me encantará.

Recorremos despacio las zonas ajardinadas que rodean los cuatro palacios originales en dirección a la torre donde, desde hace más de un siglo, está ubicada la sección antigua de la biblioteca romana jesuita. Pequeños grupos de estudiantes distraídos se cruzan en nuestro camino. Phil rompe el silencio.

—Extraño el viejo, ¿no?

—Sí. Y muy curiosa su reacción sobre el *Manuscrito Voynich*.

—Parece una especie de iluminado. O visionario.

—Nada de eso, Phil. Aquí no somos los primeros, eso tenlo por seguro.

Phil no sabe, todavía, que el *Voynich* ha sido descifrado en algún momento y en algún lugar. El comentario del anciano me hace sospechar que estamos pisando las mismas huellas que otros antes. Vuelvo a guardar silencio hasta que alcanzamos la torre mencionada.

Subimos cuatro pisos en un moderno ascensor panorámico. Tal vez lo único moderno aquí. O no.

Una enorme sala de lectura con capacidad para más de doscientas personas se abre ante nosotros. Esta vez sí hay tornos y control electrónico. Cada mesa está dotada de un sofisticado equipamiento informático, conexión de banda ancha, escáner de área y traducción automática. Casi todo de *Alpha Inc*. Supongo que nuestras caras de extrañeza no han pasado inadvertidas para la vigilancia. Hay cámaras y drópteros de última generación en todos los rincones.

Un joven vestido informalmente se acerca hasta nosotros. Parece un estudiante más.

—Buenos días, señores. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Sí —farfullo—. Queremos hacer algunas consultas, si es que se nos autoriza a ello.

—Por supuesto —nos dice—. Pero perdonen mis modales. No me he presentado. Soy el padre Matteo Ricci, el encargado de la biblioteca.

—Encantado de conocerle —le respondo, extendiéndole la mano—. Yo soy Francisco Davies, antiguo alumno del MIT de Boston. Matemático.

—Y yo Phillip Jacobs, somos compañeros. Aunque mi especialidad es la informática —es ahora Phil quien se presenta—. Curioso su nombre, si me permite la observación, padre. ¿Un homenaje al famoso astrónomo y misionero italiano en China?

—¡No! —se ríe—. Una formidable casualidad. No solo en el nombre, también en la devoción. Pero, a diferencia de mi ilustre predecesor, no entiendo ni uno solo de los caracteres orientales.

Hay algo extraño en este personaje, pero no alcanzo a comprender el qué. Activo una alerta en mi cabeza. Sin embargo, Phil parece encantado con él.

—Como le indicamos antes al antiguo bibliotecario, estamos interesados en documentos de las misiones jesuitas de los siglos XVI y XVII. La correspondencia disponible del sabio Athanasius Kircher nos interesa especialmente.

La mirada del padre Ricci nos escudriña de arriba abajo. Por suerte, me he puesto una camiseta limpia.

—La mayor parte se perdió —nos explica—. A raíz de la segunda supresión de la Sociedad se ocultaron casi cincuenta mil libros y manuscritos, y muchos de ellos fueron confiscados en ese período negro para la Orden. Algunos de ellos acabaron en la Biblioteca Nacional del rey Víctor Manuel. Recuperamos unos cuantos, pero no fue más que la mínima parte de todo lo perdido. Lo poco que queda está ya digitalizado y a disposición de todo el mundo en nuestro portal. Lamento que hayan hecho este viaje tan largo para nada —añade—. Lo siento.

—Pero —balbucea Phil con desazón— he repasado todo el inventario público de documentos y apenas hay nada que se pueda aprovechar.

—Sé lo que quieren. Pero el *Manuscrito Voynich* empieza y acaba en Frascati para los jesuitas.

Y, dicho esto de forma tajante, el bibliotecario da media vuelta y se marcha por donde había venido.

Nosotros hacemos lo propio.

—Simpático, ¿no? —intento animar a Phil.

—Vaya borde —me contesta—. ¿Y ahora?

—La esperanza es lo último que se pierde. O lo penúltimo. Tengo hambre.

Decidimos que lo mejor ahora es llamar al taxista y darnos un homenaje gastronómico por Roma.

Seguro que algo se nos ocurrirá.

Bien comidos y mejor bebidos, regresamos al hotel. El taxista ha sido de una gran ayuda y quedamos de nuevo con él para mañana. Ya en la habitación, Phil decide echarse una siesta mientras yo tomo un par de cafés para despejarme. Mi *Alfa* parpadea cuando me estoy acabando el segundo. Ray me ha enviado un simple mensaje de texto para citarme en la red profunda. Preparo la conexión y entro. Phil ronca de forma escandalosa a mi espalda.

—Hola *Leo* —arranca la conversación—. Estamos seguros ya, no tengas temor.

—No lo tengo. El papel de paranoico en esta película lo desempeñas tú —le contesto convencido de su afirmación—. ¿Qué sucede, *Sheldon*?

«Dudo de Ray casi tanto como de Alice. ¿Traman algo juntos?»

—Sé que estás en Roma.

—Todo el mundo parece saberlo —le contesto, despreocupado por ello. No voy a preguntarle cómo—. Tengo audiencia con el Papa mañana.

—Déjate de bromas ahora, Francis. ¿Sabes algo más acerca del primer pliego y la posible clave de cifrado?

—Apenas hemos empezado a indagar —respondo, utilizando el plural de forma inadvertida—. De momento poca cosa. Los jesuitas no parecen querer colaborar mucho.

—Por eso quería hablarte —me dice, aparentemente despistado de mi desliz—. Hay un detalle en toda la historia del que no te he hablado.

«¿Un detalle a estas alturas? ¿No confiaba tanto en mí?»

—Tú dirás.

—Es precisamente acerca del Colegio Romano y su biblioteca.

—Hemos estado allí. En lo que ahora es la Universidad Gregoriana. Y nos han echado a patadas a las primeras de cambio. O realmente no hay nada o no quieren que sepamos que lo hay. O les gusta mucho el fútbol, que todo puede ser.

—Lo que es lo mismo a todos los efectos, ¿no?

—Ajá. Las dos supresiones de la Sociedad de Jesús han hecho de sus fondos bibliográficos un monumental barullo para cualquiera que intente encontrar libro o documento alguno.

—Incluso por mucho que *Alpha Inc.* haya invertido allí —añade Ray.

—Incluso así —recalco sus palabras, apercibiéndome de que la moderna dotación de sus instalaciones haya sido probablemente financiada por la megacorporación—. ¿A cambio de qué?

—Buena cuestión —me dice a su vez—, pero ahora eso no importa. ¿Cómo aparece el manuscrito, Francis? —me pregunta sabiendo de antemano la respuesta.

—El volumen es ocultado por el superior jesuita de la época, el padre Petrus Becks, etiquetándolo como propio en 1912. Les falta dinero y se lo venden en Frascati al anticuario Vóynich, junto con otros volúmenes de menor interés para los coleccionistas.

—Ajá. Ahora voy con lo que seguro no sabes, Fran.

—¿Cómo puedes estar seguro de nada?

—Porque si lo supieras habrías vuelto a la Universidad Gregoriana esta misma tarde.

«¿Es que todo el mundo pretende saber lo que hago en cada momento?»

—Usa tu lógica —continúa retándome.

—No te entiendo. Estoy resacoso —me excuso.

—En una biblioteca, ¿qué podemos encontrar además de los libros?

—¿Polvo? ¿Ratones? ¿Arañas? —sigo sin entender nada—. ¿Lectores?

—Frío.

—Había calefacción —gano tiempo—. Bibliotecarios, claro. Pero no son muy amables.

—¿Y qué hacían los bibliotecarios? Estas lento, Fran. O viejo.

—Ordenar los libros. Y apuntar los préstamos.

—Caliente. En la relación de mapas, láminas y documentos robados por Edward Forbes Smiley a principios de siglo figura la librería Beinecke de Yale y con ella, supuestamente, el segundo pliego del *Voynich*. Pero, y ahí está la novedad, también la Biblioteca de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma y las fichas de varios volúmenes, entre ellos el *Alquimia Speculum Alchemiae*, de Roger Bacon. El libro, lógicamente, no estaba ya para ser prestado a nadie. Pero sí su historia.

—Entonces, ¿Forbes Smiley recibió un doble encargo?

—Eso creo. Con un mismo fin.

—¿Dónde fue a parar esa ficha? —le pregunto asombrado.

—Ni idea. Yo no estoy en Roma. El averiguarlo os lo dejo a vosotros.

Ray corta la comunicación. Ha remarcado «vosotros».

No hay quien guarde secretos aquí.

Varias preguntas me golpean la cabeza al mismo tiempo.

«¿Cómo Phil no encontró este dato? ¿Tal vez no se apercibiera de la relación?» Es lo más probable. Phil buscaba una conexión directa con el *Manuscrito Voynich*, pero pudo pasar por alto un libro, y más una simple ficha, de Roger Bacon. Que está considerado como el posible primer autor del manuscrito cifrado.

El cómo Ray ha averiguado tanto con tan poco es otra de mis grandes incógnitas sin resolver. De momento, tengo que despertar a Phil y contárselo.

—¿Quieres decir que el *Manuscrito Voynich* estuvo archivado en el Colegio Romano durante siglos como una obra del teólogo franciscano Roger Bacon?

Tanto su *Alfa* como el mío están tomando el fresco en el congelador del minibar. A mí no se me había ocurrido antes un procedimiento tan ingenioso para bloquearlos. Solo hemos tenido que vaciar el congelador de comida.

Phil se ha encargado de ello.

—Así es. Durante mucho tiempo se pensó que el manuscrito era obra suya. Wilfred Voynich, al comprarlo, así lo creyó o se lo hicieron creer. Posiblemente también los muchos jesuitas por los que pasó el volumen —le explico—. Hay bastantes similitudes con sus otras obras conocidas, ya que estas incluyen estudios de remedios medicinales, láminas de plantas, mapas celestes y abundantes textos alquímicos y astrológicos, por ejemplo. También el cifrado era práctica habitual en sus escritos.

—Pero, si su ficha fue robada al igual que el pliego blanco del libro, ¿qué hacemos aquí? No vamos a encontrar nada, Francis.

—El *Manuscrito Voynich* fue descifrado hace unos veinte años —me sincero—. Supongo que los robos tienen una buena parte de culpa. Aunque todavía no sé cómo. Conozco el final, pero no el camino recorrido.

—¿Qué coño me estás diciendo?

—Me lo reveló Ray. Igual que estoy haciendo yo ahora contigo.

—Entonces, ¿se acabó?

—No, Phil. No se acabó. Para traducir el manuscrito es necesario conocer el método de cifrado. Sabemos que se tradujo porque hay nuevos textos escritos en el «lenguaje *voynichés*», pero en ninguna parte se encuentra ni la traducción del libro original, ni la traducción de los nuevos textos. Por supuesto —continúo—, tampoco se conoce el cifrado utilizado. Y eso es todo, amigos.

—Espera, Fran —Phil se abre otra *Coca-Cola*, visiblemente nervioso—. Vamos por partes. ¿Dónde están esos nuevos textos? ¿Quién los ha escrito? ¿Cómo lo averiguó Ray? Y, lo más importante, si ya está todo hecho, ¿por qué te pagan tanto dinero para hacer un trabajo inútil?

—Te respondo por orden, curiosón. Aunque te parezca inverosímil, los nuevos textos son nuestros. En realidad, no lo son, pero están almacenados de forma deslocalizada en la red profunda. Los puso Ray hace unos años sin saber su origen, ni su cifrado. En eso no hacemos preguntas y lo sabes. Tú mismo has averiguado quiénes están detrás de ellos: los científicos de Austin y su malogrado «Desertrón». También sabes que los servicios de inteligencia del Congreso han ido a por ellos. En este caso, y por extensión, también a por nosotros.

—¿Y la última pregunta? ¿Por qué tú? ¿Y por qué Ray?

—Puedes incluir también a Alice en el interrogatorio, Phil. Está muy feo ser misógino.

—¿Estáis todos contra mí? ¿A qué jugáis?

—¡No lo sé! —levanto la voz más de la cuenta sin querer—. Créeme si te digo que ahora mismo solo confío plenamente en ti. Ray está contra Alice. O con ella. No lo sé. Creo que están jugando conmigo, pero no tengo forma de descubrirlo. Yo recibo el dinero de *Alpha Inc.*, pero por descontado que no van a decirme para qué quieren la maldita traducción. También Alice trabaja para ellos. Te diré incluso que fue ella la que me reclutó. Alice no quiere el dinero, solo quiere el cifrado, el acceso directo a la información de los científicos tejanos. Puede que a su vez Ray trabaje para los chinos, o para los rusos, vete a saber. Con quien sea que haya escondido a ese grupo de chalados. De genios chalados.

Phil me mira estupefacto. No sé si está siendo capaz de procesar tantas novedades en tan poco tiempo. Le tengo por un tipo listo, pero ya se ha bebido cuatro latas de refresco sin levantarse y está abriendo una quinta. Su vejiga tiene que estar a punto de reventar al igual que su cabeza.

Lo que me trae a la cabeza una reflexión final.

—Y, como bien supones, el manuscrito fue redactado y cifrado por Tycho Brahe. Completado por Johannes Kepler para mayor gloria de ambos.

Hemos llegado a la misma hora que ayer a la «Greg», que es como denominan de forma familiar los estudiantes a la universidad jesuita. Hemos repetido taxi y trayecto. Y repetiremos guía y ruta gastronómica. Giuseppe, el amable e interesado taxista, pasará a buscarnos a la una de la tarde. Es una cita ineludible.

—Buenos días —saluda Phil al entrar en el edificio principal a un conserje desconocido. Ni siquiera levanta la cabeza, a pesar de nuestro acento extranjero. Aquí hay estudiantes de todo el

mundo, hablando en multitud de idiomas excepto en latín. Se están perdiendo las buenas costumbres.

—Buenos días —insisto yo, con idéntico resultado—. ¿Podríamos hablar con el bibliotecario mayor?

El conserje levanta por fin la cabeza con desgana.

—El padre Matteo Ricci asiste hoy a un seminario en la Academia Pontificia de las Ciencias. No vendrá en todo el día.

—Perdone, me he expresado mal. Me refiero al antiguo bibliotecario —aclaro, hablando más despacio e intentando vocalizar como si me faltara riego en el cerebro—. Ayer estuvimos hablando un rato con él, y quedamos hoy para continuar nuestra conversación —miento piadosamente, como aquí es de rigor.

—Ah, el viejo Paolo Grimaldi. Ha salido a tomar un café. No tardará.

Pero se equivoca. Tenemos que esperarle no menos de cuarenta minutos. Cuando aparece tropieza en la escalinata y a punto está de caer. El conserje sale en su ayuda.

—Padre Grimaldi, ¿acaso no recuerda lo que dijeron los doctores? —le pregunta con una sorprendente dulzura.

—¿Qué sabrán ellos! Tengo ochenta y seis años, y para lo que me queda en el convento...

Acierta a vernos y, afortunadamente para los castos oídos que nos rodean, no puede terminar la frase. Está visiblemente bebido. No le juzgo mal por eso.

—¿Ustedes otra vez aquí? —nos grita furioso.

—Nos dijo que podíamos venir a verle —intento calmarlo sin éxito.

—Bastantes problemas tuve hace veinte años. Los curiosos fueron mi desgracia. ¡Fuera de aquí! Hacemos caso omiso de lo que dice.

—Padre, nos dijo que viniéramos a charlar sobre la biblioteca del antiguo Colegio Romano. Que estaría encantado de hacerlo.

—¿Eso dije?

—Eso dijo. Y aquí estamos. Somos gente de palabra —y me pongo fingidamente serio.

Por sorpresa, el anciano se abraza a Phil. Pienso que quizá ha perdido el equilibrio, o que tal vez es muy cariñoso, o incluso que ha sufrido un flechazo. Phil no es mi tipo, aunque para gustos se inventaron los colores.

En realidad, el viejo está cacheando a mi amigo. Phil sonrío y se deja hacer.

—Es solo grasa —dice el gordinflón.

—Está bien —termina aceptando—. Esta vez no hay cuchillas.

Phil y yo nos miramos sorprendidos. El viejo nos invita a entrar ante la mirada complaciente del conserje.

—Vengan por aquí. Iremos a mi pequeño refugio. Allí estaremos tranquilos y a salvo de los juguetes del padre Matteo.

Intuyo que se refiere a las cámaras, a los arcos de metales y a los drópteros. Le seguimos con curiosidad. El padre Grimaldi nos guía a través de varios pasillos hasta lo que parece ser un semisótano de la torre principal, donde está ubicada la gran biblioteca. Hay poca luz.

—Adelante. Siéntense donde puedan. Está todo lleno de libros viejos y de polvo aún más antiguo. Como yo.

Se ríe. Casi no le quedan dientes. Nos sentamos en dos sillas desvencijadas. La de Phil cruje hasta casi reventar, pero aguanta su peso.

—¿Qué quieren saber de nuestros tesoros? —pregunta después, algo más despejado.

—¿Qué pasó? ¿Por qué dejó la biblioteca? —le espeto sin mucha compasión, arriesgándome a que regrese su mal humor.

—Perdí la confianza del Rector. Y todo por aquel inglés. O americano, o lo que fuera.

—¿Edward Forbes? —le pregunto.

—¿Cómo lo sabe? Lo recuerdo como si fuera ayer.

—Estoy estudiando mucho —le contesto con una sonrisa. Comienza a haber cierta complicidad entre nosotros.

—El mismo. Al principio no sospeché de él. Era un tipo elegante, muy educado, y siempre compartía conmigo su pequeño termo de café con brandy. Pasamos muchas horas juntos. No podía imaginarme la jugarreta que me tenía guardada.

—¿Qué le hizo? —es ahora Phil quien pregunta.

—Era un famoso coleccionista de mapas antiguos que recorría todo el mundo buscando información sobre ellos. Estaba muy interesado en la vida y milagros del padre jesuita Eusebio Kino, un misionero nacido en Trento que dibujó numerosos mapas en sus expediciones por las misiones españolas de América.

—¿Aquí tienen obras tuyas? —le digo intrigado.

—Por supuesto. Además de cartografía, hay libros de geografía y de astronomía cometaria. Ese Forbes no se cansaba de contemplar un mapa del padre Kino de 1696, uno que representa la actual California. Por aquel entonces se pensaba que era una isla, y él la corrigió a una península. Según Forbes, estos mapas antiguos podían alcanzar precios astronómicos en las subastas estadounidenses. Eran su pasado.

—¿Temía que se los robara? —dice Phil, que se alterna conmigo en el interrogatorio. Los gordos siempre hacen de polis buenos.

—Pues claro que sí, amigo. Pero yo lo guardaba todo bajo llave. Todo salvo una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunto ahora yo.

—¿Qué va a ser? Los libros de registro de las entradas y salidas de los préstamos. Él no podía sacar ningún ejemplar, por no ser miembro de la Sociedad. Cuando el rector vino aquel día a consultarlo, aparecieron los recortes en varias páginas del libro. Fichas limpiamente cortadas con una cuchilla. Forbes siempre llevaba una en su maletín, por eso supe que era el autor de la canallada.

—¿Para qué quería el rector consultar la ficha de préstamos de un libro de alquimia del sabio franciscano Roger Bacon ya perdido? —le suelto sin miramientos. Ahora interviene el poli malo, aunque me falta un buen flexo.

Me mira desencajado por unos instantes. Luego recupera la compostura.

—Sí que has estudiado, muchacho —me sonrío—. Nunca lo supe. El volumen era muy famoso y la lista de lectores muy amplia, incluyendo varios de los rectores y directores precedentes. Pero el libro se vendió con otros muchos a principios de siglo por el superior Becks, cuando hacía falta el dinero incluso para comer. Por descontento estamos hablando del maldito manuscrito cifrado del que todo el mundo quiere saber. ¿O no?

La pregunta final tiene un cierto aire de reto. Contesto:

—Sí, el famoso *Manuscrito Voynich*. Wilfred Voynich, un anticuario, se lo compró a Petrus Becks cerca de aquí, en su casa de Frascati. En el año 1912 si mal no recuerdo.

—Pues ya lo sabes todo, chico. Aquí se acaba la historia.

—No hay final feliz, supongo —dice Phil.

—No. El entonces rector se enfureció y me relevó del puesto principal. Dijo que yo era un

antiguo, que había que digitalizar e informatizarlo todo, que hacía falta gente joven para los nuevos tiempos. Hacer una *web*, llenarlo todo de cámaras, acceder a las redes sociales, todas esas zarandajas. Y, ¿saben? Yo tampoco era tan tonto.

—¿Qué quiere decir? —le pregunto con curiosidad.

—Quizá no supiera entonces de ordenadores, ni ya sabré nunca. Pero tenía una fotocopidora. Mi rector ni me preguntó.

Se levanta con parsimonia de su sillón de trabajo para abrir una cajonera. Mientras encuentra lo que busca, Phil y yo nos miramos estupefactos.

—Aquí está. El registro fotocopiado tal y como yo lo mantenía. Solo tenía que hacer copias cada semana de los nuevos préstamos.

—¿Podemos...? —duda Phil en su pregunta.

—Por supuesto. Si quieren hacer una copia de esa página, enseguida la encontraremos. Tengo aquí detrás mi vieja fotocopidora. Algo baja de tóner porque ya no consigo tinta, pero creo que la copia saldrá bien.

Le dejamos hacer en silencio. No queremos decirle que basta una fotografía con uno cualquiera de nuestros *Alfas* para obtener una copia en alta resolución, escaneada y convertida en documento editable al instante. Pero si le hace ilusión usar esa antigualla, no seremos nosotros quienes le privemos de su obsoleto encanto.

—Ya está. Para lo que me queda en el convento me cago dentro.

Y nos tiende el documento con su sonrisa desdentada pero sincera.

—¿Por dónde empezamos, Phil?

Phil está sentado enfrente de su tableta. Ha digitalizado la fotocopia y la examina cuidadosamente con un sofisticado programa de análisis de imágenes, sin dejar de comer ni de beber. Tras un rato mesándose su desaseada barba, me habla.

—Parece auténtica.

—Es una fotocopia —le digo riendo.

—Me refiero al original de la fotocopia, idiota —me contesta de forma tajante, ajeno a la broma—. Hay como una docena de escrituras diferentes, que probablemente corresponden a otros tantos bibliotecarios. La letra se va haciendo menos picuda y adornada, las mayúsculas cambian también con la caligrafía siguiendo el estilo y la moda de cada siglo. La grafología es bastante precisa en todos estos aspectos, y no veo incoherencias. Es auténtica.

—Vale —le digo incorporándome de la cama—. Léemela.

«*‘Alquimia Speculum Alchemiae’, Roger Bacon circa s. XIV. Título y autor no confirmados. Texto científico o mágico escrito en un lenguaje no identificado, aparentemente cifrado, quizá basado en caracteres romanos. Algunos estudiosos creen que el texto es obra de Roger Bacon, dado que los temas de las ilustraciones parecen representar cuestiones que interesaron a este (...) Pergamino en 102 folios, con numeración arábiga. El códice perteneció al emperador Rodolfo II de Alemania (Sacro Imperio Romano, 1576-1612), que habría pagado por él 600 ducados de oro convencido de que era obra de Roger Bacon (...) Depósito de Athanasius Kircher, S. J., circa 1662...»*

—No hay duda —digo—. Es el *Voynich*. ¿Por quién ha pasado el libro?

—El primer nombre de la lista es Giovanni Battista Riccioli.

—Un gran astrónomo jesuita coetáneo de Kircher. ¿Qué sabemos de él?

Phil consulta *Wikipedia* mientras me habla.

—Escribió el *Almagestum Novum* en 1651, famoso atlas celeste, especialmente por sus dos grandes mapas de la luna. Usó nombres de científicos que todavía se mantienen hoy en día para identificar los accidentes en el relieve de nuestro satélite. ¿Quieres que te ponga un ejemplo curioso?

—Adelante —contesto.

—El más famoso: el cráter «Tycho».

—Vaya. Continúa Phil, por favor.

—Después de Riccioli, el libro fue consultado en el año 1663 por su colega el también jesuita y astrónomo Francesco María Grimaldi. Murió ese mismo año.

Tuerzo el gesto. Supongo que su muerte no sería a causa del volumen.

Phil continúa hablando ajeno a mis pensamientos.

—Hay varios más. ¿Seguimos?

—Sigamos —le apremio—. Todavía hay comida y bebida bastante.

—Paolo Casati —lee—. Fue una autoridad en el Colegio Romano. También astrónomo y catedrático de matemáticas allí. A este debió de engancharle el *Manuscrito Voynich*. Lo mantuvo en su poder un par de años completos. En torno al año 1700.

—¿Algo de Kepler o Tycho?

—No, pero sí de Galileo. Los textos presentan a Paolo Casati como un acérrimo defensor del orgulloso genio pisano. Aunque es contradictorio en algunas de sus investigaciones. Estudió el vacío y la presión atmosférica, pero luego dio marcha atrás en sus conclusiones porque aceptar el vacío suponía la ausencia de todo, y eso tenía implicaciones en la propia existencia divina. Así que negó a la Ciencia antes que a Dios.

—El famoso concepto aristotélico del «miedo al vacío» —apunto.

—Igual que la idea de las esferas celestes —me dice Phil—. Para Aristóteles todo era fijo e inmutable. Y las estrellas estaban fijadas en una de ellas.

—Fijas, inalterables y firmes. En el firmamento.

—Así es. Hasta que Tycho Brahe rompió el techo con su supernova. Una estrella nueva.

Phil me trae a la cabeza de nuevo la supernova de Tycho. Asociada con la propia de Kepler en los dibujos, y tal vez en los textos, del *Manuscrito Voynich*. ¿Puede tener algo que ver con todo esto, además de aportar una pista del cifrado como descubrió Alice? Y Alice. «¿Hace cuánto que no hablamos?»

—Francis, ¿estás aquí?

Phil me pasa la mano por delante de los ojos. Me he quedado absorto en mis pensamientos. Demasiadas cosas y demasiada confusión.

—Sí, estoy. Pásame la botella, por favor. ¿Cuál es el siguiente de la lista?

—Giovanni Girolamo Saccheri. También jesuita, astrónomo y, sobre todo, matemático. Tuvo el libro alrededor de 1720, la fecha está bastante borrosa. Un experto en geometría y lógica. El mejor matemático italiano de la primera mitad del siglo XVIII.

—Casi nada. Un lógico. Me agrada Saccheri. ¿Quedan muchos?

—Algunos. Intento abreviar. Le sigue Vincenzo Riccati, de nuevo físico y matemático y también profesor en el Colegio Romano. Su préstamo está fechado alrededor de 1750. En 1774 el libro es leído, es un decir, por Giuseppe María Asclepi. Otro físico y astrónomo italiano jesuita de postín. Dirigió el observatorio del Colegio Romano y le fascinaban los cometas, que también surcaban el cielo rompiendo el cielo inmutable.

—Descansa un poco, Phil. ¿No te has dado cuenta de algo muy peculiar, de un rasgo común en

toda esta lista?

—Que son jesuitas, lo que es lógico. Aunque el experto en lógica eres tú, Fran.

—Que son jesuitas... y científicos. Astrónomos, físicos y matemáticos. Pero en el Colegio Romano se enseñaba principalmente teología. También filosofía, gramática, oratoria, lenguas vivas y muertas, humanidades. ¿Es que ningún jesuita humanista tenía interés en este libro?

—Ahora que lo dices, resulta curioso. El libro tiene un breve contenido astronómico, pero hay otras muchas cuestiones aparentemente interesantes en él. Y, sobre todo, se trata de un texto escrito en un lenguaje desconocido, que tendría que fascinar a los doctores en letras.

—Exacto, Phil. El volumen solo pasó por científicos. Exclusivamente.

—¿Qué sospechas, *míster Spock*?

—Que todos sabían lo que escondía.

—¿*Leo*?

El *Alfa* parpadea en su pantalla mi *nick*. Miro el reloj. Las cuatro de la mañana. No puede ser otra sino Alice. Intento despejarme. Phil debe de dormir a pierna suelta en su habitación.

Conecto el dispositivo a la red profunda.

—¿*Leo*? —repite.

—Estoy aquí —termino contestando—. No muy despierto, pero estoy.

—¿Cómo va todo por Roma? ¿No me echas de menos?

—No tengo tiempo de aburrirme —respondo—. Pero sí, te echaba de menos. Progreso adecuadamente.

—¿Y no me cuentas nada? ¿Qué clase de socios somos?

Dudo qué contarle. Supongo que no hay nada que no pueda saber.

—Tengo la lista de lectores del *Voynich*.

—¿En serio? ¿Es larga? Mándamela.

Vuelvo a dudar durante unos segundos. No hay problema. Le envió el documento. Ahora es ella la que me hace esperar un par de minutos. Supongo que está introduciendo los nombres en *Wikichild*.

—Pero Francis... ¿Son todos científicos!

—Chica lista, *Scarlett*. Has deducido en un abrir y cerrar de ojos lo que a mí me costó toda una tarde —omito a Phil en las averiguaciones.

—Conozco bien los dos últimos nombres. Y resultan sorprendentes.

«¿Sorprendentes? ¿Qué me he perdido?»

Miro la lista de nuevo. El repaso de los jesuitas con Phil se había interrumpido al final de la lista, cansados como estábamos. Caímos dormidos casi sin querer.

—El padre Ángelo Secchi tuvo el libro alrededor del año 1850. Fue un astrónomo italiano de primerísima línea. Este científico jesuita fue el director del Colegio Romano durante casi treinta años, hasta su muerte. ¡Quién no ha estudiado a Secchi!

—Yo, sin ir más lejos —le reconozco—. ¿Y quién es el actor final de la historia antes de la ocultación del manuscrito por parte del superior Petrus Becks?

—Un físico menos conocido para el gran público, pero muy importante en mis investigaciones. El jesuita alemán Theodor Wulf, uno de los primeros científicos en detectar la radiación atmosférica proveniente del exterior, de los rayos cósmicos.

—¿Tus queridos rayos cósmicos? —pregunto ingenuamente.

—Llevó a cabo un famoso experimento en la Torre Eiffel, en París. Dedujo que la energía en forma de rayos gamma que captaba con sus instrumentos provenía de fuera de la atmósfera.

—¿Por qué me has dicho que resultan sorprendentes los dos últimos personajes de la lista del *Voynich*?

—Porque se relacionan primero con las estrellas y luego con los rayos cósmicos. Pioneros en esos campos. ¿Qué sabemos del manuscrito de Tycho y Kepler? Casi nada, pero ahí están sus supernovas.

—No has terminado todavía de explicarme claramente la relación de estrellas, rayos cósmicos y supernovas —me quejo—. Y me lo prometiste.

—No te prometí nada.

—Da lo mismo. Pásame información antes de desconectar.

—Está bien. Te adjunto unas notas que uso en las charlas. Que las disfrutes.

—Siempre disfruto contigo, cariño.

—Me dejaste tirada, sinvergüenza.

—No me pagas lo suficiente.

—Déjame en paz, tengo que dormir algo. Reanudamos las pruebas mañana temprano. Conéctate si tienes novedades.

—Lo haré. Si no acabas con el planeta, te prometo que lo haré.

«El origen de los rayos cósmicos no está claro. Sabemos que son partículas subatómicas, que proceden del espacio y cuya energía es enorme porque su velocidad es cercana a la de la luz. El mismo Sol, en los períodos de erupciones, emite rayos cósmicos, aunque de baja energía. Pero las grandes explosiones de supernovas sí que podrían explicar la aceleración inicial de los rayos cósmicos de gran energía. También muchos científicos piensan que debido a las ondas de choque que las supernovas generan, se siguen acelerando aún más estas partículas, principalmente protones, neutrones y núcleos alfa, pero también electrones y partículas ionizadas. Si su origen no está en las supernovas, quizás podría estar en las estrellas binarias de rayos-X. En ellas una estrella cede su masa a otra estrella compañera o a una masiva estrella de neutrones. Incluso a un objeto de ‘materia extraña’ o, en último término, a un agujero negro...»

Alice vuelve a mencionar la «materia extraña», pero esta vez asociada a las supernovas.

«¿No vendrá de ahí su interés extremo en comprender el *Voynich*, además del propio cifrado empleado por sus extraños colegas tejanos?» me digo.

Pero a Brahe y Kepler le quedaban un poco lejos todavía los rayos cósmicos.

Tengo que encontrarle lógica. Y esa es mi especialidad, ¿no? Tendré que ganarme lo que me pagan.

Hemos cerrado la conexión hace más de una hora y no logro aclarar las ideas. Phil sigue durmiendo y no quiero despertarlo temprano. Me hago café en la máquina de la habitación. ¿Por qué el libro solo ha despertado el interés de una serie de ilustres científicos jesuitas? ¿Se transmitió su contenido, ya desvelado, de unos a otros? ¿Con qué fin? En ese caso, ¿dónde está la traducción o, al menos, el pliego que precedió al envío del volumen de Praga a Roma donde, según pienso, aparecen los códigos alfabéticos de cifrado? ¿Por qué Alice no me cuenta lo que realmente quiere del volumen? ¿Cómo descifraron los científicos tejanos el manuscrito? Y,

finalmente y no menos importante, ¿dónde están esos fulanos? ¿En un rodeo siberiano montando yaks?

Miro el reloj. Ya son casi las nueve. Phil debería empezar a dar señales de vida, no puede pasar tantas horas seguidas sin comer.

—¿Y ese desayuno? Me rugen las tripas.

«Hablando del Papa de Roma, por la puerta asoma». Habrá recordado que tiene audiencia conmigo.

—¿Has dormido bien, pichón?

—Como un tronco, amigo.

—Pues han debido serrarte anoche, a juzgar por los sonidos que provenían de tu habitación. El hotel completo subía y bajaba.

Me acuerdo al decir esto del suceso de Ginebra. Y de Alice.

—Phil, anoche estuve conectada con *Scarlett*.

—¿Novedades? ¿Te ha conseguido un aumento? Quizá esté comiendo por encima de tus posibilidades.

—No. No te preocupes de eso y pide lo que quieras al servicio de habitaciones. Hoy tenemos trabajo aquí.

—¿Qué te apetece?

—Pide tú. Yo tengo café y eso me basta.

No comprendo cómo se puede desayunar pizza tan temprano. Los de la cocina no le han puesto pegas, pero se han negado en redondo a echarle piña o plátano a su exquisita masa.

—Deberían renovarse —me dice Phil—. La pizza es un producto clásico que funciona muy bien, pero no hay que dormirse en los laureles. Tampoco tienen salsa barbacoa, ¿puedes crearlo?

—Lo creo. ¿Empezamos?

—¿Con el estómago vacío? ¿No puedes esperar un poco?

No puedo. Pero Phil me plantea un acertijo mientras trasiega la pareja de infortunadas pizzas y otras tantas latas de cola. Para no perder la costumbre, me dice.

—Veamos —habla con la boca llena—. Un explorador es capturado por una tribu de caníbales. Ya amarrado y puesto al fuego, le hacen la siguiente propuesta: «*Si nos dices una mentira te mataremos lentamente, pero si nos dices una verdad te mataremos rápidamente.*» ¿Qué hace el desgraciado para salvar el pellejo?

—¿Quedarse callado? —le contesto riendo.

—El que calla otorga —me dice—. Lo tostarían a fuego lento por arriba y a llama viva por debajo.

Pienso un poco. Esta vez no hay ningún programa de desconexión, Phil y yo solo estamos pasando el rato. Y entrenando las neuronas para lo que viene. La solución es muy sencilla. Aunque las opciones son complementarias, solo hay que plantear una paradoja para confundir a los caníbales.

—Supongo que nuestro explorador diría algo como: «*Me vais a matar lentamente*». No pueden tomar esa respuesta ni como verdad ni como mentira. Así que tendrán que liberarlo.

—Bravo. Terminó con esto en un momento.

Phil engulle la media pizza final de un bocado. Tengo que mirar hacia otro lado para evitar las arcadas. Estoy muy sobrio como para contemplar determinadas cosas.

—Empecemos entonces. Ayer desmenuzamos casi toda la lista de científicos jesuitas que habían tenido el *Manuscrito Voynich* en su poder. Después repetí el proceso con Alice.

—Ajá. ¿Y?

—Juntamos un par de nombres más y la conclusión principal es la misma. Científicos todos ellos. Ahí está la pista principal. Todos podían haber conocido su significado o, como poco, una parte de él. Incluso unos y otros podían haber compartido sus propias deducciones, dentro de una programada discreción que debía acompañar al volumen.

—Repítame la lista de los presidentes de los Estados Unidos.

—Kircher, Riccioli, Grimaldi, Paolo Casati, Saccheri, Vincenzo Riccati, Asclepi, Ángelo Secchi y Theodor Wulf. Ocho italianos y un alemán.

—Como el propio Kepler —me acota Phil, sorbiendo el final de su segunda lata de refresco.

—Después vino la ocultación para evitar que cayera en manos extrañas. Ya solo vería de nuevo la luz el manuscrito completo, pero no el pliego inicial. ¿Por qué no siguieron juntos?

—Obviamente, porque los separaron. Pura lógica, *doctor Watson*.

—Exacto. Cualquiera que encontrara el viejo manuscrito no podría leerlo. No sin el pliego. Y a la inversa. El pliego no sirve de nada sin el libro a traducir. Por no hablar del papel que pueda jugar la clave que Tycho hizo llegar a Kepler en sus últimos momentos de vida y que, de alguna forma, ha tenido igualmente que transmitirse de unos a otros. Demasiado complejo incluso para los jesuitas. Pero todavía mucho más para... un grupo de científicos estadounidenses interesados en los aceleradores de partículas.

—Visto así no tiene ni pies ni cabeza, Francis. Pero todos confían en ti para encontrarlos.

—Gracias por tu confianza en mí, amigo. Pídetelo más si has quedado con hambre.

—Puedo esperar al almuerzo —me concede—. Veamos. Tú siempre dices que, si algo no tiene sentido en una dirección, hay que darle la vuelta. Estudiar el problema desde el final. Desde el lado opuesto tal vez tenga sentido.

—¿Eso digo yo? ¿Y eso es inteligente?

—Tú sabrás.

Pienso de la forma que me pide Phil. Supongamos que, en efecto, los físicos de Austin logran descifrar el manuscrito. La complejidad en el método utilizado —un volumen cifrado de forma monoalfabética, un pliego de conversión de caracteres y una clave polialfabética combinadas— hace que descarte, a priori, la idea de la fuerza bruta o la idea feliz. Si saben qué significa —y lo saben— es que han encontrado los tres elementos que usa el método. El volumen lo tenemos todos. La clave solo aquellos que hayan podido tener acceso al pliego en blanco (yo, ellos). Falta el tercer elemento. Si dieron con el pliego de conversión, lo más lógico es que volvieran a esconderlo. Probablemente en otro lugar diferente del original que ya no estaría accesible. Mierda.

—¿Qué estás rumiando? —me pregunta Phil al verme ensimismado.

«Ajá.»

—¿Dónde se habría escondido originalmente el pliego, Phil? Tal vez su destino final tenga que ver con el original. Eso mantendría la coherencia seguida por los jesuitas. Coherencia que, posiblemente, los físicos de Austin no habrán querido perder. Y también por simple cortesía.

—Si alguna vez estuvo en la biblioteca romana de los jesuitas, hace mucho tiempo que volaría de ahí. Fueron saqueados dos veces, recuerda.

—De acuerdo. Pero fijate en esto. El ladrón de guante blanco —doy por hecho que Edward Forbes Smiley trabajó para el grupo de Austin—, consiguió el pliego también blanco y la ficha de préstamos en los fondos jesuitas de Roma. El último usuario del *Voynich* —según las anotaciones de los sucesivos bibliotecarios—, fue el alemán Theodor Wulf, un tipo que medía la energía de

los rayos cósmicos, la energía de partículas elementales desconocidas. ¿Cómo salvaría el manuscrito? Primero, como hiciera años atrás Kepler, su compatriota, habría dividido el conjunto. El volumen, el elemento de más valor, habría ido con el Superior, la máxima autoridad de la Sociedad solo por debajo del mismo Papa. El truco era conocido: hacer pasar como propios los ejemplares más valiosos de sus bibliotecas. Bastaba con añadir su nombre al volumen y se convertía en propiedad privada. Una cosa es confiscar y otra muy distinta robar, así que estaba seguro. El pliego para convertir los caracteres cifrados habría de esconderse en un lugar difícil pero accesible. Cercano y evidente para los amigos, pero inimaginable para los enemigos. Finalmente, la clave adicional solo debería poderse averiguar por lógica. O eso hubiera hecho yo.

—¿Y dónde pudo guardar Theodor Wulf el pliego?

—Sigue mi lógica, gran elefante blanco. El lugar natural para un libro es una biblioteca.

Phil piensa por unos instantes. Sonríe. Y continúa el razonamiento.

—El lugar natural para un libro de religiosos es una biblioteca de religiosos.

—Así es. Y el lugar natural para un libro de religiosos científicos es una biblioteca de religiosos científicos. ¿Tenemos algo así?

Phil está consultando *Wikichild*.

—¡Por supuesto! La famosa Academia Pontificia de las Ciencias, fundada poco después del Colegio Romano jesuita —me responde eufórico—. Creada en Roma en el año 1603 por el papa Clemente VIII y el mecenazgo del príncipe Federico Cesi, un joven amante de la botánica y la naturaleza. ¿A qué no sabes quién fue el famoso científico encargado de darle vida?

—Dímelo tú. Yo pienso, pero tú eres la mano ejecutora. Consulta el chisme y vomita. Pero no en sentido literal, por favor.

—No fue otro que Galileo Galilei. El miembro de más prestigio de la llamada originalmente Academia Nacional de los Linceos. Y el cuarto elemento de los llamados «hombros de gigantes» en los que Newton se apoyaría, junto con los de Copérnico, Kepler y Tycho Brahe, para revolucionar la Ciencia.

—Creo que tal vez ya podemos dibujar una hoja de ruta, Phil.

En efecto, tenemos un plan.

Primera fase: comer y beber hasta reventar lo que queda del día.

Segunda fase: preguntar a Galileo dónde metió los papeles.

FLORENCIA

Estuve en Florencia hace ya unos cuantos años con el que fuera mi marido. Nos planteamos ese viaje como una luna de miel, aunque llevábamos ya un buen tiempo conviviendo. Necesitábamos evadirnos, empaparnos de pasado y de arte. Él —no quiero ya tan siquiera recordar su nombre— era arquitecto, aunque no muy bueno. Hacer la misma casa una y mil veces —desmontada y vuelta a montar en módulos prefabricados para exportar a los países en desarrollo—, no da mucho de sí para explotar la creatividad. Estaba bloqueado y le regalé el viaje. No sé si fue una buena idea, porque tras visitar la catedral de Santa María del Fiore con la formidable cúpula de Brunelleschi y repetir más tarde con la basílica de la Santa Cruz, entró en una angustiosa depresión. Tras convencerle —con mucho vino y algo de marihuana—, de que no era sino otra víctima más del llamado «síndrome de Stendhal», se avino a proseguir la visita florentina por el Palacio Vecchio, las galerías de los Uffizi y de la Academia, y el museo Bargello. Agotador pero inolvidable.

Huelga decir que no pienso volver a visitar estos sitios salvo que no me quede otro remedio. No quiero atraer fantasmas del pasado.

Bastante tengo con el presente.

Sin embargo, me encanta callejear por Florencia.

Phil camina resoplando junto a mí en dirección al Palacio Castellani, en la margen derecha del río Arno que cruza la capital toscana. Desde principios de siglo este edificio alberga el Museo de Historia de la Ciencia, museo que fue remozado, mejorado y transformado en el llamado ahora Museo Galileo. En su día no llegamos a entrar en él. Así que mi cabeza y mi corazón se lo pueden permitir. Y me vendrá bien dejar volar la imaginación entre los inventos y hallazgos del genio pisano.

—¿Cuál es el plan exactamente? —pregunta Phil algo enfadado, al tiempo que se detiene para recobrar el aliento—. No puedo seguir caminando. Hay autotaxis. ¿No te queda dinero para socorrerme?

—Dinero nos sobra, gordo. Florencia es una ciudad preciosa y te conviene caminar. Ya estamos llegando al Museo de Galileo.

—¿Y qué haremos allí? —me pregunta sin levantar la cabeza, apoyando las manos sobre las rodillas—. Lo digo por si hace falta comprar provisiones.

—Si te sirve de consuelo, te veo más ligero —le animo en tono jocoso—. Te sienta de maravilla el ejercicio.

Se incorpora bufando con aire resignado.

—Está bien, continuemos. Pero sigues sin querer darme detalles.

—Cuando lleguemos te cuento.

Miento. No tengo ni idea de qué buscar allí. Si le digo que me limito a seguir mi instinto perderá la confianza en mi pensamiento lógico, y no quiero decepcionarle. Soy un mito viviente entre mis compañeros del MIT.

La entrada es gratuita. Otra estupenda razón para pasar aquí la mañana.

Casi todas las salas están dedicadas al padre del telescopio. Aunque no fuera él su inventor, sí fue el primero que lo usó para mirar los cielos. Excelente artesano, con lo poco que sabía de los catalejos holandeses Galileo construyó un primer telescopio que aumentaba el tamaño aparente de los objetos lejanos seis veces. El segundo ya aumentaba nueve veces, lo suficientemente bueno como para deslumbrar los ojos —y nunca mejor dicho— de los escépticos miembros del Senado de Venecia, que casi pudieron tocar con las yemas de sus dedos la lejana isla «vidriosa» de Murano.

Los muchos monitores que llenan las salas explicando la vida y obra de Galileo cuentan que este llegó a fabricar unos sesenta telescopios, pero que muchos de ellos no funcionaban bien. Con cierta vergüenza admiten que Galileo no dominaba la óptica, y que su talento en este campo —que no en muchos otros— era más bien discreto, a diferencia de su amigo alemán Johannes Kepler, que sí fue capaz de describir el funcionamiento teórico del ingenio.

Johannes Kepler. Intento ir asociando ideas.

En el Museo se guardan los dos únicos telescopios que todavía se conservan completos de Galileo. También la lente, aunque rota, por la que por vez primera pasaron los rayos de la luz solar reflejada en los satélites de Júpiter. Y también la extraña forma de Saturno. Se tardaría todavía medio siglo en desvelar los preciosos anillos de este planeta gigante.

A Phil parecen haberle abandonado el cansancio y el hambre. Observa absorto como yo las explicaciones de los monitores.

—Según se cuenta aquí, Galileo no sabía lo que había descubierto en Saturno, pero desde luego sospechaba que era algo tan sorprendente como los satélites de Júpiter —me dice.

—Un planeta con asas —digo viendo los antiguos grabados—. Para que no te quemes al cogerlo.

—Es un planeta helado, lumbrera.

—Tanto da —replico—. La sensación en la piel es la misma.

Phil se queda callado supongo que abrumado por mi superioridad intelectual. Pero no. Ha clavado la vista en el siguiente expositor. Me pide que lea. Galileo envió un mensaje sobre su descubrimiento en Saturno precisamente a Kepler. ¡Y lo hizo cifrado!

«*SMAISMIRMILMEPOETALEUMIBUNENUGTTAVIRAS*»

La guía audiovisual explica el porqué. ¿Cómo dejar constancia del extraordinario descubrimiento sobre Saturno y, al mismo tiempo, evitar que otros pudieran robarle la gloria? Contárselo de forma discreta a alguien importante. Quién mejor que Johannes Kepler, el famoso matemático imperial del Sacro Imperio Romano, el sucesor del legendario Tycho Brahe, el formidable matemático descubridor del giro elíptico de los planetas en torno al Sol. Galileo sabía de la afición de Kepler por el cifrado, y supuso que podría entenderlo con cierta facilidad.

—Curioso, ¿no? —me pregunta Phil.

—Mucho. Muchísimo —le respondo.

Seguimos con las explicaciones. En efecto Kepler lo descifró, pero a su manera. Las letras podían reordenarse de dos formas. La que propuso Kepler fue:

«SALVE UMBISTINEUM GEMINATUM MARTIE PROLES»

El significado es, más o menos: «*Alegraos, hijos de Marte, doble formación*». Kepler supuso que Galileo había encontrado también satélites en Marte, en concreto dos. La intuición de Kepler fue formidable, porque en efecto Marte tiene dos satélites, pero demasiado pequeños como para verlos con los telescopios de Galileo. En realidad, este había querido decir:

«ALTISSIMUM PLANETAM TERGEMINUM OBSERVAVI»

«*He observado el planeta más alto (Saturno) con forma de tres*». Galileo no distinguió sus anillos, pegados a su superficie, pero sí tres formas: una cabeza con orejas. Todo este juego entre ambos astrónomos no fue una gran cosa en lo que a técnica de cifrado se refiere —un simple anagrama— pero, como es natural, nos da que pensar.

La pregunta de Phil es inevitable.

—¿No será el *Voynich* un simple anagrama tras otro?

—Sería demasiado sencillo sin usar una clave adicional de codificación polialfabética, además de utilizar su propio lenguaje —le respondo—. Eso ya lo sabemos. Pero de todo esto me queda claro que esta gente tenía suficiente tiempo libre como para entretenerse en acertijos.

—No sé cuándo —dice Phil—. Igual ni dormían.

—Como se dice popularmente, ya tendrían tiempo de dormir una vez hubieran muerto.

—¿Y el plan?

—Ya lo has visto —improviso—. Anagramas aquí y allá sin detenernos a descansar. Venga Phil, sigamos. Queda mucho por mirar.

No parece muy convencido.

—Confía en mi lógica, pequeñín.

Accede. Cambiamos de sala y de asunto. Más ameno. Nos topamos con las reliquias de Galileo.

«¿Reliquias?»

En efecto. En una preciosa vitrina se guardan como un tesoro dos dedos, supongo que auténticos, del mismo Galileo. ¿Y ese destrozo macabro? La historia que se cuenta merece la pena. Al haber sido acusado de hereje, Galileo no fue inhumado en la nave principal de una basílica como correspondía a los hombres ilustres como él, sino en una modesta capilla. Casi un siglo después de su muerte, en el año 1737, sus restos fueron desenterrados por una logia masónica, la antítesis del poder eclesiástico. Para los masones, Galileo era un mártir. En la ceremonia de exhumación se desmembró al sabio, repartiendo entre sus adeptos algunos de sus restos.

—No es mal regalo recibir un pedazo de genio por tu cumpleaños —bromeo con Phil.

—Prefiero una caja de bombones. Lo digo por si se te ocurre cortarte una oreja.

—A lo sumo te mandaré un mechón del escaso pelo que me queda. Imagina lo que podrá valer dentro de unos años.

—Lo mismo que ahora —se ríe.

Aunque con muy diferentes fines y métodos, unos y otros —masones y católicos— gustaban de la necrofilia. Con posterioridad, los restos de Galileo que no fueron robados recibirían sepultura en un lugar de honor dentro de la famosa iglesia de la Santa Cruz de Florencia, que en aquellos años escapaba al duro control vaticano. Allí descansa hoy junto a personajes no menos ilustres como Nicolás Maquiavelo, Guillermo Marconi o el excepcional Miguel Ángel. Partes de Galileo aparecieron después en algunas subastas de relicarios, junto con las de otros santos de más fuste en lo religioso. Ante mí tengo un par de dedos que, en su día, señalaron a los astros

revolucionando el mundo de su época. Hoy Alice y su máquina del CERN podrían replicarlos en solo unos minutos.

«Alice».

Recuerdo nuestro viaje a Ven. Y la visita al antiguo observatorio de Tycho Brahe, donde hallamos la frase lapidaria que transmitió a su discípulo Kepler. Lo hago mientras leo junto a las reliquias de Galileo otra frase igualmente lapidaria:

«He amado a las estrellas con demasiado cariño como para tener miedo de la noche»

—¿Regresamos? —me sobresalta Phil—. Comienzo a tener hambre.

—Volvamos al hotel. En taxi, si quieres —le concedo—. Creo que tenemos bastante información por hoy.

Ahora toca procesarla.

Después de almorzar me encierro a solas en mi habitación. Phil duerme en la suya vencido por el calor y el sopor producido por la copiosa comida. La frase de Galileo me asalta una y otra vez: «¿Podrían haberla utilizado también los científicos tejanos para esconder el pliego de conversión de caracteres una vez usado?» Parecen muy amigos de las reflexiones finales.

«¿Tal vez...?»

Tengo un plan ilógico, así que no puedo compartirlo con Phil.

—¿No has descansado un poco?

Mi amigo vuelve a sobresaltarme. No ha dormido mucho.

—Ya descansaré cuando me muera —bromeo—. Venga, siéntate y ayúdame con esto.

Phil y yo pasamos la tarde revisando la historia de la Academia Pontificia de Ciencias y sus instituciones satélites. Solo cuatro de sus académicos son miembros de pleno derecho desde mucho tiempo atrás: el director del Observatorio Vaticano, el prefecto de los Archivos Secretos Vaticanos, el prefecto de la Biblioteca Apostólica, y el presidente de la propia Academia designado directamente por el santo Padre.

—¿Qué te parece el Observatorio Vaticano? ¿Podría ser? —me pregunta Phil.

—Puede —contesto—. Tradicionalmente lo dirige un jesuita. Aunque tal vez es demasiado obvio.

Phil bucea en el directorio de la primera institución científica vaticana. Nada que echarse a la boca. Eso le deprime.

—¿Y ahora? ¿Qué es lo siguiente, Fran?

—Los Archivos Secretos. Pasando, que es gerundio.

—No te entiendo. Todo documento secreto que se precie está escondido allí desde tiempos inmemoriales —se enfada Phil—. El tercer secreto de Fátima, los hijos habidos de Jesucristo y María Magdalena...

—Y la fórmula definitiva de la pizza tropical —le interrumpo—. Si el buscador de rayos cósmicos Theodor Wulf quiso ocultar el pliego en el Vaticano con la ayuda de algún colega, como posiblemente la del director jesuita de turno del Observatorio, no tuvo que poner las cosas demasiado complicadas, Phil. El todo estaba ya dividido en partes. Así que descartemos los famosos Archivos Secretos y nos centraremos en la Biblioteca Apostólica. Buscaremos allí.

—Bien, acepto. ¿Cómo se habría guardado un extraño pliego del siglo XVII poblado de caracteres ilegibles? ¿De nuevo bajo el nombre de Roger Bacon?

—Hagámoslo fácil, insisto. Vamos a «tener suerte».

Phil me mira y sonrío al oír la antigua divisa de la precursora de *Alpha*, la otrora casi infalible *Google*. Teclea y pulsa. Una sola entrada:

«*‘Alquimia Speculum Alchemiae’, Roger Bacon circa s. XIV. Título y autor no confirmados. Pliego pergamino plegado en ocho folios, con numeración arábica. Lenguaje desconocido o latín cifrado. Fragmento del original (...) Depósito de Athanasius Kircher, S. J., circa 1662. Cedido por Theodor Wulf, S. J., junio 1900, proveniente de la Universidad Pontificia Gregoriana. Prestado al abate Georges Lemaître, en fecha no registrada, circa 1925. Extraviado.»*

—Eres un genio, Francis. No me podía imaginar que íbamos a tener... tanta suerte.

—En realidad no es suerte, Phil —contesto—. El algoritmo de búsqueda nos ha dado la respuesta esperada simplemente porque antes, posiblemente con más criterio y paciencia, otros hicieron la búsqueda correcta y extrajeron el resultado. Somos los segundos, recuerda.

—En cualquier caso, el pliego obviamente no está allí, Francis.

—No, claro que no —le digo, mirando el *Alfa*—. Es hora de cenar y acostarse temprano, Phil.

Mi amigo no rechista cuando escucha la palabra cenar.

Comemos en silencio. Nuevas pistas bailan en mi cerebro. La primera, para qué pudo querer el mismísimo padre del Big Bang —padre por partida doble, el bendito cura Georges Lemaître—, el manuscrito y su traducción. No me cabe en la cabeza que alguien haya podido describir el origen del Universo con garabatos extraterrestres. La siguiente es encontrar la relación entre el físico y sacerdote belga con sus posteriores colegas en Austin. Y la última pista requerirá de mi más fina y aguda lógica: tras conseguir traducir el manuscrito de Tycho Brahe y Johannes Kepler, y después de pasar por las manos de Lemaître, ¿en qué lugar se guardó de nuevo el pliego fantasma?

Tal vez esta noche Galileo tenga algo que decirme al respecto.

Espero encontrarlo dormido. En su descanso eterno.

He dejado a Phil en el hotel también dormido, pero en su caso como un niño.

La Basílica de la Santa Cruz es un lugar de obligada visita en Florencia, siempre y cuando ello no te abrume con tristes recuerdos de tiempos mejores —como me ocurre a mí—, o con una sobredosis de belleza, como le ocurrió tanto a mi ex como a Henri Beyle, más conocido por su seudónimo de Stendhal. Yo debería estar ya curado de espanto, tanto en lo que respecta al que fuera mi esposo como en lo que a la admiración artística se refiere. He pasado por cosas mucho peores, y muy recientemente.

Pero si quiero resolver el enigma, tendré que superarlo.

«No puedo tener miedo de la noche.»

He llegado a la puerta de la basílica. Cerrada, claro.

Hay una ventana entreabierta a una altura moderada. Si me ayudo de unos contenedores de basura, creo que podré alcanzarla.

Ha sido fácil. Estoy en una especie de oficina. Posiblemente una antigua sacristía. Me detengo. Un zumbido tan peculiar como familiar me llega a los oídos. Mierda. Drópteros de vigilancia. ¿Qué si no? Está claro que no iban a dejar todos los tesoros que guarda la basílica a expensas de ladrones o gente peor. Como yo mismo.

«No puedo seguir. A menos que...»

Repito la operación por tercera vez en las últimas semanas. He activado el inhibidor del *Alpha* a la máxima potencia. Ahora es cuestión de esperar. Poco a poco, los chasquidos metálicos de los

minidrones golpeando el suelo comienzan a llegarme. Uno, dos, tres... quince y dieciséis.

No creo que haya más. Suelen controlarse de cuatro en cuatro.

Tengo unos treinta minutos de ahora en adelante. Más que suficiente.

Entro sin pensármelo más por la puerta grande. La iglesia franciscana de la Santa Cruz está estrechamente ligada al pueblo de Florencia, y ha servido durante siglos como lugar de sepultura tanto para los miembros de las grandes familias de la ciudad como de panteón de las glorias italianas.

En eso estoy. Buscando a Galileo Galilei con mi linterna. El hombre que alumbró la ciencia moderna.

Es difícil fijar la mirada en un solo punto, tantas son las obras de arte que la adornan. Hay lápidas, esculturas, cenotafios y todo tipo de monumentos funerarios allá donde uno dirija los ojos. Comienzo a recorrer la nave central desde el coro hasta el extremo opuesto y, nada más empezar, un escalofrío también recorre mi espalda.

«*Monumento a León Battista Alberti.*»

Un precioso cenotafio formado por tres figuras de mármol recuerda al arquitecto y humanista italiano del Renacimiento que tanto hemos estudiado en las indagaciones del cifrado del *Manuscrito Voynich*. El padre de la criptografía de su época. ¿Una clave para mí?

Me pongo en tensión y continúo la visita despacio, sin dejar detalle por analizar. Llego al final de la nave. A mi izquierda se halla la preciosa tumba con los restos del enorme artista Miguel Ángel. Enfrente debe de encontrarse, y así es, la tumba del pisano universal, el gran Galileo. Un bello monumento cuyo motivo central es un busto del astrónomo sosteniendo, cómo no, un telescopio en su mano derecha, fijando su mirada en el Cielo. Está flanqueado por dos figuras femeninas: a la izquierda, la Astronomía y, a la derecha, la Geometría. La primera de ellas sujeta un mapa que representa el sistema heliocéntrico, que Galileo consagraría. La segunda sostiene un libro que parece contener gráficos relacionados con el estudio del movimiento de los cuerpos. Debajo de la escultura de Galileo, sobre un pedestal trabajado en piedra negra, hay una representación artística de Júpiter con sus cuatro grandes satélites. El catafalco es de mármol oscuro. Me detengo durante un buen rato para poder leer la lápida bajo el sarcófago que contiene al astrónomo:

«*GALILAEUS GALILEIUS PATRIC. FLOR. Geometriae Astronomiae Philosophiae Maximus Restitutor, Nulli Aetatis Suae Comparandus...*»

Y una serie de líneas más conteniendo fechas y letras hasta un número de diez. Traduzco con dificultad:

«*Galileo Galilei, patricio florentino. El más grande restaurador de la Geometría, la Astronomía y la Filosofía, a nadie comparable en su época, puede descansar en paz en este lugar.*»

Continúo leyendo hasta casi el final. La antepenúltima línea grabada en su lápida me deja atónito:

«*SMAISMRMILMEP©ETALEUMIBUNENUGTTAVIRAS*»

«¡Es el anagrama enviado por Galileo a Kepler acerca de su descubrimiento de Saturno!» Solo que alguien ha modificado una letra.

Una sola letra convertida en un garabato familiar.

Me falta el aire. Me flaquean las piernas. Se me nubla la vista. Sufro los síntomas del síndrome de Stendhal. Pero no es la belleza lo que me abrumba. Mi linterna está apuntando a un lateral de la tumba de Galileo. Es el horror.

Junto al catafalco está Phil. Tumbado de bruces en el suelo con una cuchilla clavada en la espalda. Su *Alpha* está iluminado.

Instintivamente, lo suelto de su muñeca y abro la comunicación.

—¿Quién es? ¿Quién ha sido? —grito.

—Sal de ahí, Francis —me responde la característica voz distorsionada de *Alpha Inc.*—. Apenas tienes dos minutos. En Italia no podemos gestionar la llegada de la policía.

«¿Gestionar? ¿Ahora lo llaman así?»

—¿Quién ha matado a Phil? —insisto.

—No hemos podido evitarlo —me responde la misma voz—. Hemos llegado tarde, igual que tú. Sal de ahí ahora mismo.

Hago lo que me dice y echo a correr en dirección al hotel.

Cuando llego a la habitación me tiro encima de la cama. Casi no puedo respirar. Me conecto a la red profunda de forma instintiva. Una petición urgente de conexión entrante me interrumpe.

—¿*Sheldon*? —pregunto.

—El mismo —contesta de forma apresurada—. Niveles de seguridad correctos, salvo el nodo de tu amiguita *Scarlett*.

—Entonces no es segura la red —le replico.

—Se supone que el paranoico soy yo —me dice Ray—. He introducido una clave de refuerzo, no hay posibilidad de que nos intercepte.

—En cualquier caso, tenemos poco de qué hablar —le digo alterado—. Acabo de dejar de trabajar para *Alpha* y también con ella. Y, por supuesto, contigo. A partir de ahora trabajo solo. Lo de Phil ha colmado el vaso de mi paciencia. ¿Por qué no me avisaste a tiempo?

Phil guarda silencio. Finalmente, responde.

—No pensé que se atrevieran con él. Pero Fran, por favor, no abandones todavía, tengo algo que puede interesarte.

—Lo dudo. Y, además, seguro que no es nada comparado con lo que he averiguado hoy.

Parezco idiota. «¿No aprenderé nunca a morderme la lengua, a atarme los deditos?» Por supuesto, Ray entra al trapo.

—¿Qué sabes? ¿Ya tienes el pliego que falta?

—No. Pero sé lo suficiente como para encontrarlo en un par de días —respondo—. Iré solo, por descontado.

—Te matarán. Como a Phil.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Y cómo sabes de los asesinatos al tiempo de producirse?

Silencio. Otra vez.

—Hagamos un trato, Fran. Tú me dices lo que sabes y yo te contesto.

—¿Por qué habría de fiarme de ti? No estás en tus cabales.

—En cuanto tengas el pliego en tu poder el manuscrito estará traducido. Y tu vida ya no valdrá nada. Me necesitas.

—Me matarás.

—Por Dios Santo, Francis —Ray se revuelve—. ¡Los asesinos son ellos!

—¿Quiénes son «ellos»?

—Los tipos de *Alpha*, quiénes si no. Tengo interceptados sus canales de comunicación desde hace meses, desde que empezó todo. Han jugado contigo. Levantan un dedo y alguien cae muerto. Da igual el lugar del mundo. No puedes escapar.

—Y Alice, ¿lo sabe? —pregunto escéptico.

—Tiene que saberlo, yo la avisé —contesta a mi pregunta.

Su respuesta me desconcierta. En efecto, Phil y yo interceptamos casualmente una conversación cifrada entre ambos. «¿Será Ray sincero?» me pregunto.

—No me quiso creer —continúa—. Está con ellos y yo ya no alcanzo a comprender su interés en el cifrado. No parece importarle otra cosa.

—¿Con quién trabajas, Ray?

—Trabajo... también solo.

Ha dudado en la respuesta. Pero tras la muerte de Phil no me atrevo con otra aventura en solitario. Tengo que elegir entre Alice y él.

—De acuerdo, Ray. Deshazte de cualquier dispositivo *Alfa* activo que tengas, bloquea tus localizadores, borra cualquier pista que pueda llevar hasta ti y apáñatelas para llegar a Praga indocumentado antes del sábado. Nos vemos allí.

—Allí estaré.

No lo dudo.

Ray es una persona de recursos ilimitados.

Y, además, está loco.

PRAGA

Ray y yo deambulamos por Praga.

Llegar hasta aquí no ha sido sencillo sin utilizar los *Alfas*. Si un ciudadano de casi cualquier país no tiene uno, las principales bases de datos internacionales —multas, antecedentes, impagos, evasión de impuestos, incluso simpatías en partidos políticos, gustos sexuales, prácticas religiosas o simples sospechas de conductas irregulares para las autoridades— no pueden cruzarse, y los permisos pertinentes llegan mucho más tarde de la fecha de cualquier viaje que pueda programarse. En ese caso —siempre los hay reacios a someterse a los controles de las multinacionales al servicio de los gobiernos, y a la inversa—, mejor es quedarse en casa.

«O *hackear* el chisme».

Tanto Ray como yo hemos recurrido a esta estrategia. Teniendo libre acceso a la red profunda, no ha sido complicado. Las instrucciones para reventar los códigos asociados a los pasaportes digitales utilizados por *Alpha* y el resto de las compañías de telecomunicaciones están a disposición de cualquier valiente que quiera utilizarlas. Basta con una mínima destreza y algo de valor. Porque las condenas por esa violación de código internacional pueden ser terribles en la entrada de algunos países, con nuestra podrida democracia a la cabeza.

No es el caso de la República Checa, por fortuna.

Apenas se nos retuvo durante cinco minutos en la aduana automática de inmigración —con una declaración debidamente amañada de visado turístico—, y pudimos salir del aeropuerto tanto el uno como el otro sin complicación alguna. Ray llegó un par de horas más tarde que yo, y bastante más cansado, en un vuelo directo desde Nueva York. Yo viajé vía Roma, en sentido inverso al César.

Una vez alojados, descansados y cenados, hemos salido a recorrer el centro de la ciudad, afortunadamente desconectados del mundo. El aspecto de Ray es tétrico. Flaco, ojeroso, encorvado, con una enorme y descuidada barba ya canosa. Un triste náufrago perdido en una de las más bellas capitales del mundo. Yo tampoco estoy hecho una rosa tras lo ocurrido en Florencia.

—¿Cómo te va la vida, guapetón? —le pregunto conociendo de antemano la respuesta.

—No me tomes por idiota —contesta, algo alterado—. Me va como el culo, estoy en el punto de mira de todos y, además, sin blanca. Si consigo enderezar este asunto, puede que saque la cabeza. Y si no, acabaré como Phil.

—¿Quién te paga?

—Eso no es asunto tuyo. Cada uno tiene sus propios intereses en esto. Nos ayudamos, traducimos el manuscrito y luego cada uno se vuelve por donde ha venido con el dinero. Nos necesitamos para sobrevivir.

Hay bastante dramatismo en sus palabras. Viendo y oyéndole, cualquiera diría que está mucho peor que yo. Pero no vamos a competir por el premio al más desgraciado, no sea que rompa los pronósticos. En cuanto al dinero, a mí ya me da igual. Si estoy aquí con él no es por otra cosa que descubrir a los asesinos de mis amigos. Vendrán tras nosotros, eso es seguro.

—¿Por qué estamos en Praga? —me pregunta cambiando el tema de conversación.

—Para resolver el manuscrito. ¿No es eso lo que quieres? Creo saber dónde está el pliego romano perdido en la época del jesuita Kircher —le respondo—. Sospecho que muy cerca de aquí, en la preciosa iglesia de Nuestra Señora de Tyn.

—¿Y por qué allí?

—Porque allí está descansando Tycho Brahe.

—Explícate, por favor. No me dejes a medias.

Nos sentamos en una bonita terraza en la ciudad vieja, en frente del famoso reloj astronómico, en la pared sur del antiguo ayuntamiento. Durante un rato no hablamos. Al coincidir con las nueve de la noche, las figuras alegóricas que flanquean el reloj se ponen en movimiento. Miramos ensimismados a los autómatas con una cerveza en la mano. La vanidad, la avaricia, la lujuria y la muerte, la única de las cuatro que mueve su cabeza arriba y abajo. Nos avisa de que es ella la que tiene la última palabra. El posterior desfile de los doce apóstoles no atrae tanto nuestra atención.

—La muerte, vaya ironía —rompo el silencio.

—Sí. Parece avisarnos —dice Ray dando un buen trago a su jarra—. Venga, empieza con la historia.

—Tomémoslo como una prevención —acepto—. El hallazgo ha sido casi una casualidad. Si es que realmente mi lógica funciona.

—Funcionará —me dice apurando su primera jarra Ray—. Cuéntame.

—Supuse que los científicos tejanos, esos que confiaron en ti, habrían escondido el método de cifrado de igual o parecida forma a como lo habían hecho sus autores durante siglos. Si había funcionado antes, funcionaría ahora.

—Parece razonable. ¿Dónde habían guardado el pliego los jesuitas?

—El pliego pasó de su biblioteca romana a la vaticana, a salvo de los vaivenes políticos y eclesiales. Hay una sucesión de nombres de científicos jesuitas en todo el proceso, aunque no sé el grado exacto de implicación de cada uno. Pero está claro que algo sabían. Entonces me topé con Galileo. De bruces.

—¿Qué tiene que ver Galileo con el *Manuscrito Voynich*? Está escrito por Brahe y Kepler, según tú mismo has averiguado.

—Tycho cifra el manuscrito y transmite a Kepler la clave principal para que continúe su trabajo. Este hace lo propio a través del pliego en blanco que me enviaste, señalando un lugar en Stejeneborg, en la isla de Ven. Faltaba una letra, la «R», en el plano del observatorio. El lugar marca la inscripción de la clave, la frase que transmite Tycho a Kepler cuando muere.

—Eso está muy bien, pero sigo sin ver por dónde vas.

—Estuve en Roma investigando a los jesuitas con Phil, como bien sabes. Visitamos primero el Museo de Galileo. Luego, cada uno por su cuenta y riesgo, la Iglesia de la Santa Cruz, donde Galileo está enterrado. Pero Phil ya no lo puede contar —digo acongojado, para después continuar con las explicaciones—. Kepler y Galileo mantuvieron entre ellos una correspondencia cifrada acerca de sus descubrimientos. Como homenaje, el anagrama más famoso del astrónomo italiano, el que esconde el descubrimiento de los anillos de Saturno, fue grabado en su lápida. Ahí encontré la pista.

—¿El qué? —Ray ha pedido más cerveza para los dos. Bebe casi sin parpadear mientras me escucha.

—El anagrama tenía una leve modificación. Insignificante. Para cualquier visitante podría pasar por una gamberrada de turistas. Pero yo ya la había visto antes.

—Venga, dímelo entonces.

—Una única letra, en este caso la «O», había sido modificada con un punzón o un destornillador. Alguien le dio la forma de un sombrero. Algo parecido a un sombrero vaquero.

—¡Venga ya, Francis! —Ray no puede sino reír, a pesar de su desesperación—. Estás peor que yo.

—Exactamente los mismos trazos que un inteligente turista había llevado a cabo poco tiempo atrás sobre el grabado de Stejeneborg. He pisado las mismas huellas que ellos. Que tus amigos.

—¿Y por qué ahora Tycho en Praga? ¿Y dónde consiguieron los científicos de Austin el pliego perdido?

—La respuesta a la segunda pregunta no la conozco, pero tengo algunas pistas para averiguarlo. De todas formas, no es relevante en cuanto al escondite moderno del pliego. Al igual que Kepler, que había utilizado una letra omitida en el mapa oculto del Castillo de las Estrellas en la isla de Ven para marcar su clave, los tejanos hicieron lo propio para marcar el pliego de caracteres de equivalencia. La falta de la letra «O» es la pista principal.

—¿En el mismo mapa de Stejeneborg?

—¿Por qué no? Es lo más sencillo.

—¿Y qué señala? —Ray sigue bebiendo cerveza a un ritmo que ni yo mismo puedo superar.

—El lugar donde Tycho Brahe descansaba. Su lecho. Ese amigo tuyo, quienquiera que fuera, relacionó de forma inteligente la tumba de Galileo con la de Tycho Brahe. De una iglesia en la Toscana a una en la Bohemia. El descanso eterno.

Ray se mesa los cabellos de la barba sin conseguir peinarlos. Parece pedirme una última aclaración.

—En las fechas en que te pasaron los archivos cifrados para que los escondieras en la red profunda hubo un gran eco mediático acerca de la muerte de Tycho Brahe. Su tumba fue abierta y vuelta a cerrar para ser investigada. Créeme cuando te digo que si hay un sitio en el mundo donde alguien con un mínimo de lógica ha querido volver a esconder ese pliego, no es otro que la tumba de Tycho Brahe.

—El autor real del *Manuscrito Voynich* —me completa Ray, al fin sonriente.

Regresamos al hotel bien entrada la noche. Ray se tambalea agarrado a mi brazo. No aguanta tan bien el alcohol como yo, que soy todo un profesional en la materia. Me acuerdo de Alice y de su borrachera en Ginebra. No somos muy diferentes. Sin embargo, en esta ocasión no me ha hecho falta parar un autotaxi. He podido arrastrarlo hasta el hotel donde nos alojamos. Y además Ray es casi tan ligero —o tan flaco— como la propia *Scarlett*.

He dejado a Ray durmiendo en su habitación. Después de hacerme un café cargado a reventar, me pongo a trabajar. Estoy lo bastante despejado como para ello y, además, prefiero que él no esté delante. Conecto los dispositivos y entro en la red profunda. Hay varios nodos ocupados, supongo que por gente de fiar. No veo la clave de mantenimiento, así que imagino que Alice estará ocupada con sus cosas.

Busco información sobre el sacerdote belga Georges Lemaître. El gran teórico del Big Bang, la gran explosión que pudo formar el Universo tal y como lo conocemos y estudiamos. Tengo que

obviar las ecuaciones y los modelos matemáticos, casi incomprensibles para mí un siglo después de haber sido formulados. Incluso con mi carrera de ciencias exactas en el MIT.

«Lemaître desde joven fue un apasionado de las ciencias y la ingeniería, hasta que tuvo que interrumpir sus estudios con veinte años para defender a su país, inmerso en la Primera Guerra Mundial. No debió de gustarle nada lo que allí vivió y, horrorizado, decidió tomar los hábitos y ordenarse sacerdote en 1923. Pero Lemaître no abandonó su primera vocación. Su formación académica en física y matemáticas fue formidable, comenzando por su paso por la Universidad de Cambridge y terminando con su doctorado en el mítico MIT estadounidense...»

Bien, algunas cosas tenemos en común. Un paso por Boston y formación matemática con doctorado incluido en el MIT. Como yo mismo. Salvo que un servidor anda algo corto en fe religiosa. Aunque, como él, tampoco pego tiros y mucho menos cuchilladas. Continúo leyendo cada vez más interesado:

«Poco después publicaría en una revista local el esbozo de su modelo de universo. Partiendo de los postulados de Einstein —un cosmos estático de masa constante— llega a un resultado totalmente diferente: el universo tenía que crecer de forma continua para ser estable. Por tanto, mirando tiempo atrás, este debía de haber tenido un origen (...) Georges Lemaître ocuparía durante su vida distintos cargos en la Academia Pontificia de las Ciencias, siendo asesor personal del papa Pío XII. Con gran pesar del Papa, Lemaître le desaconsejó el uso religioso de la ciencia...»

Voilà. Primeras pistas útiles. Lemaître fue director de la Academia Pontificia de las Ciencias, donde se ocultó el pliego del *Voynich*. Con razón no tuvo que devolverlo. ¿Quién se lo iba a exigir? Continúo con mis pesquisas sobre el matemático y astrofísico belga:

«Según Lemaître, una consecuencia lógica de su hipótesis del ‘huevo cósmico’ sería encontrar partículas cargadas de gran energía producto de las primeras desintegraciones de ese gran átomo. Y esas partículas existían. Apoyado en el trabajo de otros científicos como el del también sacerdote Theodor Wulf, empezó a sospechar que esas primeras partículas eran precisamente los rayos cósmicos que comenzaban a descubrirse. En sus propias palabras, los rayos cósmicos eran los ‘jeroglíficos’ a estudiar para descifrar los primeros momentos del Universo...»

Ahí está. Parece una relación directa, pero ni de lejos Tycho Brahe o Johannes Kepler podrían haber escrito sobre rayos cósmicos en su época. Tiene que haber otros motivos que todavía no puedo entender. Sigo empapándome con la física en el tramo final de la vida de Lemaître:

«Lemaître estudiaría en el MIT las propiedades de los rayos cósmicos. Supuso que provenían de todas las direcciones del espacio, y no solo del Sol (...) Aunque hoy ya se considera que los rayos cósmicos son partículas muy posteriores al inicio del Universo, posiblemente productos de supernovas, Lemaître acertó de pleno en que había una radiación fósil vestigio de los primeros instantes de la Creación (...) Georges Lemaître falleció en 1966, solo dos años después del hallazgo irrefutable de la radiación del fondo de microondas, el eco proveniente del origen del universo, de su Big Bang.»

¿Rayos cósmicos? ¿Supernovas? Vuelven a encontrarse. Tal vez de este asunto Alice podría aclararme algo.

«Si me fiara más de ella» pienso.

Llaman a mi puerta. Supongo que es el resacoso Ray.

—Adelante —le digo al abrir—. No tienes muy buen aspecto. ¿Estás muerto?

—Casi. Mi aspecto es el habitual a estas horas —contesta—. ¿Qué haces?

—Estoy en la red, completando información.

—¿Algo nuevo?

—Tal vez, pero necesito tu ayuda. Siéntate.

Ray obedece agarrando con una mano temblorosa la taza de café que le ofrezco. Tras beber un par de sorbos y respirar profundamente, accede.

—Tú dirás.

—Búscame en los archivos antiguos del MIT. Encuéntrame si hubo alguna relación entre el famoso Georges Lemaître y los científicos tejanos del malogrado «Desertrón». Al fin y al cabo, tú sigues trabajando allí. Tendrás las claves.

—El MIT no es un colegio —protesta—. Es uno de los mayores centros científicos y tecnológicos del mundo, si no el mayor. Y bien lo sabes tú.

—Lo sé, Ray. Y también sé que las cosas allí están bastante organizadas. Así que, a buscar, perro —le ordeno acercándole la taza de café a la nariz.

—Lo que tú digas, Francis —accede aspirando el aroma de la bebida caliente—. Por lo general, siempre acabas teniendo razón.

Las piezas del puzle parecen comenzar a encajar.

Casi no he podido dormir, pero hemos decidido acudir sin más demora a visitar la iglesia de Nuestra Señora del Tyn. Temprano, tal vez demasiado.

—Hemos llegado —le digo, parados en frente de la altísima puerta principal de la iglesia. Sus dos enormes torres gemelas, coronadas por sus preciosos tejados llenos de pináculos recubiertos de pizarra negra, le dan un aspecto de cuento de hadas. O de brujas.

—Tendremos que esperar un rato —me replica Ray—. Es muy pronto para el culto. Está cerrada.

—Echemos un vistazo a la *Wikichild*. Así entraremos sabiendo algo ya.

—Me parece bien. Pero lo hacemos sentados en esa cafetería y así nos metemos otra dosis —me dice señalando un establecimiento al otro lado de la calle—. No me siento humano.

Con otro café más entre pecho y espalda, repasamos la historia de la iglesia:

«Nuestra Señora del Tyn es una iglesia gótica levantada sobre los restos de una más antigua románica. Durante varios siglos estuvo dedicada al culto de los llamados ‘husitas’, segregación cristiana aparecida en Bohemia y que debe su nombre a Jan Hus, un teólogo y sacerdote checo que fue condenado por herejía y ajusticiado en 1415. Los husitas, además de no reconocer la autoridad papal, exigían el derecho a tomar la comunión bajo las dos especies, el pan y el vino. De ahí que uno de los principales atractivos de la iglesia hasta mediados del siglo XVII fuera un enorme cáliz de oro situado en su centro, que sería sustituido más tarde por una escultura de la Virgen María (...) En la actualidad, los elementos más importantes de la iglesia son su pila bautismal —la más antigua de Praga—, el altar mayor de estilo barroco, y la tumba del astrónomo danés Tycho Brahe, fallecido en la ciudad en 1601...»

—Bien —digo—. No sigas. Es un resumen más que correcto.

—Aquí hay más acerca de la cuestión religiosa —me replica Ray—. Cita a algunos de los protagonistas del *Manuscrito Voynich*.

—Ya tardas en seguir leyendo entonces. Además, la puerta sigue cerrada y no pienso volver a entrar sin permiso en ningún otro sitio.

«En 1601 fallecía y era enterrado Tycho Brahe. En 1602, dos años después de la llegada de Kepler —y ya convertido en el nuevo matemático imperial—, el emperador Rodolfo II declaró

que solo católicos y husitas podían permanecer en Bohemia, expulsando a los protestantes. Sin embargo, Johannes Kepler —apodado también ‘el Galileo protestante’ por sus problemas con los seguidores de la Reforma— no tuvo que abandonar Praga. Por una parte, su bien ganada fama —no era un simple profesor de matemáticas, sino el mejor calculista de Europa— y, por otra, la amistad con los jesuitas, impidieron que tuviera que exiliarse una vez más. Además, Rodolfo II no fue un emperador celoso en exceso del dogma religioso, a menudo demasiado ocupado y preocupado en remediar sus propios males...»

—Vaya —exclamo—. En solo unas líneas aparecen Tycho, Kepler, Rodolfo II, los jesuitas y Praga. Solo falta que nos digan quién es el asesino.

—Ya están abriendo. Vamos —me apremia Ray.

Entramos en la iglesia todavía en penumbra.

Aun entre sombras distinguimos fácilmente lo que buscamos. La tumba del legendario astrónomo. La lápida original, con un bajorrelieve representando la figura de este, se ha colocado en vertical, junto a una losa más reciente incrustada en el pavimento —del año 1901— que cubre lo que queda de sus restos. Esta simple losa de mármol negro solo tiene grabada una inscripción con su nombre: «Tycho Brahe». Según parece, se movió por última vez alrededor del año 2010 para investigar, una vez más, las causas de su muerte.

—Tal vez una de las muertes más famosas de la Historia —le digo a Ray.

—Sí, eso se cuenta. Apasionante para cualquier detective forense. Que falta nos hace, por otra parte.

Miro a nuestro alrededor. Otros visitantes han entrado ya en el templo y rodean, curiosos como nosotros, la tumba. Es el mayor reclamo de la iglesia, pienso mientras escudriño la lápida y la losa. Me agacho y voy recorriendo con los dedos los bordes de ambas. El vigilante, o quien sea que haya abierto las puertas, se percata de ello.

—¿Qué busca? ¿La nariz? —me abronca en un pésimo inglés—. No está permitido acercarse y mucho menos tocar.

—¿Puedo hacer fotos? —le contesto con otra pregunta señalando mi *Alfa* trucado que muestra además en la pantalla una sugerente propina.

—Pues claro —me responde—. Son piedras, no pinturas.

Ha bajado el tono de su voz, sabedor de que puede obtener unos cuantos euros. Me tiende un grueso folleto para turistas. Lo acepto sonriente.

—Es gratis, pero se admiten donativos para el mantenimiento de la iglesia —sonríe a su vez, acercando su propio *Alfa*. No me queda otra que transferirle una pequeña cantidad, que parece satisfacerle.

—Muchas gracias, señor. Estaré por aquí cerca si necesita algo.

—Gracias —le digo yo también—. ¿Hace mucho que trabaja aquí?

—Unos diez años —contesta—. Cuando mi padre se jubiló, me dieron el puesto.

—¿Su padre asistió a la última exhumación del astrónomo? —interviene curioso en la conversación Ray.

—Pues claro —contesta—. Fue un acontecimiento mundial. Salió en las noticias, incluso en un reportaje entrevistaron a mi padre. Lástima que no lo mataran.

—¿A su padre? —dice incrédulo Ray.

—No, perdone mi mal inglés. Mi padre está en casa con mi mujer, apenas sale ya a la calle. Me refería a Tycho Brahe. Un buen asesinato es mucho más rentable. El final de la investigación fue algo decepcionante para la prensa.

—¿Podríamos hablar con su padre? —pregunto de forma impetuosa. Ray me mira comprendiendo mis intenciones.

El vigilante me mira entre cortés y desconfiado. Supone que queremos saber más de aquella experiencia. Y acierta.

—No creo que haya problema en ello —termina aceptando—. A mi padre le gusta contarlo. Vivimos cerca de aquí. Vengan mañana si quieren a comer, yo libro aquí todo el día.

Me pasa su contacto a mi *Alfa*.

—¿Le gusta el vino a su padre?

Sonríe.

—¿A quién no le gusta el vino?

Perfecto. Llevaremos unas botellas. ¿A la una está bien?

Está bien. Les esperamos.

Nos despedimos estrechando las manos. Al final, no ha resultado tan fiero el vigilante. Puede que el viejo sepa algo, y el vino siempre acaba soltando la lengua.

Entramos en un restaurante para almorzar. La visita a Nuestra Señora del Tyn, aunque breve, nos ha abierto el apetito. Coloco el extenso folleto de la iglesia encima de la mesa, para ojearlo mientras aparecen nuestras comandas.

—Es una edición algo antigua, pero bonita. Con abundancia de fotografías y de textos. Más de la mitad de las páginas están dedicadas a la muerte de Tycho Brahe. Papel satinado, qué nostalgia.

—Lee despacio, que tenemos mucho tiempo por delante —dice Ray empezando a beber de su primera cerveza. Hoy parece más relajado.

—Comienza contando su funeral. Tal y como lo narró un testigo de excepción, su discípulo Johannes Kepler:

«El ataúd estaba cubierto con un terciopelo negro decorado en oro con el escudo de armas familiar. Delante del féretro desfilaron los oficiales con hachones, enarbolando un estandarte bellamente adornado en el que se habían escrito sus títulos y honores. Detrás del ataúd, su montura, seguida por otro caballo enjaezado en negro. Los hombres después, en fila de uno, portando la armadura de Tycho y su espada. El féretro era llevado por doce nobles. Seguían al cortejo otros cancilleres imperiales, nobles y barones, los sirvientes y ayudantes de Tycho, su viuda apoyada en dos jueces reales y, finalmente, sus tres hijas, cada una escoltada por dos nobles. Las calles estaban tan llenas de gente que los integrantes del cortejo caminaban como entre dos paredes, y la iglesia tan abarrotada de nobles y notables que uno apenas podía encontrar sitio dentro. Cuando el sermón finalizó, su casco, su armadura, su escudo y otras armas fueron colgadas en la cripta».

—Todo un personaje —me interrumpe Ray sin dejar de beber cerveza. Acaban de dejarnos sobre la mesa los primeros platos de la comida.

—Era un familiar muy próximo al poderoso rey danés y, aunque había caído en desgracia por los caprichos del joven monarca, su autoridad entre la nobleza era indiscutible. También era el matemático del emperador del Sacro Imperio Romano. Su fama era enorme, incluso entre aquellos que no sabían nada de astronomía. Era la gran figura intelectual del norte de Europa del siglo XVI —completo yo la información del folleto con afirmaciones de mi propia cosecha.

—Sigue, por favor —me anima Ray ya con un pedazo de carne en la boca.

—La muerte de Tycho Brahe está muy bien documentada en la literatura, afirma con razón el folleto. Contada por el propio Johannes Kepler. Tycho Brahe habría acompañado a un amigo, el

barón Minckwicz, a cenar en el palacio de otro noble. La debida cortesía impedía que ningún invitado se levantara de la mesa antes que el anfitrión. Esta cuestión de etiqueta fue la que, probablemente, llevó a Tycho al lecho de muerte. Kepler proporciona en sus diarios una descripción detallada de todo lo que aconteció en aquellos días fatales:

«Brahe permaneció sentado, aguantando su orina durante mucho más tiempo de lo que en él era habitual. Aunque había bebido mucho, y su vejiga le presionaba, él se sentía menos preocupado por esto que por la debida educación. Cuando finalmente llegó a su casa, no pudo orinar».

—Mala cosa no poder orinar tras beber —afirma con rotundidad Ray tras pedir su segunda jarra. La cosa apunta a una nueva borrachera.

—Tycho tenía experiencia como médico y probó varios remedios, sin éxito —sigo leyendo—. Pasó cinco días con sus noches de agonía, preso de un intenso dolor y sin poder dormir. Kepler sigue contando:

«El 24 de octubre de 1601 el sufrimiento cesó y, entre las oraciones, lágrimas y esfuerzos de su familia, sus fuerzas fallaron y murió plácidamente. Entonces, sus observaciones celestes se interrumpieron, y treinta y cinco años de trabajos llegaron a su fin. Durante la última noche, en su delirio, Brahe repetía estas palabras una y otra vez: “Non frustra vixisse vidcor. No dejéis que parezca que mi vida ha sido en vano”».

—Esta oración solo podía estar destinada a Dios y al propio Kepler —añado.

—La clave, según crees —apunta mi amigo.

—Cada vez estoy más convencido de ello —admito—. Fíjate en que Tycho, según el propio Kepler, le repetía la misma frase una y otra vez.

—Pero nos sigue faltando el pliego de equivalencia de caracteres, al que tendrás que aplicar la clave para resolver el texto de anagramas, ¿es correcto?

Afirmo con la cabeza, mientras yo también como y bebo.

—¿Has visto algo en la tumba que te haya llamado la atención?

—No, nada —digo tragando el bocado que acabo de masticar—. Tampoco he podido fijarme mucho, pero apostaría a que los científicos tejanos lo metieron dentro. Las fechas coinciden bastante bien.

—El problema será sacarlo de allí.

—Sí. No será fácil —contesto chasqueando los labios al tiempo que paladeo la exquisita cerveza checa—. Pero algo se nos ocurrirá.

A las dos horas de comer, charlar y, sobre todo, beber, nos levantamos de la mesa. La cantidad de alcohol ingerida por ambos es tal que no tenemos más remedio que volver al hotel en un autotaxi.

En «modo borrachera».

Nos hemos despertado ya pasada la medianoche. Una hora ideal para ponernos a trabajar. Ray calienta los necesarios cafés contra la resaca mientras yo preparo los dispositivos para la conexión. La red profunda está poco transitada hoy y, por lo que parece, tampoco esta noche Alice hace acto de presencia. Tanto mejor, no tengo ganas de discutir con ella.

—¿Qué vamos a buscar hoy? —me pregunta Ray poniendo una de las tazas de café entre mis manos.

—Te propongo que empecemos por el asunto de la muerte de Tycho Brahe —le respondo—. Mañana tenemos que estar a la altura de nuestros anfitriones —le digo, refiriéndome a la familia

del vigilante de su tumba.

—De acuerdo —dice Ray comenzando a teclear—. Veamos qué se sabe en los subterráneos de internet acerca de cómo murió realmente Tycho Brahe.

«Durante muchos años se pensó que Tycho había fallecido debido a una obstrucción urinaria provocada por un cálculo renal o una piedra en la vejiga. Sin embargo, después de que se exhumaran sus restos por primera vez en el año 1901, y tras realizarse una autopsia por parte de varios médicos forenses, no se encontró rastro alguno de estas calcificaciones. Se atribuyó entonces su muerte a una uremia...»

—Un problema urinario bastante genérico —acoto—. No se esforzaron mucho en el diagnóstico y eso fue lo que disparó la imaginación de los conspiranoicos. Que no son pocos.

—Algo así. Continúo —dice Ray.

«Los detalles de la agonía de Tycho Brahe habían sido bien descritos tanto por el ya mencionado Kepler, como por su médico, el doctor Johann Jessenius. Grandes dolores, desórdenes en el sistema urinario, insomnio, fiebres y delirios. Estos síntomas son los mismos que produce un envenenamiento con metales pesados, o con ciertas plantas. La hipótesis de que el gran sabio danés podía haber sido asesinado empezó a cobrar fuerza...»

—¿Cuándo empezaron a desconfiar? —pregunto.

«En la primera exhumación se habían guardado trozos de la mortaja y de los pelos de su poblada barba, así que se midieron las concentraciones de arsénico, plomo y mercurio. El análisis de los pelos de la barba arrojaba una alta cantidad de plomo, pero es frecuente encontrar restos humanos de aquella época con altas concentraciones de plomo, ya que era usado comúnmente como ingrediente para endulzar el vino. De arsénico, el veneno clásico, no había una concentración significativa. Pero sí de mercurio. Y los síntomas de su muerte correspondían exactamente a los de un envenenamiento con mercurio.»

—A veces me siento pesado, será que todavía siguen echando plomo en el vino. ¿Y a quién le cargaron el muerto? —pregunto, conociendo de antemano la respuesta.

—A Kepler, claro. Te leo.

«Análisis complementarios de los restos pilosos del astrónomo llevados a cabo en Suecia parecían inequívocos. Tycho Brahe habría ingerido una cantidad letal de mercurio justo el día antes de su muerte. Los medios sensacionalistas saltaron sobre su presa. Johannes Kepler había asesinado a su maestro para robarle documentos esenciales en sus posteriores descubrimientos, como los precisos datos experimentales de la órbita de Marte.»

—¿Y el Manuscrito Voynich? —interrumpo.

—No se menciona, obviamente. Déjame terminar —se queja Ray.

«No tardaron en sentar a Kepler en el banquillo de los acusados. Se publicó un libro de gran éxito sobre este asunto. Reportajes en los mejores y más serios periódicos. El gran Johannes Kepler era un asesino. A esta teoría pronto se unieron todo tipo de conspiradores: grupos anticientíficos, movimientos religiosos ultraconservadores, negacionistas del cambio climático, antivacunas, incluso defensores de la llamada 'Teoría de la Tierra Plana'. También el poderoso lobby creacionista estadounidense no tuvo el más mínimo pudor en financiar esta campaña generalizada de desprestigio hacia Kepler en particular, y hacia la Ciencia en general. Kepler —o, al menos, su memoria— tenía que arder en la hoguera de la moderna Inquisición mediática. En la misma en la que a punto estuvo de acabar su coetáneo Galileo...»

—¿Cómo reaccionó la comunidad científica? —quiero saber.

—De la única forma que sabe hacer. Investigando. Ya termino:

«Científicos de prestigio tacharon las acusaciones de disparate. Pero había que encontrar una prueba contundente para sacar a Kepler del corredor de la muerte. En el año 2010 las autoridades de Praga aprobaron una nueva petición de investigadores daneses para volver a exhumar los restos de Tycho Brahe. Cómo no, aceptaron. Volvieron a tomarse muestras de huesos, pelo y ropas del astrónomo. Dos años después se hicieron públicos los resultados de la minuciosa investigación. En efecto, se había encontrado mercurio, pero en cantidades muy inferiores a las que serían necesarias para provocar su muerte fulminante. Además, Tycho Brahe practicaba la alquimia, y el mercurio era habitual en estas actividades, por lo que era totalmente lógico hallarlo entre sus restos. La conclusión de los forenses en esta ocasión fue que, probablemente, la vejiga de Tycho pudo haber reventado debido a una enorme borrachera.»

—Mejor no pensar en ello —digo a Ray—. Debe doler.

—Seguro —sonríe.

—Encantado, señor Hajek —saludo estrechando la mano del viejo. Ray repite mi gesto.

El anciano nos mira sonriendo. Christian, su hijo, coloca el dispositivo multifunción *Alfa* encima de la mesa.

—Pondremos el traductor en modo altavoz. Mi padre no habla nada de inglés y me imagino que vosotros nada de checo —nos explica con gesto de disculpa. El señor Hajek contesta al dispositivo con otro largo y lento saludo, que es traducido de forma simultánea al inglés por el chisme. La voz sintética del *Alfa* hace que me recorra un escalofrío por el cuerpo. «¿Se habrán olvidado los tipos de *Alpha* de mí? Lo dudo». Tendré que mirar mi saldo, por si acaso.

—El vino es excelente —dice Christian Hajek. Su padre confirma su opinión levantando su copa.

Comemos casi en silencio en el salón de la casa. Es una vivienda modesta y antigua, de altísimos techos, situada en el mismo centro de Praga, no lejos de la iglesia de Nuestra Señora del Tyn. Padre e hijo dedicados durante décadas a su cuidado. La mujer de Christian cocina maravillosamente. Es una oronda y simpática señora que, al igual que su marido y su suegro, bebe copiosamente. Una vez servidos los cafés, intento arrancar la conversación. Hemos traído demasiadas botellas y veo que la cabeza del anciano comienza a inclinarse por efecto del sopor.

—Entonces, señor Hajek, ¿usted asistió a la exhumación de los restos del astrónomo Tycho Brahe?

—En efecto, joven —reacciona, como movido por un resorte—. En el año 2010. No cabía ni un fotógrafo ni un periodista más en la iglesia. Había varias televisiones también. Me hicieron un reportaje.

—Sabía lo del reportaje por su hijo —contesto—. Un gran momento, imagino.

—¿Quiere verlo? —me pregunta—. Hay varias películas en *AlfaTube*.

—Claro —le digo y me digo. No hace tanto tiempo de eso. La gente grabaría con sus móviles el acontecimiento, y también el grupo de científicos. Por no hablar de los medios de comunicación.

Christian manipula el *Alfa* para proyectar uno de los vídeos. En él aparece su padre, hablando en checo a la cámara. Al fondo de la escena unos operarios manejan una grúa ligera izando la pesada losa. Luego extraen de la tumba un féretro ridículamente pequeño.

—Los restos eran pocos —nos explica el señor Hajek adivinando nuestros pensamientos—. Los huesos estaban rotos y mezclados con los de su mujer. Se encontró una parte del cráneo en

bastante buen estado, con pelo de la barba todavía adherido. Esto fue lo que analizaron, principalmente. Tardaron dos años en decidirse a dar un veredicto.

—Lo sabemos —interviene Ray—. Al final parece que no fue asesinado.

—Eso dijeron —retoma la palabra el viejo en sintonía con el traductor—. Que no había veneno. Supieron que era él por la nariz rota.

El señor Hajek comienza a contarnos la conocida historia de la nariz de Tycho Brahe, su inequívoca seña de identidad. La sabemos, pero le dejamos hablar mientras bebemos más vino. Tycho perdió buena parte de la nariz por el tajo de una espada en su juventud, en un duelo universitario. No quedó muy clara la razón de la disputa, si fue por un amor adolescente o, como dice la historia apócrifa, por una acalorada discusión para dirimir quién era el mejor matemático de Dinamarca. La consecuencia fue la misma: Tycho quedó desfigurado y durante el resto de su vida tendría que disimular su rostro con una prótesis que él mismo fabricaba. Tuvo mucha suerte de no morir, porque las infecciones en aquella época solían ser fatales.

Intento reconducir la conversación hacia el tema que nos interesa.

—¿Le llamó algo la atención especialmente en aquellos días tan intensos?

Me mira desconcertado.

—No le entiendo. ¿Cómo qué? —termina respondiendo.

—No sé —dudo—. Tal vez alguien que hiciera muchas preguntas, alguien que curioseara demasiado...

—O alguien que bajara a la tumba —completa mi pregunta Ray.

—Había muchísima gente. Los periodistas no respetaban nada. Llenaron todo de focos, cables y enchufes. Los forenses tropezaban a cada paso.

—Pero ¿alguien bajó a la tumba cuando se repuso en su lugar el pequeño féretro? —insisto yo ahora.

—Claro.

—¿Claro? —preguntamos Ray y yo al unísono.

—Yo, ¿quién si no?

Nos miramos extrañados. El viejo no tarda en explicarse tras apurar su copa.

—Yo era el encargado de la iglesia. Y de todo lo que contiene. Cuando sacaron los restos fueron los propios científicos los que ataron la caja cuidadosamente para subirla. Pero el día en que se cerró de nuevo la tumba de Tycho Brahe fue todo mucho más tranquilo. No había periodistas ni casi investigadores. Uno de ellos, que no había visto antes, me dijo que ya podía restituirse el féretro a su lugar, que se encontraba ya sellado y colocado sobre una mesa. Me pidió que sacara fotos una vez estuviera todo listo, y que se las enviara. Y me dio una tarjeta con su dirección electrónica. Se marchó con muchas prisas.

—¿Y? —le apremio para que continúe, pero el vino puede con él. La voz se le vuelve pastosa, aunque el traductor sintético continúa sobrio. La electrónica es lo que tiene, que no tiene vicios.

—Hice lo que me dijeron. Bajé a la pequeña fosa, y un operario descolgó la caja con la grúa portátil. La centré en su lugar, puse el papel, tomé las fotos y subí. Luego colocamos la losa y la sellamos con pasta de cemento.

—¿Papel? ¿Qué papel? —explota Ray.

—El que me dio aquel tipo. En una bolsa plástica transparente y cerrada. Era antiguo y parecía estar escrito en latín. Supongo que sería el testamento o alguna última voluntad del sabio. No lo sé. Ni me importó, la verdad.

—¿Aún guarda esas fotos? —le pregunto vehementemente al tiempo que vuelvo a llenar la

copa.

—Supongo. Estarán en mi viejo ordenador. Habría que arrancarlo.

—¿Podemos verlo?

Christian Hajek me mira algo molesto por tanta insistencia.

—Mi padre está ya cansado, Francis.

—Solo será un momento, por favor. Somos informáticos.

—Está bien —accede. Y se levanta de la mesa.

Tarda casi diez minutos en volver. Para entonces su padre ya está dormido con la cabeza apoyada en el pecho. Su nuera le cubre cariñosamente las piernas con una manta.

—Me ha costado encontrarlo en el cuarto de los trastos —nos dice—. Es un portátil muy antiguo. No habrá quien lo encienda.

—No me importa eso. Te lo compro —le replico al instante. Christian me vuelve a mirar cada vez más extrañado.

—¿Cuánto? —le insisto.

—No lo sé. No vale mucho, es un ordenador muy vulgar. Lo que quieras darme.

Le muestro la pantalla de mi *Alfa* con una cantidad de euros similar a la que pagué en dólares por el facsímil del *Manuscrito Voynich* en Yale. Los ojos se le salen de sus órbitas.

—Es vuestro —accede de inmediato, tendiéndome un viejo *Mac* de *Apple* de comienzos de siglo—. Si quieres, por un poco más, te vendo también al propio Tycho —bromea.

Nos reímos todos.

—No lo descartes —le respondo—. Ya va siendo hora de irnos. Tal vez nos volvamos a ver en la iglesia, Christian. Tu padre ha sido de una gran ayuda para nosotros.

—Suerte con vuestras investigaciones —nos despide en la puerta estrechándonos las manos—. Y gracias de nuevo por el vino. Era exquisito.

—Nos vemos —se despide igualmente Ray, ligeramente achispado.

Regresamos directamente al hotel.

Hay que practicar una operación de ingeniería inversa.

Algo que nos encanta a Ray y a mí.

Obviamente, el ordenador del viejo no arranca ni a patadas.

—¿Qué esperabas tras veinte años? —me espeta Ray—. La batería debe de estar agotada. Si intentamos recargarla seguramente reventará. Y el líquido ácido destrozará el contenido del disco duro.

—No, no es buena idea esa. Tienes razón. ¿Qué propones?

—Saquemos el disco duro —me responde Ray—. Lo más probable es que sea de tipo *SATA* o *SCSI*, lo que se llevaba entonces. Podremos conectarlo fácilmente. Luego volcamos el contenido a tu tableta con un *sniffer* arrancado. Todo lo que sean correos electrónicos y fotografías se recompondrán casi de forma automática. El viejo no tendría nada bajo contraseña.

Busco alguna herramienta entre las cosas de mi maleta para abrir el viejo *Mac*. Es un equipaje de mano, no llevo ningún destornillador ni nada que se le parezca. Vuelco el contenido encima de la cama.

—¿Y esto? ¿Cómo has pasado esto por los aeropuertos?

Ray señala uno de los cúteres. Es el que recogí junto al cadáver de Tom, en la Biblioteca Beinecke.

—Buena pregunta. Ni idea. No han pitado en ningún control. No me acordaba de que los llevaba. Ni lo sabía, la verdad.

Por descontado que no le digo a Ray que es el arma de uno de los crímenes. Le explico que era para hacer bocadillos, pero no me hace caso. Digo demasiadas tonterías al cabo del día.

Ray lo sopesa en la mano. Luego lo examina de cerca levantándose las gafas.

—Te has librado de la cárcel por poco, amigo —dice Ray—. Es una cuchilla poco común, totalmente prohibida en Estados Unidos. Y, además, tiene rastros de sangre.

—No sé qué hacía aquí —le miento—. Probablemente alguien me la metió en el equipaje sin darme yo cuenta. Vete tú a saber cuándo —añado.

—Tiene el aspecto, la dureza y el filo del acero —continúa Ray—, pero es un material cerámico que no se puede detectar como el metal, obviamente. Es la principal razón de que se prohibiera hace unos años. Como te digo, totalmente ilegal. Tiene que haber salido del mercado negro.

—¿Cómo sabes tú tanto de esto?

—En la red profunda tenemos de todo, amigo. Deberías saberlo. No solo documentación cifrada de científicos o programación de bloqueo para *Alfas*. También cierto tráfico de productos poco o nada lícitos. Es inevitable. Y otra de las razones por las que no puedo descuidarme.

No termino de entender a Ray, pero tampoco estoy al tanto de sus otras actividades. Prefiero no saberlo, no vaya a ser que me revele que es el capo de una red de proxenetas o algo peor. Puede, incluso, que sea republicano.

—¿Servirá para reventar el ordenador? —le pregunto, dejando al margen sus opciones políticas.

—Seguro —me contesta, mientras veo que ya está haciendo palanca con el cúter, que termina liberando fácilmente la carcasa de plástico y aluminio del viejo portátil. Le dejo hacer. Es realmente hábil. Luego extrae el disco y desmonta algunos de los circuitos flexibles de conexiones.

Transcurridos unos veinte minutos, todo está listo.

—Arranca el *sniffer*, Fran. Voy a hacer girar el disco.

Hago lo que me indica. En la pantalla que actúa de terminal de entrada se hacen visibles los datos, de momento en código ASCII. El mismo programa que gestiona la transmisión de datos entre el disco y la memoria de mi tableta va regenerando los archivos originales a velocidad de vértigo.

—Como te decía, una simple operación de ingeniería inversa. Ahora tenemos unas cuantas carpetas con ficheros de fotografías y correos electrónicos perfectamente organizadas.

—Veamos si el dineral que he pagado por este cacharro ha valido la pena—le digo, pulsando ya sobre el primer grupo de documentos.

Es una labor tediosa. El disco estaba casi lleno y el viejo archivó miles de fotografías sin clasificar. Excursiones, viajes, su noviazgo y posterior boda con la madre de Christian, el nacimiento de este, sus primeros pasitos...

—Buf —dice Ray, levantándose con los ojos enrojecidos—. Tendríamos que comer y beber algo. Se nos ha pasado la hora de cenar.

—De acuerdo. Pide que nos suban algo a la habitación mientras yo continúo con esto. Sándwiches y cervezas, por ejemplo.

Sigo abriendo archivos fotográficos del año 2010.

«¡Al fin!» exclamo para mis adentros.

Hay unas veinte fotos tomadas con un móvil de la tumba de Tycho Brahe. La resolución no es mala. Las copio y las filtro.

—Mira, Ray. Ambrosía divina en estado puro.

Proyecto las imágenes. En efecto, aparece la pequeña caja con los restos de Tycho Brahe. También la losa en varias posiciones antes de encajar en la tumba. Solo en una de ellas aparece lo que buscamos.

—Fíjate aquí —le digo—. Justo encima del féretro dejó el papel y sacó una fotografía.

—¿Se puede ampliar algo más?

—Puede que sí, déjame que lo intente.

Por fortuna, el pliego está guardado extendido dentro de la funda plástica, posiblemente para que no sufriera daños al doblarse.

—No podíamos tener más fortuna, amigo Ray.

Puedo procesar la imagen. La cámara de su móvil era jodidamente buena, posiblemente la de un *iPhone* de entonces. Mi aplicación consigue una resolución subpíxel de un octavo. Es más que suficiente.

—Se aprecian perfectamente los caracteres del *voynichés* —dice Ray abriendo su primera cerveza—. ¿Y debajo?

El pliego es una especie de tabla que asocia el cifrado a caracteres latinos, como suponíamos. Muy sencilla.



α	β	γ	δ	ε	ϕ	χ	ζ	η	θ	ι	κ	λ	μ	ν	ξ	ο	π	ρ	σ	τ	υ	φ	χ	ψ	ω	
π				ε	ϕ		ζ	η	θ					ο	π			ρ	σ	τ					φ	χ

Hay veinticinco caracteres principales. Y doce repeticiones de equivalentes.

—Creo que lo tenemos, al fin. Pásame una cerveza, Ray.

Dormir esta noche sería un lujo que no podemos permitirnos.

—¿Cómo lo vas a hacer?

Llevo semanas haciéndome la pregunta que ahora me formula Ray. Tengo veinticinco caracteres cifrados que corresponden a los veintitrés del alfabeto latino clásico, además de un espacio en blanco y un punto. La relación entre ellos forma el cifrado monoalfabético. Para conseguir un cifrado completo se utiliza la clave:

«*NONFRUSTRAVISSEVIDCOR*»

Dibujó una cuadrícula con los caracteres latinos ordenados en la fila superior y en la primera columna. Veintitrés. Copio en cada una de las líneas el alfabeto a partir de la inicial de cada letra correspondiente. Cambio el alfabeto latino por el cifrado. Programo la inversión de las sustituciones y el doble movimiento de caracteres que me proporciona la clave sobre el texto.

—Hagamos una prueba —le digo a Ray—. Elige una página cualquiera en *voynichés* del manuscrito. Esa misma que parece la receta del arroz con leche —señalo al azar.

Pero Ray elige un breve texto escrito junto a una extraña planta. Supuestamente, una planta medicinal.

La pantalla de la tableta nos muestra de forma automática un texto en latín.

—Añade el traductor —me indica Ray—. A estas alturas no vamos a entretenernos con eso también. Y, ya puestos, un filtro gramatical. Lo que sea que aparezca, que tenga algo de sentido. A lo grande.

Así lo hago. Ahora en la terminal van apareciendo —lentamente, eso sí—, frases en un inglés más o menos comprensible:

«La raíz fresca o seca de esta planta es muy venenosa si se toma cruda, pero produce efectos narcóticos si se toma disuelta en agua o caldos (...) Usada en amputación o extracción, la planta aplaca los gritos y convulsiones del enfermo (...) Tomada a diario produce locura, por lo que el físico tiene que administrar siempre las dosis justas (...) Muchos aseguran que atrae la buena fortuna y que es infalible contra la esterilidad (...) Otros afirman que es planta del infierno y utilizan cuerdas atadas a perros para extraerla (...) Yo mismo he comprobado que se trata de una planta sin más peligro que su mal uso. Empero, pongo prudencia en estos estudios y considero que, en este momento y lugar, mejor no han de ser revelados.»

—Podría ser una especie de mandrágora, ¿no?

—Coincide bastante bien en lo traducido con lo que se contaba y se cuenta de ella —contesto—. De todas formas —prosigo—, esto no es lo importante. No es la medicina ni los remedios caseros lo que nos interesa... ¡Podemos traducir todo el manuscrito, Ray!

—¿Qué crees que hallaremos? —me pregunta tan excitado como yo.

—Con sinceridad, no tengo ni idea. Igual no hay nada de interés en todo el legajo, salvo, claro está, la propia codificación por la que suspira Alice además del arroz con leche. Si te parece, vamos a dejar corriendo el programa de interpretación durante lo que queda de noche. Así de paso dormimos algo, que no nos vendrá mal. Calculo —le digo a Ray—, que en unas tres o cuatro horas la mayor parte de los textos del *Manuscrito Voynich* estarán descifrados. Por fin.

—¿No es increíble? —dice eufórico Ray.

—Lo es —digo con una media sonrisa de satisfacción—. Aunque no hayamos sido los primeros, no lo hemos hecho tan mal.

Sin embargo, para mis adentros pienso que, si alguien ha matado por esto, no puede esconder nada bueno. Tal vez solo la receta del postre casero.

—Dios santo, ¿qué hora es?

La cabeza va a estallarme. Miro el reloj de la pared. Casi las once.

«¿Y Ray?»

Pienso en lo peor. Ya debería estar acostumbrado, pero no. Por fortuna una nota manuscrita de su puño y letra que asoma por debajo de la puerta de mi habitación alivia mi angustia.

«Francis: Mil perdones. Supongo que cuando leas estas líneas la cabeza te dolerá un poco. No era polvo de mandrágora, sino algo más moderno. Inocuo, por supuesto. Tuve que ponerlo en tu cerveza. Sin tu permiso he sacado una copia de la traducción y me la llevo. No puedo esperar. Sé que ellos están ahí y que, justo ahora que ya hemos conseguido descifrarlo, mi vida no vale nada. Pongo tierra de por medio contigo. No intentes localizarme. No hagas nada. Simplemente, sal de ahí en cuanto puedas, entrega el encargo, coge el dinero de los tuyos y vuelve a esconderte. Es lo que yo voy a hacer por mi parte. Espero que volvamos a vernos y podamos tomarnos otras cervezas juntos a salvo algún día. Un abrazo, amigo.»

«Pedazo de cabrón», me digo en voz alta.

«Y ahora, ¿qué hago?»

Por descontado que no voy a entregar la traducción a *Alpha Inc.* Nada vale lo que una vida humana, por importante que sea. Y menos cuatro. Tengo la traducción del legado de Tycho Brahe y Johannes Kepler. Tengo el método de cifrado. Mi curiosidad y mi amor propio satisfechos. Aunque todavía no sé lo principal: qué ha causado todo este jaleo.

Pero Ray tiene razón. Con una traducción circulando ya por ahí, mi vida no vale un solo dólar. Hay que salir de aquí cuanto antes. ¿A dónde puedo ir ahora?

«Tal vez al único lugar en el que un día me sentí seguro» decido.

Recojo mis pocas cosas. Consulto mi *Alfa*. Las principales funciones están desactivadas. Bien. Pero puede hacer muchas cosas todavía, como consultar el próximo vuelo y comprar un billete. Perfecto. Tengo seis horas aún, aunque no es prudente permanecer mucho tiempo más en este hotel. Miro el ordenador desmontado del viejo y su disco duro todavía conectado a mi tableta. Ya no sirve de mucho. Toda precaución es poca. Antes de abandonarlo formateo la unidad. Mucho mejor así.

Todo lo que podía ser de interés ya viaja conmigo.

MADRID

Hacía mucho tiempo que no estaba en España.

Tras divorciarme, y no de forma amistosa precisamente, me prometí a mí mismo no volver. El país era un desastre. Y lo sigue siendo. Todo funcionaba y funciona por inercia. Pero había libertades y tolerancia con los homosexuales. Los controles de seguridad —y lo compruebo nada más pasar por el mostrador de inmigración—, no son una excepción. Siguen siendo laxos.

Ni siquiera me preocupan las cuchillas cerámicas que sigo llevando conmigo. Ni siquiera he tenido que reprogramar el *Alfa*. No pueden leerlo ni cruzar datos de seguridad porque se les ha caído el sistema informático. Con un viejo documento en papel que llevo encima justifico mi doble nacionalidad.

«Sin problemas, señor, tenga una agradable estancia.»

Voy a quedarme en Madrid hasta que me sienta seguro para volver a Estados Unidos. El concepto de seguridad es relativo, porque no puedo fiarme de nadie. ¿De Ray y sus extraños y misteriosos socios, tal vez alienígenas como a él le gusta imaginar? ¿De Alice y los asesinos de *Alpha*, quién sabe si de ojos rasgados a cuchilla?

De momento, buscaré algún hotel discreto en el centro. Había uno junto a la Gran Vía que no estaba mal. Puede que siga abierto. Buenos precios, mejor comida y bien comunicado. Le indico su nombre al autotaxi. Todavía existe. La ciudad ha cambiado bastante en estos años. Más sucia y moderna. Supongo que como la mayoría de las grandes capitales europeas. No muy diferente a Roma o Praga.

Tardamos menos de veinte minutos en llegar desde el viejo aeropuerto de Barajas atravesando la metrópoli por un nuevo túnel. El coche emerge prácticamente en mi destino. Toda la Gran Vía es ahora una enorme zona peatonal, con un sinfín de comercios y un ir y venir continuo de gente. Hay, cómo no, un carril de servicios públicos por donde circulan los autotaxis. Han adoptado el mismo color amarillo que en Manhattan. Han pasado los años, pero pareciera que nunca me hubiera movido de aquí.

El mismo azul en el cielo.

Me alojo sin problemas. Me ducho y pido la cena. Lo habitual.

El cansancio me invade. «Y ahora, ¿qué hago aquí?»

Descarto la idea de ver a nadie. No hay que exponerse. Mi exmarido ha rehecho su vida y tiene un par de hijos y otros tantos perros. Pero vive en Barcelona. Mis únicos familiares vivos son unos primos que supongo seguirán viviendo a las afueras de Madrid. Descartados. Además, son militares como lo fue mi padre. Nunca se sabe.

Me tumbo en la cama y fijo la vista en el techo.

Llaman a la puerta. Es la cena que he pedido.

No tengo hambre, pero necesito la botella de vino.
Como primera acción, una borrachera nivel medio no vendrá mal.

Unas sirenas hacen que me despierte sobresaltado.

Pasan de largo. Hay gente cantando en la calle. Miro el reloj. Las tres de la mañana. Aquí no se duerme.

Tal vez sea buena hora para trabajar un poco. Todavía no he revisado al completo la traducción del manuscrito, en apariencia muy aburrida. O adelanto trabajo o me vuelvo a quedar sopa, las dos opciones son igual de válidas y útiles. Voy pasando pantallas llenas de recetas médicas, de antiguas historias de nobles, de cuentos de cátaros. Hay también profusos textos astrológicos, supongo que denostados —y, por ende, ocultados—, tanto por Tycho como por Kepler. Empiezo a sentirme decepcionado. Más de la mitad del famoso volumen revisado y no encuentro más que banalidades. «¿Para esto me querían?» me pregunto apenado.

Me siento tentado de entrar en la red profunda, pero Ray dijo que no le buscara hasta que todo hubiera pasado. Reviso las notas tomadas en Praga. Con las prisas por salir de allí, dejé algunas tareas empezadas.

Por ejemplo, averiguar quién fue el destinatario de las fotografías tomadas por el señor Hajek, el cuidador de los restos de Tycho Brahe.

Hay una carpeta de contactos en la información descargada de su portátil.

«¿Cuál de ellos será?»

La mayor parte de los nombres en la agenda son checos. No parece lógico que el destinatario lo fuera también. Busco nombre y apellidos anglosajones. Reviso un *Abbott*, un *Williams* y un *Richardson*. No hay fotografías asociadas. También hay un *Young*.

Aquí está. Un único envío sin texto, pero con media docena de archivos adjuntos que se corresponden con las imágenes más nítidas tomadas con el móvil de Hajek de la tumba de Tycho Brahe. Sin respuesta.

La dirección de correo electrónico es <henry.young@gmail.com>.

Gmail. El antiguo dominio del consorcio de *Google*, el embrión de *Alpha*. La mayoría de estas cuentas de correo fueron transferidas de forma automática por el operador, preservando los nombres de usuario, hace ya unos años. No me lo pienso más.

«To: henry.young@alpha.com; From: francis.davies@alpha.com

Estimado amigo. Acabo de conseguir terminar la traducción del “Manuscrito Voynich”. Quiero hablar con usted. Utilice una pasarela anónima con máscara ‘128.1.0.0’ y código ‘32’. La contraseña es ‘Tycho_666’. No responda a este mensaje ni lo distribuya a terceros. Corremos peligro.»

Cifro el mensaje y lo envío.

Si sigue vivo y es tan inteligente como imagino, entenderá mis instrucciones para acceder a la red profunda. Lugar que, por otra parte, no le será extraño.

Esto me hace recordar algo importante. Muy importante.

Ray sabe dónde se encuentran los documentos cifrados de los científicos de Austin. Alice lo sabe igualmente.

«¿Cómo he podido ser tan estúpido?»

Yo soy el único que no sabe dónde están.

Vuelvo al trabajo después de desayunar en la cafetería del hotel y dar un pequeño paseo por el centro de Madrid. He bajado hasta la Puerta del Sol por la calle Preciados. El enorme edificio de *Alpha* domina todo el paisaje. Hay un nuevo lanzamiento comercial y la publicidad llena todos los paneles informativos. Las colas de clientes ansiosos por adquirir el dispositivo de última generación rodean la enorme plaza.

Paso del nuevo *Alfa* con cámara telescópica.

Voy a ver si encuentro algo del tal Henry Young en las redes sociales, tanto viejas como nuevas, aunque lo más probable es que se trate de un seudónimo. En efecto, no hay nadie con ese nombre. Entro en nuestra propia red, pero obtengo el mismo resultado descorazonador. Nada.

Una comunicación entrante me sorprende.

—¿Francis Davies?

Activo los mecanismos de seguridad. Borro trazas. Tal vez mi correo haya podido ser interceptado y no sea la misma persona. Aunque el cifrado usado es de completa confianza. Lo creó Ray. ¿Puedo fiarme de Ray?

—¿Francis Davies? —repite la pantalla.

—Estoy en línea, Henry —me arriesgo—. ¿Quién es usted realmente?

—No parece una pregunta muy apropiada para alguien que gestiona una red de máxima seguridad —responde de forma burlona—. Conocí a un tal Ray Sullivan. ¿Seudónimo?

—Amigo —le digo sin mentir—. Viejo compañero en el MIT.

—Ya somos tres.

En la pantalla me aparece un enlace. Me dirige a un pequeño texto biográfico, extraído de la remozada *Wikipedia*. Con otro nombre, igualmente falso:

«Antiguo profesor de física en Harvard y Stanford, licenciado y doctorado en el MIT bajo la dirección del doctor Roy Schwitters. El más joven y brillante integrante del llamado ‘club del desierto’, que desapareció al completo alrededor del año 2010. A su mentor se le atribuye la famosa sentencia que siguió a la cancelación del megaproyecto del colisionador llamado SSC: ‘El SSC ha sido víctima de la venganza de unos políticos que en el colegio aprobaban con muchos apuros’...»

—¿Dónde se esconden? —pregunto, sin mucha fe.

—Eso no importa —responde—. Además, no es relevante. Solo quedo yo y no duraré mucho. Y usted, ¿qué hace metido en este lío?

Me quedo en silencio. «¿Qué puedo contestar a eso?»

—Me hicieron una jugosa oferta por trabajar en la traducción —digo al fin—. Pero las cosas se torcieron. Una vez conseguida esta, voy por libre. No me interesa el dinero, solo salvar el pellejo.

—Eso es difícil de creer, amigo. De todas formas, tengo que darle una oportunidad. No me queda otra. Esto va a reventar muy pronto.

—¿A qué se refiere?

La comunicación se corta.

Espero que no sea un adiós, sino un «hasta luego».

Tengo todavía trabajo que hacer con el manuscrito. Un pequeño número de páginas por revisar, las peor traducidas. Quizá descubra en ellas qué pudo atraer el interés de los sucesivos científicos que lo tuvieron entre sus manos. Me pongo a ello. Apenas son cinco hojas. En el pliego original se entremezclan los párrafos de distintas caligrafías, la tranquila de Tycho y la nerviosa de Kepler. El programa no distingue los autores.

«La aparición de la extraña nova surgida de la nada en la constelación de Casiopea me produjo una gran turbación. Ningún astrónomo en la Historia había asistido a un hecho similar. ¿Significaba eso una señal divina? ¿Era yo un astrónomo bendecido por el Señor? Mientras pensaba en ello otro acontecimiento sacudió mis más firmes convicciones. Apenas transcurridas unas horas del hallazgo, con la luz del Sol asomando ya por el horizonte, la nova era visible tanto como lo es Venus al atardecer. Entonces sucedió. Los aparatos se tambalearon. Los instrumentos se desajustaron. Incluso el gran cuadrante acabó en el suelo. Mis ayudantes me miraron asustados. Querían una respuesta de su maestro. No supe dársela. ¿Era la estrella nova el signo de un presagio? ¿Por qué había temblado la tierra justo al final de esa misma noche?»

Tycho revelaba en sus escritos, con cierta vergüenza, su impotencia ante lo sucedido. Desde muy joven Tycho Brahe había practicado la astrología, una actividad muy solicitada en la Corte. Astronomía y astrología eran casi la misma cosa por aquellos años, así que la una llevaba a la otra. Pero Tycho Brahe no fue un astrólogo al uso. Su infancia estuvo marcada por una terrible paradoja. Perteneciente a la realeza danesa, su madre estaba embarazada de gemelos. Pero su hermano nació muerto. Más tarde Tycho razonaría sobre este suceso: *«Si mi hermano y yo nacimos bajo el mismo cielo y en el mismo momento, ¿cómo corrimos tan distinta suerte?»*

Pienso en este capítulo de la historia de Tycho Brahe y en sus dudas tras descubrir que el firmamento no era tal, que no todo era fijo e inmóvil. Pero qué turbación debió de sufrir el sabio danés cuando ese sobresalto celeste fue seguido por una catástrofe natural. Tycho sigue narrando en sus notas cifradas que varias casas de adobe de su isla de Ven terminaron derruidas y que varios de sus súbditos resultaron heridos por los desplomes. Peores noticias le llegaron de la Corte danesa. Alrededor de un centenar de personas perdieron la vida en su país durante esa aciaga madrugada. Los temblores se repitieron con menor intensidad en las horas y días siguientes, hasta cesar por completo a las dos semanas. Para entonces el brillo de la nova se había reducido notablemente, tanto que ya no era visible de día. A este respecto, escribe en otra página del manuscrito:

«No me queda sino admitir, con gran extrañeza, que el enorme brillo de la estrella nova ha perturbado la vida en Dinamarca y, por las noticias que me alcanzan, también en otros países cercanos donde se observan los mismos cielos. Todos rezan para que la nueva estrella desaparezca. Incluso, reconozco con tristeza, yo mismo.»

Al igual que Tycho, su ayudante durante los últimos años en la corte de Praga, Johannes Kepler, también pensaba que había débiles relaciones entre las estrellas y los hombres. El resto de la página del *Manuscrito Voynich* está escrito por su discípulo Johannes Kepler. Lo que allí leo me llena de asombro:

«No puedo creer en lo que está sucediendo tanto en el Cielo como en la Tierra. Pero es tal y como lo describió mi maestro Tycho Brahe. Y tengo que hacerme las mismas preguntas que él se hizo: ¿Es una señal divina? ¿Estoy, como él, bendecido por el Señor? Mis ojos ven otra estrella nueva en el firmamento y, como entonces ocurriera, la tierra ha temblado durante días. Nadie ha resultado muerto, pero el temor se apodera de las gentes cuando las paredes se mueven, los vasos ruedan por las mesas y las rocas se deslizan por las laderas. El emperador me ha preguntado sobre qué puede significar el presagio. No he sabido contestarle. Solo pude decirle que, como ocurriera años atrás, la desaparición de la estrella nova traerá de nuevo la tranquilidad. Espero no equivocarme en esta predicción.»

Llaman a la puerta. He perdido la noción del tiempo enfrascado en la lectura. ¿Es hora de almorzar, de cenar? Ni siquiera recuerdo haber pedido que me subieran nada. Abro confiadamente, esperando que no sea otro que el camarero o el ayudante de cocina del hotel.

—¿Tú aquí? ¿Qué diablos haces tú en Madrid?

Alice me mira desde la puerta, con una sonrisa pícaro en su cara.

—¡Sorpresa! —me contesta, al tiempo que entra en la habitación. Lleva una botella de vino carísimo en la mano, junto con dos copas.

—Pasa —le digo irónicamente—. ¿Cómo me has localizado?

—Veamos —finge pensar, tocándose la barbilla con la otra mano—. ¿Con un localizador privado?

Miro el *Alfa* de mi muñeca. Mierda.

—Se supone que Ray había desconectado esa función —protesto.

—Nunca te fíes de él. Te lo tengo dicho.

—¿Y qué más? —le grito enfadado.

—Deberías suponerlo —me contesta—. Ray por dinero hace casi cualquier cosa. Me pasó vuestra ubicación en Praga. Y luego me permitió seguirte hasta Madrid. Estoy al tanto de todo lo que habéis averiguado.

—¿Y *Alpha*? ¿Te siguen esos tipos? ¿Es que quieres acabar como Phil?

—Estamos solos tú y yo. Cena con vino y velas, amistad y lo que surja. Aún hay que descifrar los documentos encriptados del grupo desertor de Austin.

—Nunca mejor traído un adjetivo —respondo, algo aliviado sin saber exactamente por qué.

—¿Ya has leído el manuscrito? —dice, abriendo la botella y llenando las copas—. Pide algo para esa cena, anda. Si bebo sin comer me mareo seguro. Y tú eres capaz de abandonarme en un coche. No sería la primera vez.

Sonríe y sonrío. No tiene aspecto de criminal. Tan frágil. Hago lo que me dice y encargo una cena sencilla.

—¿Qué tal tus protones y tus electrones? —contesto con otra pregunta antes de responder a la suya. El vino es realmente bueno.

—Dando un voltio —vuelve a reírse al repetir el antiguo chiste de los estudiantes de física—. Me he tomado vacaciones este mes. Allí mando yo, ya lo sabes.

—Lo sé. Y sí, he leído la traducción del *Manuscrito Voynich* —reconozco—. Decepcionante hasta llegar al último capítulo. Explícamelo —le exijo, al tiempo que vuelvo a llenar su copa. Pronto subirá un camarero con la cena.

—Es sencillo. No te negaré que yo me esperaba algo así. Es la razón por la que los científicos tejanos se obsesionaron con la traducción del viejo pergamino. Al cerrarse el grifo de dólares, varios de ellos decidieron seguir trabajando en el campo de las supernovas. Al fin y al cabo, salía barato. Querían saber de primera mano si existía alguna relación entre supernovas y rayos cósmicos, más concretamente entre supernovas y «materia extraña» que pudiera haberse producido. Las dos últimas supernovas en nuestra galaxia, obviamente las más cercanas a nosotros, estallaron en los años 1572 y 1604, y fueron estudiadas por Tycho Brahe y Johannes Kepler, respectivamente. Lo sabemos nosotros y lo sabían ellos. También todos sabíamos que el *Manuscrito Voynich* contenía dibujos de ambas, así que supusieron que detrás del cifrado de su extraño texto podría haber información útil que los astrónomos no querían que se revelase a cualquiera. Y no se equivocaron.

—Entonces sugieres que trabajaron a fondo para lograr la traducción.

—Sí, claro. Igual que hemos hecho nosotros. Cómo tú sueles decir, hemos pisado las mismas huellas. O casi.

Abro la puerta al camarero que trae la cena. Huele bien. Le transmito una buena propina y se marcha más contento que unas pascuas.

—Si no lo entiendo mal, en el manuscrito se revela una relación causa-efecto entre las estrellas novas y ciertos movimientos sísmicos, ¿no? —continúo razonando en voz alta, ya con los platos de comida delante de nosotros.

Me percató entonces de los *Alfas*. Ella se da cuenta de mi gesto de preocupación.

—No te preocupes, que ya se ha encargado Ray de ellos —vuelve a sonreírme—. Con lo que le he pagado por todo, puede hasta cambiarse la cara. Y sí, la relación entre supernovas y movimientos sísmicos es directa. O para ser más precisos, entre «materia extraña» y terremotos. Mira.

Me tiende su tableta. En la pantalla hay un gráfico con varias fechas y dos columnas.

—A la izquierda he apuntado los años y fechas en que aparecieron las escasas supernovas de las que se tiene constancia a lo largo de la Historia. A la derecha sus consecuencias.

Comienzo por leer en voz alta:

«Año 185 después de Cristo. Anotaciones de una estrella desconocida en China y en Roma. Terremoto en Antioquía y Siria, se desconoce la magnitud. Más de doscientos mil fallecidos (...) Año 1006. Supernova muy brillante referenciada en crónicas de China y Japón. Terremoto reseñado en Jiangsu. Magnitud 8. Más de treinta mil víctimas (...) Año 1054. Supernova de la nebulosa del Cangrejo, uno de las más famosas. Nuevamente reseñada por astrónomos chinos y, posiblemente, nativos americanos. Terremoto de Palmira, en Siria. Magnitud 7.2. Cincuenta mil muertos (...) Año 1181. Supernova que estalla en la constelación de Casiopea y deja como remanente una estrella de neutrones, clara candidata a ser una estrella de 'materia extraña'. Vista y apuntada nuevamente en crónicas de China y Japón. Terremotos en Sicilia y Siria. Magnitud 8. Más de un millón de muertos, aunque la mayoría lo fueron por efecto del hambre y las enfermedades que siguieron a la tragedia (...) Año 1572, supernova de Tycho. Varios terremotos entre magnitud 5 y 8,5. Los principales en la ciudad italiana de Ferrara y en la chilena de Valdivia. La 'materia extraña' atravesó el planeta y casi no hubo lugar sobre la Tierra que no sintiera sus efectos (...) Finalmente, año 1604, la supernova de Kepler en la constelación de Ofiuco. De nuevo, múltiples terremotos por todo el mundo. El mayor anotado tuvo lugar también en Chile, en la ciudad de Arica, aunque también en la japonesa de Honshu... De nuevo, miles de muertos.»

—¿Lo ves claro ahora, Francis?

—Creo que sí —contesto—, intentando digerir los datos algo asustado.

—Hay muchos terremotos en el planeta. Y muchas causas conocidas: movimiento de placas tectónicas, fallas, vulcanismo. Pero un número muy reducido de ellos son debidos a la «materia extraña» que llega a la Tierra procedente de la explosión de supernovas en el espacio. Si el estallido se produce relativamente cerca —continúa hablando—, en nuestra Vía Láctea, la cantidad y energía de las partículas extrañas que nos llegan son particularmente grandes. Y pueden tener un efecto devastador.

—Son pocas y cobardes —le digo—. ¿Cómo se pueden distinguir los distintos tipos de sacudidas sísmicas? Lo pregunto por enfrentarnos a ellas.

—Hoy en día hay extensas redes sismológicas por todo el planeta. Si se produce un terremoto de estas características, habrá réplicas en muchos lugares por el efecto multiplicador de las

partículas extrañas con los núcleos atómicos convencionales que forman nuestro planeta. Pero las localizaciones no tendrán ninguna relación entre sí.

—Lo entiendo —concedo—. Pero lo que no comprendo es el interés de los sucesivos jesuitas por tener y traducir el *Manuscrito Voynich*. Desde luego, no parece estar en las supernovas, tal vez a excepción del ilustre último lector, el cura Georges Lemaître.

—Explícame tú eso de Lemaître —me pide con un trozo de pastel en la boca. Comienzo a notarle los efectos del vino.

Le cuento lo que sé.

—Vamos a pasear por esa red nuestra, Francis. Tal vez se nos ha escapado algún detalle de los celosos científicos jesuitas que tuvieron el manuscrito.

Alice duerme ahora plácidamente a mi lado, agotada. Puede que llevara dos o tres días sin hacerlo. Mientras duerme yo repaso mentalmente lo encontrado en las últimas horas.

Los jesuitas han hecho numerosas y significativas contribuciones a la Ciencia con el paso de los años, pero la más destacada es, sin duda, su dedicación al estudio de los terremotos. Muchos libros que hablan de sismología se refieren a la misma como «la ciencia de los jesuitas». A lo largo de los siglos han sido incontables los miembros de la Sociedad de Jesús que han diseñado y desarrollado distintos tipos de relojes de péndulo, barómetros, pantógrafos y, por supuesto, sismógrafos. Del primer poseedor del *Manuscrito Voynich*, Athanasius Kircher, se cuenta que, en su afán por interpretar y entender el fenómeno sísmico y su relación con los volcanes, llegó a descender al interior del cráter del mítico Vesubio, el destructor de la ciudad romana de Pompeya, a las afueras de Nápoles. Otro jesuita famoso en estas lides fue Leonardo Ximenes, un siciliano de origen español de vastísima cultura en campos tan diversos como la astronomía, la hidráulica y la ya mencionada sismología. Podría seguir este resumen con varios jesuitas más, y entre ellos habría que citar algunos de los que aparecen en la lista que nos proporcionó a Phil y a mí el antiguo bibliotecario del Colegio Romano jesuita en la capital italiana. Pero Alice y yo hemos dado la incógnita por resuelta. El interés jesuita en el viejo libro —que pensaron había sido escrito por Roger Bacon—, no era otro que el estudio de los registros de los terremotos reportados por los famosos astrónomos del Renacimiento, Tycho Brahe y Johannes Kepler.

El caso de Georges Lemaître es ligeramente distinto.

El padre de la teoría del Big Bang no fue jesuita, aunque ciertamente se formó de niño en una de sus escuelas y tenía enormes simpatías con la Sociedad de Jesús y sus miembros.

«¿Por qué se interesó Lemaître en el libro?»

No cabe duda de que, en este caso, fue por las supernovas —me contesto—. Una explicación plausible para producir rayos cósmicos, de los que pensaba que podían ser el registro fósil del inicio del Universo.

—¿Francis?

Creo que me llama Alice. He vuelto a quedarme dormido.

—¡Dios mío, estoy desnuda!

—Cierto. Pero yo no he sido —respondo abriendo los ojos—. Lo único que recuerdo es que te tiraste una copa de vino por encima y algo de que no tenías otra cosa que ponerte. Pero soy un caballero —añado—, y puedes usar mi segunda camisa si quieres. Está limpia. Mi maleta no da para más.

Alice mira mi arrugada camisa con cierto recelo.

—Si no hay más remedio... —acepta—. Luego saldremos de compras por esa calle maravillosa. Nos conviene tomar el aire.

—De acuerdo. Iremos de compras y a comer.

—Pero esta vez no me dejes beber vino—me dice, casi suplicante.

—No te dejaré beber. Beberé yo por los dos —concedo.

—Y ahora, si realmente eres un caballero, date la vuelta y vete a prepararme un café. Me va a estallar el cráneo.

Hago lo que me pide. Inserto dos cápsulas en la máquina y vuelvo con dos tazas a la cama. Alice tiene un aspecto ridículo con mi camisa.

—Sí —le digo—. Es totalmente necesario ir de compras.

Un rato de ocio.

Estamos sentados en una terraza en la Plaza Mayor tomando los típicos cafés con leche españoles. Hace un día espléndido y la comida, aunque cara, ha valido la pena.

—Francis, todavía no hemos hablado del problema del cifrado.

—¿Qué problema? —le pregunto intrigado—. El manuscrito ya está descifrado, y la relación entre supernovas y terremotos, con extensión a la tropa jesuita de soldados de Dios, más que resuelta. ¿Qué más quieres?

—Los textos cifrados de los científicos de Austin no se pueden traducir.

«¿Qué?» Estoy atónito.

Supongo que es lo que realmente le importa a ella. Por qué cifraron lo que quiera que fuera sus ilustres colegas estadounidenses.

—Ray me ha dicho que no se puede. Falta una contraseña.

—Yo no tengo esos archivos —le admito—, así que no puedo intentarlo siquiera.

—No te preocupes por eso. Ray sí.

—Espera un momento —le digo, incorporándome en la silla—. El trato con los tipos de *Alpha* era traducir el *Manuscrito Voynich*. «Solo» el manuscrito —le digo, remarcando la primera palabra—. Solo.

—Bueno, pues haremos otro trato tú y yo. Te pagaré más. El doble de lo que pago a Ray, ¿aceptas?

—No es cuestión de dinero —respondo con cierto tono de indignación, mientras imagino a Ray cobrando de unos y otros. Bendita locura.

—¿De qué, entonces?

—¿Dignidad? —respondo sin saber bien qué—. No me interesa saber qué escondieron esos tipos. Ni para qué.

—¿Qué quieres saber entonces? —insiste Alice.

—Por ejemplo, quién mató a Tom. A Elsa. A Cathy. Y, sobre todo, a Phil. Y por qué.

—Posiblemente una cosa nos llevará a la otra. Nadie tiene mucho interés en las supernovas. Tiene que haber algo más.

Me quedo pensando. «¿Merece la pena?»

—De acuerdo, proseguiré un poco más en la investigación contigo. Pero hoy es el último día que pago yo la comida.

Sonríe mientras el camarero vincula su *Alfa* con el mío.

Dejo a solas a Alice con sus compras. Además, quiero descansar tranquilo esta noche. El trato puede esperar hasta mañana.

Antes de desconectar los dispositivos, observo una conexión anónima en espera.

—¿Ray? Eres un maldito traidor loco y un vendido —le digo.

—Hola Francis. Utilizo una conexión anónima, como me recomendó para moverme aquí. ¿Sigue interesado en trabajar conmigo?

—Claro, profesor Young.

—¿Quién empieza?

—Lo haré yo, si no le importa —contesto—. ¿Qué escondieron en nuestros servidores?

—Lógicamente, información valiosa. Muy valiosa. No tiene precio.

—Ajá. ¿De qué se trata? —le insisto.

—Lo siento, ahora es mi turno. ¿Cómo me ha encontrado?

—Por las fotografías de la tumba de Tycho Brahe. Me facilitó el contacto la persona que verificó el cierre de su lápida —respondo.

—¿Aún vive?

—Es un anciano bastante lúcido. Me toca. ¿Cómo se hicieron con el pliego perdido del *Manuscrito Voynich*?

—Fue casi por casualidad. Yo era muy joven, y realizaba mi doctorado en el MIT, como tú. Mi director encaminó mis estudios a la relación entre rayos cósmicos y supernovas próximas. Eso nos llevó a Lemaître. El cura belga había trabajado allí décadas atrás. En el MIT era casi tan famoso por su teoría del Big Bang como por su desorden natural. Entre las muchas cosas que abandonó en Boston estaba ese pliego dentro de sus carpetas sobre las investigaciones de los rayos cósmicos. Al ser claves de cifrado, pensamos que él mismo podía haber escondido algo. Se nos encendió una alerta. Además, fue un pionero en las ciencias de la computación.

—Sí, lo sé —afirmo—. ¿Cómo supieron que ese pliego de correspondencia de cifrados pertenecía al famoso *Manuscrito Voynich* que se guardaba en una biblioteca de Yale?

—Espere turno, muchacho —me interrumpe con un tono poco educado—. ¿Por qué quiere el CERN esos papeles?

La pregunta me descoloca. Obviamente se refiere a Alice Johansson, su directora.

—Eso no lo sé —y no le miento.

—No le creo. Esto hace que no podamos continuar. Adiós, Francis.

—Espere un momento —le suplico, al tiempo que invento algo que pueda persuadirle de que digo la verdad—. Quieren una colaboración.

—¿Un trato? No le entiendo.

—Sinergia. El SSC estaba dimensionado para trabajar con energías mucho mayores que el LHC. Querrán saber cómo, supongo.

—No va a poder ser, me temo —responde mi extraño interlocutor.

—¿Por qué? El SSC está en plena reconstrucción. *Alpha Inc.* financia las obras. No es ningún secreto para la opinión pública.

—Es fácil hacer agujeros. Pero el secreto está en los imanes.

—¿Eso es lo que oculta la documentación cifrada? —pregunto.

—En lo fundamental, sí —responde—. ¿Aún no la ha traducido?

—Creo que no se puede. Eso ha dicho Ray.

—Cierto. Solo una persona sabía cómo acceder. Y ya no está.

—No le entiendo.

—Le contaré una pequeña historia, Francis. La historia de mi vida y la de muchas vidas. Un científico y su maestro. Años de trabajo. Un fin de semana antes del ensayo decisivo. El maestro no descansa. El azar y el éxito se alían justo en esos dos días. El resultado es demasiado importante como para compartirlo, no ya con otros colegas, incluso con sus discípulos. Ni tan siquiera con su más estrecho colaborador. Al hallazgo le siguen la prudencia y el exilio posterior. Hasta que llega el final.

—Deduzco que algo pasó entre usted y su director de tesis.

—Es usted muy bueno en lo suyo, Francis.

Cierra la comunicación.

Tan bruscamente como la primera vez.

—Ahí los tienes.

Alice acaba de transferirme los documentos cifrados del grupo del «Desertrón». Una considerable cantidad de gigabytes. Intento abrir los primeros archivos con el mismo programa de descryptación que utilicé para entender el *Manuscrito Voynich*. El algoritmo que contiene utiliza la correspondencia de caracteres y el cifrado polialfabético, amén de una sencilla aplicación de traducción y varios filtros para así pasar del latín clásico al español en primera instancia —como moderno idioma latino, y mi lengua materna por añadidura— y, finalmente, también al inglés. Pero no funciona.

—En efecto, nada tiene sentido. Hemos pasado del *voynichés* al chino —le digo con ironía.

—Es el mismo chiste que usó Ray cuando me lo contó —dice Alice—. Bien, y ahora, ¿qué?

Me fijo en los resultados. Errores. La pantalla está llena de anagramas.

—Supongo —le digo—, que los científicos añadirían por seguridad una contraseña adicional. Y que esa contraseña solo puede ser utilizada en la forma adecuada por quien codificó u ocultó los archivos. Es lo más lógico que se me ocurre.

—Tiene sentido —me dice Alice—. Pero ¿dónde la metieron?

—La lógica en este caso no nos lleva a ninguna parte —contesto—. Si huyeron de Estados Unidos sería por algo. Aunque podían haber utilizado métodos de cifrados complejos, mucho más modernos. Como mínimo, uso de enormes números primos para garantizar la confidencialidad entre ellos y el posible receptor. En este caso, no tendríamos nada que hacer.

—¿Nada? —pregunta Alice con impotencia.

—Nada. Pero es una simple contraseña. O eso creo.

Me vienen a la cabeza los divertidos acertijos que usaba Phil. Cuando me los formulaba, él ya sabía que yo iba a utilizar la lógica. Lo más simple en primer lugar. En muchas ocasiones la solución se encuentra delante de nuestros propios ojos, y pueden pasar años sin que reparemos en ello.

Como seguramente le ha ocurrido al discípulo de Roy Schwitters, el que fuera antiguo director del SSC y líder del jocosamente llamado «club del desierto». Muy posiblemente, la persona que se esconde tras el nombre de Henry Young ha sido incapaz de ver algo evidente.

—¿Qué te pasa, Francis? Pareces haber entrado en trance —me dice Alice al verme silencioso—. ¿Un café?

—Mejor una copa de vino, gracias.

—¿Y?

No le respondo. Alice frunce el ceño y va a buscar su café y mi bebida. Mientras, hago algunas indagaciones y comprobaciones tanto en el plano del «Castillo de las Estrellas» como en

Wikipedia.

«Eureka.»

—¿Ya me lo puedes contar? —pregunta Alice amagando con no darme la copa de vino.

—Te contaré la conclusión. Nuestro contrato no me obliga a más —le digo arrebatándole con euforia la copa de entre sus manos y bebiendo su contenido sin respirar.

—¿Y cuál es?

—Los Ángeles.

—Me vestiré entonces para los Óscar —bromea contenta.

1. Literalmente, en inglés: «*The SSC is becoming the victim of the revenge of the C students.*» Nota del Autor.

LOS ÁNGELES

La vuelta a Estados Unidos ha sido una pesadilla.

Es fácil salir de allí, pero volver a entrar no resulta tan sencillo. Ni Alice ni yo nos percatamos en el aeropuerto de Madrid de que nuestros dispositivos *Alfa* estaban deliberadamente manipulados por Ray. Todo ello hecho para facilitar nuestros desplazamientos y mantener el anonimato. Pero esto no es suficiente a la hora de entrar en el decadente imperio. Los agentes de inmigración nos cerraron el paso según vinculaban los mismos para realizar las pertinentes comprobaciones de seguridad antiterrorista. Casi ocho horas los dos encerrados en un estrecho avión para nada. Nuestros *Alfas* no estaban debidamente actualizados. *Alpha* mantiene un enlace permanente con las bases de datos de los Servicios de Seguridad estadounidenses para, entre otras cosas, evitar parches maliciosos en el *firmware* de sus dispositivos. La cosa no hubiera tenido mayor importancia para cualquier ciudadano de orden, pero tanto Alice como yo somos estadounidenses al cincuenta por ciento. Y eso ya es de por sí suficientemente sospechoso.

—No puedo autorizar su entrada, señor Davies —me dice el funcionario—. El programa me indica un vacío de fechas entre su viaje a Roma y su salida de Madrid. ¿En qué lugares estuvo durante ese tiempo? ¿Tiene o ha tenido alguna relación con grupos antiamericanos?

—Claro que no —contesto indignado—. Este chisme se estropeó —miento, señalando el *Alfa* en mi muñeca—. No me he movido de Europa. Soy americano, hijo de un militar retirado con honores. He estudiado más de ocho años en Boston. Tengo el certificado digital de residencia y hasta la tarjeta de la Seguridad Social completamente al día.

—Lo sé. Todo eso aparece aquí pero no recibo la autorización necesaria. Lo siento, señor —me dice, indiferente a mis quejas—. Puede reembarcar en el mismo vuelo en el que ha llegado o, si lo prefiere, pasar la noche en un centro de tránsito. Mañana será deportado a su país de nacimiento que, por lo que veo, es España.

Imposible razonar. Ni con el funcionario ni con el control digital.

Miro al mostrador contiguo donde Alice mantiene una conversación similar a la mía con una policía de inmigración.

—Es inaudito —oigo decir a Alice—. Soy la directora del CERN, he pasado quince años viviendo en Boston y he asistido a más de treinta reuniones científicas en este país.

—No digo que mienta, señorita —le replica una oronda afroamericana—. Pero aquí indica que usted es originaria de Noruega, y su dispositivo de entrada da un error de comunicación con nuestro control central. Puede que sea un simple error electrónico como usted afirma, pero en estos casos se aplica la normativa excluyente. O reembarca ahora, o pasa a la zona de tránsito. Como prefiera. No tengo todo el día.

Coincidimos en las miradas. Impotentes.

Damos marcha atrás y volvemos al avión. Otras ocho horas de encierro y *jet-lag*.

—No te apures, Alice. En el mismo aeropuerto de Madrid compraremos dispositivos nuevos y le diremos a Ray que los vuelva a programar.

—Y otras ocho horas más... ¡Mi tiempo es oro! —se queja.

—No nos queda otra salida. Paciencia.

—La madre de la ciencia. Sí, lo sé —me dice resignada.

La reprogramación de los dispositivos en España apenas ha durado una hora. No tardamos en conseguir billetes para otro vuelo a Los Ángeles con escala en Nueva York, así que no coincidiremos con los mismos estrictos funcionarios a la entrada de Estados Unidos.

Ya estamos de nuevo sobre el Océano Atlántico.

Como es habitual siempre que viajo con ella, Alice duerme.

Repaso mentalmente el proceso lógico que me ha llevado a tomar la decisión de visitar el famoso Observatorio de Monte Palomar, a las afueras de Los Ángeles. Mi sexto sentido me lleva a pensar que el exdirector del SSC, Roy Schwitters, estaba tan fascinado con Tycho Brahe y Johannes Kepler como yo. Y más después de haber traducido el *Manuscrito Voynich*, con la importante información que este libro cifrado le había proporcionado. La traducción implicaba no solo haber conseguido el pliego de correspondencias alfabéticas, sino también la primera clave de cifrado. Clave que había pasado del maestro al discípulo al final de sus días.

«¿Por qué él no iba a hacer lo mismo, y más después de haber escondido el pliego cifrado jugando de forma similar con las tumbas de Galileo y Tycho Brahe, con Kepler de invitado?»

El profesor Schwitters se lo había puesto fácil a su discípulo. Un enlace a *Wikipedia*, con una breve y reveladora pista. ¿Cómo no iba a saber su brillante alumno interpretarla? Pero no. Por lo visto, había confiado demasiado en su inteligencia, pero no tanto en su lógica.

Schwitters había dicho en casi todos los medios, tras el sonado abandono de su proyecto por parte de la Cámara de Representantes, una frase lapidaria:

«The SSC is becoming the victim of the revenge of the C students.»

Obviamente, Schwitters usa el inglés, el latín de nuestros días. La frase tiene una doble lectura. Por una parte, se burla de aquellos políticos que han rechazado el proyecto del SSC. No son más que estudiantes mediocres que apenas obtuvieron un aprobado en el sistema de calificaciones anglosajón. Pero, por otra, nos devuelve al plano del «Castillo de las Estrellas», a Stejeneborg. En la ubicación «C» se encuentra precisamente el instrumento principal utilizado por los estudiantes de Tycho Brahe: la gran montura ecuatorial astronómica, la mayor que nunca se había construido. Hasta entonces.

En esa ubicación en Ven ya no queda nada salvo una penosa réplica moderna en plástico. Pero basta echar un rápido vistazo en *Wikichild* o *Wikipedia* para comprobar cuál es realmente la mayor montura ecuatorial jamás construida: la del enorme telescopio Hale, con su espejo primario de cinco metros fabricado en vidrio *Pírex* y ubicado en el observatorio de Monte Palomar. El telescopio que inicialmente utilizaría Edwin Hubble, el padre junto con Georges Lemaître de la teoría del Big Bang. El científico que demostró de forma experimental la expansión acelerada del Universo. El profesor Schwitters había utilizado la más simple lógica para unir a muchos de los mayores y mejores astrónomos de todos los tiempos.

Y allá que vamos, con permiso del agradable Departamento de Inmigración de los Estados Unidos de América.

—Todo en regla, señores. Tengan una feliz estancia en nuestro país. No olviden mantener activo el dispositivo en todo momento. En caso de avería, acudan al servicio técnico más cercano o a sus respectivas embajadas.

Sin problemas. Alice y yo pasamos esta vez los controles como si nuestro apellido fuera McDonald o Disney. No han transcurrido ni veinte minutos en suelo americano cuando mi *Alfa* comienza a sonar.

Aunque la función de grabación sigue desactivada la geolocalización está, por desgracia, obligatoriamente abierta. Para todos. Por fortuna para mí, Alice ha ido al aseo. Puedo hablar con tranquilidad.

—¿Francis? —reconozco la voz sintética al momento—. Por fin vuelves.

—Estoy fuera del negocio —respondo de forma cortante.

—Hay un contrato entre ambas partes.

—El manuscrito está descifrado —replico—. Nuestra relación está zanjada.

—Discrepamos en eso, Francis. El trato incluye las claves de traducción. Hemos verificado que no funcionan.

—Ese no es mi problema —vuelvo a objetar en mi respuesta al desconocido interlocutor de *Alpha Inc.*— El manuscrito está a su disposición. Traducido en su totalidad.

—Esta negativa puede generarte algún tipo de problemas —responde amenazante.

—Si es por el dinero...

—No, no lo es. Tu saldo bancario ha sido debidamente anulado hace unos minutos. Ya no tienes dinero.

—Ni padre, ni madre, ni perrito que me ladre —respondo provocador.

—Te arrepentirás.

—No tenemos más de qué hablar —digo con una mezcla de miedo y valor.

Y corto la comunicación. Resoplo.

Alice vuelve. Me toma del brazo. Le explico la llamada.

—El dinero no es problema conmigo. Lo sabes —me dice.

—El auténtico problema es que no sea el dinero lo problemático.

Y a mi cabeza regresan de forma inevitable las escenas de las muertes de Tom, de Cathy, de Elsa... y de Phil.

—Corremos peligro. Los tres.

—Siempre lo hemos corrido, Francis —me intenta tranquilizar Alice—. Mientras estés conmigo no te ocurrirá nada. Ni a Ray.

Ahí está lo malo. «¿Y cuándo no esté Alice? ¿Por qué se empeña en trabajar con esa gente sin escrúpulos? ¿Por qué se queda siempre a un paso de contarme toda la verdad?» No tengo respuesta a estas preguntas.

El autotaxi toma de forma precisa las curvas de la famosa «Carretera de las Estrellas», pavimentada alrededor del año 1930 para facilitar la construcción del observatorio. Por aquellos años, el astrónomo George Hale estaba empeñado en construir en Monte Palomar un gigantesco telescopio con un espejo primario de más de cinco metros de diámetro. Algo impensable por aquel entonces. Una vez conseguida de la fundación Rockefeller la financiación necesaria, se lanzó a la increíble empresa.

No tardamos en llegar al exterior del viejo observatorio que aún hoy, en pleno siglo XXI, continúa funcionando. Encontramos una gran cantidad de gente —turistas astronómicos—

paseando por las afueras de la enorme cúpula del telescopio Hale, de la que se cuenta se construyó a imagen y semejanza en su forma y dimensiones a las del Panteón de Roma. Hay un discreto control de seguridad a la entrada del telescopio, gestionado —cómo no— por dispositivos de *Alpha*, y después nos unimos a los visitantes. Hasta las cinco de la tarde podremos curiosear a nuestras anchas. Después entrarán los astrónomos para comenzar a preparar sus observaciones.

—Mira la montura, Alice. Hay casi tanto hierro en ella como en tus *brackets*.

—Eres bobo. Es un simple corrector bucal. Y en cuanto a la colosal montura del telescopio no exageras ni un poco, Francis. Todo remachado, sin tornillos.

Nos quedamos embelesados observando la famosa montura ecuatorial de herradura, una formidable creación de la ingeniería de mediados del siglo pasado. El tamaño de sus piezas es tan grande que tuvieron que ser fabricadas en astilleros navales.

—¿Y bien? —me pregunta Alice cuando consigue apartar la vista del gigante—. ¿Qué buscamos?

—No lo sé muy bien —respondo—. Delante de nosotros tenemos la gran montura ecuatorial, la versión moderna de la construida por Tycho Brahe en la isla de Ven. Se supone que algo tiene que llamarnos la atención. Algo sencillo y lógico para obtener la clave adicional.

—Mira la tableta —me dice Alice—. Necesitamos alguna pista.

Sigo su sugerencia y leo algunas cosas curiosas en varias páginas.

«El telescopio fue inaugurado en el año 1948. Casi mil invitados llenaron la cúpula durante la ceremonia. George Hale había fallecido diez años antes, y unánimemente se decidió que el nuevo gigante para observar los cielos llevara su nombre. En enero del año 1949 se tomó la primera imagen. Una placa fotográfica que plasmaba una nebulosa variable. Tal honor correspondió —cómo no— a Edwin Hubble, el astrónomo más prestigioso en aquellos días. Apenas unos años después, en 1953, Hubble murió de un infarto...»

—Bien —me interrumpe Alice—. Esta vez me toca a mí usar la lógica. Las anteriores pistas te han llevado primero a la tumba de Galileo y más tarde a la tumba de Tycho Brahe. Vayamos a ver el lugar en que se encuentran los restos de Hubble y seguro que hallamos la respuesta.

Niego con la cabeza. Continúo leyendo anotaciones que encuentro en internet.

«La esposa de Edwin Hubble, Grace, cumplió con el extraño último deseo del astrónomo más famoso del siglo XX. No hubo funeral ni entierro, ni siquiera para la familia y los amigos más íntimos. Grace Hubble nunca reveló a nadie el destino de los restos de su esposo Edwin...»

—Pues vaya un caprichoso —exclama decepcionada.

—¿Volvemos al hotel, Alice? Se termina el tiempo para los turistas y deberíamos investigar el asunto con más tranquilidad.

—¿Quieres decir cenando con una botella de vino en la mesa? —sonríe Alice.

—Me has adivinado el pensamiento. Una o varias, que estoy tan espeso como un bote de cola —le respondo.

«Edwin Hubble obtuvo con treinta años un puesto en el observatorio de Monte Wilson. Durante los diez años siguientes se enfrentó a dos de las cuestiones más importantes referidas al Universo: su edad y su tamaño. Empezó a observar galaxias en un tiempo en el que ni siquiera se sabía qué eran exactamente. Desveló que en la constelación de Andrómeda no había una simple nube de gas sino, ciertamente, un enorme conjunto de estrellas situadas a una distancia de un millón de años luz de nuestro planeta. El Universo estaba formado no solo por

nuestra Vía Láctea, sino también por una infinidad de galaxias totalmente independientes. Descubrir esto ya hubiera bastado para considerar a Edwin Hubble como el mejor astrónomo del siglo. Pero lo que vino a continuación fue más increíble si cabe. Con nuevas observaciones descubrió algo entonces impensable: todas las galaxias se alejan de la nuestra. Y aún más. No solo se alejan de nosotros, sino que cuanto más lejos están, más deprisa se mueven. Dicho de otra forma, el Universo se estaba expandiendo. Edwin Hubble no supo explicar el porqué. No era tan bueno en el aspecto teórico como en el experimental, donde se demostró certero e imbatible. No tenía ni idea de la 'Teoría General de la Relatividad' de Einstein —aunque ambos fueron buenos amigos, compartiendo popularidad— y, de hecho, este descubrimiento chocaba con los cálculos del sabio alemán. Pero no con los de un sacerdote e investigador doctorado en el MIT llamado Georges Lemaître, que había elaborado su propia teoría a partir del modelo de Einstein en el que se postulaba que el Universo se había iniciado en un punto geométrico, en el llamado 'átomo primigenio' o 'huevo cósmico', y que se ha estado expandiendo desde entonces...»

—¿Alguna idea nueva, Alice?

—No. Edwin Hubble fue un tipo raro, pero su biografía es bien conocida. Ambicioso, algo mentiroso, intuitivo y tenaz. Belicoso, anglófilo, vanidoso y guapo. Pero fiel a su única mujer, Grace.

—Mañana volveremos al telescopio Hale. No podemos haber hecho este viaje en vano.

—De acuerdo. Con lo que nos ha costado que nos dejen entrar en este país de nuevo, más vale que saquemos algo distinto a una condena.

—O una cuchilla en el pescuezo —contesto, pensando en las funestas consecuencias que puede tener para nosotros fracasar en esta búsqueda—. ¿Queda algo que beber, por cierto?

—Café. No hay otra cosa. Te quiero sobrio.

—Sobrio no valgo mucho —protesto—. Tycho tiene que llevar a Hubble, de eso estoy seguro. El tejano era un hombre de ideas claras y certeras.

—Pero le quitaron su juguete, recuerda. Tal vez no haya más pistas. Tal vez se fue sin poner los medios para revelar sus secretos.

—No. Al igual que a Tycho, a Schwitters le robaron su reino, pero como él quiso transmitir la clave de sus hallazgos. Estoy seguro.

«Que su discípulo fuera mucho más torpe que Kepler —continúo con el razonamiento para mis adentros—, no es mi problema».

En realidad, sí lo es. Un problema complicado.

Pero de solución simple.

Tiene que serlo.

—«*El tiempo pasado es finito, el tiempo futuro es infinito.*»

—Bonita y certera frase. De Edwin Hubble.

Alice está leyendo algunas de las pantallas digitales dirigidas a los turistas que se encuentran colocadas a la entrada del antiguo telescopio Hale.

—Estoy de acuerdo. Es muy certera. Pero no nos vale.

—¿Por qué? —me replica Alice.

—Porque no es lógica —le digo.

—¿Cómo sabes que no es lógica?

—Porque es algo que los lógicos reconocemos enseguida —replico yo ahora.

Alice se desespera. Llevamos casi dos horas dando vueltas y mirándolo todo de arriba abajo.

—¿Y qué reconocen los lógicos, *mister Spock*?

—Patrones, supongo —respondo—. Números y letras. Algo evidente para cualquiera. Algo que salte a la vista sin querer.

—«NGC 2261».

—¿Qué? —le grito a Alice—. Repítemelo.

—«NGC 2261». Está ahí escrito. Bien grande. Junto a la foto.

Miro hacia donde ella me dice. En efecto, delante de nuestras mismas narices.

—«NGC» es el acrónimo inglés de «*New General Catalogue*», o Nuevo Catálogo General. Recoge los casi ocho mil objetos difusos más conocidos, como galaxias, nebulosas planetarias, cúmulos estelares y otros más —me explica—. Es el álbum más popular de objetos del cielo profundo a finales del siglo XIX. Pero eso no quiere decir nada, Fran. Lo que veo en la gran pantalla es la imagen de la nebulosa variable de Hubble, clasificada anteriormente como «NGC 2261», la primera en ser fotografiada con este telescopio por el mismo astrónomo. Y de ahí que también lleve su nombre. La primera luz del telescopio Hale.

—¿En serio no lo ves? Está clarísimo.

—No. Explícamelo ya, por favor.

—Déjame antes comprobar una cosa, Alice. Es urgente.

Me enfrasco en una rápida búsqueda con la tableta. No podía ser peor. O eso creo.

—Si mi sexto sentido lógico no me falla —le digo—, Ray puede estar en peligro. Hay que localizarlo lo antes posible. Tenemos que volver al hotel y conectarnos.

—Pero —vuelve a replicar Alice mis palabras—, ¿qué hay de la clave? ¿Por qué te preocupas por Ray ahora?

—Te lo explico en el coche. Vámonos.

—Entonces —me dice Alice bebiendo dentro del autotaxi una *Coca-Cola* despreocupadamente—, y según la película que te has montado, una vez descubierta la clave que descifra los documentos de la Universidad de Austin, ya Ray será prescindible. Vuélvemelo a explicar, Francis. Y esta vez de forma más convincente, por favor.

—Es directo y sencillo —le digo—. El profesor Schwitters entregó a Ray los documentos cifrados en *voyrichés* con una contraseña adicional. A la contraseña se llega siguiendo la letra «C» del plano del antiguo observatorio de Tycho Brahe. Que nos lleva a este observatorio moderno. La primera imagen tomada con el telescopio contiene la clave. Un simple número de cuatro caracteres: «2261». Tan simple como un código PIN o una contraseña de los antiguos cajeros bancarios de dinero en efectivo. Un vulgar número de cuatro dígitos.

—Perfecto. Le pasamos la contraseña a Ray que es el experto informático y esperamos a ver qué nos dice. Tú eres muy torpe —replica—. No me emociona la idea, pero habrá que fiarse de nuestro majara favorito. No veo qué peligro tiene para él.

—Schwitters no solo revela un número con la fotografía de Hubble. Revela también su contacto.

—Repítame eso, Francis.

—Revela a la persona que ha escondido los documentos y que, una vez recuperados, es prescindible. Te lo vuelvo a contar. «NGC» es un acrónimo muy conocido más allá de tu «*New General Catalogue*». Desde hace mucho tiempo se usa como «*No Good Crackers*». No hay *cracker* bueno. Incluso una banda de rock adoptó este nombre. Schwitters averiguó que Ray Sullivan, nuestro Ray, era el mejor *cracker* del MIT, y que estaba metido primero en el proyecto

TOR y, más tarde, en la nueva e inaccesible red profunda. En nuestra red. El lugar ideal para esconder todos sus secretos.

—¿Por qué matarlo?

—Nadie puede encontrar los documentos del «Desertrón», Alice. Si alguien lo hace, será porque Ray ha traicionado a sus clientes. Y no creo que eso les guste.

—¿Clientes?

—Alice... Tú sabes que Ray cobra por todo. Vete a saber qué obscena cantidad de dinero obtendría de esta gente.

—Pero Ray no conoce la contraseña —me objeta.

—En cuanto se la digamos y descerraje esos documentos, es hombre muerto. Fíjate en esta frase.

Le enseño una de las coincidencias hallada en internet. Corresponde a la conocida sentencia del discurso de un extremista negro:

«There are No Good Crackers, and if you find one, kill him before he changes...»

—Literalmente —traduzco—: «No hay cracker bueno, si tú encuentras uno, mátalos antes de que cambie». Se refería a los blancos², pero la frase se hizo igualmente famosa. Y su doble sentido es clarísimo.

—Toda una declaración de odio racial —asiente Alice—. Y bien, ¿ahora qué hacemos?

—Avisar a Ray y llevarlo a un lugar seguro. Por una vez, seremos nosotros y no él quienes huyamos de una paranoia. Luego —prosigo—, y si mi lógica no yerra, tú tendrás la traducción completa y Ray una cantidad de dinero suficiente como para poder comprarse una isla desierta en mitad del Pacífico si quiere. O un viaje a Marte, si por fin sacan los billetes a la venta.

—¿Y tú?

—Yo habré averiguado por qué mataron a mis amigos. Y tal vez quién.

Estoy de nuevo a solas en la habitación del hotel.

Hemos intentado comunicarnos con Ray sin éxito. Ni por la vía ordinaria —usando una llamada convencional con el *Alfa*—, ni por la extraordinaria, utilizando claves de seguridad en la red profunda.

Alice se ha ido ya a dormir. Ha intentado tranquilizarme. Según ella, Ray estará pasando por otro de sus períodos de manía persecutoria. Que, por otra parte, y según mi opinión, estaría más que justificado. Todavía no está sobre aviso, a no ser que haya leído alguno de los muchos mensajes que le hemos enviado.

A punto de apagar los dispositivos recibo una petición de conexión segura. Espero que sea Ray. Dormiría más tranquilo.

—¿Francis? Estoy en un nodo encriptado. Soy Henry Young.

«Vaya. Qué querrá ahora».

—Buenas noches, al menos aquí en Estados Unidos —le revelo mi ubicación sin necesidad, pero esto es enorme. Además, la geolocalización del maldito *Alfa* que no puedo sacar de mi muñeca está, por desgracia, activada. No me extrañaría que supiera que estoy en Los Ángeles. Aunque esta ciudad sigue siendo demasiado grande como para sospechar qué es lo que estoy haciendo aquí.

Me equivoco.

—Hoy ha estado en el observatorio astronómico de Monte Palomar —me dice—. ¿Tiene alguna pista sólida?

No sé qué hacer. ¿Es de fiar? Se supone que el profesor Schwitters confiaba en él para continuar su trabajo, y la amenaza de terminar con Ray solo tendría sentido si otros quisieran tener acceso a sus conocimientos. De cualquier modo, no me fio. Ni siquiera de Alice, que no conoce de la existencia de este discípulo del antiguo director del «Desertrón». Como siempre, prudencia, que también es familia de la Ciencia al igual que la paciencia. Primas.

—Tengo pistas, pero no son sólidas —le confieso sin mentir demasiado. Al fin y al cabo, todavía no hemos comprobado que la supuesta contraseña encontrada en el telescopio sea correcta —. No terminó su historia en la última comunicación —añado.

—Posiblemente conozca lo que pasó.

—Preferiría saberlo de primera mano. Por favor —le insisto.

—Está bien, Francis —accede—. No hay nada que seguramente no sepa ya. El proyecto del acelerador de partículas SSC fue cancelado por el presidente Clinton.

—Por la Cámara de Representantes, realmente —le interrumpo.

—Por casi todos, incluyendo tanto demócratas como republicanos. No puede decirse que Bill Clinton se esforzara demasiado en impedir la tragedia. De todas formas, ya han pasado muchos años. Yo era un simple estudiante entonces.

—Pero ustedes desaparecieron pocos años después —le digo—. ¿Qué pasó? ¿Por qué renegaron de su proyecto? ¿Dónde fueron? ¿Dónde está?

—A las últimas preguntas ni quiero ni puedo contestar. Las otras son más sencillas —me dice—. En los estudios de diseño y construcción del SSC habíamos supuesto valores máximos de energía alcanzables en consonancia con la tecnología disponible en aquellos años. Optimistas, incluso. Entonces vino el descubrimiento que lo cambió todo. De golpe y casi sin querer, teníamos la tecnología para alcanzar energías asombrosas. Nuestros objetivos dieron un vuelco. La generación de una gran cantidad de «materia extraña» estaba perfectamente a nuestro alcance y, por extensión, la recreación de una pequeña supernova. Polvo de estrellas a partir de un minúsculo Big Bang. Por supuesto, nada de esto llegó a saberse. Los políticos nunca lo habrían entendido.

—Entiendo lo de los políticos, siempre comprensivos, pero sigo sin entender su renuncia. ¿Fue por dinero?

—Absolutamente no, amigo mío —afirma tajante—. Fue por simple prudencia. ¿Cómo confiar en esos mediocres? Durante los meses siguientes nos centramos en el estudio histórico de las supernovas, intentando comprender sus mecanismos para producir «materia extraña». El profesor Schwitters había oído hablar de un antiguo volumen donde aparecían reseñas de las dos últimas supernovas de nuestra galaxia. El problema, como usted ya sabe, era comprenderlo. Estaba cifrado. Estudiamos la historia del pergamino, igual que ha hecho usted. Copiamos el volumen en Yale. Pagamos al mejor ladrón de entonces, un divertido sinvergüenza que compraba y vendía mapas antiguos, para que se hiciera con un extraño pliego en blanco en la biblioteca Beinecke, que conocía como la palma de su mano. Como a usted, nos llevó a Tycho Brahe, a su isla observatorio de Ven, y a su discípulo Johannes Kepler. Hallamos la clave de cifrado polialfabética, pero no teníamos la correspondencia de caracteres. Viajamos a Roma con nuestro peculiar ladrón de guante blanco y la intención de registrar a fondo las bibliotecas jesuitas. No le costó mucho hacerse con la lista de lectores del *Manuscrito Voynich*. Para nuestra sorpresa, el pliego que faltaba resultó estar en nuestra propia casa por aquel entonces. En el MIT. Ahí lo encontramos, abandonado por el gran Georges Lemaître. Cerramos el círculo. No sabemos si llegó a leerlo o utilizarlo, puede que simplemente le interesaran los terremotos, como a sus doctos amigos jesuitas. Y ahí tuvimos que detenernos.

—¿Por qué? ¿No tenían tanta energía? —bromeo con prudencia.

—Nos asustamos. Especialmente el director Schwitters, mi mentor.

—Supongo que fue tras traducir, al fin, el manuscrito —le interrumpo brevemente.

—Supone bien. Ya ha podido leer por usted mismo lo que hay de interés dentro de ese extraño compendio de secretos de Tycho Brahe y Johannes Kepler. Una aparente asociación entre las supernovas y los terremotos que iba más allá de una predicción astrológica. Cotejamos fechas con otras supernovas más antiguas y, en efecto, la correlación entre ambos fenómenos era inequívoca.

—Sí, nosotros... Yo también hice las mismas verificaciones —digo algo confuso.

—A Schwitters le entró el pánico. De haber construido el SSC, y de haberlo hecho funcionar con las energías calculadas, habríamos podido producir una auténtica catástrofe. No hubiéramos tenido control sobre la «materia extraña» generada. Decidió ocultarlo todo, absolutamente todo. En primer lugar, la documentación no conocida del SSC. Recurrimos al mejor *cracker* que encontramos en el MIT, su amigo Ray Sullivan. Aceptó el encargo y prometió silencio. Fue idea mía cifrar toda la información de la misma forma que había hecho Tycho Brahe. Si nadie había podido reventar ese código en tantos años, nadie seguramente podría hacerlo nunca. Schwitters estuvo conforme, pero quiso añadir una clave adicional. Solo él sabía la contraseña y solo él conocía el contenido crítico de la documentación. Ocultamos igualmente los pliegos del manuscrito. Uno fue con el bien pagado Ray Sullivan. Vivía escondido como una rata. El otro fue con Tycho Brahe, el padre del excepcional cifrado. Todo esto ya lo sabe usted.

—Entonces, Henry —le digo llamándolo por su nombre falso—, después de aquello se ocultaron ustedes también.

—En efecto, Francis. Una vez que todo quedó oculto, nos ocultamos nosotros también. Hasta ahora. Siéntase un privilegiado.

—Sin embargo, el plan ha tenido una grieta —añado.

—Desgraciadamente, así es. Ahora tiene que ayudarme. Estoy viejo y solo.

—Dígame qué quiere que haga. Y por qué quiere que lo haga. He perdido mucho en este viaje —le contesto, refiriéndome a mis amigos.

—Quiero que mate a Ray Sullivan antes de que sea demasiado tarde.

—Está loco, amigo.

Corto la comunicación de inmediato.

—¿Hola? ¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos mensajes de alarma?

Es Ray. Al fin ha aparecido.

Alice está preparando el café para ambos. Acude a mi llamada.

—¿Estás bien? —le pregunta.

—De momento, sí —contesta—. ¿Estáis juntos?

—Sí. Tienes que venir con nosotros. Lo antes posible.

—Dame una buena razón para eso, Alice. No puedo arriesgar mi pellejo por nada.

Alice escribe una cifra mareante en la pantalla. «¿Tanto dinero gana la directora general del CERN?»

—Es una razón excelente, directora. ¿Dónde nos vemos? —responde Ray aceptando la cantidad de manera implícita—. Y, ¿cuándo? Porque voy a necesitar romper un protocolo de máxima seguridad para sortear las trazas del *Alfa* y eso, además de costoso, lleva su tiempo.

Alice me mira. Ya no tenemos nada que hacer en Los Ángeles. Y no hay tiempo para alfombras rojas.

—Vamos a Chile —propone finalmente Alice.

—¿Por qué Chile? —pregunto yo extrañado.

—Porque hay un enorme desierto allí. Y, además, las frecuencias de transmisión y recepción de los dispositivos electrónicos están muy controladas por los científicos alemanes. Iremos a Atacama. A visitar «ALMA».

Me extraña la elección, pero no tengo nada que objetar. Quien paga manda.

—De acuerdo —responde Ray al otro lado de la red profunda—. Pero os advierto que cerca no estoy. En cuanto pueda os envío un nuevo *firmware* para adaptar los *Alfas*. Con esta versión no deberíais de tener problemas en las fronteras.

—Gracias Ray —le digo—. Pero salir de aquí es lo más fácil. Están deseando echarnos —añado.

2. *Cracker*, en ocasiones *white cracker* (cracker blanco) o *cracka* es un término que se emplea en inglés para referirse con menosprecio a personas de raza blanca. Nota del Autor. Fuente: *Wikipedia*.

ATACAMA

Hemos viajado por separado a Chile. Yo he sido el primero en llegar, directamente desde San Francisco. Lo hice ayer. Ahora estoy esperando a Alice, que ha vuelto a Europa para solucionar unos asuntos en Ginebra y volaba a Santiago de Chile desde Madrid. Ray está en paradero desconocido, pero, según él, paradero seguro. Tenemos que reunirnos mañana con él.

En el desierto chileno de Atacama se encuentra el observatorio astronómico de ALMA. Es un conjunto de casi cien radiotelescopios, de un tamaño considerable —entre siete y doce metros de diámetro de plato cada uno—, y que desde el año 2013 observan el cielo en distintas longitudes de onda. Hasta que se termine el costosísimo e inmenso «Telescopio Extremadamente Grande» —en el desierto de Paranal, cerca de otros enormes telescopios de más de ocho metros de diámetro—, ALMA tiene el honor de ser el telescopio más caro y ambicioso construido por la Ciencia. Eso tras el fiasco del «Telescopio de Treinta Metros» estadounidense, cancelado al igual que ocurriera con el acelerador SCC por las presiones del gobierno Trump Jr. en la Cámara de Representantes. La historia, por desgracia, se repite en muchas ocasiones. Normalmente, en sus peores episodios.

Alice acaba de llegar. Asoma sonriente por la zona de tránsito rumbo a la salida. Miro a través de la cristalera. Funcionarios chilenos, asesorados por sus colegas alemanes, revisan su pequeño equipaje y le franquean el paso con amabilidad. Me da un abrazo cuando llega hasta mí.

—Hola tontorrón —me dice—. ¿Cansado?

—No, mi trayecto era el más corto. Nos alojaremos en un hotel junto al aeropuerto. En cuanto aparezca Ray habrá que volar hacia el norte.

—Alquilaremos un avión privado. Hay más de mil kilómetros de distancia —me dice Alice resuelta—. Podemos pagarlo.

—No hables en plural, Alice. Mi saldo de crédito es negativo. No tengo ni para un billete de metro.

—Ya sabes que yo corro con todos los gastos. Tuyos y de Ray.

Ya en el hotel echamos un vistazo en las tabletas a nuestro destino. ALMA está situado algunos kilómetros al sur de la frontera de Chile con Bolivia. La elección de su ubicación no es casual. La zona de San Pedro de Atacama, junto al altiplano de Chajnantor en el que se han instalado las parábolas, se considera la más seca del mundo. Apenas un litro de precipitaciones al año. Y a más de cinco mil metros de altitud donde, con ese entorno frío y seco hasta el extremo, las señales de las ondas de radio llegan nítidas desde el espacio, sin pérdidas por la absorción atmosférica.

—No parece muy distinto en cuanto a organización y personal a mi querido CERN alpino—me dice Alice.

—Posiblemente no. Aunque la inesperada salida estadounidense del consorcio internacional a

los pocos años de entrar en funcionamiento fue un golpe muy duro en lo económico —respondo—. Se mantiene operativo a duras penas.

—Eso, aunque malo, nos beneficia en algo —me dice—. Menos controles, menos explicaciones, menos *Alfas*. Las diferencias geopolíticas con los sucesivos gobiernos alemanes también nos ayudan.

—Sigue mirando —le apremio.

—ALMA, desde su puesta en marcha, ha conseguido grandes avances en la comprensión de la formación de estrellas y planetas. Otra gran ventaja añadida de su ubicación en el hemisferio sur es que hay muchos objetos celestes importantes en el cielo austral para mirar, como el centro de nuestra galaxia y las más cercanas Nubes de Magallanes.

—¿Algo menos técnico y más divertido? No sé, ¿cómo están de bares por allí?

—Para mí, sí —confiesa Alice, ignorando mi segunda pregunta, sin duda de largo más importante—. La estrella más fantástica que se puede estudiar hoy en día en nuestra galaxia: Eta Carinae.

—¿Eta Carinae? —pregunto sin saber muy bien a qué se refiere mi amiga—. Una llamada entrante en mi *Alfa* interrumpe mi pregunta.

—¿Es Ray? —pregunta Alice.

En efecto, Ray ha llegado antes de tiempo. O cuando tenía que llegar porque, posiblemente, no ha sido muy sincero con nosotros respecto a sus planes de viaje. No se lo reprocho. Es más, tal y como están las cosas, ha actuado correctamente y de la forma más prudente posible.

—Vamos a buscarlo al aeropuerto —me apremia—. Quizá podamos salir hacia Atacama esta misma noche. Incluso antes.

No entiendo las prisas, aunque, posiblemente, estaremos más seguros allí.

—¿De dónde vendrá? —me dice Alice, mirando los paneles informativos.

—Ni idea —le respondo—. Habrá que esperar. Igual aparece disfrazado del *Joker*.

Pero no. Una voz conocida se escucha a nuestras espaldas.

—¿Alice? ¿Francis? Hace rato que os aguardo —nos dice, al tiempo que me abraza efusivamente.

—No sabíamos de dónde venías, ni cuándo —le dice Alice, que no parece sorprendida de volverlo a ver tras tantos años. Ni un beso, ni un abrazo para ella. Un frío apretón de manos.

—Ni lo sabréis —contesta con una media sonrisa, más avejentado que cuando lo vi en Praga, y eso era mucho ya—. Venga, vámonos de una vez.

—Esperad —les digo—. Volvemos a estar juntos los tres. ¿No tendríamos que hacer algo ahora?

Se miran extrañados. Y yo a ellos. Tengo la sensación de que no los conozco. Que dejé de hacerlo hace muchos años.

—¿No tomaremos unas cervezas en recuerdo de Phil? —los animo.

Se encogen de hombros. Ray es el primero en aceptar, pero por su cara deduzco que las cervezas le motivan más que la memoria de su amigo.

—Vamos entonces —concede Alice—. La compañía de jets tendrá preparado el avión dentro de un par de horas. Tenemos tiempo. Pero sin borracheras, Fran —añade.

—No te preocupes, no permitiré que lo hagas —contesto con media sonrisa.

—Me refiero a vosotros —contesta ella ahora, algo agria.

En uno de los restaurantes del aeropuerto comemos algo ligero y tomamos las susodichas cervezas. Casi no hablamos entre nosotros.

Algo no funciona bien, pero no puedo saber qué.

El pequeño jet privado es un lujo al alcance de muy pocos. Ray está entusiasmado como un niño y yo tampoco puedo disimular mi emoción. Alice no para de hablar durante el viaje con sus colegas del CERN, ignorándonos tanto a Ray como a mí.

—¿Tienes acceso en vuelo a la red profunda? —le pregunto, para ir ganando tiempo con la traducción.

Ray lo intenta y me contesta de forma negativa.

—No —me dice—. Se corta mucho y los procesos se interrumpen. Necesitamos una línea más estable y un cortafuego específico. Tampoco me fío de la conexión de la aeronave. Está llena de agujeros.

—Espero que te refieras a la conexión y no al avión —digo, al tiempo que miro por la ventanilla. El paisaje según nos acercamos a Atacama es ocre, triste y seco. Ni una planta. «Esto apunta a diversión de la buena», me digo con ironía.

Alice por fin ha dejado de hablar por el *Alfa*. No tarda más de cinco minutos en dormirse. Tengo que aprovechar la ocasión. Aterrizaremos en media hora.

—Ray —le digo—, esta vez has de tener más cuidado que nunca.

—Siempre lo tengo —contesta—. Solo quiero acabar con esto de una vez, cobrar todo el dinero que me ha prometido Alice y desaparecer.

—¿No tienes más clientes? —le espeto.

—Es secreto profesional —me replica—. Alice tendrá lo suyo, por supuesto. Lo que haga además con la información que obtengamos es solo cosa mía.

—No te juzgo por ello —continúo con el improvisado interrogatorio—, pero hay gente que no es de fiar. Acuérdate de Phil. Tu vida no valdrá nada si esos antiguos documentos del llamado grupo del desierto de Austin ven la luz.

—Ellos me pagaron. Y muy bien, por cierto. No les tengo miedo.

—Ray... Ellos quieren que te mate. Para que nada se sepa.

Ray sonrío.

—No te preocupes y ponte en la fila. Mucha gente quiere verme muerto. De ti me fío, pero de ella —me dice señalando con la cabeza el pequeño cuerpo enroscado de Alice—, no tanto. Mírala —continúa—, parece una serpiente.

Hago un gesto de desagrado y dejo de hablar. El pequeño avión ha comenzado su descenso y el cambio de presión acaba despertándola.

Hemos aterrizado en un pequeño aeródromo a las afueras de San Pedro de Atacama. Un todoterreno alquilado desde Santiago nos espera junto a la escalerilla del avión.

Qué bueno tiene que ser que siempre te sobre el dinero.

Ray parece adivinar mi pensamiento y mueve la cabeza sonriendo.

—¿Quién conducirá? —pregunto. Hacía tiempo que no me veía en este problema. Ya quedan pocos coches que no sean autónomos.

—Yo, por supuesto —contesta Alice—. Sé dónde tenemos que ir.

Alice activa el navegador con destino al llamado Centro de Operaciones de ALMA. Subimos un poco, hasta los 2.900 metros de altitud, aunque todavía lejos de los 5.100 metros a los que se encuentran las decenas de receptores. Allí nos encontramos varios edificios funcionales, hangares de reparación, oficinas y, en general, instalaciones técnicas de servicios. También una pequeña residencia donde Alice ha reservado alojamiento para nosotros tres. Una enorme antena recién

montada espera ser transportada al Llano de Chajnantor para ser colocada junto a sus hermanas. Una grúa descomunal la deposita cuidadosamente en una especie de camión adaptado de dimensiones también grandiosas. Casi todo alemán. Además, hay un gran edificio completamente dedicado al procesado de los datos, que alberga los sistemas electrónicos que permiten transformar la señal que llega desde el cielo en una señal digital. En este edificio y en sus anejos se llevan a cabo la operación científica y la investigación pura y dura.

Entramos en él.

—No es como el CERN —protesta Alice.

—No —replico—. No hay tantos camareros ni tanto dinero. Es más... incómodo —me atrevo a decir—. Espero que no eches de menos tu edredón de plumas de ganso para dormir, ni el paté de oca para desayunar.

Alice me mira con gesto adusto.

—Es perfecto así —interviene Ray—. El *Alfa* funciona bajo mínimos —dice, mirando su dispositivo de muñeca que parpadea despacio, con desgana—. Supongo que todas las instalaciones tienen algún tipo de control de radiación electromagnética en las frecuencias de trabajo, para prevenir interferencias.

—Y allá arriba, ni les cuento.

Un hombre se acerca hasta nosotros. No puede ser ni un vigilante ni parte del personal de seguridad. Es muy mayor para eso.

Y, además, se mueve en silla de ruedas.

—Bienvenidos a ALMA —nos dice, haciendo un esfuerzo por alcanzarnos la mano, que nos apresuramos a estrechar—. ¿Han tenido un buen viaje?

—Perdón, pero... ¿nos esperaba? —pregunto extrañado.

—Claro. Nos conocemos, señor Davies —contesta—. Aunque hasta hoy todavía no en persona. Encantado de tenerles aquí.

Estoy bloqueado. Alice nos ha traído deliberadamente a la boca del lobo. Ray pone cara de extrañeza, pero ella sonrío.

—Alice Johansson —se presenta—. Tenía muchas ganas de conocerle, Henry.

—La mismísima directora del CERN. Todo un honor para nosotros.

—Y yo Ray Sullivan. Un simple informático —añade el propio Ray.

«Mierda. Si lo ha reconocido, es hombre muerto».

Pero el viejo no parece inmutarse. Además, su capacidad de acción parece muy escasa. Creo que a Ray le bastará con vigilar las bebidas y los bolígrafos de punta fina.

—Me debes una explicación —le digo por lo bajo a Alice, que ahora se limita a sonreírme de forma burlona.

—Todo a su tiempo —termina contestándome—. Ahora, veamos qué nos cuenta este buen señor.

Henry Young nos invita a seguirle. Pasamos a una gran sala repleta de monitores. Una docena de personas controlan las operaciones. Nuestro anfitrión habla con entusiasmo.

—Quizá se pregunten qué es ALMA exactamente, aunque la doctora Johansson lo sabe bien —comienza, aludiendo a mi amiga—. Pueden leerlo allí —continúa, señalando un panel informativo—. Y muy bien explicado. El «*Atacama Large Millimeter Array*», más conocido por la abreviatura de «ALMA», es un telescopio de vanguardia para estudiar la luz de algunos de los objetos más fríos del Universo. Esta luz tiene longitudes de onda de alrededor de un milímetro, entre el infrarrojo y las ondas de radio, por lo que se conoce como radiación milimétrica. ALMA está compuesto en la actualidad por más de noventa antenas de alta precisión, repartidas a

distancias que pueden alcanzar los quince kilómetros. Actúan conjuntamente como un solo telescopio, formando un gran interferómetro.

—¿Por qué es de interés la radiación en ondas milimétricas? —pregunta Ray ciertamente intrigado.

—La luz en estas longitudes de onda proviene de grandes nubes frías en el espacio interestelar, a temperaturas solo unas pocas decenas de grados por encima del cero absoluto, y de algunas de las galaxias más tempranas y distantes del Universo. Los astrónomos pueden usar dicha luz para estudiar las condiciones químicas y físicas que se dan en estas nubes moleculares, densas regiones de gas y polvo donde están naciendo nuevas estrellas. A menudo, estas regiones del Universo están oscurecidas y permanecen ocultas en el rango visible de la luz, pero brillan con intensidad en la parte milimétrica. De ahí su interés. ALMA es el telescopio más poderoso que existe. Estudia los componentes básicos de las estrellas, los sistemas planetarios, las galaxias y la vida misma. Proporciona a los científicos imágenes detalladas de estrellas y planetas naciendo en nubes de gas cerca de nuestro Sistema Solar, y detecta miles de galaxias distantes en formación en los límites del Universo observable, que vemos tal y como eran hace unos diez mil millones de años, muy poco después del Big Bang.

—¿Qué nos puede contar de la estrella Eta Carinae? —le interrumpe Alice, con la mal disimulada intención de ir al asunto de su interés.

Henry Young sonríe.

—Dejaremos las explicaciones sobre nuestra hermosa supernova en ciernes para mañana, doctora Johansson. Ahora estoy muy cansado y tengo que volver a la residencia a por la medicación. Les aconsejo que descansen ustedes también —añade—. Han debido de tener un viaje muy largo y les va a costar aclimatarse a la altura para poder dormir. A las seis se sirve la cena. Sean puntuales, por favor.

—De acuerdo. Usted manda aquí —contesta resignada Alice—. Iremos a asearnos un poco y a cenar.

—Nos vemos mañana entonces a la hora del desayuno. Yo tengo la costumbre de cenar en mi habitación —se despidió el anciano.

—Hasta mañana —le despedimos al unísono Ray y yo. De momento, mi amigo está entero de una pieza.

—Y bien, mi querida amiga, ¿me vas a contar a qué diablos estás jugando?

Ray está en su habitación preparando los dispositivos y los cortafuegos de conexión a la red profunda. A las diez intentaremos llevar a cabo la traducción con la contraseña hallada en el telescopio Hale de Monte Palomar. Mientras, estoy a solas con Alice en la mía.

—Es un experto en supernovas —me dice por toda respuesta.

—Eres una mentirosa —contesto yo—. Sabes perfectamente quién es.

—Sí —responde—. Y además es el único miembro del grupo de investigadores que concibió el acelerador SSC y que sigue entre nosotros. Para alguien como yo —sigue— su experiencia no tiene precio.

—Es algo más que eso —le replico—. Es un asesino.

—Por favor, Francis. Hablas demasiado con Ray y no te sienta bien.

—Me pidió que le matara.

—¿Por qué habría de hacerlo? —pregunta Alice, incrédula.

—Para preservar el secreto de lo que vamos a descubrir esta noche.

—Muy seguro te veo de ello, Francis. Además, ¿cómo iba a matar ese anciano inválido a nadie? ¿Estrangulándolo con hilo dental? A no ser que tú lo hagas por él, claro.

—No lo voy a hacer, tranquila —digo con sinceridad—. Pero imagina que haya puesto algo en la cena de Ray.

—Estás más loco que él. Por cierto, ¿dónde está nuestro majara particular?

No hace falta ir a buscarle. Ray está llamando a la puerta.

—Tienes buen aspecto, Ray —le dice Alice franqueándole el paso.

—¿Por qué iba a estar mal? —pregunta este.

—No lo sé. Francis se preocupa mucho por ti.

Ray me mira y niega con la cabeza. No parece muy afectado por las amenazas. Al menos, no por ahora.

—¿Empezamos? —nos pregunta—. Tengo todo listo en mi habitación.

—Vamos allá —responde por los dos una entusiasmada Alice.

Ray ha activado una protección específica en la red profunda. No hay más nodo de acceso que el nuestro. Necesita reubicar la documentación cifrada para activar la contraseña.

—Tardo un par de minutos —nos dice, tecleando a velocidad de vértigo—. Ya está casi listo.

La pantalla empieza a escupir caracteres latinos sin ningún sentido. A los dos minutos, como había anticipado Ray, se detiene.

—Dadme los números de la contraseña —nos pide.

—Dos, dos, seis, uno —le dicto.

Ray introduce los números con el teclado.

—Veamos ahora —murmura.

—¿Y? —Alice está impaciente.

—Qué raro... —contesta—. No tiene sentido. Nada tiene sentido.

Alice me mira.

—Tal vez la lógica aplastante de Francis nos haya aplastado —dice molesta—. Esos números eran solo una suposición.

No la escucho. Tengo los ojos fijos en la pantalla. Los caracteres latinos siguen apareciendo, pero sin orden alguno. O eso creo.

—Detén el volcado de pantalla, por favor —le pido a Ray—. Mirad. Se repiten algunos patrones. Señalo tres líneas en las que aparece la misma cadena alfanumérica.

—«YBACUO» —lee Ray—. Y aquí también se repite una cadena más larga: «BISRCACUO».

—Cierto —interviene Alice, que parece volver a recuperar la fe en mí—. En esta página se puede leer dos veces también una palabra más larga: «HGTLBACACUO».

—Todas las palabras que se repiten acaban en «CACUO» o simplemente «CUO» —apunta Ray—. Tiene cierta semejanza visual con los sufijos del *voynichés*.

Sonríe.

Acabo de mirar *Wikipedia*.

—Por favor, Ray. Quita el traductor latino —le pido.

—¿Qué?

—Que te has dejado activado el traductor automático de latín a inglés. Y el texto está escrito directamente en inglés con los caracteres cifrados del *Voynich*. Las palabras que estamos viendo repetidas no son tales, son simples fórmulas químicas. Por eso no se corrompen con el programa de traducción.

—¿Fórmulas químicas? ¿De qué? —pregunta Alice.

—Superconductores de alta temperatura, qué si no —respondo a Alice con aire triunfal.

Tenemos descifrados los documentos del grupo de Austin. Al completo.

Llaman a la puerta. Nos miramos extrañados. Nadie nos conoce aquí salvo los pocos empleados de la residencia. Y estas no son horas de molestar.

Además del extraño viejo.

Abro la puerta. Está plantado de pie enfrente de mí junto a la silla de ruedas.

—¿Puedo pasar?

—Claro. Esta es su casa —le digo con aire irónico—. Pase y siéntese.

Se ríe de la broma. Y se sienta de nuevo en su silla. Acciona el arranque de la batería y entra, dirigiéndose directamente a la pantalla que muestra la traducción de los que fueran sus documentos. O, más precisamente, los documentos del profesor Schwitters.

—Uso la silla por cansancio —se justifica—. Me rompí la cadera el año pasado y, aunque soldó bien, prefiero la comodidad que me proporciona este vehículo. ¿Puedo mirar?

No hace falta que le demos permiso.

—Al fin. Nunca supe la composición exacta. El profesor Schwitters jamás me la reveló —explica—. La guardó para él tras encontrarla aquel fin de semana sin contar conmigo. Pura alquimia. Infinita casualidad. La piedra filosofal del siglo XXI.

—Hemos deducido que se trata de superconductores —le interrumpo—. Superconductores de alta temperatura.

—En efecto amigos —nos dice—. Para fabricar los electroimanes del SSC necesitábamos nuevos materiales. Capaces de crear campos magnéticos infinitamente mayores de lo que la tecnología de ayer y hoy es capaz. Direccionar los haces de partículas dentro del acelerador de forma más precisa y con una energía muchísimo mayor. Eso solo se podía conseguir haciendo circular enormes corrientes eléctricas por materiales que no presentaran resistencia al paso de los electrones ni pérdidas de energía. Los limitados materiales superconductores de hace tres décadas obligaban a utilizar impensables volúmenes de líquidos criogénicos, algo costoso e ineficaz. La clave está en los imanes, no en los agujeros.

Henry repite la frase que me dijera tiempo atrás.

—El secreto del diseño del SSC no era tanto su tamaño, sino sus electroimanes —continúa explicándose—. El coste de los túneles apenas llegaba al diez por ciento del presupuesto total. El gasto principal eran los imanes, por eso nos volcamos en su investigación. Pero no llegamos a tiempo. Los políticos se asustaron con los grandes números y cancelaron el proyecto.

—¿Cuál de todos estos es el bueno? —pregunto con cierta ingenuidad, abrumado por la cantidad de anotaciones y fórmulas aparentemente iguales.

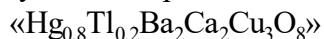
—La familia de los óxidos de cobre es muy grande. El primer grupo en hacerse famoso fue el del «YBaCuO», óxidos de cobre con ytrio y bario. Con ellos se habían superado los 77 grados por encima del cero absoluto de temperatura crítica, la temperatura a la que licúa el nitrógeno. Setenta y siete Kelvin. En 1987 se descubrió este otro cuprato.

Señala en la pantalla la fórmula «YBa₂Cu₃O₇». Luego continúa hablando.

—Es la combinación mágica de un compuesto que se hacía superconductor por debajo de los 93 Kelvin. Durante unos años pareció que todo iba a ser coser y cantar. Al año siguiente, en 1988, se comprobó que otro compuesto podía conducir la corriente eléctrica sin resistencia por debajo de una temperatura 110 grados por encima del cero.

Ahora señala la fórmula del «Bi₂Sr₂Ca₂Cu₃O₁₀».

—En el año 2000 alguien acertó a sintetizar otro óxido de cobre superconductor, en este caso con una temperatura crítica de 138 Kelvin, ya solo a 135 grados del punto de fusión del agua. Es —y señala la pantalla—, este de aquí:



—Como ven, las fórmulas se complicaban, aparecían nuevos átomos en las estructuras cristalinas, la estequiometría se retorció con varios decimales. Primero calcio, luego bario, estroncio, bismuto o mercurio en distintas proporciones. No hacíamos nada diferente a Tycho Brahe o a tantos otros. Buscábamos la piedra filosofal moderna. La composición mágica.

—¿Cómo hallaron el compuesto final? —pregunta Alice, absorta en las explicaciones de su colega.

—Añadimos tierras raras en distintas proporciones. Se comportan de forma muy extraña en determinadas estructuras cristalinas. El ytrio era la clave, aunque es magnéticamente neutro. Pero no el terbio, el disprosio o el gadolinio. La pista fundamental nos la dio el neodimio, el componente fundamental junto con el boro y, por supuesto, el hierro, en los grandes imanes permanentes. Aquí aparecen más de cincuenta ensayos diferentes.

Señala una página completamente llena de fórmulas y gráficas de temperaturas.

—Poco a poco subía la temperatura crítica, pero estábamos todavía lejos. Hasta que un lunes el doctor Schwitters, mi director, me despertó muy de mañana. Cuando llegué a su despacho había proyectado en la pared una curva increíble. Aquel compuesto sin identificar perdía toda resistencia a la corriente eléctrica por debajo de cuatro grados centígrados. Imagínense. Podíamos obtener superconductores enfriando ese material solo con agua fría. O abriendo la ventana en invierno —suspira, para luego añadir—: Está en la última página de la documentación descifrada. Hoy la he visto por primera vez. Y ustedes, tal vez, por primera y última vez.

—¿Va a matarnos ahora? —le pregunto. Ray y Alice se han quedado pálidos. Y no será porque yo no les haya advertido del peligro del sujeto.

—Mañana decidiré quién sobrevive y quién no. Los tres han cenado lo mismo, así que lo he tenido sencillo. El antídoto es muy eficaz, pero siento que no haya para todos.

«A veces odio mi intuición. Mi lógica y maldita intuición».

—Por cierto —añade antes de salir de la habitación—, los *Alfas* están, lógicamente, bloqueados. Es normal aquí. Nadie se extraña de ello.

—¿Tú crees que la amenaza va en serio? —me pregunta Alice.

—Puede que sí, puede que no —contesto—. Pero me inclino por el sí.

—¿Alguno siente ya algo? ¿Palpitaciones o mareos? ¿Dolor de cabeza? —es ahora Ray quien pregunta.

Alice y yo negamos con la cabeza. Pero la química hace milagros, o produce pesadillas. De las dos cosas hemos tenido un buen ejemplo esta noche.

—Tal vez nos haya echado un poco de simple mercurio —intento quitar hierro al asunto, un metal más de andar por casa—. Como Kepler a Tycho Brahe.

Alice sonríe forzosamente, pero Ray me sigue la broma.

—Creo que nos ha puesto en las cervezas pastillas azules —dice extrañamente eufórico—. Alice, por cierto, hoy estás muy guapa.

La mirada de esta lo atraviesa, fulminándolo. Un rayo cósmico no lo habría hecho mejor. No creo que la última voluntad de Alice, si la tiene, sea mantener sexo con Ray. Yo también descarto de plano mantener relaciones con Ray.

—Dejaos de tonterías —por favor—. Estamos metidos en un problema muy gordo. Francis —ahora se dirige a mí—, ¿qué podría hacer cambiar de idea a este loco para que nos perdone la vida?

—La tortura no creo —le respondo escéptico—. No le queda mucho. Y, además, como dijo el sabio, no habría muerto en vano. Su secreto se irá con nosotros.

—Podemos amenazarle con divulgarlo —tercia Ray—. Abrir la red profunda y que cada uno coja lo que quiera, *Manuscrito Voynich* y tecnología del SSC incluidos.

—No creo que sea prudente eso —respondo—. Todavía no sabemos exactamente qué quiere. Tal vez salgamos todos vivos de este desierto chileno. De momento, os propongo intentar descansar hasta mañana. Quizá se levante compasivo.

—De acuerdo —dice Alice—. Si no duermo algo ya, me moriré sola sin ayuda. Me voy a mi habitación.

—Hasta mañana —la despedimos al unísono.

Ray también se marcha a descansar. Me quedo solo.

Obviamente, no voy a poder pegar ojo.

«Tal vez sea mi último día en este mundo cruel».

—Buenos días, ¿han descansado bien?

—No —me adelanto a contestar al viejo Henry Young, que acaba de aparecer en la cafetería del edificio de operaciones—. ¿Para qué vamos a engañarle?

—No me juzguen mal, no pretendía burlarme.

—Para no querer burlarse, lo disimula bien —añade Ray.

—No sean rencorosos. Vamos a tomarnos el desayuno con tranquilidad y luego quiero que vean conmigo algunas cosas realmente interesantes. Tenemos tiempo.

—¿Cuánto? —se apresura a preguntar Alice.

—El suficiente, doctora. El suficiente.

Henry Young desayuna con una parsimonia exasperante. Nosotros esperamos sin saber qué hacer o decir. Otros trabajadores de ALMA intercambian saludos y bromas. El día es radiante, no hay ni una nube en el cielo. A nosotros nos sorprende el azul transparente. A ellos, como es natural, no. Aquí no llueve nunca. No lo haría ni cantando yo.

—Ya he terminado con mi mejor momento del día. Vayamos a mi oficina.

Con la misma parsimonia con la que ha tomado su café con tostadas, rueda hacia uno de los habitáculos al otro extremo del gran edificio. Parece que no vayamos a llegar nunca.

—Adelante. Pónganse cómodos.

Acomoda su silla de ruedas lentamente delante de un ordenador encendido. Sin embargo, sus dedos vuelan ágiles sobre el teclado. Una serie de imágenes llenan al momento las pantallas.

—¿La reconoce, doctora?

Se dirige directamente a Alice.

—Supongo que es Eta Carinae —responde—. Aunque esas imágenes tomadas en longitudes de onda milimétricas no están muy definidas.

—No están terminadas de procesar —se justifica—. La de la izquierda es de hace una semana. La última de la derecha está tomada ayer mismo.

—Ha cambiado. Y mucho —dice Alice.

—Sí. De forma espectacular... e inquietante.

—¿Qué tiene de especial esa estrella? —interrumpo su diálogo.

Henry mira a Alice y ambos parecen condescender en explicarnos algo más. Mi amiga toma la palabra.

—Eta Carinae es una estrella supermasiva. No estamos hablando de que tenga una masa doble o triple que la del Sol. No. Se calcula que esta estrella azul tiene entre cien y ciento cincuenta veces la masa solar. Un auténtico fenómeno estelar. Un verdadero monstruo.

—Así es —continúa el viejo Henry—. Con el pequeño detalle añadido de que es una estrella vecina. Está en nuestra galaxia. A solo siete mil quinientos años luz de distancia. Su brillo es altísimo, cuatro o cinco millones de veces más radiante que el Sol. Y varía constantemente. Los astrónomos llevan décadas observándola. Y cada día nos sorprende con algo.

—Es muy joven para ser una estrella, pero ya tiene su propia historia. Por favor, profesor, corríjame si me equivoco en mis datos —ruega Alice, no sé si intentando ganarse el favor del viejo o, simplemente, por mera cortesía científica—. Fue anotada por primera vez cerca del año 1680 por Edmund Halley, el señor del cometa. Su brillo subía y bajaba cada vez que era observada. Cerca del año 1850 se convirtió en la segunda estrella más brillante de todo el firmamento, con el permiso de la estrella Sirio.

—Con la pequeña diferencia de que Sirio solo está a poco más de 8 años luz —añade Henry—. Prosiga Alice, lo está haciendo muy bien.

Alice carraspea. Le tiembla algo la voz.

—Poco más de cincuenta años después, alrededor de 1900, desapareció de la vista del ojo humano. Su brillo era entonces demasiado bajo. Pero ahora está volviendo a crecer de forma imparable. Se supone que estas oscilaciones en su luminosidad son debidas a eyecciones masivas de la materia que la componen.

—Eta Carinae consume su combustible más rápidamente que cualquier otra estrella conocida —vuelve a tomar la palabra Henry—. Con esa masa tan enorme, su vida será muy corta. No podrá soportar la enorme gravedad y colapsará sobre sí misma. Los cálculos dicen que una estrella así se convierte en supernova en solo tres millones de años desde su formación lo que, en una escala de tiempo estelar, es prácticamente nada.

—Resumiendo —soy yo ahora quien habla—, que estamos viendo una nueva supernova en nuestra Vía Láctea. La siguiente tras las observadas por Tycho Brahe y Johannes Kepler.

—No estrictamente —contesta Alice—. Eta Carinae todavía no ha colapsado. Al menos, todavía no lo hemos visto.

—¿Qué quieres decir? —pregunto. Me contesta Henry.

—Puede haberlo hecho ya. El viaje de su luz hasta nosotros es de siete mil quinientos años. Tal vez explotó en la época de los sumerios, quién sabe. Si fue así, lo sabremos pronto. Muy pronto.

—Aunque esta vez el espectáculo estelar sería mucho mayor —continúa Alice—. Eta Carinae es mucho más brillante y masiva que las precedentes, y puede que no se conforme con convertirse solo en supernova. Podríamos estar ante la primera hipernova de nuestra galaxia.

—En otras galaxias lejanas se ha observado alguna otra candidata. Si su masa es la suficiente, el monstruo colapsará gravitatoriamente en un agujero negro. Pero puede que no alcance esta fase, y solo se convierta en una estrella de quarks, de «materia extraña». Es fantástico, ¿no, Alice?

—Sería el mayor acontecimiento que cualquier ser humano podría contemplar en su vida.

—Además —continúa Henry—, junto con esa inmensa cantidad de radiación llegaría hasta la Tierra una gran cantidad de rayos cósmicos formados por «materia extraña».

—¿Corremos peligro? —pregunta un tembloroso Ray, como si el futuro de la candidata a supernova fuera más importante para nosotros ahora que el veneno que se extiende por nuestros

cuerpos.

—No lo sabemos. No tenemos ni idea —revela Alice—. Por eso hay que reproducir esa estrella en la Tierra. En los aceleradores. En uno suficientemente grande y potente como el malogrado SSC.

—Por eso me necesita.

Henry Young mira a Alice con algo parecido a ternura.

—Ayúdeme —le ruega Alice a Henry con voz trémula.

Mi amiga está llorando.

—Abra ese cajón de mi escritorio, doctora.

Alice hace lo que dice. Hay dos píldoras blancas. Nada más.

—¿Su medicación? —pregunta.

—No. La suya. Usted decide, doctora Johansson.

—¿Qué quiere decir?

—Yo no voy a decidir su destino. Nunca he matado a nadie y no sabría a quién elegir. Usted sabe de eso más que yo.

Alice me mira. Solo a mí.

—¿Qué significa esto, profesor? —pregunto alarmado.

—Utilice su lógica, Francis. Es usted famoso por ello. ¿Todavía no ha deducido cuál de los tres morirá?

—¿Alice? —le grito—. ¿Qué está pasando aquí?

Mi amiga tiene las pastillas en su mano. Introduce una en su boca y la traga sin pestañear. Tiende la segunda a Ray, que se apresura a tomarla también.

—No sufrirá, Francis —me dice el viejo—. No soy un sádico. Un par de horas y todo habrá pasado. Ahora —se dirige a Alice—, haga como en las malas películas y explíquele a su compañero la decisión tomada.

—No hay mucho que explicarte, Francis. El acuerdo con *Alpha Inc.* supone la financiación por su parte del resurgido SSC, que utilizaremos para aumentar nuestro conocimiento científico por el bien de la Humanidad.

—¿A cambio de qué? —pregunto enrojecido.

Alice baja la cabeza. Es Henry Young quien me contesta.

—Esa es una explicación tan benévola como sesgada, Francis. Cuando la Cámara de Representantes paralizó la construcción del gran acelerador, no todos los políticos apoyaron la decisión. Muchos lo lamentaron. Y guardo algunos viejos amigos entre estos que, aunque ya jubilados, se mueven bien por las cloacas de la Administración de Trump Jr.

—*Alpha Inc.* tiene un contrato astronómico con el Pentágono —se atreve a revelar por fin Alice—. Y nunca mejor empleado el adjetivo.

—¿El Pentágono? ¿Por qué? No entiendo nada.

—Los resultados experimentales obtenidos en Europa en los aceleradores de la doctora Johansson no han pasado desapercibidos. «Materia extraña» perfectamente controlada. Aunque con energías moderadas —explica Henry.

—¿No te has dado cuenta todavía, Francis?

Alice me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Supongo —digo acongojado— que se trata de utilizar el poder destructivo de la «materia extraña» generada. Algo así como un terremoto de alcance discrecional. Devastador.

Alice asiente, pero no puede hablar. Henry lo hace por ella.

—Exacto, Francis. El arma de destrucción masiva perfecta. Cada año hay miles de terremotos sobre la Tierra, y algunos son enormes. E inevitables. Una forma limpia, eficaz y discreta para acabar con el enemigo que pudiera esconderse en Bagdad o en Teherán, en Kabul o en Damasco. Da igual el lugar. Provocar una catástrofe natural de forma perversamente humana ya está a su alcance.

—Pero esa es... una idea monstruosa.

—Lo sé. Por eso paramos la investigación y escondimos todo. Y por eso voy a evitarlo aun a costa de mi propia vida.

—Ray, ¡mátalo! ¡Mátalo ya! Tenemos todo lo que nos hace falta.

Alice ha cambiado su cara. Ya no llora. Está enfurecida.

—¡Ray! —grita.

Ray está caído en el suelo preso de convulsiones. Alice se tambalea.

—Dije que alguno sobreviviría —confiesa el profesor con una amarga sonrisa—. Las toxinas estaban en las píldoras, no en la cena.

—¡Maldito loco!

Alice se abalanza sobre la silla del viejo con una cuchilla en la mano. Consigo desviarla, pero no lo suficiente. La hoja le produce un corte profundo en el cuello a Henry. Los tres estamos en el suelo envueltos en sangre.

Alice casi ya no puede respirar.

Aviso a los servicios médicos que atienden a los trabajadores de ALMA. Pero no pueden hacer nada por ellos.

«Estoy solo. Otra vez».

En medio del desierto.

NEW HAVEN. PARTE II

He vuelto al lugar del crimen. Del primer crimen.

Estoy enfrente de la cristalera que contiene la réplica del *Manuscrito Voynich*. En este sitio empezó todo.

Hoy hay más gente de lo que es habitual. Una excursión de turistas casi llena el gran salón de la Biblioteca Beinecke, aquí en la Universidad de Yale. El guía ha parado al grupo junto a mí. Me aparto para dejarles espacio y que puedan escucharle.

—Y este, señores, es el famoso *Manuscrito Voynich*. El libro antiguo más famoso del mundo. Nadie, en más de cinco siglos, ha conseguido entender lo más mínimo de lo que contiene.

Sonrío. Los turistas miran fascinados la vitrina que protege la copia del manuscrito. Luego se van por donde han venido. La biblioteca vuelve a quedarse casi vacía. Aprovecho para agacharme y mirar la moqueta debajo de la cristalera. Todavía sigue ahí, impregnando el tejido.

Sangre de Tom. Una pequeña mancha.

Tom. Tom y los *Alfas*...

«¿Y si...?»

Las cosas más sencillas en apariencia son las que habitualmente pasamos por alto. Una vez más. Todos estos meses y no había reparado en algo tan simple.

«El *Alfa* de Tom».

Yo me llevé su *Alfa*, y más tarde transferí su contenido a un nuevo dispositivo. Y luego a otro. Se sincronizan de forma automática a través de la nube, para no perder datos, contactos, música o imágenes. O videos.

Manipulo mi *Alfa* y descargo los videos. Cuando están en modo seguridad graban de forma autónoma. La llamada caja negra digital. Encuentro la fecha fatídica en que llegué aquí por primera vez.

Hay una grabación. Tom grabó su propia muerte.

Respiro profundamente antes de reproducirlo.

«Fue Ray».

—¿Qué hay, amigo? Hacía mucho que no lo veía por aquí. ¿Le interesa comprar algo más?

Es el mismo bibliotecario que me vendió el facsímil del manuscrito.

—No, gracias —le contesto a duras penas todavía anonadado—. Ya terminé mi trabajo. Y, además, tampoco tengo dinero para comprar nada.

—¿Terminó su trabajo? ¿Tradujo el manuscrito? —pregunta socarronamente—. Yo también terminé mi trabajo aquí, ¿sabe? Mañana empiezo contrato con los *Knicks*. Y tampoco voy a cobrarles.

Se aleja riendo mientras hace el gesto de lanzar a canasta.

Yo también me marchó. Aquí ya no hago nada.

Me alojo en el mismo hotel de New Haven. Hay una chica nueva en la recepción que no sabe nada de la suerte que corrió su antecesora, la estupenda Cathy. Tampoco quiero explicárselo. Le pido que me suban la cena y una botella de vino.

Ya veré como pagarlo.

Me tiendo en la cama y fijo la vista en el techo, intentando atar los cabos sueltos que todavía tengo en mi cabeza. Ray no solo investigaba sobre el manuscrito, también era el brazo ejecutor de Alice. Utilizaban una cuchilla para sus crímenes, lo que podía llevar a pensar en una relación con el grupo del desierto y su particular ladrón de mapas, jugando al despiste. Alice supo pronto de los documentos de sus colegas de Austin que Ray custodiaba, y lo manipulaba a su antojo. Hacía y decía lo que ella quería. Le hizo creer que le perseguían, que querían robarle sus hallazgos y sus secretos. Ray estaba trastornado y su mente era un caos absoluto, alternando periodos de lucidez con algunos episodios tortuosos de extrema fragilidad. Ya desde la universidad Ray tomaba una medicación tan agresiva como cara, y supongo que en los últimos años había tenido que recurrir a las drogas. Era imprevisible y en algunas ocasiones escapaba del control de Alice, volviéndose en su contra. Pero Alice manejaba mucho dinero, le pagaba las drogas, y decidía cuándo y a quién matar, siempre con el mismo propósito, acorralarme. Presionarme para que no abandonara, para que confiara en ella.

«Y lo consiguió».

Es obvio que era ella mi contacto con *Alpha Inc.*

Un sencillo distorsionador de su voz me dictaba las instrucciones, me ponía sobre aviso de lo que pasaba o, simplemente, me daba órdenes. Supongo que formaba parte de su trato con la megacorporación. Poder contratarme habría sido una de sus exigencias. Y manipularme con nuevos datos aquí y allá su forma de motivarme para que le guiara a su objetivo. Me conocía bien. *Alpha* se limitaba a poner los medios —y el dinero— para llevar a cabo sus propósitos. Incluso le facilitaba coartadas para el caso de que algo saliera mal. Mi grabación en la Biblioteca Beinecke ante el cuerpo de Tom, mis huellas aquí y allá —astutamente había replicado todo mi brazo, lo que incluía las yemas de mis dedos— ...y la muerte de Phil.

«¿Por qué había sido tan despiadada?»

Phil sabía casi tanto como lo que comía. Pero si su asesinato podía justificarse por ello, ¿por qué terminar con Tom? ¿Por qué acabar con Elsa y Cathy, unas simples agentes de seguridad al servicio de la megacorporación *Alpha*? Me temo que no fueron más que un simple cebo para saciar la demencia de Ray.

Salvo escrúpulos, ella lo tenía todo.

Nunca sabré por qué enloqueció de esta forma. Hay un determinado tipo de personas que son capaces de anteponer cualquier cosa —incluso las vidas humanas— por conseguir sus objetivos personales. No sé si un premio Nobel vale tanto, o la misma gloria por ser el primero en explicar el comportamiento de la órbita de Marte. Eso suponiendo que el frágil Kepler hubiera podido hacer algo parecido con su famoso maestro, Tycho Brahe, lo que dudo mucho.

Hay poco más que comprender. En su desesperación, Alice intentó comprar también al extraño profesor Henry Young, el último mohicano del grupo del desierto que, para su sorpresa, dio su vida por la noble causa de los suyos. Supongo que conoció de su existencia controlando mis comunicaciones. Ella y Ray podían hacer cualquier cosa en la red profunda.

Solo quedo yo.

Sin amigos y sin dinero.

Pero guardo conmigo el secreto de la nueva piedra filosofal.

ALGUNAS NOTAS DE INTERÉS

La novela que usted, amable lector, acaba de terminar, cierra mi proyecto literario personal que tiene como eje central el real y famoso *Manuscrito Voynich*. Proyecto formado por tres novelas —las trilogías tienen un encanto especial, o a mí me lo parece—, y que arrancó en el año 2007 con *El Castillo de las Estrellas*, continuó en el 2013 con la publicación de *El Templo del Cielo*, y finaliza hoy con *El Palacio de Urania*.

Creo que ha valido la pena el esfuerzo.

Una vez llegados al final, quisiera añadir también en este volumen unas notas aclaratorias sobre su contenido. Como ya ocurrió en los dos anteriores, en muchas ocasiones la realidad ha podido incluso superar a la propia ficción, siendo aquella más sugerente incluso.

De la existencia real del *Manuscrito Voynich* hay poco que añadir. Ahí sigue, en la Universidad de Yale, en su preciosa Biblioteca Beinecke de Libros Raros. Es, sin duda, el gran atractivo de sus extraños fondos. Desde el año 2007, en el que apareciera *El Castillo de las Estrellas*, noticias de distinta índole relacionadas con él han saltado a los medios. La más interesante es la nueva datación obtenida en 2009, año en el que investigadores de la Universidad de Arizona fijaron la edad de sus pergaminos entre 1404 y 1438. Otras investigaciones realizadas en los pigmentos de las tintas parecen indicar un origen europeo del libro. Lo primero parece descartar la teoría del timo en la Corte de Rodolfo II. Lo segundo, un origen oriental basado en un lenguaje fonético. En cualquier caso, nada es concluyente. Nada que se relacione con el *Manuscrito Voynich* parece serlo nunca.

Entre las novedades más sugerentes relacionadas con el *Manuscrito Voynich* he utilizado en *El Palacio de Urania* tres de ellas. La primera apareció en febrero de 2014. Un lingüista británico, hoy fallecido —Stephen Bax— consiguió, aparentemente, revelar el significado de unas diez palabras y algunos fonemas. La más clara parece ser «Taurus», utilizando precisamente uno de los diagramas astronómicos. Las otras también están relacionadas con meses del año y cuestiones astrológicas. Curiosa coincidencia con mi propia historia, completamente imaginada, acerca de la deducción de tales nombres y contenida en el primer volumen de la trilogía. La segunda noticia nos implica directamente a los españoles. La Universidad de Yale, dueña del manuscrito, eligió entre aspirantes de todo el mundo a la editorial burgalesa Siloé para clonar el *Voynich*. Tras firmar el pertinente acuerdo de exclusividad, una edición de unos novecientos facsímiles acaba de salir a la venta. Cada ejemplar se puede encargar ya por unos ocho mil euros. Si algún lector quiere hacerme un regalo inolvidable, aquí tiene una pista. Finalmente, aunque con una credibilidad baja tirando a nula, algunos miembros de la llamada «Lista Voynich» —que siguen intercambiando opiniones y hallazgos en internet inasequibles al desaliento—, especulan con la presencia cierta de representaciones de supernovas en las páginas astronómicas. Espero

sinceramente que esta suposición —tan plausible como improbable— no provenga de la difusión en Estados Unidos de *The Book of God and Physics*, que es el título que recibió en aquel país la traducción de mi primera novela. En estos últimos años, el número de intentos y supuestas traducciones del manuscrito se ha disparado de forma exponencial. No pasa un mes sin que aparezca en los periódicos la solución definitiva. Que nunca resulta serlo.

Sobre los supuestos autores del *Manuscrito Voynich*, los afamados astrónomos Tycho Brahe y Johannes Kepler, poca cosa se ha contado en esta novela que no se corresponda fielmente con la realidad, a excepción, claro está, de la atribuida paternidad del enigmático volumen. Aunque coincidieran en fecha y lugar dentro de la Historia, no se conoce relación alguna entre uno y otros. Sin embargo, es casi obligatorio mencionar aquí que, en estos pocos años —los que van desde la publicación de *El Castillo de las Estrellas* hasta *El Palacio de Urania*— se ha desvanecido casi por completo la absurda teoría de la conspiración que habría llevado a Kepler a asesinar a su maestro. A pesar del impacto mediático que supuso, la (pen)última exhumación de los restos del gran danés Tycho Brahe parece haber arrojado luz sobre el escabroso asunto. Durante casi dos años sus restos han sido analizados minuciosamente, descartándose al fin el envenenamiento con mercurio como causa de su muerte.

Hay un buen número de referencias a científicos que pueblan una gran cantidad de páginas en *El Palacio de Urania*. Algunos tan conocidos como los propios Brahe, Kepler y Galileo, o Rutherford, Lemaître y Hubble. Otros no tanto. Pero todos forman parte no solo de la Historia —escrita así, con mayúscula—, sino también de la historia de la novela misma. Y del fondo divulgador que busco en mis escritos. He respetado tanto los hechos biográficos como sus logros científicos. La misma aclaración puede aplicarse a la nómina de personajes jesuitas involucrados. Comunidad de científicos especialmente interesados en los terremotos, como aparece en el texto. Igualmente es veraz la existencia del pícaro moderno Edward Forbes Smiley, un aristócrata ladrón de antigüedades que fue capturado, precisamente, tras salir de la Biblioteca Beinecke después de cometer una de sus múltiples fechorías. Su vida y milagros han dado lugar a multitud de artículos en prensa y a un estupendo libro, *El ladrón de mapas*, que no dudó en recomendar al lector curioso.

Y si las referencias a científicos son rigurosas hasta el extremo que la ficción me lo ha permitido, no lo son menos las menciones de los centros de investigación que aparecen en el relato. Obviamente, la existencia y actividad del CERN no escapan a nadie, puesto que se trata del formidable buque insignia de la investigación de física de partículas europeo. Igualmente, ALMA está considerado como el más complejo y potente observatorio astronómico construido hasta la fecha. Otros, como Monte Palomar, han gozado de merecida fama durante décadas, tanto por la complejidad de su construcción como por el retorno científico obtenido de los mismos. Mencionar, para terminar este párrafo, que el malogrado SSC —Supercolisionador Super Conductor— estadounidense corrió la triste suerte que se relata aquí. El último director del proyecto fue el mencionado profesor Roy Schwitters, del que uso su nombre auténtico, así como una de sus frases más célebres. Tanto en este caso, como en el de otros insignes personajes históricos, he querido preservar textualmente aquello que un día dijieran. Aunque la ficción del relato me obligue, en ocasiones, a retorcer su significado original.

Sin duda, el tema central de la novela es la llamada «materia extraña». Incluso este concepto es el título de otra novela de un más que recomendable autor español, J. J. Gómez Cadenas, físico y escritor como yo. ¿Es ficción? De momento parece que sí, aunque su existencia real ha sido

predicha por un buen número de físicos teóricos y su búsqueda —o detección— un asunto recurrente en multitud de experimentos. Estas partículas hipotéticas —más conocidas en mi gremio como *strangelets*— podrían tener una existencia plausible bajo determinadas condiciones extremas, como es el caso de las también supuestas hasta ahora «estrellas de quarks», o como componentes exóticos de los famosos y reales rayos cósmicos, cuyo origen parece estar asociado a las estrellas supernovas, el otro gran *leit motiv* de esta novela. Una de las cosas que más llamaron mi atención fue el posible uso de estaciones sísmicas para detectar el paso —o, hasta ahora, hipotético paso— de esta «materia extraña» a través de la Tierra. Incluso existe una referencia al respecto que menciono en el texto de la novela.

Respecto a las supernovas, no somos pocos los físicos que consideramos que la fascinación que producen supera, con mucho, a la de los exoplanetas, por poner un ejemplo próximo que llena últimamente portadas en muchos medios. De nuevo, he respetado al máximo la Historia. Este singular fenómeno celeste ha tenido lugar en contadas ocasiones en nuestra Vía Láctea y, con certeza, las dos últimas explosiones estelares fueron las observadas primero por Tycho Brahe, y más tarde por Johannes Kepler, lo que ya de por sí es una formidable casualidad. También es de sobras conocida la estrella Eta Carinae, solo visible desde el hemisferio Sur, una clara candidata a convertirse en supernova y, tal vez, en algo más, dada la inmensa cantidad de masa que la forma. Es la estrella favorita de miles de astrofísicos.

Eta Carinae está mucho más cerca y es mucho más masiva que cualquier otra estrella, por lo que los científicos especulan que, cuando estalle, no se conformará con transformarse en una estrella de neutrones, sino que probablemente lo haga en un agujero negro. O en una estrella de quarks, si este agregado estelar tuviera existencia más allá de la teoría. ¿Puede entrañar algún peligro especial para nuestro planeta? Lo normal es que, cuando ocurra la implosión, se desencadene una enorme explosión de rayos gamma, altamente energéticos. Sus efectos al llegar a la Tierra serían demoledores, y no pocos medios —con mayor o menor grado de sensacionalismo—, hablan de catástrofe en ciernes. Sin embargo, la radiación de una estrella hipermasiva como Eta Carinae no se emite en todas las direcciones, sino en dos chorros estrechos con sentidos opuestos que, afortunadamente en este caso, no coinciden con la orientación y situación de nuestro querido planeta.

Las teorías catastrofistas, tanto en física de partículas como en astrofísica, son un tema recurrente casi a diario. Ya he comentado las especulaciones acerca de una explosión de supernova cercana a la Tierra. ¿Y los rayos cósmicos? Están ahí casi desde el principio de los tiempos, como sospechaba Georges Lemaître. No existe una preocupación acuciante sobre ellos, aunque algunos de estos pudieran contener «materia extraña». Se producen muy lejos de la Tierra y, de entrañar peligro, habrían acabado con ella mucho antes incluso de la aparición de la raza humana. En lo que a «materia extraña» en concreto se refiere, como decía con anterioridad, la hipótesis permanece sin haber sido comprobada. No se han detectado todavía *strangelets* ni en rayos cósmicos ni en aceleradores de partículas como el mismo CERN. Si las estrellas de neutrones —un núcleo masivo gigante de apenas 20 km de diámetro, como el formado en los colapsos de supernovas, y apenas sostenido por la gravedad— pudieran formar agregados de «materia extraña», la propia estrella terminaría convertida en una estrella de quarks, y es algo que no se ha observado todavía. Sin embargo, el temor a lo desconocido impregna cada uno de los nuevos retos científicos que encara la raza humana. Las denuncias narradas en el texto acerca de los peligros intrínsecos de una máquina como el LHC son reales, y siguen muy activos: formación de miniajuzeros negros, transición a un estado de vacío cuántico —sea lo que sea esto— y,

también, formación de «materia extraña» supermasiva estable. Como el agudo lector habrá ya averiguado, no hay correlación alguna entre explosiones de supernovas conocidas y grandes terremotos, habiendo el autor torturado debidamente los datos de las fechas para producir el efecto narrativo necesario.

Por tanto, pueden seguir leyendo novelas con total tranquilidad.

Para acabar llega el turno de los agradecimientos que, en esta ocasión, están más justificados que nunca. Por primera vez, y sin que sirva de precedente, he recurrido a la autopublicación. A la hora de escribir estas últimas líneas está a punto de concluir una campaña de micromecenazgo en la plataforma *Verkami*, que me permitirá no solo la financiación suficiente para la impresión de esta novela que hoy ya tiene en sus manos, sino también cierto eco publicitario, siempre necesario. Les agradezco sinceramente este apoyo, así como también a todos aquellos que han colaborado entusiastamente en esta «edición limitada», quiero pensar que fruto de la confianza literaria obtenida con mis anteriores escritos. Muchos de ellos —Daniel, Víctor, Héctor, Sara, María, Diana o Rosa, entre otros— se han volcado en las redes sociales para difundir el proyecto. El borrador de esta novela ha sido expurgado hasta límites impensables, muy por encima de sus precedentes. A ello han echado una mano amigos como Antonio Cruz, Paco Bellido o César Arza. También Blanca Rosa Roca, mi editora de ayer y espero que de mañana, me transmitió valiosas sugerencias para aligerar y agilizar su contenido. Y de mantener mi ánimo en los buenos y malos momentos se encargaron mi esposa Mari y mi hija Silvia. Que no es fácil. *El Palacio de Urania* es, en resumen, un poco de todos.

Solo me queda desear ya, como reza el tópico, que hayan disfrutado de la lectura de esta novela casi tanto como yo de su escritura.

Gracias.

